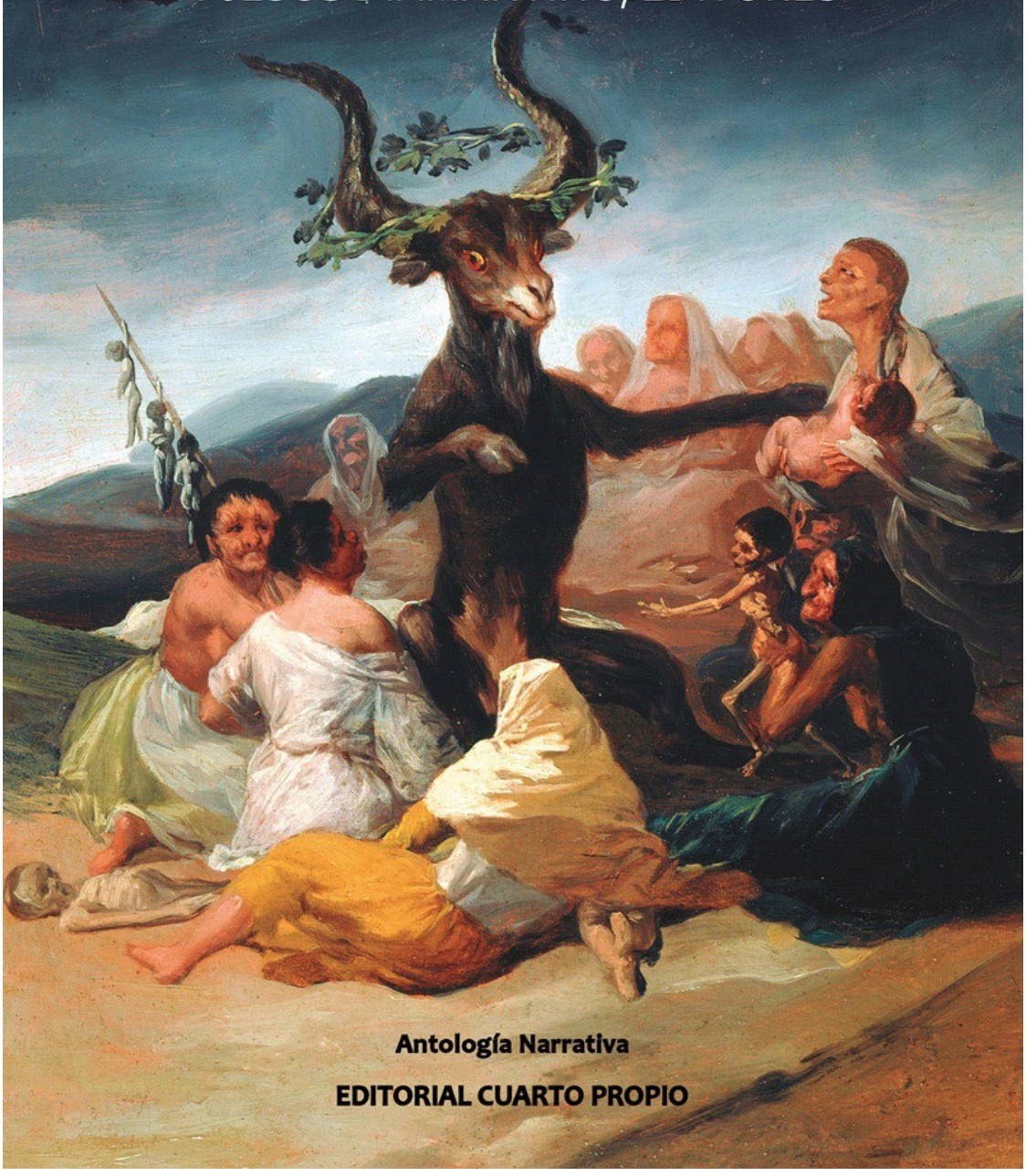
CUENTOS CHILENOS DE TERROR, MISTERIO Y FANTASÍA

CAROLINA HEIREMANS, VERÓNICA BARROS
Y JESÚS DIAMANTINO, EDITORES

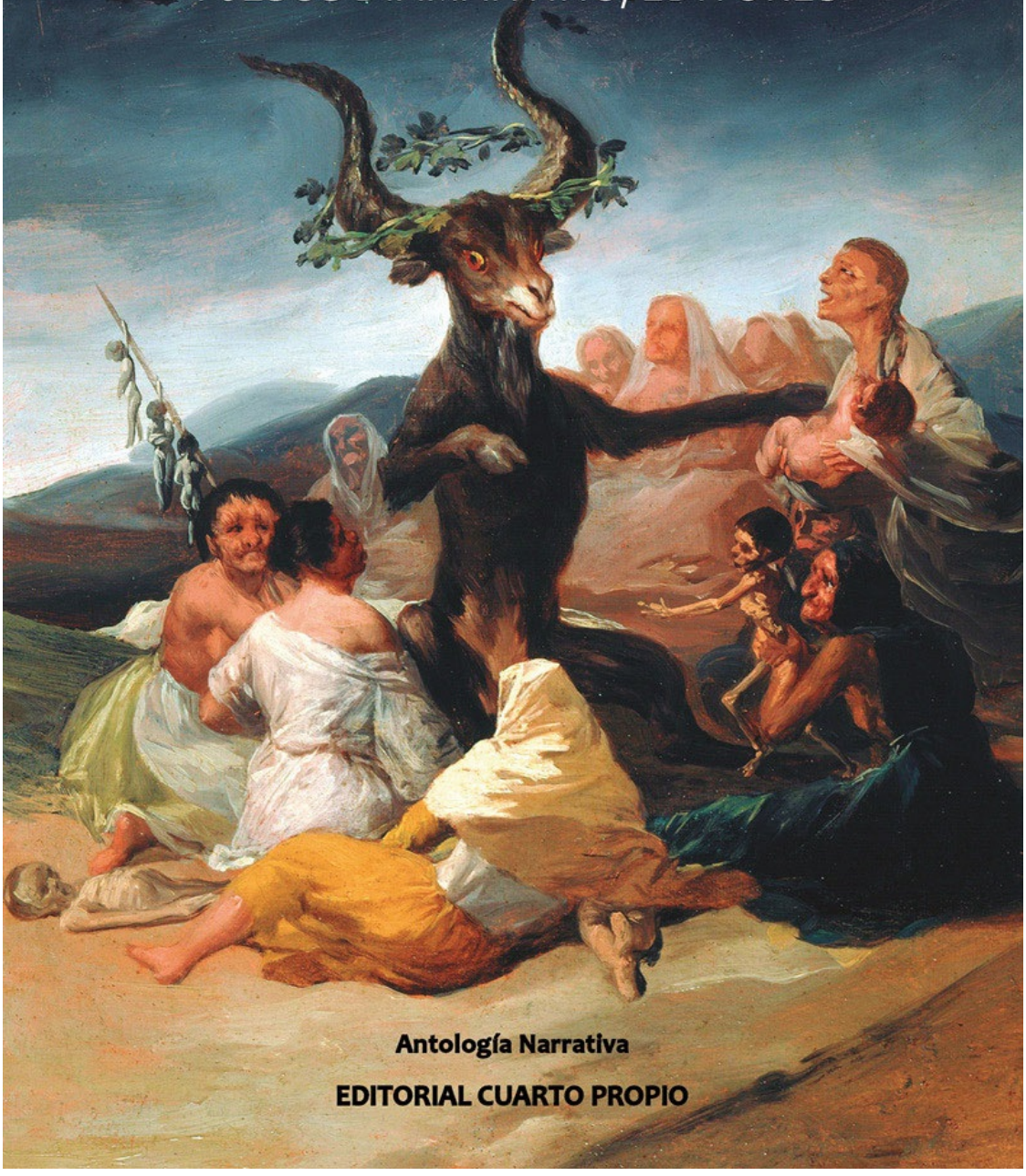


Antología Narrativa

EDITORIAL CUARTO PROPIO

CUENTOS CHILENOS DE TERROR, MISTERIO Y FANTASÍA

CAROLINA HEIREMANS, VERÓNICA BARROS
Y JESÚS DIAMANTINO, EDITORES



Antología Narrativa

EDITORIAL CUARTO PROPIO

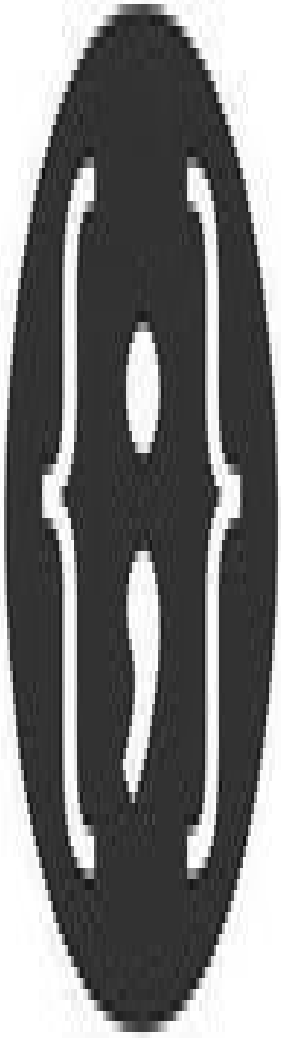
ANTOLOGÍA

CUENTOS CHILENOS DE TERROR, MISTERIO Y FANTASÍA

CAROLINA HEIREMANS,
VERÓNICA BARROS Y
JESÚS DIAMANTINO
EDITORES

CUENTOS CHILENOS DE TERROR, MISTERIO Y FANTASÍA

Antología
EDITORIAL
CUARTOPROPIO



CENTRO DE ESCRITURA Y ORATORIA

FACULTAD DE ARTES LIBERALES
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ

CUENTOS CHILENOS DE TERROR, MISTERIO Y FANTASÍA

© CAROLINA HEIREMANS, VERÓNICA BARROS Y JESÚS DIAMANTINO

Inscripción Nº 258699

I.S.B.N. 978-956-260-723-0

© Editorial Cuarto Propio

Valenzuela Castillo 990, Providencia, Santiago

Teléfono: 56-2-279 265 18

www.cuartopropio.cl

Diseño y diagramación: Alejandro Álvarez

Edición electrónica: Sergio Cruz

Impresión: LOM

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

1ª edición, octubre de 2015

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la Editorial.

PRESENTACIÓN

Cuentos chilenos de terror, misterio y fantasía reúne una serie de relatos de trece autores nacionales, nacidos entre 1867 y 1938, quienes exploran diferentes niveles de la realidad, adentrándose en los misterios de la vida cotidiana y la mitología chilena.

Con prólogos de Marcelo Novoa, director de Editorial Puerto de Escape y de Jesús Diamantino, profesor del Departamento de Expresión de la Universidad Adolfo Ibáñez y miembro del Grupo de Estudios sobre Lo Fantástico (GEF), de la Universidad Autónoma de Barcelona, presentamos dieciséis cuentos, precedidos por una breve reseña biográfica de su autor y un análisis crítico a cargo de diversos académicos del Centro de Escritura y Oratoria, de la Facultad de Artes Liberales de la UAI.

Algunos cuentos exploran abiertamente el género fantástico, mientras que en otros se deja entrever cómo lo real y lo imaginario van conformando mundos paralelos, cuyos límites están sujetos a la imaginación del lector.

En ese sentido, la recopilación persigue, por una parte, acercar la lectura de nuestros escritores nacionales a un público que está en la búsqueda de sus raíces y que reconoce en el misterio y lo sobrenatural, un componente esencial de la configuración de la identidad chilena. Por esta razón, no es extraño que aquellas historias que pertenecen a la tradición oral y que todos atesoramos o bien los escenarios donde ocurren los relatos, vuelvan a ocupar un lugar preponderante en nuestra memoria. Por otra parte, esta antología pretende dar una perspectiva académica y pedagógica mediante un comentario elaborado para cada cuento, donde se ofrece un análisis que, en más de una oportunidad, revalora la obra y la posiciona en un espacio literario en el que poco se ha profundizado. El carácter pedagógico, en tanto, se reconoce en cada análisis, pues se transforma en una guía para la lectura, su comprensión y reflexión.

En síntesis, queremos revalorar y rescatar nuestro patrimonio para que la difusión y el conocimiento de nuestras obras literarias sea cada vez más completo y preciso, y así proporcionar nuevos espacios a lecturas de antaño

junto con refrescar nuestra memoria histórica. De esta manera, tiene sentido pensar en una segunda o, incluso, tercera antología, donde se aprecie lo fantástico desde diversos contextos históricos y épocas. Es por este motivo que con este primer libro, iniciamos un recorrido por la producción literaria nacional de diversos escritores chilenos que han contribuido con su talento, maestría y creatividad a consolidar el género fantástico en nuestro país.

AGRADECIMIENTOS

Esta antología fue posible gracias a la colaboración de las Fundaciones Juan Emar, Vicente Huidobro, Manuel Rojas y Cristina Larraín Heiremans, Mauricio Marino Martinic, María Teresa Olmo Ortega y José Silva Aldunate, quienes autorizaron la publicación de los cuentos recopilados en este libro. Realmente, demuestran su generosidad y compromiso con el crecimiento intelectual del país y el conocimiento del patrimonio.

También queremos agradecer a Marcelo Novoa, prologuista de esta antología, quien con su excelente disposición y erudición, contribuyó al carácter siempre humilde del trabajo intelectual que este grupo persigue.

A Jaime Millas, Adelmo Yori, Julio Gutiérrez, Felipe Rojas y Bastián Nelson, quienes colaboraron en la interpretación de los cuentos, guiados por un criterio pedagógico y convencidos del enorme potencial que tiene este libro para dar a conocer el género fantástico entre los jóvenes.

También al abogado Rodrigo León Urrutia, quien nos asesoró en materia de propiedad intelectual.

A Editorial Cuarto Propio, en la persona de su directora, Marisol Vera, y, en forma particular, a la editora Paloma Bravo, quien gracias a su interés, guía y apoyo, este proyecto puede ver la luz.

Especialmente a Francisco Covarrubias, Decano de la Facultad de Artes Liberales, de la Universidad Adolfo Ibáñez, quien nos apoyó incondicionalmente para concretar este proyecto.

Y, finalmente, a nuestros estudiantes, cuyo manifiesto interés por lo fantástico y sus incansables ganas de aprender, nos sirvieron de inspiración para llevar a cabo este rescate patrimonial de la literatura fantástica chilena.

PRÓLOGO

Lo fantástico y el horror en el confín del mundo

Por Jesús Diamantino Valdés

1. Así como el umbral del sueño, lo fantástico nos enfrenta a las dimensiones soterradas de la existencia. La lógica de lo fantástico es la lógica de la imaginación, de la libertad, de la posibilidad de trastocar la realidad a través de objetos, seres y situaciones extraordinarias. Sin embargo, ¿no es esa la condición esencial del discurso literario? Si consideramos que la literatura es un artilugio del lenguaje, una construcción ficcional que recrea nuestro mundo, lo fantástico no debería significar un problema lingüístico. No obstante, la contrariedad no radica en la definición de literatura, sino más bien, en la forma en que dicho discurso se despliega. En este sentido, lo fantástico podría entenderse como una fabulación exacerbada del hombre y sus contradicciones, es decir, una "momentánea suspensión" de lo que entendemos como realidad. En palabras de Ítalo Calvino:

el problema de la realidad de lo que se ve —cosas extraordinarias que tal vez son alucinaciones proyectadas por nuestra mente; cosas corrientes que tal vez esconden (…) una segunda naturaleza inquietante (…) —es la esencia de la literatura fantástica, cuyos mejores efectos residen en la oscilación de niveles de realidad inconciliables. (2001, 9-10).

Es decir, lo fantástico se presenta como un punto medio en la contraposición de dos realidades antagónicas, una sustentada por lo explicable y la otra, por lo

extraordinario. Para precisar esta idea, detengámonos en el siguiente relato de George Loring Frost[1]:

Al caer de la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de una galería de cuadros. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo: —Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas? ¿—Yo no —respondió el otro—. ¿Y usted? —Yo sí —dijo el primero y desapareció.

“Un creyente” retrata claramente la complejidad del discurso fantástico, pues, a pesar de su brevedad, desarticula por completo la visión cognoscitiva de la realidad. El nombre del cuento no es más que una ironía para referirse al escepticismo y a las convenciones lógicas del lector. ¿Quién es realmente el creyente: el fantasma que desaparece o el lector que esbozó cierta sonrisa con el desenlace? En este sentido, el acto comunicativo que ofrece lo fantástico depende, aunque suene paradójico, de la aprensión del receptor por lo sobrenatural, pues entre más grande sea la sospecha frente a lo insólito, más significativo será el efecto emocional. Por esa razón, el terror es la tendencia temática más recurrente de lo fantástico, porque reclama un quiebre psíquico que saca a flote la vulnerabilidad del sujeto: el desamparo ante un universo, que más allá de las capas racionales de la globalización y la tecnología, aún nos parece abrumador y desconocido.

La muerte como tema literario representa uno de los móviles más significativos en la ficción fantástica y, más específicamente, en los cuentos de terror. Desde la publicación de El castillo de Otranto, de Horace Walpole, en 1765, y la difusión de la Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello (1757), de Edmund Burke, lo macabro y la presencia del cadáver se legitiman en el plano intelectual. La sombra de la terrible novela gótica, con sus castillos laberínticos, sus evocaciones demoniacas y maldiciones brujeriles, comienza a extenderse por toda Europa, y su estela de depravación y monstruosidad se ramifica en el imaginario romántico. De ahí en adelante, el horror se instala en la conciencia colectiva, ofreciendo al lector la posibilidad de exteriorizar sus tabúes.

En esta misma línea, el escritor norteamericano H. P. Lovecraft afirmó en su

ensayo El horror sobrenatural en la literatura (1927), que “el miedo a lo desconocido es el sentimiento primigenio del hombre, el más intenso y transcendente de todos” (1973, 8). Este miedo se funda, primordialmente, en lo que Rudolph Otto ha llamado lo numinoso, una emoción enraizada en lo desconocido, que sobrevive una vez que muere la creencia formal en lo mitológico. La creencia en el más allá y sus constantes cuestionamientos son la base de este sentimiento, y es también el sustrato de la literatura de horror. De esta forma, la muerte adquiere diversas caretas en la ficción fantástica para dar cuenta de este sentimiento latente. Para Rafael Llopis, la materia prima de los relatos de miedo es la muerte, pero no entendida como un acontecimiento biológico ineludible, sino como la incertidumbre de lo que pueda haber después de esta misma (1985, 94).

Así, en la tradición de la literatura fantástica, la muerte se ha presentado con numerosas máscaras, pero siempre aludiendo al cuestionamiento existencial (o la motivación pagana) del hombre por quitar los velos misteriosos del más allá. De esta manera, este leitmotiv le ha permitido a la ficción fantástica configurar tópicos literarios que albergan las más estimulantes y grotescas formas de lo inefable. Desde las representaciones lúdicas de la Danza de la muerte en la época medieval, hasta el surgimiento mediático del zombie caníbal en el siglo XX, la muerte ha sido proyectada en la literatura como una angustia ante lo desconocido y también como el terror frente a nuestra propia degradación y aniquilamiento.

2. Cuentos chilenos de terror, misterio y fantasía supone una revisión de tres momentos esenciales de la narrativa chilena moderna:

Criollismo: tomando como referencia a Émile Zola, Charles Dickens e Iván Turguénev, los escritores adscritos a esta tendencia buscaron exaltar los espacios rurales de Chile a través de un lenguaje mimético, junto con las costumbres populares, el determinismo fatalista y la ardua lucha del hombre con su entorno natural. El criollismo, más allá de sus diversos enfoques, intentó concretar un proyecto identitario que, metonímicamente, presumía la universalización del individuo supeditado a un espacio originario. Entre sus principales exponentes, se encuentran Baldomero Lillo (1867-1923) y Alberto Edwards (1874-1932).

Vanguardismo: corriente que caracteriza a un grupo de autores influenciados por las tendencias artísticas y filosóficas que inauguraban el siglo XX en Europa,

como el Surrealismo, el Expresionismo y la corriente de la conciencia, entre otros. Focalizaron su interés en el sujeto inmerso en la vida urbana y arremetieron en contra del realismo imperante y la civilización industrial. El absurdo, la fantasía lírica y la exploración del inconsciente caracterizaron estas piezas literarias. Entre sus representantes, podemos mencionar a Juan Emar (1893-1964) y Vicente Huidobro (1893-1948).

Neorrealismo: influenciados por escritores como James Joyce, Virginia Woolf, Jean-Paul Sartre o Albert Camus, los neorrealistas buscaron exponer una realidad que no solo fuera externa y visible, sino también invisible, como una exteriorización del "yo". Incorporaron nuevos motivos como la dimensión metafísica, el existencialismo, el infinito y la alegoría, junto con el influjo de los medios masivos de comunicación. En este sentido, ya no fue necesaria una especificidad geográfica o el vínculo con la historia. Estos autores se transforman en verdaderos ilusionistas que juegan con desajustes temporales y con rupturas narrativas, haciendo converger planos lingüísticos distantes que trastocan la percepción del lector. Se destacan en esta vertiente, María Luisa Bombal (1910-1980), Manuel Rojas (1896-1973), Guillermo Blanco (1926-2010) y Héctor Pinochet (1938-1988).

En dichas etapas, lo fantástico deviene de sensibilidades estéticas divergentes y profundamente heterogéneas, que, de una u otra forma, reflejan un proyecto de identidad nacional.

Resulta sumamente interesante que el horror, como tendencia estética en Chile, haya dado sus primeros frutos en las corrientes realistas de finales del siglo XIX y no bajo el amparo del romanticismo o el modernismo, a diferencia de otros países en donde sí se desplegó la corriente sobrenatural, como Perú (La procesión de las ánimas –1864–, de Francisco Ibáñez), Ecuador (Gaspar Blondín –1858–, de Juan Montalvo), Argentina (Quien escucha su mal oye –1865–, de Juana Manuela Gorriti) o Nicaragua (Thanatopia –1893–, de Rubén Darío), etc. Podríamos afirmar que la tardía iniciación de las letras nacionales en la ficción sobrenatural —limitándonos exclusivamente a textos que suponen una tensión fantástica— se debe a dos factores: el primero de ellos fue el predominio de la vertiente ideológica francesa del romanticismo que inspiró las empresas militares y políticas de la Independencia, impulsando un sentir profundamente nacionalista en la aristocracia dominante y, por ende, en los intelectuales que pertenecían a esta elite, quienes practicaban una doble militancia gubernamental y artística[2].

Para algunos críticos, Don Guillermo (1842), de José Victorino Lastarria (1817-1888), se alza como la primera obra fantástica de la literatura chilena; sin embargo, el texto no tiene como objetivo desestabilizar el mundo real, ni mucho menos propiciar un efecto terrorífico, sino manifestar las consignas liberales del autor desde un punto de vista alegórico[3]. En este sentido, desde el triunfo de los conservadores sobre los liberales en la Batalla de Lircay el 17 de abril de 1830, y durante todo el periodo de la República Portaliana (1830 a 1891), el proyecto narrativo nacional, si bien presentó varias formas genéricas folletinescas como la aventura histórica y sentimental —El inquisidor mayor o historia de unos amores, 1852, de Manuel Bilbao (1828-1895) o Teresa, 1870, de Rosario Orrego (1834-1879)—, no dio luces significativas de ficción sobrenatural en estricto rigor, pues los autores canónicos decimonónicos como el ya mencionado Lastarria, Salvador Sanfuentes (1817-1860), Alberto Blest Gana (1830-1920) o Luis Orrego Luco (1866-1848), volcaron su interés en temáticas que apuntaron hacia el costumbrismo y la incipiente conciencia histórica.

El segundo factor es el hecho de que no existieron referentes literarios concretos para el desarrollo de estas ficciones, impidiendo, en términos generales, alguna tendencia narrativa que centrara su atención en asuntos prodigiosos. Es por ello que la dimensión folclórica romántica, que traía consigo los elementos tenebristas del gótico, se estancó o, mejor dicho, quedó renegada a ciertos textos intrascendentes para las altas esferas literarias del periodo —como es el caso de El subterráneo de los jesuitas, 1876, de Ramón Pacheco (1845-1888)— haciendo patente el magro influjo de escritores europeos como E. T A. Hoffmann, Mary Shelley o Charles Nodier, e incluso del norteamericano Edgar Allan Poe (autores que resultaron sustanciales en otros países latinoamericanos, donde la vertiente fantástica surgió a partir de la asimilación de los motivos folclóricos). Al mismo tiempo, la difusión del riquísimo imaginario de la tradición oral quedó limitado a los grupos sociales marginales o populares, y en un marco regionalista, produciéndose un fenómeno inverso al que ocurrió, por ejemplo, en Perú con las Tradiciones Peruanas, 1872, de Ricardo Palma (1833-1919), donde la convergencia barroca entre el cristianismo y el indigenismo instauró lo sobrenatural como una manifestación identitaria más.

Sin embargo, la fuerte presencia de la vertiente criollista da pie a las primeras manifestaciones literarias de carácter fantástico en Chile. Esto, ya que el criollismo buscó exaltar el mundo campesino como un locus cultural representativo de la identidad nacional, oponiéndose al incipiente centralismo industrial y económico del país. Para ello, el escritor se focaliza en la imagen del

huaso y lo define como un prototipo representativo de la idiosincrasia chilena, en oposición al roto, quien proyecta la hipocresía de la vida santiaguina. Para retratar con rigurosidad el escenario campesino, los autores ahondan en la humanidad de sus personajes y en sus costumbres, exaltando, en muchas ocasiones, el imaginario folclórico que constituye su visión de mundo. En este contexto, surge el primer cuento de terror chileno: Un siglo en una noche, 1899, de Joaquín Díaz Garcés (1877-1921), marcando así la senda para el desarrollo de lo fantástico.

3. Los criterios de selección de los textos que componen este libro responden a dos principios, que creemos, son esenciales para abordar la ficción sobrenatural en las letras nacionales. El primero de ellos se funda a partir de la asimilación de la nutrida dimensión folclórica chilena, donde el poder del "símbolo" establece el horizonte de una nación en constante construcción. Imaginar Chile implica imaginar un país de "leyenda" que se nutre de diversas fuentes culturales, desde los vestigios míticos de los pueblos aborígenes y el traslado (e instalación) de un cúmulo de narraciones de la tradición oral europea; historias fluctuantes que alcanzaron diversos matices a partir de la Conquista española y que ahora caracterizan nuestro complejo imaginario[4]. En este sentido, el choque entre lo posible y lo imposible se produce gracias a la representación metafórica de los miedos ante un territorio vasto y heterogéneo, donde lo fantástico, si bien no tuvo un amplio desarrollo literario en la época decimonónica, desde un principio se estableció en la conciencia colectiva, construyendo una historia "aparte" y furtiva[5]. De esta forma, muchos de los relatos reunidos en la presente antología responden a este fenómeno antropológico, donde el "régimen imaginario del miedo y su efecto, la represión, la regresión, que circula oscura y eficaz en la mitología de la cultura tradicional, por un sistema de capilaridad asciende y modula en diversas formas el comportamiento de los diversos estratos socio culturales" (Sepúlveda Llanos, 2012, 35).

El segundo criterio de selección responde a la necesidad de proponer una reflexión teórica prácticamente inexistente en la crítica chilena. De esta forma, los relatos antologados están sujetos a los mecanismos narrativos propios de lo fantástico, vale decir, el cuestionamiento de los niveles de realidad: fenómeno que pone en tensión la percepción del mundo lógico a partir de la irrupción de un elemento ominoso o sobrenatural que no puede sostenerse racionalmente. Al respecto, David Roas señala que:

Lo fantástico se define y distingue por proponer un conflicto entre lo real y lo imposible. Y lo esencial para que dicho conflicto genere un efecto fantástico no es la vacilación o la incertidumbre sobre las que muchos teóricos (…) siguen insistiendo, sino la inexplicabilidad del fenómeno. Y dicha inexplicabilidad no se determina exclusivamente en el ámbito intratextual sino que involucra al propio lector. (2009, 103)

Desde este punto de vista, nuestra propuesta fue establecer cuatro categorías que, por una parte, respondieran a las convenciones del relato fantástico tradicional y, por otro lado, integraran el miedo como efecto estético. La primera es lo fantástico revelado, categoría donde se advierte la presencia de lo extraño como eje articulador, pero finalmente se explica de manera racional (Un siglo en una noche, de Díaz Garcés, La chascuda, de Baldomero Lillo); lo fantástico lúdico, que integra textos donde lo sobrenatural está supeditado a lo absurdo, impidiendo que el miedo condicione a los personajes, pero, aun así, dicho efecto podría replicarse en el receptor (El unicornio, de Juan Emar, El cuerpo restante, de Luis Alberto Heiremans); lo fantástico sobrenatural, la forma más purista y canónica del género que implica el choque semiótico entre el universo lógico del protagonista y el fenómeno inexplicable (El hombre de la rosa, de Manuel Rojas, El niño, de Elena Aldunate, El espejo, de Juan Marino) y, por último, lo fantástico psicológico, categoría fronteriza con lo sobrenatural, donde lo prodigioso responde a una fantasía onírica pavorosa (El árbol, de María Luisa Bombal, Pesadilla, de Guillermo Blanco, La rata, de Héctor Pinochet).

Cuentos chilenos de terror, misterio y fantasía es, en suma, una nutrida estampa del imaginario fantástico chileno moderno, que encarna no solo los celados miedos nacionales, sino también, uno de los tantos prismas de nuestra identidad.

Septiembre, 2015

Bibliografía:

Calvino, Italo. Cuentos fantásticos del XIX. Madrid: Editorial Siruela, 2001.

Edwards, Joaquín. Mitópolis. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1973.

Lastarria, José Victorino. Don Guillermo. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1972.

_____. “Discurso inaugural de la sociedad literaria”, en Promis, José. Testimonios y documentos de la literatura chilena. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1995.

Lovecraft, H. P. Supernatural horror in literature. New York: Dover publications, 1973.

Llopis, Rafael. “El cuento de terror y el instinto de la muerte”, en Literatura Fantástica. Madrid: Editorial Siruela, 1985.

Roas, David. Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico. Madrid: Páginas de Espuma, 2011.

Sepúlveda, Fidel. El cuento tradicional chileno. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica, 2012.

---

1 Texto incluido por Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, en su Antología de la Literatura Fantástica (1940).

2 A esto, se suma el amplio desarrollo de las ideas ilustradas —propiciadas por la emblemática figura de Andrés Bello (1781-1865), quien apeló por la concientización de la función de la literatura y el deber de los escritores— en consonancia con la sensibilidad artística del idealismo romántico, cuyo propósito fue la instauración de un programa literario a partir de principios fundacionales y progresistas. Estas consignas se hacen patentes en el Discurso inaugural de la sociedad literaria pronunciado por José Victorino Lastarria el 3 de mayo de 1842: “La literatura debe, pues, dirigirse a todo pueblo, representarlo todo

entero, así como los gobiernos deben ser el resumen de todas las fuerzas sociales, la expresión de todas las necesidades, los representantes de todas las superioridades: con estas condiciones sólo puede ser una literatura verdaderamente nacional". (1995, 92)

3 El argumento nos presenta a un carismático inglés llamado Guillermo Livingston, quien desciende a los infiernos para enfrentarse a cuatro entidades monstruosas: Fanatismo, Ignorancia, Ambición y Mentira, representaciones de los ideales del partido conservador y que infringen su yugo en la reciente nación chilena.

4 Quizás el ejemplo más paradigmático del asentamiento de estas historias sea la imagen patriarcal del brujo, figura fantástica que recorre todo el territorio nacional, pero que es asociado mayoritariamente con el territorio de Chiloé, isla que ostenta un nutrido escenario mitológico sobrenatural y que pervive con fuerza gracias a la actividad turística y los medios masivos de comunicación. Resulta interesante mencionar que el afamado guionista británico, Alan Moore, incorporó la figura del monstruoso invunche —criatura maléfica y deforme que custodia la cueva de los hechiceros chilotes— en su saga de la Cosa del Pantano (1984-1987).

5 Respecto a las aprensiones hacia lo sobrenatural en las esferas intelectuales, vale la pena consultar Mitópolis (1965-1967), de Joaquín Edwards Bello (1887-1968): una compilación de crónicas que arremeten despectivamente en contra del imaginario folclórico e histórico nacional, que según el autor, se ha fundado a partir de engaños. "La mitomanía es un vicio suramericano. Poseemos una enorme capacidad para demoler los hechos verídicos y cubrir el lugar con una pátina de leyenda, de magia, de ultratumba. El mito es un fruto de infancia de los pueblos. Una compensación. Una explicación equivocada..." (1973, 15).

Breve guía de campo del relato fantástico en Chile

Por Marcelo Novoa[1]

1. Las definiciones más ortodoxas de literatura fantástica o de lo fantástico (v.gr. Caillois, Vax y Todorov), incluidas las voces latinas centrales que releen dichas nociones (Barrenechea, Campra y de Rivarola), coinciden en señalar la prevalecencia de un eje dual, pues nos informan que en estos relatos regularmente coexisten dos órdenes de acontecimientos, que separarían el mundo "real" del Otro. Por ello, el relato fantástico siempre buscará potenciar su capacidad de impresión emocional ante el lector, ya sea por la oscilación (o vacilación, según la traducción al uso) entre las posibilidades humanas y sobrenaturales de explicación de los sucesos narrados; o bien, al contraponer las leyes del mundo familiar y/o conocido por nosotros, mientras enfrenta leyes desconocidas de sucesos en apariencia sobrenaturales, extraños o maravillosos.

Así, el relato fantástico canónico del siglo XIX y XX latinoamericano (en Argentina: Lugones, Borges, Bioy Casares y Cortázar; en Uruguay: Quiroga, Hernández y Onetti; en Colombia: Garmendia y García Márquez; en México: Nervo, Arreola, Rulfo y Fuentes; en Cuba: Carpentier y Piñera; en Perú: Palma, Vallejo y Ribeyro; en Brasil: Machado de Assis, Rubião y Guimarães Rosa; amén de un largo etcétera todavía por ensalzar) dan fe de esta dualidad agónica, en muchas de sus narraciones más conocidas; y desde hoy, podremos incluir los cuentos chilenos aquí antologados en Cuentos chilenos de terror, misterio y fantasía, pues todos ellos indagan en la Otredad, sea esta, un orden alternativo de sucesos y seres, o bien, una realidad insoportable para la siquis pragmática, o en definitiva, un espejo deformante en el cual revelar la auténtica existencia de aquello que percibimos como Real.

2. Los textos contenidos en este volumen les resultarán tan variados temáticamente hablando, como lo son de forma estilística, pues abarcan varias

generaciones de autores y, a su vez, al menos cuatro periodos literarios (Modernismo, Naturalismo, Realismo y Criollismo); por lo que no podremos detenernos en profundidad en ninguno, dado el exiguo espacio de redacción. Pero sí intentaremos infiltrar en Uds. la noción de ruptura y continuidad que la literatura fantástica sostiene con el canon realista chileno, contra el que se contrapone, pues nunca ha logrado desmarcarse y ser considerado un género per se en nuestras letras.

Sabemos que esta invitación es altamente transgresora, pues interrumpe cierta holgazanería mental crítica, académica y periodística, al sostener, aquí y ahora, que nuestra literatura fantástica forma parte de las mejores obras escritas en Chile. Piensen, sólo por un momento, en estos autores ampliamente reconocidos: Pedro Prado, María Luisa Bombal, Juan Emar, Carlos Droguett, José Donoso y Roberto Bolaño; ahora bien, enumeren sus obras más trascendentes: Alsino (1920), La Última Niebla (1935), Umbral (1948), Patas de Perro (1965), El obsceno pájaro de la noche (1970), y 2666 (2005). Entonces, podrán concordar conmigo, que este tapiz de notables, se sostiene con un “revés de la trama” conformado por cientos de obras del género fantástico, que no han tenido suficiente difusión, ni menos, reconocimiento. Así pues, los autores de esta antología: Verónica Barros, Carolina Heiremans y Jesús Diamantino, esperan hacerles algo de justicia, en las páginas que siguen. Por mi parte, me doy por satisfecho.

3. Al minuto actual, del casi centenar de antologías de cuentos existentes, aquí consignaremos solo cuatro ejemplos, disparejos y divergentes entre sí, pues contienen en su selección de obras, claramente “realistas”, algunos de los textos claves del género fantástico. A saber: Antología del cuento chileno (1963, Instituto de Literatura Chilena) de César Bunster, Julio Durán, Pedro Lastra y Benjamín Rojas, que por seriedad e información resulta un dechado de virtudes en cuanto catastro, incluye a Baldomero Lillo, Alberto Edwards, Joaquín Díaz Garcés, Marta Brunet, Hernán del Solar y María Luisa Bombal. Luego, Antología del cuento chileno (1969, Editorial Acervo) de Enrique Lafourcade, en tres tomos, donde se vuelven a incluir los mismos nombres, más otros tantos autores, como son Pedro Prado, Juan Emar, Braulio Arenas, Eduardo Anguita, Carlos Droguett, Héctor Barreto, Miguel Serrano, Fernando Alegría, Alfonso Alcalde, Guillermo Blanco, Luis Alberto Heiremans y Luis Domínguez. Ahora corresponde consignar la Antología del cuento chileno (1976, Ediciones

Universitarias) de Alfonso Calderón, Pedro Lastra y Carlos Santander, aunque vuelve a repetir solo nombres consagrados, jibariza los autores propiamente fantásticos a estos tres “convidados de piedra” del resto de las antologías: Juan Emar, Hernán del Solar y María Luisa Bombal. Y en último lugar, por ser la más reciente muestra de falta de generosidad lectora: Grandes Cuentos Chilenos del siglo XX (2002) de Camilo Marks, que caprichosamente reúne nombres ya clásicos con otros aún buscando vigencia, pero agrega, al menos, un nombre señero del género: Mauricio Wacquez.

4. ¿Qué otras antologías guían los pasos de esta, la más reciente selección de Literatura Fantástica chilena? Sólo tres, a mi excluyente y riguroso entender, dadas sus propuestas editoriales y alcances de los autores convocados. Primero, sin lugar a dudas, Antología del verdadero cuento en Chile (1938, Imprenta Gutemberg) seleccionada por Miguel Serrano, donde surgen nombres tan perdurables para el género como Juan Emar, Carlos Droguett y Héctor Barreto, incluyendo además, a Braulio Arenas, Teófilo Cid, y el mismo antologador, en su vertiente mágico-onírica. En segundo lugar, Antología de cuentos chilenos de Ciencia Ficción y Fantasía (1988) a cargo de Andrés Rojas-Murphy, aún con la notoria ausencia de Hugo Correa, se valida al rescatar tres autoras pioneras, como son Elena Aldunate, Ilda Cádiz y Myriam Phillips, junto con los textos hoy clásicos de Augusto D´halmar, Antonio Montero Abt, Braulio Arenas, Enrique Araya, Luis Alberto Heiremans y Miguel Arteche. Y en tercer lugar, last but no lost, Años Luz. Mapa Estelar de la Ciencia Ficción en Chile (2006) pergeniada por quien suscribe estas líneas, que generó un enclave definitivo para la tradición del fantástico local, con nombres hoy insoslayables para entender un siglo de escrituras del género en Chile, tales como: Alberto Edwards, Hernán del Solar, Juan Emar, Luis Enrique Délano, Manuel Astica Fuentes, Jacobo Danke, Antoine Montagne (seudónimo de Antonio Montero), Elena Aldunate, Hugo Correa, Enrique Araya, Raquel Jodorowsky y Sergio Escobar. Por cierto, también existen otras antologías y nuevas selecciones, pero casi todas ellas aspiran a cartografiar el presente, ya sea desde las invenciones editoriales o los circuitos infernales del fandom capitalino.

5. Quiero sumar aquí una breve panorámica del relato fantástico en Chile, que sé servirá de complemento a los autores tan justamente seleccionados en este libro.

Partimos con dos periodistas que competían entre sí, Ernesto Silva Román, con sus relatos futuristas: El Dueño de los Astros (1929) y de fantasía: El holandés volador (1948), y Alberto Edwards y sus Cuentos fantásticos (1951), quien fuera antologado por Manuel Rojas. Viajero incansable, Juan Marín, coleccionó relatos hiperrealistas en: Cuentos de viento y agua (1939). Luego, La taberna del perro que llora (1945) que reúne historias fantasmagóricas y suprarreales de Jacobo Danke. Verdaderas joyas de fantasía y lirismo: Viento verde (1940) La noche de enfrente (1952) de Hernán del Solar. No debiéramos dejar pasar: Diez (1937) de Juan Emar, que enyunta surrealismo, humor y metafísica. Vicente Huidobro noveliza sus pesadillas en “Cagliostro” (1942). María Luisa Bombal, presente en toda selección del género, antes que sus novelas, destacamos el inquietante relato largo: Las islas nuevas (1942). Aquel tiempo, esas enajenaciones (1969) prosa experimental de Sergio Escobar, resalta por su frescura e inventiva. Hugo Correa, nuestro hombre en las estrellas, incluye su perfecta novela breve, Alguien mora en el viento, al final de su colección CF y Fantasía: Cuando Pilato se opuso (1971). A su diestra, Elena Aldunate, la escritora filofeminista del género, publica tres libros claves: Juana y la cibernética (1963), El señor de las mariposas (1967) y Angélica y el delfín (1976). Y esta tríada espacio-temporal se completa con Antonio Montero, quien se despide del género, con un preciso libro de cuentos: No morir (1971). Al final de una vida dedicada al realismo combativo, Luis Enrique Délano vuelve a su vertiente imaginista en la colección Antropofagia (1971). Mauricio Wacquez publica sus primeros relatos de culto: Excesos (1971). Enrique Araya, tras su novela CF de los cincuenta, vuelve con: La tarjeta de Dios (1974). Raquel Jodorowsky y su inclasificable: Cuentos para cerebros detenidos (1974). Y aunque las mujeres siempre han sido minoría en las letras chilenas, podemos rescatar otra voz ignorada, Myriam Phillips, con sus relatos leves, crepusculares: Designios (1974) y Pedro, Maestro y Aprendiz (1978). Finalmente, Héctor Pinochet, eximio cuentista fantástico, desde el exilio nos remite sus relatos capitales: La casa de Abadatti (1989) y El hipódromo de Alicante (1992). El resto es presente, y contando…

6. Por lo antes expuesto, creemos firmemente que Cuentos chilenos de terror, misterio y fantasía consagrará autores clásicos, pero también, consignará nuevos nombres, que serán toda una revelación para los lectores. Claramente, lo más notable de este esfuerzo editorial del Departamento de Expresión de la Universidad Adolfo Ibáñez es la dignidad del gesto académico, al reunir fraterna

y lealmente, como si de una cofradía secreta se tratase, pero ahora a plena luz, la larga tradición (in)cierta de esta literatura de la imaginación y el riesgo, con tantos y tan valiosos cultores desde el siglo XIX y hasta el XX; así pues, era necesaria una revisión rigurosa, como la que tienen en sus manos.

Honestamente espero que mis afanes divulgadores les impulsen, a su vez, a la propia investigación, ampliando la data de autores y obras aquí reunidos; pues si así fuese, todos quienes disfrutamos y respetamos este género, les estaremos agradecidos de antemano. Al concluir, diré que anhelo ser útil para aquellos que resuelvan internarse por esta selva umbría, mal explorada, aún menos mapeada, con solo una guía de campo, para no morir en el frente de batalla; pues en los campos textuales patrios aún se sigue librando feroz enfrentamiento entre realidad y fantasía, como resultaba ser la recepción y lectura de la literatura fantástica, de misterio y terror, hasta hoy.

Agosto, 2015

---

1 Marcelo Novoa (Viña del Mar, Chile, 1964) Poeta, editor y crítico literario. Doctor en Literatura. También, académico de las universidades PUCV y UDP. Hasta el 2012 fue editor de UV Ediciones. Durante 5 años, se desempeñó como productor y encargado del Programa Cultural de la Feria Internacional del Libro de Santiago, además de las Ferias Regionales del Libro. Fundó la Editorial Trombo Azul de Valparaíso en los ochenta. Allí publicó LP (1987) y Minorías (1988). Luego: Arte Cortante (1996) su libro de poemas en fuga, que continuó el 2003 (Universidad de Valparaíso Ediciones). También, fue ganador del Concurso de Publicaciones del Gobierno Regional con: Álbum de Flora y Fauna. Notas sobre libros y autores de Valparaíso (2002). Además de la reedición: LP y otras prosas tempranas (2009). Y la antología más completa sobre/desde las Letras en Valparaíso (Ediciones del Consejo de Rectores V Región 2010), con motivo del Congreso de la Academia de la Lengua y el Forum de las Culturas del Bicentenario. Editor consultor de Alambique: revista académica de ciencia ficción y fantasía, único representante chileno para esta publicación reconocida en USA y Europa. Invitado internacional de FIL Guayaquil 2012 y FIL Quito 2013, en representación de la Ciencia Ficción de nuestro país. Este 2015, invitado internacional al Coloquio de Literatura Fantástica en Lima, Perú. Prologuista de la más reciente Antología del Cuento Fantástico Chileno

Moderno (Ediciones Univ. Adolfo Ibáñez/Cuarto Propio). En Puerto de Escape Editorial, publicó: Años Luz. Mapa Estelar de la Ciencia Ficción en Chile (2006), además de cuarenta y un novelas, cuentos y ensayos de autores chilenos. Desde el 2005 dirige el sitio web www.puerto-de-escape.cl, que le convierten en uno de los referentes obligados de la escena fantástica de habla hispana.

El ahogado

La chascuda

Baldomero Lillo

El cuento “El ahogado” se registra en una antología de trece relatos del salitre, el inquilinaje y las costumbres populares chilenas de la época, denominada Subsole, publicado en 1907. El ahogado no es más que aquellos personajes de los hermanos Grimm que florecen desde el fondo de las profundidades para revertir el destino glamoroso de algún príncipe o princesa. El agua es la génesis de la vida, el origen del hombre, la transformación de la especie. De este modo, existe el intento de situar de manera inversa los cuentos de la tradición popular en la posesión de una historia e instaurarla en la oralidad rural del colectivo. Desde la perspectiva del relato regionalista, se concibe que una serie de cuentos de escaso análisis literario tienda a quedar en el olvido y a no clasificar en las conjugaciones del rito literario. De esta manera se puede observar que Baldomero Lillo realiza una sensata propuesta al proponer en “El ahogado”, el recurso local del hombre y su cruel lucha con su entorno. No ajeno a esto deja de manifiesto el conflicto de lucha de clases, los tormentos diarios del desventurado, la suerte fatal de la predeterminación, el ocaso y la decadencia de la eterna condición humana. El ahogado no es la amenaza fantasmagórica que aterra en los mares del sur, el ahogado es quien permanentemente ahoga en el alcohol sus penas; quien se enfrenta, en la soledad, a sus propios fantasmas. En este cuento se narra la historia de Sebastián y Magdalena, jóvenes enamorados que no logran concretar sus planes a causa de un arraigado prejuicio social que lo posterga. Sebastián resigna la posibilidad de recuperar su amor y de esta manera encausa su vida a las licencias que esta le presenta. Se redime desde la obsecuencia a un estado de alucinaciones esquizofrénicas que determinan el seguir de este relato. Sebastián reconstruye su otro yo a manera de exorcizar y redimir su mal pasado. De esta forma, el protagonista ofrenda su alma a los espíritus infernales a cambio de ese puñado de oro que le podría cinglar la ruta a

un próspero destino. Los dioses del mar le conceden ese deseo perpetuo y desde allí, construye un cuadro ideal (y fantasmagórico) que reflejaría el bienestar de él y su amada Magdalena. El síndrome de abstinencia al alcohol, en que se encuentra embargado Sebastián, favorece el desenlace de un trágico y lógico final. Simplemente, el ahogado es quien no tiene escapatoria ni posibilidades de subyacer ante la escasa posibilidad de esperanza. El ahogado es quien se dobla, imagina y lo acorrala "Todo lo que mira se transforma al punto, en algo extravagante […] el temblor de sus miembros y el castañeo de sus dientes aumentan a medida que algo se asoma sobre la borda […] varias veces ha creído sentir en sus desnudas piernas el contacto frío y viscoso de aquellos brazos que como tentáculos de pulpo se tienden hacia él…" Simplemente el ahogado delira, simplemente delirium tremens.

"La chascuda" aparece en una recopilación póstuma de trece cuentos sueltos denominada Relatos populares, publicada en el año 1942 por José Santos González Vera. Desde el origen perfectivo de categorizar en corrientes literarias las conductas narrativas, Baldomero Lillo es considerado, bajo esta causa, uno de los máximos precursores del realismo social chileno. En el cuento en discusión se pueden apreciar una serie de señales que son propias de principios costumbristas que responden, además, al concepto del mito, leyenda y relatos populares chilenos. "La chascuda" se inscribe en un mito originario de la provincia de Colchagua, vinculada a la leyenda chilena de la culebrona, criatura mitológica que recuerda a una gran serpiente con larga melena que asaltaba desde la oscuridad a intrépidos y atemorizados caminantes de la zona, resguardando en un entierro, los tesoros recaudados en cada ataque. Al igual que este relato, la chascuda recupera el drama colectivo del hombre y su relación con la naturaleza que dará frutos en el trágico desenlace, transgrediendo así las señales sagradas del otro mundo. Refleja, de manera inequívoca, el deseo de rebelión, en contra de los estamentos esclavizantes que la sociedad oligárquica y religiosa asigna. Desde la base estructural del relato, se puede observar la aparición de un narrador que cuenta una historia que a su vez ya fue contada por un tercero, construyendo desde esta posición un testimonio referencial. No es ajena a esto la figura de un narrador desdoblado que utiliza el recurso literario de las cajas chinas. "La chascuda" caracteriza los principios elementales del relato campesino chileno, el vínculo con su entorno inmediato, el conflicto entre el hombre y la naturaleza, la manera simple e inocente de poner en manifiesto la resolución del crimen y el posicionamiento verosímil de las creencias populares, el rito de la transgresión a lo desconocido, a lo oculto, a lo meramente insensato.

Baldomero Lillo, nace el 6 de enero de 1867, en Lota, ciudad minera del sur de Chile. Hijo de José Lillo y Mercedes Figueroa. Desde pequeño se caracterizó por su delicado estado de salud, lo que le valió, desde su reposo en cama, la posibilidad para familiarizarse con escritores como Julio Verne, Dickens, Tolstoi, Balzac, entre otros. Tras la muerte de su padre, y con el afán de mantener a su familia, tuvo que trabajar en la pulpería de su ciudad sin poder finalizar los estudios secundarios en el Liceo de Lebu. Creció escuchando historias de las minas del carbón y observando la triste y dura realidad de los mineros que allí trabajaban. En 1898, se trasladó a Santiago, donde su hermano Samuel (premio nacional de literatura, 1947) le consiguió un empleo administrativo en la Universidad de Chile. Tras incursionar en poesía, en 1904 publicó Subterra, una de sus obras más famosas, donde recopila ocho historias del carbón de la ciudad de Lota; y posteriormente en 1907 publica Subsole, donde reúne trece historias del salitre, el inquilinaje y las costumbres populares chilenas. Baldomero Lillo fallece a los 56 años, el 23 de septiembre de 1923.

El ahogado

Sebastián dejó el montón de redes sobre el cual estaba sentado y se acercó al barquichuelo. Una vez junto a él extrajo un remo y lo colocó bajo la proa para facilitar el deslizamiento. En seguida se encaminó a la popa, apoyó en ella su espalda y empujó vigorosamente. Sus pies desnudos se enterraron en la arena húmeda y el botecillo, obedeciendo al impulso, resbaló sobre aquella especie de riel con la ligereza de una pluma. Tres veces repitió la operación.

A la tercera recogió el remo y saltó a bordo del esquife que una ola había puesto a flote, empezó a cinglar con lentitud, fijando delante de sí una mirada vaga, inexpresiva, como si soñase despierto.

Mas, aquella inconsciencia era sólo aparente. En su cerebro las ideas fulguraban como relámpagos. La visión del pasado surgía en su espíritu, luminosa, clara y precisa. Ningún detalle quedaba en la sombra y algunos presentábanle una faz nueva hasta entonces no sospechada. Poco a poco la luz se hacía en su espíritu y reconocía con amargura que su candorosidad y buena fe eran las únicas culpables de su desdicha.

El bote que se deslizaba lentamente, impulsado por el rítmico vaivén del remo, doblaba en ese instante el pequeño promontorio que separaba la minúscula caleta de la Ensenada de los Pescadores. Era una hermosa y fría mañana de julio. El sol muy inclinado al septentrión, ascendía en un cielo azul de un brillo y suavidad de raso. Como hálito de fresca boca de mujer su resplandor, de una tibieza sutil, acariciaba oblicuamente, empañando con un vaho de tenue neblina el terso cristal de las aguas. En la playa de la ensenada, las chalupas pescadoras descansaban en su lecho de arena ostentando la graciosa y curva línea de sus proas. Más allá, al abrigo de los vientos reinantes, estaba el caserío. Sebastián clavó con avidez los ojos sobre una pequeña eminencia, donde se alzaba una rústica casita cuya techumbre de zinc y muros de ladrillos rojos acusaban en sus poseedores cierto bienestar. En la puerta de la habitación apareció una blanca y esbelta figura de mujer. El pescador la contempló un instante, fruncido el ceño, hosca la mirada y, de pronto, con un brusco movimiento del remo torció el rumbo y navegó en línea recta hacia el sur. Durante algún tiempo cingló con

brioso esfuerzo; el barquichuelo parecía volar sobre la bruñida sabana líquida y muy luego el promontorio, el caserío y la ensenada quedaron muy lejos, a muchos cables por la popa. Entonces, soltó el remo y se sentó en uno de los bancos. Su actitud era meditabunda. En su rostro tostado que la rizada y oscura barba encuadraba en un marco de ébano, brillaban los ojos de un color verde pálido con expresión inquieta y obsesionadora. Todo su traje consistía en una vieja gorra marinera, un pantalón de pana y una rayada camiseta que modelaba su airoso busto lleno de vigor y juventud.

El bote, entregado a la corriente, derivaba a lo largo de la costa erizada de arrecifes, donde el suave oleaje se quebraba blandamente, Sebastián, recogido en sí mismo, fijaba en aquellos parajes, para él tan familiares, una mirada de intensa melancolía. Y de pronto la vieja historia de sus amores surgió en su espíritu viva y palpitante, como si datara sólo de ayer. Ella empezó cuando Magdalena era una chicuela débil, de aspecto enfermizo. El, por el contrario, era ya crecido y su cuerpo sano y membrudo tenía la fortaleza y flexibilidad de un mástil. El contacto diario de las comunes tareas, había ido transformando aquel afecto fraternal en un amor apasionado y ardiente. Como hijos ambos de pobres pescadores, su mutuo cariño no encontró en la diferencia de fortunas obstáculos ni entorpecimientos. Fue, pues, sin oposición, novio oficial de Magdalena, quien era toda una mujer. Ni sombra quedaba en ella de la jovencilla esmirriada, a quien tenía que proteger a cada paso de las bromas de sus compañeros. La transformación había sido completa. Alta, de formas armoniosas, con su bello rostro y sus grandes ojos oscuros, era la joya de la caleta. Entonces fue cuando aquella herencia inesperada, recaída en la madre de su novia, vino a modificar en parte este estado de cosas. Experimentó una corazonada de mal augurio, cuando le dieron la noticia. Los hechos vinieron a confirmar bien pronto aquel presagio. El ajuar de Magdalena se transformó completamente. Los burdos zuecos fueron reemplazados por botines de charol y los trajes de percal cedieron el campo a las costosas telas de lana. Este cambio debíase en gran parte a la vanidad materna, que quería a toda costa hacer de la zafia pescadorcilla una señorita de pueblo. De aquí partieron los primeros tropiezos para el proyectado matrimonio. A juicio de la futura suegra, éste no debía efectuarse hasta que Sebastián no fuese propietario de una chalupa que reemplazase su misérrimo cachucho, el cual, según ella, era un viejo cascarón y no valía tres cuartillos.

El mozo no pudo menos que someterse a esta exigencia; mas, con el entusiasmo del amor y la juventud, creyó que muy pronto se encontraría en estado de satisfacerla.

El bote, arrastrado por la corriente, presentaba la proa a la costa y Sebastián vio de improviso en la azul lejanía destacarse los masteleros de los buques anclados en el puerto. Cortó aquel panorama el hilo de sus recuerdos, reanudándose en seguida la historia en la época en que apareció el otro. Un día irrumpió en compañía de unos cuantos calaveras en la Ensenada de los Pescadores. Decíase marinero licenciado de un buque de guerra y mostrábase muy orgulloso de sus aventuras y de sus viajes. Con su ñero aspecto de perdonavidas, impúsose por el temor en aquellas pacíficas y sencillas gentes. Muy luego dióse en cortejar a Magdalena, mas la joven, a quien repugnaba la aguardentosa figura del valentón, contestó a sus galanteos con el más soberano desprecio.

Un suspiro se escapó del pecho del pescador. Entornó los ojos, y un episodio grabado profundamente en su memoria, se presentó a su imaginación.

Un domingo por la mañana, de vuelta de la misa, marchando las muchachas adelante y los mozos atrás por el angosto sendero de la capilla, oyó, de repente, la voz airada de la joven que lo llamaba.

—¡Sebastián, Sebastián!

De un salto salvó el espacio que de ella lo separaba y vio al aborrecido rival que, sujetando por un brazo a la indignada muchacha, trataba, entre las risas de las demás, de cogerla por la cintura.

La escena del pugilato aparecíasele envuelta en una espesa bruma. Todo había sido cosa de un momento. Entre la admiración de todos hizo morder el polvo al cínico galanteador y si no se lo arrancan de entre las manos, habrían allí, probablemente, terminado todas sus valentías.

Por algún tiempo nada se supo de él hasta que llegó la noticia de que, jurando vengarse de su descalabro, se había embarcado a bordo de un ballenero que zarpaba para una larga expedición a los mares del sur.

Sebastián alzó la cabeza. De la ribera ascendía una ligera niebla que iba perdiéndose en los flancos de la escarpada costa. Ahora venía una época de relativa calma. Entregado con ardor al trabajo, procuraba reunir el dinero necesario para adquirir una embarcación de más valía que el diminuto cachucho. Mas, esto iba para largo y empezaba a comprender que con sólo el trabajo de sus manos, tal vez no lo conseguiría nunca. Entonces la sorda hostilidad de la madre de Magdalena, aquella vieja avarienta y vanidosa a la vez, se hizo de día en día

más desembozada y tenaz. El no era un partido digno para su hija. Con su inexperiencia de muchacho y seguro del afecto de Magdalena, burlábase de aquella oposición. Ahora comprendía cuán torpe había sido al despreciar temible adversario. Mas, ya era tarde para remediar el mal. Sólo le restaba la venganza. Al llegar a este punto, un relámpago pareció animar las apagadas pupilas del pescador. En su rostro se dibujó una expresión de amenaza y de cólera intensa y honda. Mas esta excitación fue pasajera y volvió a abismarse en sus reflexiones. La escena de la taberna lo sumió en una profunda meditación. Aunque esa tarde había bebido copiosamente, recordaba todos los detalles. En medio de su embriaguez el padre de la joven había soltado la verdad, brutalmente. Hacía un mes que había llegado la carta. Estaba fechada a bordo del ballenero y había sido traída por una goleta que había completado, primero que el bergantín, su cargamento. Estaba dirigida a la madre de Magdalena, y en ella decía su rival que la expedición a la cual pertenecía, había realizado ganancias fabulosas de las cuales correspondíale, en su calidad de contramaestre, una no pequeña parte. Relataba algunas incidencias del viaje y concluía solicitando a Magdalena en matrimonio, pues sus intenciones eran establecerse en la ensenada e invertir su capital en grandes empresas de pesca, a las cuales asociaría a su futuro suegro.

El viejo terminó su confidencia diciendo que Magdalena, que había empezado por rechazar abiertamente todo compromiso con el marinero, había ido, poco a poco, cediendo a las instancias maternales y a la sazón, aunque no mostraba gran entusiasmo por el nuevo y ventajoso partido que se le proporcionaba, su repugnancia se había debilitado en gran parte. Todo aquello, dicho por la estropajosa voz del viejo que excusaba su debilidad con la voluntad indomable de su mujer, a la cual había estado siempre subordinado, le produjo el efecto de un mazazo en el cerebro. Mas, luego estalló en él una ira terrible. De un empellón derribó al vejete que quería retenerlo, y se abalanzó a comprobar, de la propia boca de Magdalena, la veracidad de aquella noticia. Pero, la excitación producida por la cólera y las libaciones convirtió aquella explicación en reyerta, que terminó en un rompimiento definitivo.

A las palabras duras que le dirigiera, contestó la joven con otras ásperas e incisivas que lo volvieron loco furioso. Aquella actitud suya había sido una nueva torpeza, pues tenía la convicción íntima de que Magdalena lo amaba, siendo la maléfica influencia de su madre la que la apartaba de sus brazos. ¡Si él tuviese algún dinero! Y el deseo furioso de ser rico, de poseer riquezas, penetró como un dardo en su cerebro sobreexcitado. ¡Ah, si pudiera evocar a los espíritus infernales, no titubearía un instante en vender su sangre, su alma, a

cambio de ese puñado de oro, cuya falta era la causa única de su infelicidad! Pensó en los tesoros que guardaba avaro en su seno el mar. En las leyendas fantásticas de cofres llenos de corales y de perlas, flotando a merced de las olas y que el genio de las aguas ponía al alcance de un humilde pescador.

El insomnio de la noche, los efectos de la orgía de la víspera, el derrumbe de sus esperanzas y los atroces celos que le atenaceaban el alma, marcaban sus huellas profundas en su semblante. Sentía una sed vivísima. Se levantó del banco y buscó debajo de la proa, extrayendo de un escondite hábilmente disimulado una botella. Quitó la tapa y bebió con ansia. Poco a poco su rostro pálido se coloreó. Un principio de embriaguez se pintó en sus verdosas pupilas. Cogió el remo y se puso a cinglar para salir de la corriente y acercarse más a la costa. De improviso, al doblar un cordón de arrecifes, distinguió por la proa, flotando sobre el agua, un objeto redondeado que llamó poderosamente su atención. Con un golpe de remo enderezó el rumbo y marchó en línea recta en demanda de aquello que despertaba su curiosidad. A medida que se aproximaba, su extrañeza se convertía en asombro. Luego, toda duda fuéle ya imposible; lo que sobresalía del agua a pocos metros de él era la cabeza de un hombre. Se acercó un poco más y un espectáculo extraño se presentó ante su vista. Un joven, casi niño, completamente desnudo, yacía sumergido hasta el cuello en las frías y salobres ondas. Su posición casi vertical se debía a un salvavidas sujeto debajo de los brazos, en el que se destacaba con letras azules este nombre: “Fany”.

Es un desertor, pensó Sebastián, recordando la fragata que al anochecer del día anterior había anclado cerca de la costa. Buscó con la vista el barco y lo distinguió navegando a velas desplegadas afuera del golfo. Como el nordeste que lo obligara a recalar allí cambiase horas después, había levado anclas y emprendido de nuevo su ruta desconocida.

Sin mucho esfuerzo se imaginó el pescador el grumetillo descolgándose del portalón de la nave a las altas horas de la noche. Mas, el fugitivo no había contado con la frialdad del agua, ni con la engañosa proximidad de la costa.

Sebastián contempló el cuerpo amoratado y rígido que se destacaba a través del agua transparente, y viendo que las azules pupilas del náufrago se clavaban en las suyas suplicantes, le dirigió algunas palabras en esa jerga tan común a la gente de mar. Pero de aquella boca, cuyos labios recogidos mostraban los blancos dientes, no brotó ningún sonido. La vida del grumete parecía haberse refugiado toda entera en sus inquietos y móviles ojos, cuya imploración muda

hizo por un instante olvidar a Sebastián sus propios pesares.

Se inclinó para desembarazarlo del paquete de ropas que tenía atado a la espalda, pero, no pudiendo desatar los nudos, buscó la navaja del marinero, guiándose por el cordón que asomaba entre los pliegues del traje de sarga azul. Tiró de aquel cordón y, mientras una extremidad quedaba fija en las ropas, en la otra apareció la navaja unida a otro objeto pesado y brillante. Era un portamonedas de mallas metálicas que Sebastián, casi sin darse cuenta de lo que hacía, abrió oprimiendo el resorte. Su contenido, una gruesa cantidad de monedas de oro, lo maravilló. Mentalmente trató de calcular el valor de aquellos áureos discos y de súbito se echó a temblar. Una idea siniestra acababa de herir su cerebro, dejándolo deslumbrado. Mientras su cabeza ardía, un frío glacial comenzó a descender a lo largo de sus extremidades. Una sed ardiente le abrasó las fauces. Cogió la botella y llevándola a sus labios, bebió el líquido que encerraba hasta la última gota. Casi instantáneamente cesó el nervioso temblor y su mirada adquirió una fijeza extraña de alucinado. Ya no pensaba en el náufrago. El mar, los arrecifes, la gallarda nave, todo aquel panorama habíase desvanecido, borrándose de su vista como una niebla lejana. Veíase triunfante junto a Magdalena que le sonreía ruborosa a través de su blanco velo de desposada. Era el día de boda. La magnífica chalupa que los conducía de regreso del puerto era de su propiedad y volaba sobre las aguas, impulsada por sus ocho remos como una rauda gaviota.

De repente, su rostro transfigurado por una felicidad suprema se ensombreció. Conservando en la diestra la navaja y el portamonedas, su mirada se clavó en el náufrago dura y fulgurante como la hoja de un puñal. Mientras hacía jugar el muelle del arma, aquel rostro juvenil vuelto hacia él con expresión de angustioso terror, le pareció el genio del mal que surgía de su antro, en las profundidades, para arrebatarle la felicidad. Un simple tajo en el caucho del salvavidas y aquel obstáculo desaparecería para siempre. Durante un minuto vaciló. Todo lo que en él había de generoso y noble pugnó por sobreponerse en la terrible lucha que se libraba en su corazón. Un golpe sordo en el agua hízole estremecer. Un gran pájaro marino se levantaba de un círculo de hirviente espuma, llevando en su férreo pico un vivido y plateado pez. Siguió al ave en su vuelo y, de súbito, su cuerpo vibró de pies a cabeza, como si hubiese recibido el choque de una corriente galvánica. En el blanco velamen del barco, hundiéndose en el horizonte, vio al ballenero que volvía. Sus ojos adquirieron otra vez aquella inmóvil fijeza. Contemplaba de nuevo a Magdalena ataviada con su traje de novia, pero ya no era él el que estaba a su lado, junto al lecho nupcial, sino el

otro. Mirábala sonreír mientras aquel rostro bestial, convulso por el deseo, se aproximaba al de ella, fresco y purpúreo como una rosa. Vio, en seguida, cómo una mano, más bien una garra, en cuyo dorso había grabada una ancha ancla, se posaba en el blanco y nacarado seno...

Un sordo rugido se escapó por entre sus dientes apretados y se inclinó veloz sobre la borda. El salvavidas se desinfló instantáneamente; la rubia cabeza se hundió en el agua y Sebastián vio durante un segundo los ojos azules del náufrago crecer, aumentar, salirse casi de las órbitas, sin que pudiera apartar sus ojos de la terrífica visión. El cuerpo inclinábase de espaldas hasta tomar la posición horizontal y, de pronto, le pareció que el descenso se interrumpía, sintiendo, al mismo tiempo, en la diestra un leve tirón. Desencogió las falanges y la navaja y el portamonedas atraídos por el delgado cordoncillo, saltaron por encima de la borda y desaparecieron en el mar.

Con la vista extraviada, desencajado el semblante, el pescador, dando un brinco, que casi hace zozobrar la embarcación, se precipitó sobre el remo y comenzó a cinglar desesperadamente.

Seis días han transcurrido. Sebastián, sentado en el banco de popa de su esquife, déjase arrastrar por la corriente en dirección al sur. Los ojos del pescador tienen un brillo y expresión extraños. Su lívido semblante, azorado e inquieto, sufre continuas transmutaciones. Sus ropas, en desorden, están cubiertas de fango. A veces sus miembros se crispan convulsivamente, los ojos parecen saltársele de las órbitas y se vuelve con presteza a la derecha o a la izquierda buscando la causa de aquel estruendo que, como un pistoletazo, acaba de resonar en sus oídos. Su existencia, durante la semana que acaba de transcurrir, ha sido una orgía continua. Aquella mañana se encontró tirado en el arroyo frente a la taberna. Se levantó y echó a andar como un autómata. Una vez en la caleta, un leve esfuerzo le bastó para que flotara el bote, pues la marea comenzaba ya a lamer su filosa quilla. Sentado en el banco, nada recuerda, en nada piensa. En su cerebro hay un enorme vacío y ve las más extrañas y raras figuras desfilar por delante de sus ojos. Todo lo que mira se transforma al punto en algo extravagante. El dorso de un arrecife es un disforme monstruo que le acecha a la distancia y la extremidad del remo se convierte en un diablillo que le hace burlescos visajes. Por todas partes seres extraños, con vestimentas azules o escarlatas, bailan infernales zarabandas.

De súbito, un halcón marino se precipita de lo alto y se hunde en el agua, a

pocos metros de un arrecife. El ruido de la caída y el blanco penacho de espuma que levanta el choque, produce en el pescador una agitación extraordinaria. Mira con ojos extraviados y el sopor de su espíritu se desvanece. Está en el sitio y muy cerca del escollo junto al cual se hundiera la rubia cabeza del náufrago. Y estremecido, presa de infinito terror, se acurruca en el fondo del bote. Aunque la vista del mar le causa invencible pavura, una fuerza más poderosa que su voluntad lo obliga a alzar poco a poco la cabeza. El temblor de sus miembros y el castañeteo de sus dientes aumentan a medida que se asoma sobre la borda. Trata de rebelarse, pero, vencido, dominado por aquel irresistible poder, quédase inmóvil, con las pupilas inmensamente dilatadas fijas en el agua que acaricia los costados del bote con chasquidos que asemejan amorosos ósculos.

En un principio sólo ve una masa líquida, de un matiz de esmeralda intenso. Mas, a medida que su vista se hunde en ella, las capas del agua se tornan más y más transparentes. Muy luego divisa el fondo de arena tapizado de conchas marinas y de pronto algo confuso, de un tinte blanquecino, que destaca allí abajo, atrae toda su atención. Como a través de un cristal empañado, que va perdiendo gradualmente su opacidad, los contornos de aquel objeto informe se precisan, adquieren relieve y el conjunto se destaca poco a poco con claridad y nitidez.

De súbito una terrible sacudida agita de pies a cabeza a Sebastián... El cuerpo está acostado de espaldas, con las piernas entreabiertas y los brazos en cruz. Su boca, sin labios, muestra dos hileras de dientes afilados y blancos, y de sus órbitas vacías brotan dos llamas que van a clavarse, como otros tantos dardos, en las verdes pupilas del homicida, quien, en el paroxismo del terror, trata inútilmente de sacudir la inercia de sus miembros y huir de la pavorosa visión. Una fatal fascinación lo posee; quisiera cerrar los ojos, apartarse de la borda, pero ni uno solo de sus músculos le obedece.

Y el muerto sube. Abandona suavemente su lecho de conchas y asciende en línea recta a la superficie sin cambiar de postura, extendido de espaldas, con las piernas entreabiertas y los brazos en cruz. En su horrible rostro hay una expresión de venganza implacable, de aguda ferocidad. Un sordo estertor brota de la garganta de Sebastián. Su cuerpo tiembla como el de un epiléptico, mas no puede apartarse del flanco del bote.

Y el ahogado sube, sube cada vez más a prisa. Ya está a diez brazas, ya está a cinco, luego a dos. Y en el instante en que los brazos del muerto se tienden para

cogerle en un abrazo mortal, el pescador, dando un tremendo salto, va a caer de pie sobre la popa de la embarcación. De ahí brinca a un arrecife, donde el bote abandonado a sí mismo ha ido a chocar y, ganando la parte más alta de la roca, mira despavorido a su derredor. Mas, apenas su vista se ha posado en el borde del agua, cuando salta de allí a la parte opuesta para volver al mismo sitio un segundo después y, loco de terror, de un arrecife pasa a otro, con los cabellos erizados, flotando al viento.

Es que él está ahí y lo persigue. El agua hierve en tormo de los escollos con las arremetidas del ahogado que azota las olas como un delfín. Está en todas partes, a derecha e izquierda, delante y detrás. Sebastián oye rechinar sus dientes y ve, a través del agua, el cuerpo hinchado, monstruoso, con sus largos brazos prestos a asirle al menor descuido o al más ligero traspié. Y para evitarlo salta, se escurre, se agazapa, corre de aquí para allá desatentado, sin encontrar un refugio contra la horrenda y espantable aparición.

De improviso se encuentra preso en un arrecife solitario. La marea le ha interceptado el paso y no puede ya avanzar ni retroceder. A medida que el agua sube y el peñasco se hunde, el ahogado estrecha el cerco y redobla sus acometidas. Varias veces el pescador ha creído sentir en sus desnudas piernas el contacto frío y viscoso de aquellos brazos que, como los tentáculos de un pulpo, se tienden hacia él con una avidez implacable, el fugitivo multiplica sus movimientos, su pecho jadea, la fatiga lo abruma. De pronto, mientras agita sus manos en el vacío y lanza un pavoroso grito, una ola viene a chocar contra sus piernas y lo precipita de cabeza al mar.

Mientras el sol distánciase cada vez más de la cima de los acantilados, el bote se aproxima con lentitud a la playa, sacudido por el espumoso oleaje, sobre el cual los halcones del océano se deslizan silenciosos, escudriñando las profundidades.

La chascuda

La historia tal como nos la narró el hacendado es más o menos así: Hacia ya dos años que era juez de distrito en X, empezó nuestro amigo, cuando las hazañas de La Chascuda me obligaron a tomar cartas en el asunto para investigar lo que hubiese de verdad en los fabulosos cuentos que relataban los campesinos, acerca del misterioso fantasma que traía aterrorizados a los caminantes que tenían precisión de pasar por la Angostura de la Patagua.

El primer mes pasaron de doce los viajeros que tuvieron que habérselas con él, y este número fue en aumento en el segundo y tercer mes hasta que, por fin, no hubo alma viviente que se atreviese a cruzar sin buena compañía por el sitio de la temerosa aparición. Este estaba situado en la medianía de la carretera que va desde mi hacienda, Los Maitenes, hasta el pueblo de X.

Llamábasele la Angostura de la Patagua porque ahí el camino atravesaba una profunda zanja cavada por las aguas lluvias al borde mismo de una hondísima quebrada en cuya ladera arraigaba una patagua gigantesca. Las ramas superiores cruzaban por encima de la carretera y cubrían el extremo inferior del foso. Aquel lugar, verdaderamente siniestro y solitario, era el que había elegido La Chascuda para sus apariciones nocturnas. Todos los que la habían visto estaban acordes en la descripción del fantasma y en los relatos que hacían de los detalles del encuentro. Referían que, al llegar a la zanja, un poco antes de pasar por debajo de las ramas de la patagua, el caballo deteníase de improviso, daba bufidos y trataba de encabritarse, y que cuando obligado por el látigo y la espuela descendía al foso, súbitamente se descolgaba del árbol y caía sobre la grupa del animal un monstruo espantable cuya vista producía en los jinetes tal terror que la mayoría se desmayaba con el susto.

El cuerpo del fantasma, con brazos y piernas descomunales, estaba cubierto de un pelaje largo y rojizo. La mitad del rostro era de hombre y la otra mitad era mujer. Pero lo que caracterizaba a la aparición y le había dado el nombre que tenía, era su peculiarísima cabellera dividida en dos partes desde la nuca hasta la frente. En el lado derecho que correspondía al rostro de hombre era blanca como la nieve y estaba alisada y peinada cuidadosamente. En cambio, en el lado

izquierdo, que correspondía al rostro de mujer, era negra y enmarañada como chasca de potranca chúcara.

En cuanto el caballo sentía en las ancas aquello que parecía caer de las nubes, se tiraba de espaldas y se ponía a brincar y cocear hasta que el jinete rodaba por el suelo. Otras veces era La Chascuda misma la que lo cogía por el pescuezo y lo arrojaba de la montura. Pasado el susto y el aturdimiento, el viajero se levantaba y seguía tras su espantada bestia, guiado por la luz de la luna, porque acontecía el hecho curioso de que La Chascuda no se presentaba jamás en las noches oscuras. Pero, lo más extraño del caso es que los sorprendidos por la aparición eran despojados de un modo misterioso de cuánto dinero u objeto de valor llevaban encima, como ser fajas de seda, frenos y espuelas de plata. ¿Era el fantasma el ladrón o algún caminante que aprovechándose de la pérdida del conocimiento de las victimas los desvalijaba a mansalva?

Esta última suposición era contradicha por algunos de los robados, quienes aseguraban que mientras estaban tendidos en tierra, paralizados por el terror, sentían, sin que les quedara la menor duda, cómo las manos del fantasma les andaban en los bolsillos. Todos estaban también conformes en proclamar la prodigiosa fuerza de La Chascuda, que los tomaba por el cuello y los sacaba de la montura con una facilidad increíble. Muchos conservaban por algún tiempo, marcadas en la garganta, las huellas de las garras del monstruo. Mas, salvo alguna que otra contusión producida por la caída y la pérdida del portamonedas u otro objeto, los favorecidos por la aparición no tenían otra cosa que referir. Pero una mañana me despertaron a la salida del sol para imponerme de que había un muerto en la Angostura de la Patagua. Hice ensillar mi mejor caballo y me dirigí hacia allá acompañado de un grupo de huasos y del campesino que trajo la noticia, que era hermano del difunto.

Por el camino, el pobre muchacho me fue refiriendo el suceso. Estaba durmiendo, me dijo, cuando lo despertó el ladrido de los perros y el galope de un caballo que venía a escape por la carretera. Al enfrentar el rancho se detuvo lanzando resoplidos y relinchos. Abrió entonces el ventanillo que daba al camino y distinguió a la luz de la luna un caballo ensillado y sin jinete en el que reconoció inmediatamente al alazán de su hermano. Se vistió a toda prisa temiendo una desgracia y se dirigió al encuentro del animal. Este, que parecía muy asustado, no lo dejaba aproximarse y sólo con gran trabajo pudo poner pie en el estribo y colocarse sobre la montura, lanzándose en seguida a toda rienda en la dirección traída por la azorada bestia. Un presentimiento le decía que en la

Angostura de la Patagua iba a encontrar la razón del por qué el alazán había llegado a casa sin jinete. Y por desgracia este presentimiento se vio muy luego confirmado. En cuanto hubo llegado al declive de la zanja, el caballo se negó tenazmente a seguir adelante. Se desmontó, sacó la manca del arzón y la colocó en las patas delanteras del animal. Hecho esto, bajó por la pendiente y lo primero que se presentó a su vista fue el bulto de un hombre tendido de espaldas en el foso. Era Pancho, su hermano menor, que aún no cumplía dieciocho años. Lo tomó en sus brazos y lo sacó afuera para examinarlo a la luz de la luna. Respiraba aún; lo llamó repetidas veces; ¡Pancho, Pancho! hasta que el joven abrió los ojos y lo reconoció, sin duda, porque le apretó las manos y después de algunos esfuerzos consiguió murmurar débilmente: ¡Fue La Chascuda, hermano! En seguida abrió la boca, lanzó un quejido y expiró. Apenas se convenció de que estaba muerto montó a caballo y se vino, esa misma noche, a denunciarme lo ocurrido.

Le pregunté si el cadáver presentaba señales de golpes o heridas. Me contestó que nada había visto, pero que al difunto le faltaban las espuelas que eran de plata y la faja de seda de la cintura. Tampoco tenía el portamonedas en el que debía estar el producto de la venta de unas riendas que había llevado aquella mañana a la población.

Estaba el sol bastante alto cuando llegamos junto al cadáver. Como lo dijera el campesino, no tenía en el cuerpo señales de violencia. Se ha muerto de susto, decían mis acompañantes, pero yo tenía otra opinión que un atento examen confirmó plenamente: el desgraciado muchacho, sea a consecuencia de la caída o de otra causa, tenía rota la columna vertebral.

Mientras se improvisaba una parihuela para conducir al muerto, me ocupé en hacer una inspección del terreno. Hasta entonces no había dado grande importancia a las hazañas de La Chascuda, pero esta última había pasado los límites de mi indiferencia al respecto, y estaba decidido a emplear la mayor actividad para descubrir al asesino y castigar de una vez por todas sus innumerables fechorías.

Desde el primer momento me convencí de que aquel era un asunto oscuro muy difícil de desenredar. Yendo de Los Maitenes, es decir, de oriente a poniente, en una extensión de dos leguas el camino bordeaba la orilla izquierda de la quebrada del Canelo que sólo se podía cruzar por un puente situado a tres cuartos de legua de la Angostura de la Patagua. Siguiendo desde aquí el curso de

las aguas, había un vado a una legua de distancia. Exceptuando el vado y el puente, la quebrada era absolutamente infranqueable por otro punto. Todo el terreno recorrido por el camino hasta muchas cuadras hacia el sur, estaba formado por desnudos lomajes donde no se veía ni un árbol ni un matorral. Sólo en el lugar en que aparecía el fantasma, una escarpada colina en forma de espolón se avanzaba hacia la quebrada, obligando a la carretera a estrecharse en aquel sitio y a cruzar el foso.

El paraje elegido por La Chascuda para sus asaltos se prestaba admirablemente para una emboscada. No había medio de eludir aquel mal paso. Me asomé al borde de la quebrada y examiné la viejísima patagua, cuyo copudo ramaje cubría como un toldo el pequeño barranco que cortaba la carretera. Su grueso y nudoso tronco destacábase del flanco de la quebrada a diez metros bajo mis pies. Desde ahí hasta la espesa y verde maraña de las quilas, debajo de las cuales se deslizaba el arroyo (otros treinta metros a lo menos), sólo se veían, en el muro liso, cortado a pique, algunos voquis y espinos raquíticos. En el lado opuesto de la quebrada la vertiente desaparecía bajo un espeso bosque de robles, de peumos y de arrayanes. El resultado de esta inspección vino a confirmarme en la creencia de que sólo los pájaros podían salvar aquella enorme depresión del terreno. Tenía ya un hecho cierto.

El forajido no podía venir ni huir por ese lado. Para llegar hasta la patagua y para alejarse de ella tenía forzosamente que atravesar un espacio descubierto y liso como la palma de la mano. Nada más fácil entonces que ocultarse en el barranco y echarle la zarpa cuando se presentase a ejercer su lucrativo oficio. Este plan me pareció magnífico y decidí ponerlo en práctica esa misma noche, pero cuando iba a comunicarlo a los que me acompañaban me asaltó una reflexión: ¿No sería conveniente registrar el árbol por si se encontraba un indicio que nos guiase en la pesquisa? La idea era excelente y para realizarla les indiqué se subiesen y escudriñasen entre las ramas. Con sólo ver la expresión de sus caras comprendí que se burlaban de mi proposición. ¿Rastrear a La Chascuda? ¡Seguirle la pista! ¡Sólo a un futre podía ocurrírsele semejante proyecto!

Uno de ellos no pudo resistir y me dijo socarronamente:

—No piense, patrón, en seguirle el rastro a La Chascuda. Estas son cosas del otro mundo. Lo que hay que hacer es cortar la patagua y rellenar la zanja. Luego no estaría de más rezar algunos credos y desparramar un poco de agua bendita.

La idea de cortar la patagua y rellenar la zanja me pareció felicísima y determiné llevarla a cabo en cuanto nos apoderásemos del malhechor.

La inspección del ramaje y aun del tronco, para ver si había en él un hueco que sirviese de escondite, no dio ningún resultado, lo que acentuó la expresión irónica y triunfante que resplandecía en el rostro de los incrédulos campesinos.

Para abreviar diré a ustedes que, al anochecer, acompañado de seis jinetes elegidos entre los que me parecieron los más valientes e intrépidos del fundo, galopaba en demanda de la Angostura de la Patagua. La noche era oscura y ni un alma encontramos en la solitaria carretera. Al llegar a una pequeña hondonada, a cuatro o cinco cuadras del temido paso, hice alto, ordené echar pie a tierra y expuse a mis acompañantes con toda claridad mi plan. Dos se quedarían al cuidado de los caballos y los otros cuatro marcharían al sitio de la aparición, donde se ocultarían lo mejor que pudiesen en los repliegues del barranco. En seguida yo, caballero en el mulato, fingiéndome un caminante cualquiera cruzaría por debajo de la patagua, y muy torpes debíamos ser, en caso de que apareciese La Chascuda, para dejarla escapar.

Contra lo que yo esperaba, este magnífico plan no despertó el menor entusiasmo entre mis oyentes. Mudos e inmóviles como postes se quedaron cuando ordené:

—¡Vamos, muchachos, entreguen las riendas a Venancio y a José y caminen sin ruido hacia la zanja! Una vez allí agazápense bien en la sombra de la colina y descuélguense por la parte de arriba del barranco. De este modo, si La Chascuda está ya, como me parece, emboscada en la patagua, no podrá verlos; pero podría sentirlos por lo cual recomiendo la mayor prudencia.

Apenas hube concluido se dejó oír un murmullo de descontento y percibí claramente estas palabras dichas entre dientes:

—Yo no voy, yo tampoco, ni yo.

Sentí que se me subía la sangre a la cabeza y les dije con voz contenida pero temblorosa de cólera:

—¡Cobardes, van a ejecutar inmediatamente mis órdenes! ¡Ay del que desobedezca!

Ninguno se movió. Acostumbrado a que cumplieran mis mandatos al pie de la

letra, bastándome a veces fruncir el ceño para que el más osado de ellos se echase a temblar, casi no podía concebir tal desacato, y ciego de rabia empuñé la huasca y empecé a repartir azotes a diestra y siniestra. Cuando cansado bajé el brazo una voz que conocí ser la de Pedro me dijo:

—Patrón, llévenos a donde está la cuadrilla del Cola de Chicharra y aunque seamos uno contra diez no recularemos carta. Una cosa son duendes y ánimas en pena y otra hombres de carne y hueso. Un cristiano no debe ponerse a cazar fantasmas. Las cosas del otro mundo son sagradas, patrón, y el que se mete con ellas tienta a Dios, Nuestro Señor, que permite las apariciones.

Me calmé un tanto y traté de convencerlos de lo infundado de sus temores. Mas todo fue completamente inútil. Ni ofrecimiento ni amenazas dieron el menor resultado. La superstición era en ellos más fuerte que las más tentadoras promesas. A todas mis instancias sólo respondían:

—A caballo, patrón.

Rabioso por este contratiempo me empiné en los estribos y les dije con un tono preñado de amenazas:

—¡Está bien, hato de cobardes, mañana ajustaremos cuentas!

Y volviendo riendas me encaminé resueltamente a la Angostura de la Patagua. Apenas me había alejado un poco cuando oí a mis espaldas la voz suplicante de José, mí sirviente de confianza, que me decía:

—¡Patrón, patroncito, vuélvase por Dios! La Chascuda es el diablo mismito. Venancio le vio la otra noche los cuernos y la cola.

Tiré de las riendas y me volví rabioso:

—¡Alto aquí canalla —proferí—, al que se venga detrás lo mato como a un perro!

Y prometiéndome hacerles pagar bien cara su deserción, emprendí de nuevo la marcha. En ese momento apareció la luna iluminando brillantemente la campiña. Delante de mí, al pie de la escarpada colina, vi destacarse las ramas superiores de la patagua. A medida que me acercaba al camino saliendo de la hondonada, el negro follaje del árbol elevábase poco a poco dominando el desolado paisaje.

Una reflexión nada grata, por cierto, me asaltó en ese momento. Pensé que si la famosa Chascuda estaba ya al acecho no podía menos que verme desde su observatorio en el sombrío ramaje. Mas, mi resolución era irrevocable. Sucediera lo que sucediera, yo intentaría la aventura de pasar bajo el siniestro toldo, aunque supiese que el Diablo en persona iba a descolgárseme encima. Aumentaba mi valor la proximidad de mi gente que estaba seguro acudiría en mi auxilio a la primera señal.

Para mí no había duda de que el nocturno asaltante era algún vecino de los alrededores que se disfrazaba de fantasma para aterrar a las víctimas con la visión de su espantable vestimenta, lo cual le permitía desvalijarlos sin los riesgos que la violencia trae generalmente consigo. Mientras refrenaba la cabalgadura, manteniéndola al paso, iba mentalmente elaborando un plan de ataque y de defensa. Confiado en mis buenas piernas de jinete y en el brioso animal que me conducía, contaba con no dejarme sorprender por la espalda. Descendería al barranco oído alerta y ojo avizor y, al más leve crujido del ramaje clavaria espuelas y cruzaría la zanja como un relámpago. Muy lista debía ser La Chascuda si lograba caer sobre la grupa del caballo como era, según se decía, su modo habitual de acometer. Además del revólver llevaba en el arzón delantero un afilado machete, arma que me parecía la más apropiada para un combate cuerpo a cuerpo con adversario que nos ataca de improviso.

Aunque no soy cobarde, a medida que me acercaba al temido sitio una extraña angustia me oprimía el pecho; experimentaba una sequedad a la garganta y el corazón me palpitaba con fuerza. Llegado al borde de la barranca y antes de empezar el descenso, escudriñé el espeso follaje. Por más que miré y remiré nada observé de sospechoso. Ni una hoja se movía en el árbol. Mas la calma, la soledad y el medroso silencio de aquel paraje embargáronme de tal modo el ánimo, que estuve a punto de torcer riendas y abandonar definitivamente la empresa. Pero esto sólo fue cosa de un segundo. Me afirmé en los estribos, desnudé el machete y clavando las espuelas en los ijares del caballo me precipité en la barranca.

De lo que pasó en seguida sólo conservo un recuerdo confuso. Apenas me encontré debajo de la patagua, sentí que un enorme peso caía sobre mis hombros. Antes de que me diera cuenta exacta de la agresión, el mulato se levantó de manos y se tiró de espaldas. Me pareció que mi cabeza chocaba con algo blando y una espesa niebla veló mi vista. Mas, no perdí del todo el conocimiento, pues sentí cómo unas manos ágiles me andaban en las ropas y me

registraban los bolsillos. De pronto, haciendo un enorme esfuerzo, vencí aquella especie de sopor y me incorporé: un espectáculo extraordinario se presentó a mis ojos. Sobre el borde opuesto del barranco había una extraña y horrible figura en la cual reconocí a La Chascuda tal como me la pintaran los campesinos. Mientras buscaba febrilmente el revólver o el machete, el fantasma se asió de una rama e izándose como un acróbata desapareció entre el follaje.

Permanecí durante algún tiempo inmóvil y aturdido, hasta que de pronto un galope furioso me sacó de mi atolondramiento. Eran José, Venancio y los demás que gritaban:

—¡Patrón, patrón!

Me levanté de un brinco y salí a su encuentro. Me enterneció la alegría de los pobres muchachos. Me habían creído muerto al ver venir hacia ellos, a revienta cincha, al mulato sin su jinete.

Para abreviar diré a ustedes que hicimos guardia toda la noche junto a la patagua. A pesar del golpe, de la pérdida del revólver, del machete y de la cartera, yo estaba contentísimo. El bandido había sido preso en sus propias redes. Al amanecer arrancaríamos al fantasma de su madriguera, en traje de carácter. Cómo me iba a reír al presentárselo a Venancio cogido de una oreja:

—Toma, aquí tienes al Diablo que viste la otra noche.

Pueden, pues, imaginarse el desconcierto que se apoderó de mí cuando al salir el sol se registró el árbol y no se encontró en él nada, absolutamente nada, ni siquiera una lagartija. Yo mismo recorrí el tronco de arriba abajo buscando algún hueco, algún escondrijo, alguna trampa, pero tuve que rendirme a la evidencia: La Chascuda se había desvanecido sin dejar tras de sí la menor huella como un auténtico y legítimo fantasma.

Por vez primera dudé de la percepción de mis sentidos, y aun creí que el golpe en la cabeza había perturbado mis facultades. Era tan inverosímil, tan extraordinario lo que me pasaba que, por un instante, temí volverme loco. Y quién sabe hasta dónde hubiese llegado mí trastorno y el desequilibrio de mis ideas si no recibiera ese mismo día aviso de que mi padre estaba gravemente enfermo en la capital de la provincia.

Abandone precipitadamente el fundo y no regresé a él sino mes y medio

después.

En la tarde del día siguiente de mi llegada fueron a avisarme que, mientras trillaba, el caballo de uno de los corredores a la estaca se había dado vuelta aplastando a su jinete, que fue retirado de la era con grandes contusiones internas. El herido quería, según lo expresaron los mensajeros, revelarme un secreto para lo cual había pedido me llamasen sin demora. Cuando llegué, el enfermo parecía muy decaído, pero al verme se reanimó. Sus primeras palabras fueron:

—¿Se acuerda de mí, patrón?

Lo miré atentamente y a pesar de lo demudado del semblante reconocí en aquel hombre al hermano del muchacho que vi una mañana muerto en la Angostura de la Patagua.

Hice un signo de asentimiento y el moribundo con voz débil continuó:

—Lo que tengo que decirle es que hará cosa de un mes vi en unas carreras a un individuo cuya cara me era desconocida. Mientras topeábamos en la vara le divisé amarrada en la cintura una faja de seda igual a la de mi hermano. El color era el mismo y hasta tenía la misma mancha negruzca en la flecada. Mientras más miraba aquella prenda más seguro estaba de no equivocarme. Él debió sin duda sorprender mis miradas, porque desde ese momento empezó a esquivarse de mí, yéndose por otro lado. Las noticias que me dieron me dejaron muy caviloso y, atando cabos, se me ocurrió de repente una idea que fue como una corazonada. Sin perder tiempo me trasladé a la Angostura de la Patagua para ver si había acertado en mis sospechas. Me encaramé en el árbol y después de registrar un rato las ramas bajas del lado contrario al camino, encontré lo que buscaba: entre dos ganchos muy juntos había un trozo de voqui que parecía haber crecido allí, pero me bastó raspar con la uña para descubrir la cabeza de un grueso clavo en uno de sus extremos. Miré delante de mí y todo quedó explicado: frente a la Angostura, en el otro lado de la quebrada, hay como usted sabe un roble cuyas ramas más altas quedan muy cerca de la copa de la patagua. No necesité de más para saber dónde estaba escondido el columpio.

Las palabras del herido fueron para mí un rayo de luz. Mirélo ansiosamente y él con voz débil prosiguió:

—Fui a casa, busqué un coligüe largo y fuerte y en una de sus puntas aseguré un

viejo yatagán que mi hermano tenía siempre en la cabecera de su cama. Volví en seguida a la patagua y coloqué la quila entre los dos ganchos apuntando al ramaje del roble. Una rozadura en el voqui me indicaba el punto preciso donde el columpio venía a chocar con su carga nocturna. Calculé que la punta del yatagán quedase a la altura del estómago y, dando una última mano a las amarras, me marché esperando llegase la noche que casualmente era de luna llena.

Ahora que sabía que La Chascuda no era un espíritu del otro mundo, la idea de la venganza no me dejaba sosegar. Esa tarde la pasé en el campo y, antes de que anocheciera del todo, ya estaba yo oculto cerca de la barranca.

En cuanto salió la luna mis ojos se clavaron en el ramaje del roble. Veía perfectamente el claro que había entre los dos árboles y esperaba lo que iba a suceder con el corazón palpitante de miedo y angustia. Poco a poco fue elevándose la luna en el ciclo despejado, lleno de estrellas, y empezaba ya a cansarme cuando me pareció oír muy lejos el galope de un caballo en la carretera. Me volví hacia el roble y, en el mismo momento, un gran bulto salió de entre sus ramas y cruzó el claro en dirección a la patagua como un pájaro gigantesco. Fue algo como un relámpago. Oí un grito horrible. Los cabellos se me erizaron y eche a correr desatentado, perseguido por aquel espantoso alarido que desde aquella noche maldita no ha cesado de atormentarme.

Al llegar a este punto calló el enfermo y aunque hizo algunos esfuerzos para continuar no pudo conseguirlo: había entrado en agonía.

Para que ustedes comprendan mejor el relato del moribundo, díjonos nuestro huésped, bueno es que sepan que había sido años atrás descortezador de tingues en la sierra de Nahuelbuta. Su oficio de linguero lo había familiarizado con el puente-columpio que usan los que habitan en los bosques para salvar las quebradas. Un procedimiento sencillo e ingenioso permite fijar automáticamente el columpio en el punto de llegada, quedando listo para el regreso.

Cuando la faja de seda lo hizo fijar la atención en el desconocido, una de las noticias que de él obtuvo fue que también había sido linguero. A este dato revelador había que agregar que había levantado su vivienda frente a la Angostura de la Patagua, en la vertiente opuesta de la Quebrada del Canelo, en una fecha que coincidía con las primeras apariciones del fantasma. Estos hechos y otros de menor importancia, según averigüé después, fueron los que

despertaron las sospechas del astuto campesino y lo llevaron a descubrir el misterio.

Para terminar esta larga historia sólo me falta referirles que aquella misma tarde después de grandes fatigas, atando por sus extremidades una docena de lazos, se consiguió llegar al fondo de la quebrada y extraer el cadáver. Aunque en estado de extrema descomposición, como las malezas lo habían protegido de las aves de rapiña, estaba más o menos intacto. Conservaba su ridícula vestimenta: una especie de túnica de piel de carnero, teñida con anilina roja, y la grosera peluca de crines de caballo, blancos en un lado y negros en el otro, que le había valido su famoso nombre. Un mohoso yatagán, con un trozo de coligüe atado a la empuñadura, atravesaba de parte a parte el enorme cuerpo, por encima de la tercera costilla.11chascuda

El país de la leyenda

Alberto Edwards

El imaginario que comparte una sociedad se puede proyectar como un territorio psíquico que define las fronteras que contienen, localizan y configuran la recepción y la creación de ficciones de una comunidad. Así, resulta plausible disociar este territorio psíquico de la espacialidad geográfica del autor y asistir a procesos de importación de un imaginario otro, que se construye en referentes de una macroestructura superior a la sociedad particular del autor, la abstracción de la sociedad civilizada occidental.

Como acusa el título, El país de la leyenda se construye en base a la tensión latente de dicha disociación. Alberto Edwards presenta un personaje melancólico de los paisajes y aventuras contenidas en las lecturas de su juventud; referentes europeos siempre situados en algún lugar aún incivilizado, o en algún pasado lejano. Aun cuando el personaje declara su pasión por la dimensión fantástica de sus referentes, esta siempre se resuelve en un algún otro lugar lo suficientemente alejado para no violentar los códigos de la civilización occidental que lo constituye. Así, su personaje se permite huir del aburrimiento que presupone la homogenización de la sociedad occidental —y de su imaginario personal— por los caminos que han trazado los mythos europeos de la época; la romantización del colonialismo y la búsqueda del otro absoluto, una cultura salvaje e inocente que permita resolver en comedia cualquier proceso de transculturación que sufra en su “descubrimiento”. Como bien expresa su personaje, existe la búsqueda de lo pintoresco; un paisaje lo suficientemente distinto para suspender momentáneamente los códigos de la civilización occidental, pero en ningún caso para tomarse en serio; pintoresco como una postal turística que albergue una historia en calidad de suvenir. Sin embargo, es rescatable como el proceso de ficcionalización y desactivación del Otro se plantea a lo largo del relato desde y hacia el territorio nacional. El viaje del protagonista se motiva desde la importación de un imaginario extranjero que lo empuja hacia sus fronteras de la

civilización y la fantasía, solo para encontrar su meta en una cultura creada gracias al ejercicio inverso, la exportación del imaginario chileno.

Finalmente, tanto la tensión entre ambos procesos, como el enfrentamiento a la visión carnavalesca del imaginario nacional y la transgresión a los códigos de la civilización occidental son resueltos en el relato a través de la anécdota del personaje, la presentación esperpéntica del Otro y el triunfo de los códigos racionales de una sociedad hegemónica.

Alberto Edwards Vives (1873-1932), político, periodista, escritor y ensayista. Dentro del quehacer literario destaca la fundación y codirección de Pacífico Magazine (1913-1921), revista dirigida a la clase alta chilena que, además de tratar una variedad de temas de actualidad, también supo albergar y conectar a grandes exponentes literarios de la época, publicando en formato folletín crónicas, relatos fantásticos y reseñas —además de haber sido una plataforma para el desarrollo de la ilustración nacional. En las páginas de la misma, Edwards publicó a su personaje Román Calvo, uno de los primeros referentes de la novela policial chilena.

En el país de la leyenda

I

ANDAN MUCHOS Tartarines por el mundo. Yo fui uno de ellos. Cuando muchacho me apasionaban los viajes raros por países exóticos y lejanos, las aventuras maravillosas, lo desconocido y lo fantástico. Empleaba casi todo mi dinero en adquirir los modernos libros de caballería, de Julio Verne y de Maine Reíd. Por fortuna para el equilibrio de mis dificultades, Wells no era conocido aún.

Apenas comenzaba a luchar por la vida, cuando llegaron a mi noticia portentosas descripciones del Tíbet, aquella tierra extraña, aislada hasta entonces del resto del mundo, ajena a las transformaciones de la humanidad, donde se ha conservado hasta hoy, como por milagro, una civilización patriarcal, análoga a la de la vieja Caldea y a la de los más antiguos faraones. En poco estuvo que no mal gastara en un viaje al Tíbet los pocos pesos que había reunido.

Más tarde, con más años y sobre todo con más dinero, se volvió a apoderar de mí el deseo de un viaje estrambótico… ¿A dónde iría? Por desgracia, no hay ya donde escoger. El mundo va haciéndose lamentablemente monótono… Los ferrocarriles y el sombrero de copa han concluido por todos los rincones del planeta. Lo pintoresco y el original desaparecen. El rey de Siam, lo más parecido que según mis noticias nos resta a los soberanos de “Las Mil y Una Noche”, toca el autopiano y anda en automóvil. Ya no falta mucho para tomar un boleto de segunda para la reina del desierto, la misteriosa Tomboctú… ¿A dónde ir, pues?

Al fin me decidí por Borneo.

Es aquella una isla tan extensa como Chile, de litoral escasamente recortado, macizo, cubierta de impenetrables selvas. A estas circunstancias y al estar atravesada por la línea ecuatorial, debe Borneo el no haber sido marchitada hasta hoy, si no en las vecindades de la costa, por la prosaica civilización de nuestros

tiempos.

Iría, pues, al interior de Borneo. ¿Qué se me esperaba allí?

Por de pronto iba a recrearse la vista con todo género de magnificencias naturales. La vegetación exuberante de la isla encierra una fauna digna de un Nemrod[1], de un cazador de las edades prehistóricas: rinocerontes, leopardos, osos malayos, babirusas y esos monos gigantescos conocidos con el nombre de orangutanes, o sea, hombres de los bosques.

La población es semisalvaje, lo que añadía al país, en mi concepto, un nuevo y particular encanto.

Los holandeses son señores nominales de la mayor parte de la isla; pero solo ocupan, en realidad, algunos puertos, y mantienen residentes cerca de algunos reyezuelos no muy lejanos de la costa… El interior es tierra ignota o poco menos.

Pero cierto recuerdo romántico me llevaba hacia Borneo… Allí tuvieron su teatro las hazañas del que bien podíamos llamar el último caballero andante… Me refiero a James Brooke, el afortunado aventurero que, en pleno siglo XIX, conquistó el trono, como los Belianises y Esplandianes de los tiempos de Carlo Magno y de Merlín.

Brooke fue un marino inglés que desde muy joven tomó parte en las guerras de las Indias, bajo la bandera de su patria. Más tarde se lanzó a combatir por cuenta propia. Supo que Muda-Hassim, sultán de Brunei, en la isla de Borneo luchaba desesperadamente contra sus súbitos sublevados… Empleó su escasa fortuna en adquirir y armar un barquichuelo, y como cualquier caballero de la Mesa Redonda fue a ofrecer el auxilio de su brazo a aquel monarca en desgracia. La fortuna ayuda a los audaces… Muda-Hassim pudo conservar su trono y premió los servicios de Brooke dándole en feudo la islita de Labuan[2]… No era todavía un reino, pero sí un mediano principado… Quiso la suerte del dichoso aventurero que el sultán, arrepentido de su generosidad, quisiera después arrebatarle su modesto botín. ¡Nunca lo hubiera intentado! Allí donde un inglés pone la planta, hay un Genio poderoso, presente en todos los rincones del mundo, para ampararle… Bajo la presión de los cañones de Inglaterra, Brooke no solo reconquistó su islilla, sino que obtuvo la soberanía de un territorio más vasto que todo el reino de Portugal… Se hizo rajá, colocó a sus nuevos vasallos

bajo el protectorado de Inglaterra, y hétenos al rudo marino figurando en el Gotha, casado con la hija de un lord, servido por chambelanes, acuñando moneda con su efigie… Y emitiendo estampillas de franqueos. Por estas últimas es sobre todo conocido… Los innumerables filatelistas que pululan en todo el ámbito del globo terrestre han visto muchas veces el retrato de Brooke, y el de su hijo y heredero, en los sellos de franqueo del reino de Sarawak, porque tal es el nombre de aquella novelesca monarquía.

Un país en que semejantes cosas sucedan no puede ser vulgar, decía yo, no sin cierta lógica. Y he aquí una de las razones que me decidieron por Borneo.

II

Fue en el populoso puerto de Bandjermasin donde puse por vez primera pie en tierra de Borneo. Había para perder todo género de ilusiones… El barrio holandés es demasiado limpio y moderno; en el indígena encontré demasiada mugre y demasiados chinos… Aquello era sucio y prosaico… Los hijos del Celeste Imperio nada tienen de poético.

Enseñaban el idioma del país: el dayak, en un instituto yanqui del Berlitz, y he aquí al futuro caballero andante, Miguel de Fuenzalida, tomando lecciones como en sus tiempos de colegio. Sin saber siquiera cómo pedir un pedazo de pan en dayak, mal podía internarme en un país donde no hay hoteles, ni intérpretes, ni guía “Baedeker”[3], ni empresa Cook…

No fue del todo perdida mi residencia en Bandjermasin… Algo supe del país y de sus cosas. La ciudad está edificada a orillas de un caño o estero de marea, afluente del Barito, el río más importante de Borneo. Este río está cruzado, como desgracia lo están casi todos los del mundo, por vulgarísimos vapores fluviales que suben hasta Bontok, el más remoto establecimiento holandés. Más allá comienza lo bueno, es decir, la tierra virgen y misteriosa, donde todo puede imaginarlo la fantasía y la leyenda…. Me hablaron de reinos poderosos y desconocidos, situados en las cabeceras del Barito, allá en las montañas casi ignoradas que separan las nominales posesiones holandesas de Sarawak.

Resolví exponerme a todo por visitar aquella comarca incógnita. Alguna vez

había de darme el lujo de hacer algo a mi gusto. El tiempo parecía faltarme para abandonar los triviales convencionalismos del mundo moderno y entrar en la pintoresca barbarie.

El Barito no es ni más ni menos hermoso que la generalidad de los ríos ecuatoriales… Curso lento y majestuoso, aguas amarillentas, interminables recodos, árboles gigantescos, calor y zancudos. Los pocos pueblos del trayecto son misérrimos. Desde que se estableció la línea de vapores, no faltan los turistas, y en el mismo barco iban conmigo una docena, casi todos ingleses… Aprovechábamos las frecuentes escalas para visitar las chozas de los naturales, pobre gente que ya habían aprendido el negocio de vender los productos de su industria bárbara y primitiva a los excursionistas curiosos… Ya no fabricaban arcos y flechas, macanas y hachas de combate, para guerrear, como en los dramáticos tiempo de su libertad, sino para enriquecer los museos de Europa… ¡Insoportable civilización!

Por otra parte, la abigarrada tripulación de nuestro barco nada tenía de pintoresca. Además de los turistas ingleses había a bordo dos docenas de chinos y malayos, vestidos estos últimos casi a la europea, y tres o cuatro buhoneros sirios o turcos, como decimos en Chile.

En el pueblecito de Megeda tuve una agradable sorpresa… Allí subió a bordo, por fin un tipo interesante, digno de servir de modelo a un ilustrador de Julio Verne, y que ni siquiera habría chocado en una edición de “Las Mil y Una Noches”.

Era un dayak de pura raza, muy moreno, de nariz en forma de pico de águila de mirada chispeante, profunda y enigmática, vestido con una corta túnica de seda clara, cubierta de estrambóticos bordados y acompasado, su actitud hierática de ópera cómica, todo en el contribuía a formar un conjunto único pintoresco, nunca visto y sentido.

Interrogué al capitán, holandés flemático y fumador, acerca de aquel extraño personaje.

—Debe ser —me dijo— algún funcionario del reino de Tamanga. Muy pocas veces bajan hasta aquí.

—¿Y qué reino es ese? —pregunté.

—El más endiablado de la isla, no solo bajo el aspecto político, aunque la historia de sus pendencias y vicisitudes llenaría muchos volúmenes, sino también por la originalidad de sus costumbres. El año pasado lo visitó un sabio alemán, y volvió medio loco. Encontró allí cosas inexplicables… El lenguaje usual de la isla, mezclando con voces extranjeras de un idioma desconocido, pero de innegable procedencia indoeuropea… Tradiciones y leyendas que recuerdan a la vez los mitos germánicos y los del Oriente… Una política, una forma de gobernar sin parecido alguno en todo el globo terrestre.

El reino de Tamanga comenzaba a interesarme, pero no pude obtener por entonces mayores detalles.

Entretanto, el indígena fantasmagórico permanecía horas y horas sobre el puente, embebido, al parecer, en hondas meditaciones. Consecuente con mi idea de visitar el extravagante reino de que procedía, no pude, al fin, resistir al deseo de dirigirle la palabra.

Contestó a mi saludo con gravedad y estiramiento verdaderamente cómicos.

—¿Procede usted de Tamanga? —le pregunté.

—Sí, señor…

—¿Es usted jefe en aquel país?

Entonces, con el asombro que puede colegirse, le oí estas palabras textuales:

—Mast, erwina sublegao Laraual.

Lo que traducido del dayak al español quiere decir: “Soy sublegao en Laraual”.

Este término de sublegao me chocó. ¿Qué podía significar esa palabra no conocida en el vocabulario de los dayaks? ¿Sería esta una de las que produjeron tanta perplejidad y confusión en el sabio alemán de marras?

—¿Sublegao? —le pregunté—. ¿Qué significa esto?

—Es el nombre que da nuestro rey a los jefes de pueblos pequeños, como Laraual.

¡Sublegao! jefe de pueblo pequeño. Por asociación natural de ideas recordé a nuestros subdelegados, personajes, por otra parte, mucho menos pintorescos conspicuos y finchados que mi interlocutor…

¿Sería aquel término de origen español? Y si lo era, ¿cómo no cayó en cuenta de ello el sabio alemán? Por otra parte, las Filipinas están allí a un paso de Borneo, y en ese archipiélago, durante la dominación española, hubo subdelegados, lo mismo que en América.

—¿Y cómo se llama el rey de ustedes? —continué preguntando.

—Nosotros le llamamos Sitta-Tabak (Luz del Cielo), pero él se nombra arboino.

¡Arboino! Esto sí que no era dayak ni tampoco español… Hay un nombre, si no me equivoco, de origen gótico o longobardo, que suena muy parecido, pero hace siglos nadie lo usa… Es el de Alboino[4], que llevó uno de los jefes bárbaros que invadieron la Italia en el siglo VI.

Mi interés por el reino de Tamanga crecía de momento en momento.

—¿Podría —pregunté— viajar por los Estados del rey Arboino o Sitta-Tabak?

—Al rey no le gusta ver extranjeros en el país —continuó con mucha gravedad el estrambótico personaje.

—¿Pero no depende él de los holandeses?

Los ojos del sublegao de Laraual despidieron chispas, pero se contuvo.

—Así lo dicen —fue su única respuesta— ¿Es usted holandés o gringo?

—¡Gringo! ¡Cómo suena y en español!

—¿Gringo? ¿Inglés? ¿British? ¿Eso quiere usted decir?

—British… Así los llaman los holandeses… Son los soberanos de nuestro enemigo al rey de Sarawak.

—No soy gringo ni holandés… soy de Chile.

El sublegao, con gran estupefacción mía, palideció al oír estas palabras…. Pero

aun fue mayor mi sorpresa cuando, con un conocimiento de la geografía que le hubieran envidiado muchos hombres ilustrados de Europa, me preguntó en tono bajo y misterioso si yo era de Valparaíso, de Santiago o de Iloca.

—¿Iloca?... ¿Conoce usted Chile?

—No…, pero sé que esa es una de las ciudades más importantes de su país.

Por lo visto, el individuo estaba bien enterado… Pero ¿de dónde diablos había cogido esos nombres que tan exóticos y lejanos sonaban en las márgenes del Barito?

—¿Habla usted español?... —le pregunté.

—No sé qué es eso...

—Castellano, quise decir.

—¿Castellano?

—Chileno, entonces, pues.

—¿El idioma de Chile? No, señor… No he salido nunca de aquí.

—Entonces, ¿cómo conoce las ciudades de mi país?

—Por los cuentos… Casi no hay ninguno que nos pase en Chile, sobre todo en Iloca…

Yo me restregué los ojos; creía estar soñando o volviéndome loco. Ahora simpatizaba perfectamente con las perplejidades del sabio alemán.

Volví a mi pregunta:

—¿Le parece que me permitieran entrar en Tamanga?

—Eso depende de lo que resuelva el rey. Como usted viene de tan lejos, de un país que no figura sino en los cuentos, como no es holandés ni gringo, bien puede que se lo permitan. De todos modos, yo le acompañaré hasta Teweh, que es el primer pueblo de la frontera, y allí lo dejaré esperando órdenes.

Volví pensativo a mi camarote.

¿Qué podía significar este reino extraño donde, en pleno centro de la isla de Borneo, se usaban términos españoles, con bárbara prosodia; donde los jefes de aldea se llamaban subdelegados, y donde Chile, nuestra desconocida y remota república figuraba como un país de leyenda…., y tenían a Iloca por ciudad opulenta y populosa?...

¿Y aquel rey de nombre longobardo?... ¡Arboino! Al diablo se le ocurre.

III

No sé si ya he dicho que en Bontok termina la navegación por vapor en el Barito. Allí me despedí del capitán, de los turistas ingleses y demás compañeros de travesía. Era llegada la hora de emprender, solo entre bárbaros, un viaje en piragua, por un país desconocido.

El extraño sublegao de Laraual me condujo, antes de nuestra partida, a un tenducho donde pude vestirme al estilo del país. Aquella indumentaria era, como ya he dicho, sumamente original. Se componía de una especie de túnica ceñida a la cintura, de unos pantalones, o, mejor dicho grandes medias de punto, análogas a las que vemos en las pinturas del siglo XV, y de turbante y babuchas de estilo oriental.

Al meterme en aquel traje, me pareció perder mi individualidad. Ya no era yo Miguel de Fuenzalida, sino un aventurero de lejanos siglos o de otro planeta, en marcha hacia un país de maravillas sorprendentes.

Por largos días remontamos lentamente el curso superior del Barito. A las monótonas llanuras litorales sucedió muy pronto una región de colinas, cubiertas de una vegetación opulenta. El río, cada vez más angosto y sombrío, se desarrollaba en interminables vueltas. Pero el país estaba deshabitado. Ni una cabaña, ni un solo indígena.

El sublegao conserva siempre cierto misterio. Fuera temor o respeto, era sumamente reservado en todo lo que se refería a su extraordinario país y al rey

que lo gobernaba. Muy poco pude sacar en limpio.

Tamanga era una monarquía relativamente joven. Hace treinta años el país, dividido en infinidad de Estados minúsculos, se hallaba entregado a una espantosa anarquía. La guerra entre las tribus era permanente.

Entretanto, allá al norte de las montañas. Hacia las vertientes del mar de China, el activo rajá de Sarawak, el hijo del primero de la dinastía Brooke, extendía más y más la órbita de sus conquistas. Por fin, un ejército del rajá atravesó la cordillera y penetró en tierra de Tamanga. Lo mandaba Sitta-Tabak, el futuro Arboino. Le ha llamado ejército, aunque no era sino un puñado de hombres, en su mayoría chinos, pero disponían de rifles Comblain y en todo Tamanga no existían sino dos o tres docenas de viejos fusiles de chispas. Cortés, con unos pocos centenares de aventureros, conquistó el imperio mexicano. Sitta-Tabak, a pesar de que sus chinos no valían los soldados españoles del siglo XVI, tenía por delante adversarios aún menos temibles que los aztecas, y a más de esto desastrosamente anarquizados. Les ganó, pues, dos o tres batallas, casi sin disparar un tiro, y la independencia de aquel hermoso país pareció perdida para siempre.

Entonces el audaz caudillo entró en arreglos con algunos de los principales reyezuelos, les amenazó con la esclavitud bajo el dominio de rajá de Sarawak, y tuvo la fortuna de hacerse oír… A él no le importaba ni poco ni mucho aquel gringo de turbante, aquel marino hecho rey… En cambio, estaba dispuesto a defender a los tamangueses si estos le aceptábamos jefe… Él venía de un país donde los hombres eran invencibles en la guerra, donde lo sobrehumano era vulgar, donde se nacía soldado… Los súbditos de cierto reyezuelo llamado Canem fueron los primeros en tenerlo por amo… Casose con la hija y heredera del viejo soberanillo, y los individuos todos de la tribu se tenían por felices con ser mandados por aquel hombre oriundo de aquel país de maravillas. Uno de sus primos, llamado Roldan (así lo refería él), había derrotado él solo un ejército de más de diez mil individuos, y cortado la cabeza de un revés a un gigantón de cincuenta codos de altura, llamado por mal nombre Fierabrás[5]. Este último hecho de armas había tenido lugar cerca de Iloca.

Dueño de los súbditos de su suegro, Sitta-Tabak emprendió poco a poco la conquista de todo Tamanga. Su prestigio, fundado en parte de su indiscutible valor, que rayaba en la temeridad no lo estaba menos en las fantásticas leyendas que pronto se esparcieron en todo el reino acerca de él y del país de donde

procedía. Uno a uno, los jefes de las diversas tribus acabaron por rendirle acatamiento y aceptarlo por soberano.

Furioso, el rajá de Sarawak se aprontaba ya para castigar al general que le hiciera traición, cuando un acuerdo internacional fijó para siempre los límites de la influencia británica en Borneo… Tamanga quedó en tierra holandesa, y Brooke hubo de resignarse a permitir que Sitta-Tabak continuase disfrutando pacíficamente de su usurpación.

Esto o poco más fue lo que logré saber acerca del rey Arboino y de sus aventuras… Ello bastó, sin embargo para convencerme de que iba a habérmelas quizás con un compatriota… ¿Quién sino un chileno podía conocer Iloca? ¿Acaso lee el pueblo fuera de nuestro país libros de caballería como el "Carlomagno y los Doce Pares", origen evidente de la historia de Roldán y sus hazañas, que tanto éxito tuvieron en aquel remoto reino de Tamanga?

La hipótesis no me pareció extraña. En Chile es muy conocida la leyenda del roto vagabundo y aventurero, esparcido hasta en los últimos y más remotos confines del mundo, guiando caravanas de camellos en los desiertos de la Arabia, faquir en la India y hasta jefe de tribu o conductor de pueblos en este o aquel paraje del continente negro. ¿No se dijo y repitió que Li Hung-chang, el famoso virrey de la China, era nuestro compatriota? Hasta hubo un cura de campo que obtuvo un gran éxito oratorio asegurando que el buen ladrón del Evangelio era chileno también.

¿Pero por qué diablos se llamaba Arboino aquel sujeto?

Este nombre exótico era el que no podía explicarme.

Llegamos a Teweh, punto donde corría la frontera de Tamanga. El sublegao me condujo a una especie de fortín construido de palizadas que servían de puesto militar. Allí tuve que esperar en compañía de un medio centenar de indígenas, la llegada de las órdenes o permiso de su misteriosa majestad.

Teweh era entonces una conquista reciente de los tamagueses. Un puesto avanzado sobre el país selvático y desierto que separaba el reino de Arboino de las tierras sometidas a la influencia directa de los holandeses. Los soldados componían toda la población. Curiosa era la indumentaria de aquellos militares. No usaban ceñidas y altas medias como el sublegao, ni conservaban desnudas las piernas como la mayor parte de los indígenas, sino que se las envolvían en

anchos calzones de lienzo que recordaban al mismo tiempo los greguescos orientales y el uniforme francés de la época del Segundo Imperio.

En las noches se reunían aquellos ganapanes en la veranda del edificio principal del fortín, y pasaban horas de horas contándose cuentos. La afición de los orientales para las historias maravillosas, en parte alguna me pareció tan marcada con en Tamanga. Allí habría querido ver a algún miembro de la Sociedad Folclórica de Santiago. Salvo algunos cuentos de indudable origen indígena, la mayoría de aquellas relaciones orientales, fábulas caballerescas y de elementos nuevos, inexplicables para todo el que no estuviera en ciertos antecedentes poco conocidos de la historia del mundo.

Las hazañas de Carlomagno y sus doce pares, las de Sansón y de David, algunos cuentos conocidos del folclor chileno y "Las Mil y Una Noches" formaban el fondo del material novelesco. Pero además oí referir una tarde, en forma ciertamente original, el legendario heroísmo de Prat y de Condell en la rada[6] de Iquique.

Eran dos buques enormes colosales, todo de hierro, tan altos como montañas y tan rápidos en el correr como el viento de la tempestad; lanzaban lluvias de granadas, cada una de las cuales era capaz de reducir a polvo un barco poderoso… Los malvados moros (sic), que los habían construido, los destinaban a la destrucción de Chile, el reino protegido por Alá, el rincón bendito, asilo de los defensores del profeta y de la fe musulmana. Carlomagno, el monarca de Chile, no tenía barcos para defenderse, porque confiado en el valor indómito de sus súbditos sabía que no los necesitaba. Cuando ya se dirigían a Chile los formidables monstruos enemigos, envió a detenerlos a dos piraguas pequeñitas, de no más de doce remeros y otros tantos soldados cada una. El capitán de una de las piraguas resolvió sacrificarse con todos los suyos, para detener así por unos momentos a uno de los gigantescos barcos de hierro… Muy luego el débil barquichuelo, despedazado por la destructora artillería de su antagonista, se hundió en el mar, pero los náufragos se lanzaron a nado sobre el buque enemigo y degollando a todos sus tripulantes, se apoderaron finalmente de él. La otra piragua, entretanto, había logrado atraer al segundo monstruo de hierro hacia un arrecife, donde fue destrozado por las olas… Los narradores concluían afirmando que los capitanes de las heroicas piraguas eran parientes muy próximos del rey Arboino.

"Quizás voy a conocer —me decía yo mientras escuchaba aquella leyenda

portentosa— al primer roto con imaginación que haya nacido entre Los Andes y el Océano Pacífico. No de otra suerte fueron acaso creadas, en la antigüedad remota, las leyendas de Aquiles y de Hércules, con cuyo prestigio la pequeña Grecia llegó a dominar a los vastos imperios del Asia".

Veinte días después de nuestra llegada a Teweh volvió mi amigo el sublegao de la metrópoli del reino de Tamanga. Llevaba un permiso, casi una orden de Arboino, para que se me presentara a la corte.

—No le ha parecido muy bien —me dijo el sublegao— la aparición de usted a su sarrea (sacra real) majestá. Dice que es muy extraño que un chileno legítimo haya viajado hasta aquí…. Si la noticia llegase a oídos del pueblo, el caso podría ser peligroso.

—¿Pero por qué?

—Usted lo sabe perfectamente —fue la ambigua respuesta del sublegao.

No lo sabía, pero comenzaba a sospecharlo. El truhán de mi compatriota, hecho rey ahora bajo el nombre de Arboino, había adornado su historia y la de su país de origen con tantas estupendas mentiras que un testigo podía serle extraordinariamente molesto.

Felizmente, hasta entonces el sublegao había sido bastante prudente o respetuoso para no dirigirme preguntas indiscretas, y yo por mi parte resolví guardar en adelante, y mientras no estuviese seguro del terreno que pisaba, una completa y absoluta reserva.

Ni siquiera hice a mi acompañante nuevas preguntas, y así nuestro viaje entre Teweh y la capital de Tamanga se verificó en medio de un mutismo completo.

Atravesamos algunas poblaciones, todas pequeñas y medio sepultadas en medio de la selva. El terreno subía lentamente y se accidentaba más y más. A medida que nos acercábamos a las altas montañas que forman la espina dorsal de Borneo, el país era mejor poblado y los cultivos más numerosos.

Al fin pudimos divisar desde una altura la corte del rey Arboino. Se llamaba Kabinda, y podría tener unos cincos o seis mil habitantes. La mayor parte de las casas consistían en chozas de paja… Me señalaron como el palacio real un enorme edificio cuadrangular, de un solo piso, blanqueado de cal, que ocupaba

uno de los extremos de la población; a su frente se extendía un vasto espacio abierto: la plaza. Sin la vegetación exótica que caracterizaba el paisaje, sin la pintoresca indumentaria de los indígenas, se hubiera podido tomar el palacio de Arboino por la antigua casa de un hacendado chileno. Pocas o ninguna ventana hacia el exterior, ancho portalón, interminables corredores que se abrían sobre los patios.

Servía de entrada un enorme corralón, adoquinado con piedras de río. Al acercarnos, me sorprendí al ver que tanto el patio como la plaza se encontraban atestados de pueblo.

—¿Qué significa tanto pueblo? —pregunté a mi acompañante.

—Probablemente van a cortarle la cabeza a un médico me contestó el sublegao.

—¿Castigan aquí con la pena capital el ejercicio de la medicina?

—No; pero la mayor de las princesitas, hija de Su Majestad, está enferma; el rey ha ofrecido casarla con el que logre devolverle la salud. Muchísimos se han presentado con la esperanza de tamaño premio, a pesar de que está dispuesto que los postulantes, si no consiguen la mejoría en el plazo de veinticuatro horas, sean ajusticiados…. “La cabeza te corto”…, este es el estribillo de su Majestad, y con el de hoy ya pasan de quince pretendientes a príncipes consortes que han perdido la suya.

—¿Y de qué enfermedad padece la princesita?

—Es muda de nacimiento.

—¡Diablo de diablos! Mucho me temo que antes de que consigan hacerla hablar van a cortarse aquí muchas cabezas…

—Su Majestad asegura, sin embargo, que en Chile, cuando los reyes tienen hijas mudas, siguen ese sistema para dar con el que sea capaz de curarlas.

Y así en verdad proceden los reyes de nuestros cuentos populares, y sobre los usos monárquicos el bueno de Arboino carecía probablemente de otras informaciones que las proporcionadas por tales cuentos.

En ese momento sacaban al patio al infortunado médico de afición… Era un

mozalbete con cara de idiota y de soñador…

—Muy merecido le está por ambicioso y por necio —observo el sublegao— ¿A qué se mete en lo que no entiende?

No pude menos de pensar que si en todo los países del mundo, y muy principalmente en Chile, degollaran a todos los que se meten en lo que no entienden, los negocios públicos y privados marcharían mucho mejor; pero, en cambio, muy pocas personas conservarían la cabeza en su lugar de costumbre.

Un grupo de altos funcionarios precedía la siniestra ceremonia. Entre ellos me llamó la atención un vejete gordo, pequeñito, jorobado, con cara de malicia a quien todos parecían rendir acatamiento.

—¿Quién es ese? —le pregunté al sublegao.

—El Kotah-Seia, el primer ministro de Su Majestad… Es decir, este era su nombre, pero el rey le ha bautizado de nuevo… ahora se llama… ¡Bertoldo!... ¡Qué rayo de luz!... ¡Bertoldo! El héroe del cuento tan estúpido como popular, y que ha alcanzado en todas las lenguas más ediciones que “La Ilíada” de Homero, y “El Quijote”… ¡Bertoldo! Ahora comprendía por qué el rey se hacía llamar Arboino… Era en recuerdo del otro rey semifabuloso de los longobardos que figura en aquel viejísimo cronicón, tan gustado por nuestro pueblo.

Entonces comencé a ver cómo me rodeaba bajo un aspecto nuevo… El rey, el palacio, la princesa muda, los pretendientes degollados, el grotesco ministro, las inverosímiles leyendas que circulaban en aquel país estrambótico no eran sino una resurrección informe del mundo fabuloso en que se desarrollan las leyendas de Chile. Así me había imaginado cuando de niño oía, al amor de la lumbre, los cuentos de mi nodriza, los reyes, los pueblos y los gobiernos de las tierras lejanas, colocado más allá de lo real.

Un hombre inculto, pero hábil y suspicaz, dotado de imaginación y audacia, valiente como todo buen chileno lo es, embustero como lo son muchísimos, había llevado a esa tierra virgen, e impuesto a una población semiinfantil como verdades prácticas, todo un tejido de confusas patrañas.

IV

Su Majestad Arboino II me recibió en audiencia privada.

Con lo que acababa de ver, no las tenía todas conmigo. Juzgué prudente y muy de acuerdo con las tradiciones monárquicas de mi compatriota, arrodillarme respetuosamente a sus pies…

Las vestiduras regias de mi interlocutor habrían sido incomprensibles para quien no hubiera estado en antecedentes. Llevaba sobre la cabeza una corona de oro legítimo y cubría sus hombros un manto de escarlata, con vueltas de género blanco pintarrajeado de cortas líneas negras, que figuraban groseramente el armiño heráldico, adorno de los reyes en los cromos de los libros de cuentos.

Pero si a algo se parecía el traje de Arboino era a un rey de baraja legítima de Olea. Ese, sin duda, fue el modelo.

¿Quién no ha visto una fotografía de la momia de Sesostris? Pues bien, el roto que tenía delante (pues no podía ser sino un roto) se parecía extraordinariamente al antiguo faraón de la tierra de Egipto. Todos los días nos encontramos en la calle con tipos de esa especie.

Color entre cobrizo y aceitunado, frente alta pero deprimida, ojos minúsculos, agudos y penetrantes, pómulos salientes, boca gruesa y abultada, pera militar, bigote ralo y cerdoso.

A esto unía el estrambótico rey de los tamangueses, el nuevo Arboino, cierta actitud que, a fuerza de majestuosa, seria y hierática, llegaba a ser cómica.

—Vuestra Sacra Real Majestad habrá de perdonarme mi atrevimiento —comencé balbuceando en el más puro español—, pero he llegado hasta el poderoso reino de Vuestra Majestad atraído por la fama de su grandeza, que llena todos los confines del globo terráqueo.

—Déjate de floreos… —repuso Arboino en un español menos castizo—. Si habís venío, tanto peor para vos… Aquí no entendimos de futres ni los queremos pa naa. Aquí no hay deputaos, ni na de esas bolinas. Aquí mando yo, y agradece si no te corto la cabeza.

Un estúpido temor debió dibujarse en mi rostro. Arboino se echó a reír.

—No pasis cuidao, ho… —agregó siempre riendo—. Si lo ecía por no ejar. Te tuteo porque así hacen los reises; pero a un chilenito yo no le iba a cortar el guargüero, como a estos indios brutos de poaca… ¿Pero no habris hecho leseras?

—¿A qué leseras se refiere Vuestra Majestad? —pregunté yo, más tranquilo.

—Digo que no habris contao aquí naa de lo de Chile… Como allá no hay reises sino en los cuentos, yo ei tenío que meterles a estos la mar de paliques sobre mi tierra…. Es pa que me tengan respeto… y me consideren.

—Había tenido ya ocasión de observar la hábil política de Vuestra Majestad —dije yo- y me he guardado muy bien de hacer revelaciones imprudentes… Podéis estar tranquilo, sire.

—¿Qué es eso de sire?

—Es el tratamiento que dan a los reyes en Europa.

—Miren, no más, creerís que no lo sabía… En los libros no lo dicen sino de majestá.

Mi coronado compatriota se refería seguramente al Bertoldo y a Carlomagno y los doce pares de Francia.

—Crea Vuestra Majestad —agregué yo— que estoy dispuesto a servirlo en lo que desee ordenarme.

—Lo mejor que podis hacer es mandarte a cambiar cortito de aquí, pero antes me vai a sacar de un apuro… Como yo no hey estudiao, no sabía palabra de cómo son los reises. Esos cuentos que oí de las viejas deben estar llenos de mentiras… Yo tengo una hijita muda y se me ocurrió hacer lo que a los otros reises de tales cuentos… Ofrecí casarla con el que la curara, pero entoavia no se ha presentao ningún maestro, ni soldadillo que tenga varita de virtú, y estoy cortando cabeza como mote… Yo no puedo retirar la orden, pero estos indios me están dando lástima. ¡Pa que seguir degollándolos!

—¿Y para que lo los degüella Vuestra Majestad?

—¿Para qué? ¿Dónde habis visto reises que no corten la cabeza a los que se presentan a curar princesas y no las curan?

—Pero la mudez es incurable —observe yo.

—Así será, pue, eñor, con la gente ordinaria pero no con las princesas…En las historias de los libros las curan siempre…

Yo no sabía qué contestar, ni me resignaba tampoco a romper aquel bárbaro delirio.

—Esa es —le dije por fin— la mudez que vienen de encantos, pero no la natural.

Arboino quedó pensativo.

—Güeno… —dijo— Vai a ser vos entonces un mágico que venís de Chile pa eusaminar a la princesa y vai a decir que no tiene remedio denguno, a ver si así se dejan estos lesos de venir a que les corten la cabeza, porque lo que es yo no me güelvo atrás re nunca… Palabra de rey no puede faltar…

Y así quedé transformando en mágico por obra de la soberana voluntad de Arboino II, rey de Tamanga.

Aquel mismo día fui presentado a la corte reunida; la sala del trono, así, era muy sencilla, pero estaba tapizada de arriba abajo con colgadura de percal encarnado de treinta céntimos el metro.

El rey sentado en su alto solio, dirigió a los circunstantes algunas palabras en el idioma del país. Dijo que el poderoso Carlomagno, rey y emperador de Chile, le había enviado un poderoso mágico (de los muchos que allí había) para que examinara a la princesa muda y diera su opinión acerca de si esta podía o no recobrar el uso de la lengua.

Mientras escuchaba estas mentiras estupendas, apenas podía contener la risa ante el espectáculo de aquella corte abigarrada. A ambos lados del trono y colocados en fila, en actitud torpemente ceremoniosa y académica, los dignatarios del reino escuchaban reverentes el discurso del soberano.

Concluido este, Su Majestad se dignó descender entre sus cortesanos y me hizo el honor de presentarme a los más conspicuos.

El copero mayor y el vaquero del rey eran, además del ministro Bertoldo, los que parecían gozar de mayor consideración… Allí, como en los cuentos de viejas de

Chile, no se concebía una corte sin copero y sin vaquero.

Venía en seguida el comandante de policía, el médico mayor, el capataz y el tesorero.

¡Espectáculo imposible y disparatado!

Un rey y un reino como jamás nunca hasta ahora han existido en el mundo, como sólo pudo crearlos la imaginación desordenada y confusa de ese rústico inteligente y valeroso, si se quiere, pero sin más ideas de política o de gobiernos que las aprendidas en el “Bertoldo”, o en esos cuentos aún más desatornillados con que divierten los campesinos de Chile las largas veladas de invierno.

¿Cómo podía un pueblo entero rendir acatamiento a ese pobre huaso?

Poderoso es sin duda el prestigio de lo exótico y extraordinario en esos pueblos infantiles. Además, el flamante Arboino no tenía un pelo de tonto, y nadie como él supo jamás combinar mejor mayores mentiras… Sus fantasías no dañaban a nadie, y Tamanga no debía sentir el peso de la mano que creía gobernarlo sino cuando se trataba de la común defensa. Aquellas gentes, tímidas y dóciles por la naturaleza, continuaban viviendo como antes, conservando sus costumbres tradicionales; el rey que se dieran en un momento de supremo peligro, les debía importar bien poco, ya que no sabía bastante de política ni de arte de gobierno, para hacer perjuicio ni ocasionar molestias.

Todo el aparato administrativo parecía reducirse a la corte… Era, pues, muy barato, y la pequeñas entradas pagadas por los jefes debían bastar ampliamente a las pompas y necesidades de la monarquía.

Después de aquella audiencia aparatosa, el rey me llevó de nuevo a su gabinete particular.

—Ahora te vai… Y cuidadito con volver… Ya habis quedado de mágico… Los reises antiguos eran muy ricos y podían regalar dos, tres y hasta cien cargas de plata… Aquí no es así, y te habis dir con las manos peladas. Esta misma noche, después de las oraciones, saldrás con el sublegao con que te viniste.

Dirigióme por última vez la mirada de sus ojitos irónicos y penetrantes, y desaparecí tras las cortinas de una puerta.

***

Volví a la civilización sin despegar mis labios acerca del secreto del rey Arboino… Quise que el misterio se conservara, escondido en las entrañas de Borneo, el reino que sirvió de último refugio a la leyenda moribunda, pero hace días leí en un telegrama de “El mercurio” una noticia que no ha podido menos de impresionarme.

Refería ese telegrama que el cuerpo expedicionario del coronel Van Houtten había derrotado por completo a las tropas del reino de Tamanga, en la isla de Borneo. El rey Sitta-Tabak, o Arboino, había perecido combatiendo valerosamente al frente de su ejército.

En los mismos instantes en que escribo estas líneas agoniza, pues, aquel reino extraño, construido como un castillo de naipes, y que no ha de sobrevivir al original aventurero, de infantil imaginación, que llegó a constituirlo con tan disparatados elementos.

---

1 Según el relato bíblico, el tirano responsable de la Torre de Babel.

2 El 24 de septiembre de 1841.

3 Consideradas las primeras guías de viaje modernas, editadas a partir de 1828 por Karl Baedeker en Alemania.

4 Rey de los lombardos, 563-572.

5 Personaje recurrente en cantares de gesta franceses.

6 Bahía.

Un siglo en una noche

Joaquín Díaz Garcés

Una vieja casona alejada de la civilización, una noche de tormenta, un demoniaco aparecido y un cadáver en descomposición, son los ingredientes macabros del primer cuento de terror chileno: “Un siglo en una noche” publicado en El Chileno el 24 de abril de 1899. Este relato, inscrito en la tradición criollista y naturalista, integra los temas propios del romanticismo oscuro, corriente que deviene del gótico clásico y que definió gran parte de la obra narrativa (y también poética) de Edgar Allan Poe. Su autor, Joaquín Díaz Garcés (1877-1921), fue uno de los fundadores del periodismo moderno en Chile, que a través de sus mordaces columnas logró plasmar vívidos cuadros costumbristas que escenificaron la hipocresía y las contradicciones sociales de su época; aspecto que también se hace ostensible en su literatura.

El escenario donde ocurren las acciones de “Un siglo en una noche” evoca el locus sugestivo de aquellas ficciones seudosobrenaturales que dominaron la segunda mitad del siglo XVIII en Europa… La vieja casona patronal como reflejo de la tradición familiar y la decadencia del protagonista, nos recuerda a las sórdidas proyecciones que el castillo medieval hacía sobre sus personajes estereotipados. La llegada de un extraño en medio de la noche, así como la intempestiva llegada de los brujos en el imaginario folclórico, presume el advenimiento de lo insólito. La razón: el desconocido busca desenterrar un supuesto tesoro que se encuentra escondido al interior de la casa, el latifundista accede siempre y cuando distribuyan el botín en partes iguales. La descripción hiperrealista que presenta el narrador en un comienzo, paulatinamente va adquiriendo una carga semántica macabra: “La pieza era grande, húmeda, helada. El pavimento de ladrillos viejos estaba muy deteriorado dejando ver en varias partes las manchas negruzcas de la humedad. Dos o tres baratas negras subían por los guardapolvos, con su marcha torpe, indecisa”, para luego ahondar en la psiquis de los personajes, llegando al punto de abandonar la omnisciencia

para focalizarse en la creciente perversidad del protagonista consumido por la ambición. Es en este punto cuando el título del relato adquiere sentido, ya que retrata la tensión de vida o muerte que sobrelleva el terrateniente frente a su inesperado antagonista. Si bien el desenlace responde a lo fantástico revelado, la resolución del conflicto reafirma la visión gótica grotesca a través del cadáver… Un fascinante relato que también podría entenderse como una alegoría del poder económico agrícola de fines del siglo XIX.

Un siglo en una noche

¿Quién no conoce en Chile ese tipo de hacendado solterón que pasa casi todo el año en la soledad de las viejas casas del fundo para sacar a la tierra, en permanente lucha, el dinero con que siempre sueña fundar un hogar para la vejez? Son de esos hombres que no aceptando a la mujer joven y hermosa como compañera, la quieren legar sus achaques y dolencias de la edad como a enfermeras.

El señor X, a quien no nombramos porque vive y es aún hombre de trabajo, posee cerca de Los Andes un regular fundo que explotaba y explota todavía a la antigua. Desparramar el trigo en agosto, salir un poco a caballo y esperar la cosecha haciéndose los peores proyectos sobre su resultado, en eso consistía hasta hace poco el "abrumador" trabajo del campo, como le han llamado con cierta ironía los oficinistas de Santiago que se queman las cejas alineando numeritos litografiados y haciendo sumas y divisiones a granel.

El señor X había heredado, como tantos otros, el fundo, y había sacado de él alrededor de diez cosechas, lo que quería decir que no era hombre de escasos recursos. Su padre, agricultor de los viejos, huaso ladino, entendido en las tareas agrícolas, conocía bien el negocio; y había comprado el fundo a la sucesión de un señor que había desaparecido allí de una manera bien misteriosa.

Por eso la casa vieja, metida en un grupo de olmos viejos y derrengados, al final de la consabida alameda y al lado de los legendarios corrales, tenía historia, o mejor dicho "historias", porque al decir de los inquilinos, por allí penaba el antiguo patrón.

En los aleros disparejos, húmedos, musgosos, "achiguados", anidaban algunas familias de palomas, cuya aristocracia se remontaba a muchos años de la fecha y cuyos vólidos, aleteos y murmullos turbaban el silencio de aquel vasto patio donde permanecía muda y solemne la trilladora Ramson, las carretas inclinadas sobre los pértigos, y el caballo del patrón, ensillado permanentemente, y espantándose las moscas con la cola, debajo de un nogal.

La casa era como todas las de su tiempo: un cañón de piezas al fondo y dos más haciendo ángulo recto con los extremos de aquél; las piezas bajas, con ventanas anchas y pesadas, rejas de hierro forjado a martillo, abiertas hacia el frente y el fondo, largos corredores con ladrillos húmedos y desiguales, y pilares de madera redondos sobre bases de piedra blanca...

El mobiliario lo componían los viejos sofás Imperio de caoba y crin, los sillones de baqueta, y las sillas que hoy persiguen los anticuarios en todas partes; y en cada rincón un rifle viejo, institución tradicional de las casas de campo, revelaba allí que también al señor X se le había ocurrido que le pudieran asaltar por el frente o el fondo de la casa.

Aquella noche, noche de invierno algo brumosa y seguramente bastante fría, estaba el señor X sentado a la mesa, solo, teniendo por delante un diario del día anterior, nuevo para él, y engullendo lentamente unas costillas de cordero que expedían el más excelente y apetitoso olor. ¡Qué aburridas aquellas horas! Todos los días lo mismo. Ignacio, el sirviente fiel, un ex sargento del Atacama, le servía los platos, unos tras otros, en un silencio imperturbable: se bebía después la inevitable tacita de café, se retiraba al escritorio a recorrer los diarios o arrojándose en una poltrona se entretenía en soñar, siguiendo el humo de su cigarro, con la linda mujercita que podría haber tenido a su lado si esas malditas prevenciones contra el matrimonio, concebidas desde la Universidad, no le hubieran retraído de casarse.

Aquel día la comida había demorado más. Los diarios venían palpitantes con una agitación política; una crisis de esas que traen cambiado de decoración y en que se siente la voz del director de escena y se ve la maquinaria. De manera que la lectura de esos chispeantes y candentes editoriales, le había hecho alargar más que nunca la sobremesa.

Un golpecito seco, distinto, seguido de un carraspeo al otro lado de la ventana, le sacó de la interesante abstracción, para hacerle dirigir la vista hacia ese punto y decir, como tenía costumbre cuando le golpeaba todas las noches don Simón, el administrador, para pedir órdenes —“¡Empuje la puerta!”.

Tres pasos firmes, seguros, pero sin sonido de espuelas, como habrían sido los de don Simón, recorrieron el espacio que separaba la ventana de la puerta, y antes que el señor X e Ignacio hubieran podido fijar en ello la atención, moviéndose suavemente el cerrojo abrióse una hoja y dio paso a un hombre al

cual ninguno de los dos conocía. Hizo este una ligera venia, contestó con otra el caballero, y mientras aquél no hallaba dónde colocar su sombrero de paño negro ni sentarse él mismo, el señor X le preguntó tranquilamente qué asunto le traía hasta allí.

—Si no fuera importuno, señor, respondió, yo le suplicaría me oyera dos palabras sobre un negocio, enteramente privado...

—¿Le molesta a usted la presencia del mozo? —preguntó visiblemente inquieto el dueño de casa.

—Si usted fuera tan bondadoso que me oyera a solas...

Antes de que una seña de su patrón se lo hubiera dado a entender, Ignacio había salido sin hacer ruido, librando así al recién llegado de un inútil testigo.

—El negocio que me trae aquí y a tales horas, —continuó diciendo este con cierta seguridad en la voz— va a parecer a usted, señor, a primera vista ridículo. Pero una vez que yo le convenza de lo serio y honrado de mi propósito, no tendrá usted inconveniente en aceptarlo. Se trata de un entierro...

—Siéntese usted aquí —interrumpió el señor X, pensando ya más serenamente que el hombre que tenía por delante podía ser un impostor— y acompáñeme con una tacita de café.

Y sin esperar contestación, llamó a Ignacio, que apareció llevando una bandeja de madera negra con unos pajarracos chinos dorados a fuego y en ella una cafetera y dos tazas de loza dibujadas con colores chillones.

De esta manera quería el señor X darse tiempo para reflexionar y tener más advertido a Ignacio. Porque... ¡qué diablos! Un hombre solo en un caserón abandonado, con fama de rico, podría ser buena presa para cualquier desalmado.

De un sorbo se bebió la taza de café el advenedizo, dejándose observar por la mirada rapaz del señor X su físico desleído, que no decía nada, ni nada revelaba. Porque si es cierto que hay rostros delatores y expresivos, no es menos cierto que los hay opacos y completamente mudos.

Por otra parte, el hombre aquel deseaba continuar su frase interrumpida, y así apenas vio al señor X encender su cigarro y apoyarse en el respaldo de la silla en

actitud de oírle, siguió adelante.

—Como le decía, señor, se trata de un entierro. Usted creerá probablemente en entierros.

—Poquísimo, caballero.

—Es natural; generalmente los entierros son pretextos para estafas, burlas y engaños. El entierro de que yo vengo a hablarle es algo serio, real, exacto, que le probaré hasta la evidencia. Tuve yo un tío que fue minero, y sin embargo murió bastante pobre, postrado por una tisis que lo fue acabando lentamente. Había sido hombre de negocios y de negocios enredados; no teníamos mucha fe en su honradez. Pero antes de morir llamó a mi padre y a mí, y nos dijo que él conocía el sitio seguro, fijo, de un entierro, hecho entre él y un compañero de negocios. Nos entregó unos planos y nos dejó el convencimiento de que aquello era una cosa seria y digna de crédito. Ahora bien, ¿estaría usted dispuesto a ayudarme, señor X?... Iríamos a partir de utilidades.

—Pero, vea usted, señor, ¿dónde están las pruebas? ¿dónde está ese entierro? Usted no exigiría que le crea bajo su palabra.

—Si yo le mostrara a usted un plano de esta casa, y el sitio donde debe hallarse el entierro, ¿usted me creería?

—Tal vez, casi, casi con seguridad.

—Bueno...

El advenedizo llevó rápidamente la mano al bolsillo interior de la chaqueta, removió pausadamente algunos papeles, sacó uno algo ajado y amarillento, lo desdobló, apartando otro que estaba allí junto, y abriendo el primero lo puso ante los asombrados ojos del señor X que pudieron ver allí perfectamente clasificadas las piezas, los pasillos, las puertas, toda la casa con sus detalles más mínimos...

—¿Y dónde está aquí el entierro? —preguntó ya con intensa curiosidad.

—Usted me permitirá, señor, que —Usted me permitirá, señor, ques..., yo no le conozco. Antes de mostrarle otro plano, yo exijo que usted me facilite esta misma noche el acceso a la pieza señalada y los dos nos pongamos a la obra.

—¿Y por qué ha de ser esta misma noche? —preguntó con energía el señor X...

—Porque habiéndole ya revelado a usted que aquí hay un entierro, usted podría pretender rastrearlo para sí y dejarme a mí a un lado.

Aquello parecía sincero, razonable. El señor X titubeó un momento; pero no quería dar muestras de temor, y sin embargo, todo aquello era raro, extraño, sumamente peligroso.

—Venga el otro plano —exclamó de pronto—, acepto bajo mi palabra de honor las condiciones —mientras recordaba con cierta tranquilidad que llevaba el revólver cargado en el bolsillo del pantalón...

Al instante el hombre repitió su operación de rastreo de papeles y sacó el otro que había vuelto a guardar. Era el mismo plano, pero en una de las piezas más apartadas una crucecita roja llevaba la vista a un letrero con tinta del mismo color, que decía: “aquí está la tinaja”.

Un momento se fijaron sus ojos en esos caracteres rojos, letra fina, cuidada... ¡La tinaja! ¿Estaría llena de onzas? ¿Sería aquello verdad? ¿Qué le había metido a aceptar aquel loco y aventurado negocio que podría ser una celada infame? Tuvo miedo, emoción; un sudor frío le corrió por todo el cuerpo, y cuando levantó la vista del plano que lo hipnotizaba con el letrerito rojo, vio que los ojos incoloros del advenedizo le miraban fijos, inmóviles, brillantes como los del gato.

Era necesario que no le viera dudar, y haciendo de tripas corazón, como se dice vulgarmente, devolvió el papel y contestó con la más tranquila entonación:

—Estoy a sus órdenes, caballero.

—Es necesario un chuzo y una pala, y apartar a los criados para que no se den cuenta de qué se trata.

—Lo mejor será que lo vamos a sacar nosotros mismos. Yo tengo la llave de la bodega.

Tomó el señor X una vela que estaba sobre la mesa y salió del cuarto, teniendo siempre cuidado de echar a su compañero por delante. Llegaron por el corredor a un portón ancho de dos hojas con grosero y tosco candado fue quitado sin dificultad, separándose cerrojo, y abriéndose un lado con el crujido inevitable de

los goznes mohosos. Allí estaba el coche, el coche de la hacienda, un viejo carruaje de trompa, que inclinaba su techo lustroso como un lomo de barata; los arneses colgaban de algunos ganchos en la pared enlucida, y en todos los rincones se amontonaban chuzos de varios tamaños, palas, azadones, arados, cultivadoras y echonas gastadas y mohosas. Era el arsenal de la hacienda donde venían los peones todas las mañanas a recibir la herramienta necesaria para trabajar todo el día bajo el sol abrasador.

El advenedizo se dirigió tranquilamente a un rincón, escogió una barreta, se acercó al otro extremo donde tomó una pala, cuyo filo examinó un instante, y esperó al señor X que intencionalmente se quedaba atrás para tenerlo siempre ante su vista.

Salieron, cerróse de nuevo el candado, y volvieron a tomar corredor, entrando por la puerta entreabierta y llena de luz por donde habían salido.

—Ignacio —llamó el señor X, afectando la mayor tranquilidad en la voz—, puedes retirarte.

Pero al mismo tiempo le daba una mirada bien significativa, que quería decir:

—Quédate, no te acuestes, vigila.

El sirviente entendió perfectamente que allí pasaba algo anormal, extraño en la vida de esa casa tranquila, y vio internarse en cañón de piezas con visible inquietud a su patrón, con una vela una mano, llevando por delante al individuo con el chuzo y la pala al hombro. ¿Dónde irán? ¿Qué significaba eso?

—Aquí es —dijeron los dos al llegar a la última pieza del corredor.

—Y este es el rincón preciso en que está la tinaja —agregó el desconocido, dejando caer el chuzo sobre un ladrillo que se trizó en varias direcciones.

La pieza era grande, húmeda, helada. El pavimento de ladrillos viejos estaba muy deteriorado dejando ver en varias partes las manchas negruzcas de la humedad. Dos o tres baratas negras subían por los guardapolvos, con su marcha torpe, indecisa, y una mosca grande y verde volaba trasnochada, zumbando de un modo siniestro alrededor de la vela.

Quedó esta en el hueco de una ventana; comenzó el desconocido a sacarse la

blusa para poder manejar mejor el chuzo; y el señor X se inclinó sobre la pared para poder examinar desde allí todos los movimientos de su compañero.

Sentía un visible malestar; un sentimiento extraño, nuevo, le llenaba enteramente. Cierto ardor en las sienes y unas punzadas neurálgicas le comenzaban a molestar. Sus ojos se encontraban a menudo con los del desconocido, que lucían de una manera extraordinaria. Eran exactamente los ojos de un gato, algo vidriosos, iluminados por dentro, centelleantes e inquietos. ¿Por qué esos ojos que un poco antes eran opacos, esmerilados, por decirlo así, habían tomado ese fulgor? ¿Era que se acercaba el momento de poner en práctica la celada? ¿Cuál podía ser esa? ¿Vendrían ya acercándose los compañeros que debían asesinar a don Simón y a Ignacio? ¿Se serviría ese desconocido del chuzo para matarle?

Y sin darse bien cuenta de lo que hacía, se apretaba contra la pared para sentir sobre su cintura el contacto del revólver y encontrar en ello seguridad.

Entre tanto, el compañero había dado ya unos cinco golpes vigorosos que habían hecho saltar los ladrillos en un espacio de un metro cuadrado, más o menos. Estos, partidos o molidos, quedaron amontonados en un rincón. Ahora los golpes del chuzo eran sordos, caían sobre una tierra apretada y traposa, que se deshacía en costras.

¿Por qué el hombre del chuzo le volvía a mirar con esos ojos de gato? ¿Qué quería hacer? El silencio era inmenso, ese silencio de las noches de campo; el mugido de una vaca allá lejos, en la soledad de los potreros, ladridos lejanos de los perros de los inquilinos y uno que otro gemido agudo del Nerón, el perro de la casa, que al sentirse amarrado de un tronco lloraba con su aullido prolongado y lastimero.

Los golpes del chuzo seguían, la tierra saltaba, el sudor bañaba la frente del desconocido. Pero el señor X no se ofreció a seguir: él pensaba que inclinado sobre el suelo, con las manos ocupadas en tomar la herramienta, podía recibir fácilmente una puñalada, sin tener tiempo para defenderse.

¡Qué horas aquéllas! Dejemos hablar al señor X que contaba después este trance, temblando todavía.

“Los golpes del chuzo caían sobre algo fofo y suelto, y, sin embargo, unido y compacto. Me pareció que evidentemente ese suelo podía haber sido removido

después de enladrillado todo el piso. Ya no tuve dudas de que en pocos instantes más vería aparecer un extremo de la tinaja, empolvada... Y entonces un nuevo temor, una nueva sospecha hizo correr sobre mi cuerpo un calofrío que me estremeció. La codicia que comenzaba a sentir yo, ¿no la sentiría con mayor fuerza ese hombre que estaba allí, sacando algo que en realidad le pertenecía? Con un solo golpe podía hacerse dueño de toda esa tinaja y reparar el error de haber cedido la mitad de su tesoro. Los ojos de mi compañero ya no brillaban, ardían, giraban dentro de sus órbitas, estaban algo inflamados por el insomnio y adquirían por momentos una inquietud siniestra. Los golpes del chuzo seguían cambiando de sonido y revelaban claramente la existencia de algún objeto duro ya no distante...

Hubo un momento en que una desesperación nerviosa me asaltó. La vela se extinguía ya: la llamita volteaba a todos lados lamiendo el borde de la palmatoria. Los ojos del hombre me seguían mirando de cuando en cuando, hasta que ya la llama de la vela se apagó por completo. Siguió entonces un momento del más absoluto silencio, el chuzo no golpeaba, no podía ver lo que hacía mi compañero, pero sí sentía cerca de mí su respiración fatigosa... ¿Venía a matarme? Instintivamente eché mano a mi revólver y esperé cualquier movimiento para tomar una actitud enérgica.

Aseguro que jamás he tenido sufrimiento moral más espantoso. Esperé así, sin respirar.

—Encendamos otra vela, —dijo el hombre con voz aparentemente tranquila.

Me acerqué entonces a la ventana y encendí otra vela que había traído de repuesto, esperando por momentos que un paso de mi compañero me revelara que había llegado el momento de la lucha...

Era ya la media noche, y volvió a reinar ese silencio religioso de la noche: mugidos, ladridos... El chuzo volvió a golpear con verdadera fiebre la tierra, y ya comenzaba a sentirse duro el suelo de nuevo, cuando sorprendí en mi compañero una mirada diabólica en que se veía concentrada una gran codicia y un destello de desconfianza.

Detuvo los barretazos, me miró fijamente y comenzó a hablar:

—Dígame, señor, la mitad del entierro le pertenece, ¿ah?

—Usted sabrá, amigo. De eso habíamos hablado.

—¿Y si en vez de dinero hubiera objetos de plata u oro?

—¿Qué inconveniente habría en dividirlo?

Volvió el hombre a trabajar, pero menudearon sus miradas; parecía que ahora espiaba una ocasión en que me viera distraído.

De repente el barretazo fue aclarando el sonido de su choque hasta que por último pareció haber tocado en una piedra.

—¡La tinaja! —gritamos los dos con una voz sorda.

Era la voz de la codicia que salía de las almas; nuestras miradas se cruzaron y esa vez las del advenedizo tenían un nuevo destello, el fulgor de la ira...

¡Oh, qué fatiga tan grande la de mi alma! Se siguió cavando a los lados, y la tinaja iba apareciendo en su curva de greda opaca, algo rosada, llena de polvo. Era evidentemente una de esas grandes pipas de barro cocido, que quedan todavía en los graneros y bodegas viejas y de cuyo fondo que resuena a los ruidos exteriores parecen salir las voces de los vendimiadores de antaño.

Sentí entonces un impulso satánico, deseos de arrojarme sobre mi compañero y matarlo. Y si yo sentía esos deseos, yo que jamás había soñado con hacer mal a nadie, ¿qué podría pensar aquel desconocido, que tenía ya su tesoro a la vista?”.

Cerca del amanecer, cuando la segunda vela parecía apagarse y por las rendijas de la ventana se filtraba una luz triste, melancólica, escasa, el compañero soltó la barreta y dijo al señor X:

—Es menester levantar la tinaja.

Se inclinó este con más temor que nunca sobre el borde de la excavación y pensó que quién sabe si ese era el último momento de su vida. Recordó su niñez, su vida entera, sus deudas con Dios, con los hombres, y haciendo un esfuerzo sobrehumano cogió la tinaja del borde, hizo un ademán poderoso para levantarla, pero nada se movió.

La emoción era inmensa, ya imposible de sobrellevar. Esa tinaja tan pesada

¿estaba llena de oro? ¿Eran ya los dos inmensamente ricos? ¿Saldrían de allí con dinero o sería uno víctima de la codicia del otro?

—¡Una idea! —exclamó de pronto el señor X— ¿Por qué no se rompe la tinaja con la barreta?

Un barretazo formidable cayó sobre un costado de la tinaja, otro más fuerte todavía la triza haciendo un ruido como si fuera la protesta de esos avaros que quisieran esconder ese oro que no podían tragarse en la tumba.

Un tercer barretazo partió medio a medio el tosco y gigantesco vaso de greda. Las mitades se desprendieron con la lentitud de una separación dolorosa y cayeron pesadamente sobre los muros de la excavación.

Un grito sordo se les escapó a los dos, medio ahogado, en las gargantas secas y ardientes.

Dentro había un cadáver, que todavía conservaba sobre el cráneo algunos pelos negros y lacios y sobre las costillas y caderas algunos jirones cenicientos...

Se miraron mudos, pálidos, aturdidos esos dos hombres. La vela se apagó, y en medio de la sombra los ojos de gato del desconocido lanzaron una mirada indecisa, interrogadora, llena de zozobras.

Y entonces una luz cayó sobre esas dos almas, haciendo desaparecer la codicia, la desconfianza; y reconstituyendo la escena pasada allí en años anteriores, creyeron ver a esos dos hombres que vaciaron el oro de la tinaja y en que el más fuerte encerró al más débil para gozar a solas del dinero.

Y mientras el desconocido pensaba con mortal ansiedad que su padre era el único poseedor del secreto, el propietario del fundo recordaba el misterioso desaparecimiento de su antecesor.

Y las miradas de esos dos hombres que hasta entonces se habían cruzado como dos hojas de un puñal, se encontraron ahora llenas de indecible angustia y se perdonaron.

Una larga faja de luz amarillenta, la primera del día, cayó al fondo de la lóbrega pieza.

La hija del guardagujas

Vicente Huidobro

Aunque se le conoce principalmente por su obra poética, Vicente Huidobro (1893-1948) exploró diversas formas discursivas, en consonancia con sus aspiraciones estéticas de rebeldía hacia las formas establecidas y la esclerosada mirada sobre el uso del lenguaje de muchos de sus contemporáneos, que criticó duramente en su manifiesto Non Serviam y que tiene su punto culminante en Altazor. Su propuesta estética del Creacionismo marcó su obra y la de muchos poetas de su generación. Su talento lo llevó a codearse con la Vanguardia europea, a participar activamente en la Guerra Civil española e incluso a postular alguna vez como candidato presidencial. Su madre, según dijo una vez, lo había criado para ser rey de Chile. En cierta medida, a través del Creacionismo, Huidobro se convirtió en amo y señor de un mundo fundado en la palabra.

Entre sus exploraciones textuales abarcó la poesía, el teatro, el ensayo y la narrativa. En esta última su Mío Cid Campeador (1929), explora los bordes de las posibilidades expresivas del medio escrito, entremezclándolo con la emergencia de las cualidades discursivas del medio cinematográfico. Su obra Cagliostro (1934), una novela-film como él mismo la define, es una especie de biografía novelada del famoso alquimista en la que, al igual que en su otra obra ya mencionada, persistía en la ambición de conciliar los lenguajes literario y fílmico. Asimismo, Huidobro hizo una incursión en el relato breve a través de la publicación de tres microcuentos, todos ellos muestra de una disolución del lenguaje poético en el narrativo. El relato que se presenta a continuación, “La hija del guardagujas”, ofrece la posibilidad de proponer algunas reflexiones en torno a las puestas en entredicho de los discursos narrativo y poético y su mutua invasión de límites.

La narración, aunque breve, ofrece una interesante muestra del modo en que Huidobro modula el lenguaje lírico y lo adecua al narrativo, proponiendo una

cartografía nueva para dar cuerpo a un mundo en que la naturaleza cobra vida propia gracias a los adjetivos y en que las escalas se distorsionan gracias a metáforas como “la mujer, como buena mujer, le ayuda a enhebrar trenes por el justo camino”. El centro del relato es la pequeña hija del guardagujas, que juega con los enormes trenes que cargan fantasmas desde las urbes y apenas advierten en su adormecido tránsito por las vías. La oración final del cuento reviste al texto de un tono trágico en su más profunda acepción: esas tres vidas enrieladas en férreas vías no pueden escapar a ese destino ignorado por los pasajeros resguardados por el Guardagujas.

La visión de Huidobro de la poesía como una entidad separada de la realidad material, provista de autonomía ontológica parece trasuntar a su narrativa breve. En el guardagujas la penetración del lenguaje poético reviste al texto narrado de imágenes líricas que se hilan en un entramado de lo fantástico que irrumpe en el mundo de los personajes, apartados de la realidad urbana y ajenos a la industrialización.

La hija del guardagujas

La casita del guardagujas está junto a la línea férrea, al pie de una montaña tan empinada que sólo algunos árboles especiales pueden escalonar a gatas, aferrándose con sus raíces afiladas, agarrándose a los terrones hasta llegar a la cumbre.

La casita de madera desvencijada a causa del estremecimiento constante y los fragores. La casita pequeña en un terraplén de veinte metros junto a tres líneas.

Allí vive el guardagujas con su mujer, contemplando pasar los trenes cargados de fantasmas que van de ciudad a ciudad. Cientos de trenes, trenes del norte al sur y trenes del sur al norte. Todos los días, todas las semanas, todo el año. Miles de trenes con millones de fantasmas, haciendo crujir los huesos de la montaña.

La mujer, como buena mujer, le ayuda a enhebrar los trenes por el justo camino.

La responsabilidad de tantas vidas satisfechas les ha puesto un gesto trágico en el rostro. Apenas si pueden sonreír cuando se quedan como suspendidos mirando a su pequeña, una creatura de tres años, graciosa, delicada, con gestos de flor y de paloma.

Pasan los trenes con el fragor de hierros y largos metales arrastrados de toda una ciudad que soltara sus amarras, de tantos fantasmas desencadenados y ebrios de libertad.

La hija del guardagujas juega entre los trenes de su montaña con una confianza aterradora. Ignora que los niños ricos de la ciudad se entretienen con unos trenes pequeñitos como ratones sobre rieles de lata. Ella posee los trenes más grandes del mundo... y ya empieza a mirarlos con desprecio.

Es un encanto de niñita. Viva, despreocupada, suelta como si no quisiera apegarse a nadie. Se diría que un tren la arrojó allí al pasar como por casualidad.

En cambio sus padres viven pendientes de ella, la contemplan, mientras todavía

es tiempo, la miman, la adoran.

Ellos saben que un día la va a matar un tren.

El unicornio

Juan Emar

Nacido con el nombre de Álvaro Yáñez Bianchi, Juan Emar (1893-1964) convirtió su seudónimo en una declaración de principios que marcaría toda su narrativa. “Estoy harto”: harto del arte academicista, de una crítica apegada a una tradición que desatendía la inminente llegada de las vanguardias europeas y que volvía la mirada hacia una narrativa apegada al realismo. A través de sus cuatro obras publicadas en vida (Un año, Ayer, Miltín 1934 y el volumen de relatos Diez), además de sus artículos de la sección Notas de Arte en el diario La Nación, se enfrentó al campo cultural de su época, acabando derrotado por la incomprensión de la crítica. Recluido en su fundo dedicó los últimos años de su vida al ambicioso proyecto narrativo de Umbral, publicado póstumamente en 1996.

Esta “poética del contrapelo” se reflejó en toda su obra, pero particularmente en su narrativa breve. Diez, una colección del mismo número de relatos, ofrece una estructura peculiar, muy en línea con los tópicos explorados por Emar en lo que respecta a la Mística: siguiendo los principios pitagóricos, reúne cuatro cuentos de animales, tres de mujeres, dos sobre lugares y uno sobre un vicio. Hilados con el resto de la narrativa emariana, comparten asimismo ese particular humor que bebe del surrealismo y de lo fantástico y que se esgrime contra el campo intelectual en el que se vio inmerso el escritor. La irrupción de eventos inauditos en la apacible vida burguesa de los personajes, junto con la plácida indiferencia con que llevan estos acontecimientos da cuenta de la intención de Emar por epatar al lector, envolviéndolo en extrañas búsquedas y diálogos que parecen tomaduras de pelo en las que una ligera comicidad oculta los contrapesos de una dura crítica al campo estético chileno de la época.

El cuento “El Unicornio”, aquí presentado, es un claro ejemplo de lo previamente dicho. El texto ostenta una estructura escalonada, en la que diversos

relatos se superponen vertebrados por el elemento del animal fantástico. El narrador aprovecha estos juegos para proponer otra superposición de planos narrativos para relatar un crimen que persigue la consumación de otro más terrible. Todo sobre la base de una lógica opuesta a todo razonamiento deductivo para volcarse de lleno a lo inductivo, con resultados que bordean la vereda de la patafísica: el producto es una concatenación de hechos ajenos a lo cotidiano que, en su unidad y coherencia discreta y autónoma de toda racionalidad, resultan verosímiles y convincentes para el lector. Y, a modo de un barniz finísimo, el autor aporta un halo de ironía sobre las concepciones academicistas del arte y la literatura imperantes en el contexto del campo intelectual chileno de la década del treinta.

La receta emariana es única, provista de múltiples matices y significaciones: su obra apunta a la creación de un mundo-espejo, cuyo eje es San Agustín de Tango, en la que confluyen todos los reflejos de una vieja y esclerosada estética que, a través de una mirada desde lo fantástico, emerge renovada.

El Unicornio

Desiderio Longotoma es el hombre más distraído de esta ciudad. Se vio obligado a enviar a todos los periódicos el siguiente aviso:

“Ayer, entre las 4 y 5 de la tarde, en el sector comprendido al N. por la calle de las Perales, al S. por el Tajamar, al E. por la calle del Rey y al O. por la del Macetero Blanco, perdí mis mejores ideas y mis más puras intenciones, es decir, mi personalidad de hombre. Daré magnifica gratificación a quien la encuentre y la traiga a mi domicilio, calle de la Nevada. 101”.

El mismo día recorrí el sector indicado. Tras larga búsqueda encontré en un tarro de basuras un molar de vaca. No dudé un instante. Lo cogí y me encaminé al 101 de la Nevada.

Once personas hacían cola frente a la puerta de Desiderio Longotoma. Cada una tenía algo en las manos y abrigaba la certeza que ello era la personalidad humana perdida la víspera.

La primera tenía: un frasquito lleno de arena;

la segunda: un lagarto vivo;

la tercera: un viejo paraguas de cacha de marfil;

la cuarta: un par de criadillas crudas;

la quinta: una flor;

la sexta: una barba postiza;

la séptima: un microscopio;

la octava: una pluma de gallineta;

la novena: una copa de perfumes;

la décima: una mariposa;

la undécima: su propio hijo.

El criado de Desiderio Longotoma nos hizo pasar uno a uno.

Desiderio Longotoma estaba de pie al fondo de su salón. Siempre igual, risueño, grueso, con sus bigotitos negros, afable, tranquilo.

Aceptó todo cuanto se le llevó. Distribuyó generoso las gratificaciones ofrecidas.

A la primera le dio: un cortaplumas;

a la segunda: dos cigarros puros;

a la tercera: un cascabel;

a la cuarta: una esponja de caucho;

a la quinta: un lince embalsamado;

a la sexta: una tira de terciopelo azul;

a la séptima: un par de huevos al plato;

a la octava: un pequeño reloj;

a la novena: una trampa para conejos:

a la décima: un llavero;

a la undécima: una libra de azúcar;

a mí: una corbata gris.

Tres días más tarde visité a Desiderio Longotoma. Quería, en su presencia, instruirme sobre varios puntos que no es del caso mencionar aquí.

Desiderio Longotoma estaba en cama. Sobre la cabecera había colocado, en una

red de alambre que avanzaba hasta la mitad del lecho, las doce creencias de nosotros doce sobre su personalidad perdida.

Bajo el total, Desiderio Longotoma meditaba.

(Observación al pasar: la muela de vaca quedaba justo encima de su esternón).

Esta meditación cobijada me recordó el consejo que el mismo personaje me dio el 1º de octubre del año pasado bajo el árbol de coral.

Después de largo silencio, Desiderio Longotoma me dijo:

—Deseo contraer matrimonio. Sólo puedo meditar a la sombra de algo. Deseo contraer matrimonio para meditar a la sombra de dos cuernos. He pensado en Matilde Atacama, la viuda del malogrado Rudecindo Malleco. Esta mujer, aparte de ser hermosa cual ninguna, tomó el hábito del amor cerebral. Como yo nada conozco de él, Matilde no tardará en engañarme. Lo único que me preocupa es la elección que haga referente a su amante. Pues hay hombres que, al poseer a una esposa ajena, hacen nacer, sobre el testuz del marido, cuernos de toro; otros, de macho cabrío; otros, de ciervo; otros, de búfalo; otros, de anta; otros, de musmón... en fin, de todos cuantos nos ofrece la zoología. Y yo quiero meditar bajo los grandes cuernos del ciervo. Nada más.

Insinué:

—¿Cree usted que yo...?

Contestó:

—De ningún modo. Usted haría crecer el cuerno único del unicornio.

El unicornio habita en las selvas de los confines de la Etiopía.

El unicornio se alimenta únicamente de los pétalos fragantes de los nenúfares dormidos.

Ello no quita que su excremento sea extremadamente fétido.

El unicornio, para sus horas de reposo, fabrica con su cuerno único vastas grutas en la tierra muelle de los pantanos. De lo alto de estas grutas cuelgan estalactitas

de ámbar y arañas velludas de un hilo de plata.

El unicornio no se domestica. Cuando divisa al hombre se volatiliza todo él, salvo su cuerno que cae a tierra y queda recto sobre ella. Luego echa hojas dentadas y frutos encarnados. Se le conoce entonces con el nombre de “El Árbol de la Quietud”.

Sus frutos, mezclados a la leche, son el más violento veneno para las muchachas en flor. Esto, Marcel Proust lo ignoraba. De haberlo sabido, se hubiese evitado varios volúmenes.

Las muchachas muertas así no se descomponen. Quedan marmóreas hasta la eternidad. El hombre que las contempla en su mármol pierde para siempre todo interés por toda muchacha que hable, respire y se translade en el espacio.

No veo por qué causa cuanto se refiere al unicornio sea contrario a las intenciones de Desiderio Longotoma.

Desiderio Longotoma insiste:

—¡Cuernos de ciervo! ¡Nada más!

Golpearon a la puerta. Entró una dama anciana. Entre sus manos traía un pedazo de arcilla en el que se hallaba enterrado, por el tacón, un viejo zapato de mujer conteniendo un verso de Espronceda.

Desiderio Longotoma agradeció vivamente, obsequió como gratificación un pergamino y una ostra y, cuando la dama se hubo marchado, ensartó el todo en la punta del paraguas de cacha de marfil. Luego repitió:

—¡Cuernos de ciervo! ¡Nada más!

Desiderio Longotoma ha contraído matrimonio con Matilde Atacama.

Matilde Atacama ha tomado un amante que ha hecho crecer sobre la nuca de Desiderio Longotoma dos enormes cuernos de ciervo. El hombre puede, pues, meditar en paz.

Después de sus meditaciones hizo lo siguiente:

Compró una máquina trituradora, modelo XY 6, ocho cilindros, presión hidráulica. En ella echó los trece hallazgos que le remitimos cuando la pérdida de su personalidad. Y los trituró.

Los trituró y los molió hasta dejarlos convertidos en un finísimo polvo homogéneo. Este polvo lo guardó en una retorta que cerró herméticamente y que expuso cinco minutos a la luz de la Luna.

Mientras esto hacía, Matilde Atacama estaba en brazos de su amante, y yo terminaba los preparativos de viaje a los confines de la Etiopía.

Me embarqué en Valparaíso en el S. S. Orangután y treinta y siete días más tarde desembarqué en Alejandría.

Sigo al Cairo. Visita a las Pirámides.

Por la noche, visita al observatorio astronómico. Contemplé largo rato los magníficos resplandores de Sirio y los reconocí de cuatro años antes desde el observatorio del San Cristóbal. Luego contemplé la Luna. También reconocí sus montañas y, sobre todo, uno como enorme monolito, solo, desamparado, en medio de un inmenso desierto al parecer de hielo o de leche.

Al reconocer así, me toma súbitamente la duda de la veracidad del Cairo y de Santiago como dos diferencias en el espacio. Primó la idea de simultaneidad espacial. Se insinuó con Sirio y las montañas lunares; se acentuó, me llenó, mientras aquel monolito blanco pasaba a través de mi ojo.

Al día siguiente, segunda visita a las Pirámides. Con el extremo del bastón golpeé repetidas veces una piedra de la base de la pirámide de Cheops. De este modo, con cada golpe, fue deshaciéndose la idea enviada por la Luna, y El Cairo y mi ciudad natal se desprendieron por entre océanos y continentes.

Sigo en bote a la vela por el Nilo, luego en camello por toda clase de altiplanicies y, tres meses después de haber salido de Santiago, llego a los confines de la Etiopía.

Dos días de ejercicios rítmicos para habituarme al clima y ¡listo! He aquí como:

Me coloqué en cuclillas al pie de un abedul teniendo a un lado una jarra con agua, al otro unos panecillos de la región, sobre la cabeza un despertador automático que sonaba apenas tenía sueño y, a mis pies, el retrato de una mujer desnuda que previamente atravesé con un colmillo de lobo y que coloqué sobre una casulla del siglo XVI. Y esperé, esperé, esperé... 24 horas, 48 horas, 96 horas, 192 horas, y...

Grácil, ágil, esbelto, silbante, luminoso, apareció por entre los verdes de la selva un soberbio ejemplar de unicornio.

Ahora era menester lanzar un grito para llamarle la atención, me viera y se volatilizara. Grité:

—¡¡Presenten arrr...!!

El unicornio se volvió hacia mí, me miró y se volatilizó. Y mientras su cuerno caía a tierra, se arrugó el retrato de la mujer desnuda y un guacamayo cantó.

Cayó el cuerno y enterró su base. Minutos más tarde echaba hojas dentadas; horas más tarde echaba un hermoso fruto encarnado. Con unas largas tijeras lo corté, lo envolví en la casulla y, terminada mi misión, a grandes pasos me dirigí hacia el Mar Rojo.

Allí un submarino me aguardaba. Regresamos por las profundidades de los océanos, pasando bajo los continentes, lo que me permitió hacer dos observaciones. Una: ningún continente, ninguna tierra del planeta, está adherida; todas flotan. Otra: la Tierra no gira sobre sí misma; la Tierra misma está completamente inmóvil respecto a su eje; lo que gira es esta capa de agua que la envuelve y sus continentes flotantes; pero su núcleo (es decir casi toda ella) —repito— no.

Al participarle esta segunda observación al Primer Ingeniero, me miró un rato, sonrió, luego me golpeó el hombro y se marchó a su cabina. Un minuto después volvía con una pelota de tenis que hizo girar sobre sí misma entre sus dedos. Me preguntó:

—¿Gira o no sobre sí misma?

Respondí:

—Ciertamente.

—Pues bien —prosiguió—, es lo mismo con la Tierra: puesto que gira aquí en la pelota la goma y la badana que la envuelve, ¿qué importa lo que haga el vacío interior? La pelota gira y no hay más. Alegar lo contrario, amigo, es caer en demasiadas sutilezas.

—Permítame usted, señor Primer Ingeniero. Si esa pelota fuese en su interior, pongamos una bola de madera y usted, al mover los dedos, hiciese girar y resbalar sobre tal bola la badana exterior, ¿giraría el total? Yo digo: no. Y tal es, creo, el caso de la Tierra.

—Se equivoca usted, amigo mío. La Tierra es como esta pelota y no como la que imagina usted. Dentro de ella no hay nada, dentro de ella es el vacío.

—¿Es posible?

—Muy posible. Dése usted el trabajo de pensar un poco: piense que si dentro hubiese algo, ese fuego de que se habla, o esas capas con demonios y sabandijas gratas a su amigo Desiderio Longotoma, o lo que fuese, ¿cree usted que seríamos, nosotros los hombres, los tristes y malogrados seres que somos? ¿Cree usted que iríamos, como vamos, penando entre los dolores, las miserias y el amor? No por cierto, amigo mío. Tenga usted la certeza que una luz brillaría en nuestras frentes altivas. En el interior de la Tierra es el vacío.

Me dirigí al Piloto Primero. Me dijo:

—Tiene usted razón. El interior de la Tierra está inmóvil respecto a su eje, no gira. Lo que gira es esta capa de agua con sus sólidos en flotación.

—Sin embargo —me atreví a insinuar— hay quienes dicen que más allá de estas aguas no hay absolutamente nada.

—Error —respondió—. Todo el interior está formado por un metal oscuro, compacto, imperforable, un metal duro y mudo. Si así no fuese, si existiese allí un inmenso hueco capaz de ser recorrido y atravesado por aves y por espíritus, ¿cree usted que seríamos, nosotros los hombres, los pesarosos y angustiados seres que somos? No, señor. Una sonrisa divina acompañaría siempre nuestros rostros y la mueca del pesar nos sería totalmente desconocida. En el interior de la Tierra sólo hay un metal negro y pesado como el destino.

—Haya lo que haya —dije—, desearía saber otra cosa, señor Piloto Primero: ¿por qué en un submarino como este hay una pelota de tenis?

—Eso, señor mío —respondió—, no lo sabrá usted jamás.

Dicho lo cual se alejó.

Siguió nuestra navegación. Veintiocho días después de habernos despegado de las costas del Mar Rojo, pasamos bajo los Andes. Vimos desde el fondo el enorme cráter del Quizapu como un tubo lóbrego y carcomido. Como era de noche en aquel instante, vimos arriba, coronándolo, un cometa que pasaba.

Al penetrar en las aguas del Pacífico, salimos por primera vez a superficie. A media milla de nosotros pasaba, rumbo al sur, un bote del Caleuche, tripulado por tres brujos muertos, de pie. Sobre el lomo del submarino se formó una discusión. Aseguró el Primer Ingeniero:

—Esos tres cadáveres son de sexo masculino, pues han de saber ustedes, que desde que el Caleuche existe, es decir desde que Dios separó los mares de las tierras, quedó formalmente establecido que jamás ninguna bruja muerta podría ocupar ninguno de sus botes.

El Piloto Primero hizo una mueca y, pidiéndole el catalejo al Capitán, dijo solemnemente:

—Un momento.

Miró largo rato. Luego prosiguió:

—Señor Primer Ingeniero, se equivoca usted. El tercer cadáver, el que va a popa, pertenece al sexo femenino. Amigo (se dirigió a mí), confírmelo usted.

Y me alargó el catalejo.

En verdad aquel cadáver era más pequeño que los otros dos, de su cráneo raído colgaban algunas largas mechas que hacían pensar más en la cabellera de un ser que hubiese sido femenino al pasar por este mundo, y bajo los harapos se adivinaba en su pecho materia blanda, de jalea, y no recias costillas como en los otros dos.

Tales observaciones no pusieron fin a la discusión. El Primer Ingeniero exclamó:

—Señor Piloto Primero, no me contradiga usted. Mi ciencia sobre el Caleuche es total. Y prueba de ello, vea usted: son en este momento las 2 y 38 minutos. Pues bien, siendo que sopla un viento noroeste fuerza 3 y siendo que hay sólo dos nubes en el cielo y ningún pez a la vista, el Caleuche debe pasar dos horas y diez y siete minutos después que una embarcación suya tripulada por tres cadáveres.

Esperamos.

En efecto, a las 4 y 55, vimos a babor las puntas de los palos del barco y, bajo las aguas, el resplandor de sus luces submarinas.

La ciencia del Primer Ingeniero era, sin duda, profunda. Sin embargo el Piloto Primero no dio su brazo a torcer. Sonreía con malicia solamente. Después me llamó a un lado y me dijo al oído:

—El señor Primer Ingeniero sabe mucho, una enormidad, respecto a la relación de tiempo y distancia entre el Caleuche y sus embarcaciones, pero en lo que se refiere al sexo de los cadáveres que tripulan estas últimas, créame usted, es un perfecto ignorante.

Y sin más, nos metimos submarino adentro para sumergirnos nuevamente.

Dos días más tarde aparecíamos en Valparaíso.

Viajé a Santiago en auto esa misma noche.

A las 2 de la madrugada estoy frente a mi casa con la casulla y el fruto encarnado bajo el brazo, mientras el coche se aleja presuroso.

Y empieza otra historia.

No corría aún un minuto, cuando un deseo me cogió: abrir mi puerta con otra llave, entrar en puntillas en el más absoluto silencio, aguardar largo rato tras cada paso, temblar con el ruido de las ratas y robar, robar cuanto pudiera en mi propia casa.

Así lo hice.

De un armario saqué un gran trapo negro para ir echando los objetos robados. Tengo en mi escritorio la calavera de Sarah Bernhardt; me la robé. Un el hall tengo un cuadro de Luis Vargas Rosas; me lo robé. En el comedor tengo dos viejos saleros de oro; me los robé. Y en todos los rincones de la casa tengo las obras completas de don Diego Barros Arana; me las robé.

Así llegué a mi dormitorio.

A esa hora y ese día —si Desiderio Longotoma no me hubiese hablado del unicornio— debería yo estar en cama durmiendo. A esa hora y ese día, si un ratero hubiese entrado a mi habitación, después de desvalijar media casa, debería yo despertar y, alzándome bruscamente de entre las sábanas, gritar: ‘‘¿Quién vive?”. Así es que desperté y grité.

Si saqueando alguna vez el dormitorio de un ciudadano honesto oyese yo en la noche su voz de alarma, debería agazaparme tras un ropero y esperar ansioso, corriendo la mano hacia un arma, en este caso, hacia las largas tijeras que allá en los confines de la Etiopía me sirvieron para cortar el fruto del árbol de la quietud. Así es que me escondí y mi mano se armó. Silencio.

Ante el silencio, volví a gritar: “¿Quién vive?”

Apreté las tijeras. Mi respiración jadeante rebotó contra las tablas del ropero que me ocultaba.

Desde mi cama, oí su jadear. ¡Ni un momento que perder! Salté al suelo, cogí del cajón del velador mi revólver y, ¡luz!

Al verme iluminado y sorprendido, no vacilé. Salté como un leopardo, altas las puntas de las tijeras.

Al verme así acometido, apunté y disparé.

Al ver la boca del revólver hice un rápido gesto para esquivar. La bala me rozó la sien derecha y fue a incrustarse en el espejo de enfrente. Entonces pegué con las tijeras con toda la fuerza de mi brazo, hundiéndolas en el vientre.

Herido, tajeado así, el revólver se me escapó y caí cuan largo soy.

Fue lo que aproveché para ajustar un segundo tijeretazo y, esta vez, escogí el

corazón.

Con el corazón perforado, fallecí.

Eran las 2 y 37 de la madrugada.

Ante mi cuerpo muerto y sanguinolento, retrocedí con paso cauteloso. Recordé entonces el cuerpo yerto de Scarpia mientras Tosca retrocede.

Volví a cruzar, de espaldas, el umbral de casa. Volví a respirar la humedad del asfalto. Un nombre resonó en el silencio de mi cabeza: ¡Camila!

Me guarecí aquella noche en un hotel cualquiera. Repetí: ¡Camila!

Dormí.

Al día siguiente la prensa anunciaba mi muerte con grandes letras, encabezando los artículos con estas palabras:

ESPANTOSO CRIMEN

Al día subsiguiente la prensa daba cuenta de mis solemnes funerales.

Ya una vez sepultado, largo a largo bajo el pasto, las cucarachas y las hormigas, volvió a resonar en mi cabeza vacía aquel nombre idolatrado de Camila, Camila, Camila!

Entonces pensé que el fruto del árbol de la quietud, mezclado con leche, fue lo que ignoró Marcel Proust.

¡Camila!

Marqué su número de teléfono: 52061.

¡Camila!

Lo que siempre a Camila le reproché, entre risas y sarcasmos de ella, fue su absoluta ignorancia. Camila, hasta hace pocos días, creía que las cáscaras de las almendras eran fabricadas por carpinteros especialistas para proteger el fruto mismo; que Hitler y Stalin eran dos personajes íntimamente ligados a nuestro Congreso Nacional: que las ratas nacían espontáneamente de los trastos acumulados en los sótanos; que Mussolini era ciudadano argentino; que la batalla de Yungay había tenido lugar en 1914 en la frontera franco-belga. Camila vivía fuera de toda realidad, fuera de todos los hechos. Camila ignoraba, pues, el espantoso crimen y la triste sepultación. Así es que, al verme llegar a su casa, corrió alegre hacia mí y me tendió sus brazos con una soltura de animalito nuevo.

Luego, riendo de buena gana, indicó la casulla bajo mi brazo y me gritó:

—¿Tú de fraile?

Entonces, ante sus ojos atónitos, la desenvolví y le mostré el magnífico fruto

encarnado.

—¿Se come? —me preguntó.

Tras mi afirmación lo cogió entre sus manos y, con una caricia larga, suave y húmeda, le pasó de alto a bajo su lengüita palpitante. En seguida quiso enterrar en él sus dientes. La detuvo.

—Así no. Podría hacerte daño. Hay que mezclarlo con leche.

Cuando se está sepultado largo a largo bajo las hormigas y las cucarachas de un cementerio, todo sentimiento de responsabilidad desaparece.

Este sentimiento se hace activo y clava cuando los demás hombres le muestran a uno con el dedo, por las calles, al pasar.

Pero si uno se halla largo a largo, no hay dedo que logre perforar una lápida funeraria.

Comimos ambos del fruto encarnado. Sólo que ella era una muchacha en flor.

Sobre la misma mesa recosté el cadáver de mármol de Camila y muy lentamente por fin—, lo desnudé. Tal cual ella había hecho momentos antes con el fruto, hice yo ahora desde sus cabellos hasta sus pies. Luego quedó envuelta en el gran trapo negro que saqué del armario. Trapo vacío. Pues los objetos robados fueron cayendo a lo largo de las aceras mientras de mi casa me dirigía al hotel murmurando el nombre idolatrado de Camila.

Nuevamente por las aceras, bajo el peso de su mármol. Allá en su casa, en los diferentes sitios ocupados por ella cuando vivía, han quedado pedazos de la casulla del siglo XVI y, sobre su cama, las largas tijeras.

Desiderio Longotoma hace gimnasia todas las mañanas. Luego se baña en agua a 39 grados. Luego, durante no menos de media hora, se fricciona el pecho y las extremidades con el finísimo polvo homogéneo que le proporcionó su máquina XY 6, ocho cilindros, presión hidráulica.

—Esto es magnífico para la salud —me dijo apenas me apercibió—. Lástima que usted no vaya jamás a gozar de estas fricciones porque su memoria es admirable. Yo, gracias a la debilidad de la mía, ya ve usted, desafío como si tal cosa los rigores del invierno, los calores estivales, las grandes comidas, las bebidas fuertes, el tabaco y el amor.

Terminadas sus fricciones, se vistió y se acicaló con marcado esmero. Se puso una flor en el ojal. Pasó a su salón. Encendió un habano. Echó la pierna arriba. Se frotó las manos. Me preguntó:

—¿Qué lleva usted ahí?

Cayó el trapo negro.

—¡Camila!

Blanca, fría, dura en su desnudez hecha de este modo indecorosa hasta el grado máximo del placer.

Pasada la medianoche, como dos granujas misteriosos, Desiderio Longotoma y yo, salimos del 101 de la calle de la Nevada llevando, él por los pies, yo por la cabeza, los restos de Camila. Las aceras por tercera vez.

A mitad de camino, a pedido mío, cambiamos de posición. Él tomó la cabeza, yo los pies. Pues yo siempre he encontrado en los pies de Camila tema mucho más hondo de meditación que en sus cabellos.

Una hora más tarde entrábamos al cementerio.

Diez minutos después hallábamos mi tumba y adivinábamos a través de la lápida la sórdida descomposición de mis vísceras.

Desiderio Longotoma oró largo rato con voz menuda y precipitada.

Luego arrancamos de mi tumba la cruz y nos dirigimos a la de Julián Ocoa que fue siempre hombre bueno y violinista distinguido. Sobre ella la colocamos ya que él nunca creyó en Dios ni en Jesucristo su único hijo.

Recogimos después a Camila, quedada momentáneamente en el césped; la alzamos; y enterramos sus piececitos en el sitio en que, momentos antes, se

enterraba el de la cruz.

Esta vez oramos los dos y un grillo.

Al día siguiente los artistas discutían la nueva escultura.

Hubo quienes hallaron aquello de un naturalismo demasiado osado; hubo quienes, de una estilización exagerada. Hubo quienes la emparentaron a Atenas; quienes, a Bizancio; quienes, a Florencia, quienes, a París. Hubo quienes consideraron ultrajante hacer brillar el cuerpo púber de una virgen sobre los que ya no son, hubo quienes aseguraron que la desnudez de una muchacha en flor redimía, con su presencia, todas las faltas de cuantos duermen bajo tierra. Hubo quien arrojó a sus pies un cardo; quien, una orquídea: quien, un escupitajo; quien un puñado de corales y madreperlas.

Yo observaba todo aquello tras un ciprés; Desiderio Longotoma, agazapado en una fosa vacía.

Tres días más tarde ningún artista volvió a opinar palabra sobre los mármoles de Camila. Vino entonces el invierno y la lluvia corrió helada sobre sus formas puras frente a las nubes.

Dos horas antes de aparecer el sol tras los Andes, voy, diariamente, con pasos lentos, al cementerio.

Me coloco frente a mi tumba y a Camila. Inmóvil, medito.

Quiero hacer mi meditación profunda. Quiero que abarque la muerte toda y todos sus arcanos. Pero una imagen flotante me distrae. Una imagen que quiero imitar, reproducir allí mismo para que entonces, sí, pueda mi honda meditación no dejar arcano sin penetrar.

Es la imagen de Hamlet junto a la fosa. No; es la imagen colgada en el muro de la casa de mis padres representando a Hamlet junto a la fosa.

Por imitarla, porque todo aquel cuadro, mi cuadro, sea semejante al otro, al del muro, no penetro arcano alguno de la muerte.

Sólo veo a Camila. Sólo me pregunto quienes estaban en la verdad y quienes erraban: Atenas o Bizancio, Florencia o París. Sólo llego a la conclusión que el yerro era general y que era causado porque todos ignoraban lo que realmente representaba la estatua que se erguía ante sus ojos. Entonces —ignorantes y para substituir tal ignorancia— querían aproximarla a una verdad cualquiera: Atenas, Bizancio, Florencia, París.

Ignoraban que aquello era Camila, mi adorada y desdichada Camila: que aquello era su cuerpecito siempre resistente al amor y hoy a la intemperie de las miradas; que aquello era mi total irresponsabilidad protegida por una lápida mortuoria y hecha mármol por el crimen.

Un mes que, a diario, repito mis visitas.

Durante los primeros veinte días fui solo. A partir del vigesimoprimero me hizo compañía Desiderio Longotoma.

Ya ese polvo homogéneo de su máquina trituradora se había consumido poros adentro y el buen hombre empezaba a sentirse atraído por la calma oscura de los camposantos.

—Usted será mi público, Desiderio Longotoma. ¡Nada de halagos precipitados! Quiero su opinión franca, su opinión espontánea, Desiderio Longotoma.

—De acuerdo, amigo, de acuerdo.

Esto, noche a noche.

Tomo en mi izquierda un gran trozo redondo de arcilla. Desde la visita de la dama anciana, los trozos de arcilla en las manos me obsesionan. Entierro en él un zapatito femenino imaginario. No de Camila, no. Entierro el zapatito de charol negro con tacón rojo de Pibesa. Porque a Pibesa la beso, sobre todo cuando se calza así. Y como nunca Camila me dio sus labios, ahora, a través de la imagen de los taconcitos de Pibesa, beso, mudo, a la que ya no es de este mundo.

Alargo un dedo hacia la estatua y, al tocarla, exclamo despechado, altivo:

“Aquí colgaban esos labios que no sé cuántas veces he besado. ¿Dónde están vuestras bromas ahora? ¿Y esos relámpagos de alegría que hacían de risas rugir la mesa?”

—¡Bravo! ¡Bravo! —grita frenético Desiderio Longotoma—. ¡Eso es arte!

Y ríe, pues Desiderio Longotoma demuestra su entusiasmo sobre todo riendo. Se oye su reír dulce, de cascada. Yo entonces envalentonado:

—“¡Qué! ¿Ni una palabra ahora para mofaros de vuestra propia mueca?”

Hago luego un amplio gesto circular con mi diestra, mientras cae, deshaciéndose, el trozo de arcilla y vuela por los aires la imagen del zapatito ahora de ambas. Mi tragicismo llega a su máxima intensidad. Profiero:

—Alas, poor Yorick!!

Desiderio Longotoma casi en éxtasis:

—¡Magnífico, amigo, magnífico!

Y ríe interminablemente.

Esto, noche a noche, durante diez noches.

Y empieza una tercera historia.

Cirilo Collico es pintor. Es un pintor distinguido, meritorio. Sin tener ni haber tenido jamás audacia alguna, sin que se pueda esperar de él ni un miligramo de novedad, no es posible negarle una cierta sensibilidad dulce, casi femenina, es decir, casi como se ha acordado —no sé por qué— que debiera ser la sensibilidad femenina. Cirilo Collico gusta de los colores suaves, de los azulinos, los violáceos, los esmeraldas glaucos. Pasa largas horas contemplando las tonalidades esfumadas que dejan sobre los guijarros el tiempo y la lluvia. Una tela de más de medio metro le asusta. Durante los días de sol se encierra en su casa. Durante los días helados va por las calles humildes de los extramuros y a

cada momento abandona en el aire gris una lágrima de emoción. Su ideal, su supremo ideal, es pintar alguna vez la luz de un relámpago diurno. Los relámpagos nocturnos le erizan los nervios y los detesta tanto como al Sol, como a Rembrandt, como a Dante, como detesta las armas de fuego y los labios de sangre de las mujeres de mirar sostenido. En cambio, solo en su taller bajo la claraboya lluviosa de un mediodía invernal, Cirilo Collico vibra como una nota de laúd sí, de súbito, sus muros se iluminan un instante con el verde hueco y lavado de un relámpago perdido.

Cirilo Collico es detective. Es un detective agudo, sagaz, de ojos de lince y velocidad de liebre. Durante estos últimos años casi no hay escándalo ni crimen en cuya dilucidación no haya intervenido Cirilo Collico. Cuando los policías oficiales están ante un asunto sin hilo que seguir, siempre hay uno de ellos que llega a su taller a pedirle una posible orientación. Cirilo Collico escucha, anota, estudia, husmea, sale, corre, interroga, atisba, deduce, sorprende y encuentra.

Hace ya varios días hablaba yo sobre el personaje con Javier de Licantén, el inmenso vate.

—¿Cómo te explicas —le pregunté— tal dualidad en un hombre? Pintor fino, delicado, alméndrico, a la par que detective apasionado ante las infamias y la sangre.

—No hay tal —me respondió—. Cirilo Collico es, ha sido y será siempre un detective, nada más que un detective y sólo una cierta pecaminosa vergüenza interior al constatar que fuera de infamia y sangre nada le interesa —sólo ella, le hace parodiar en su taller de invierno a un ser sutil y exquisito como las almendras.

Poco después hablé del mismo asunto con el doctor Linderos, eminente psiquiatra. A mi pregunta respondió:

—No hay tal. Cirilo Collico es, ha sido y será siempre un finísimo pintor y nada más. Y lo es a tal extremo, a tal extremo es finísimo y a tal extremo se afina más y más, que él mismo ha llegado a sentir que, de seguir así, va a convertirse en un ser totalmente ajeno a la realidad, y a esto le teme grandemente. Entonces, ante el peligro, aprovecha sus momentos de ocio para sumergirse en esa realidad y la busca desnuda y cruel, es decir, con sangre y con infamias.

—Sea como sea —dije—, desearía saber una cosa, doctor: ¿por qué Cirilo

Collico insiste en verme?

—Eso, mi amigo —respondió—, ya lo sabrá usted, ya lo sabrá.

Y se alejó sonriente.

Ayer me encontré con Cirilo Collico. Paseamos largo rato por las calles hablando de pintura, nada más que pintura. No hablamos ni una sola palabra de sus actividades detectivescas.

En la calle del Zorro Azul, entre el barullo de los transeúntes, nos cruzamos, de una acera a otra, con Desiderio Longotoma. Al verme, me hizo un signo de inteligencia y después, riendo, me gritó:

—Alas, poor Yorick!

Enrojecí. Cirilo Collico me detuvo. Luego con acento grave me preguntó:

—¿Qué ha dicho ese hombre?

Respondí vacilante:

—Ha dicho una tontería, no sé; creo que: Alas, poor Yorick. Es un tío un tanto chiflado, ¿sabe usted?

Cirilo Collico entonces:

—Está bien.

Una pausa.

—Por la noche tendrá usted noticias mías.

Otra pausa.

—Por el momento, ¡adiós!

Y se alejó con pasos lentos.

Apenas terminé de comer y mientras encendía un cigarrillo, sonó el timbre. Era el cartero. Me alargó un pequeño sobre.

Lo abrí y leí:

“CIRILO COLLICO saluda atentamente a su amigo Juan Emar y le suplica ir, sin tardanza, a casa de su señor padre, tomar su sombrero de copa y ver lo que hay en su interior”.

Obedecí.

Minutos más tarde le decía a papá:

—¿Dónde está tu sombrero de copa?

—Allí, sobre la cómoda.

—¿Permites que mire dentro de él?

—Mis hijos, en mi casa, pueden mirar cuanto quieran.

Avancé.

Miré.

Dentro del sombrero de copa de papá no había nada, absolutamente nada. ¿Qué broma o necedad era entonces la tarjeta de Cirilo Collico? Cuando de pronto sentí un vuelco en el corazón y noté que palidecía. Al fondo, grabado sobre el forro de seda, el sombrero inscribía su marca: arriba, su nombre; abajo, su dirección en Londres; al centro, el escudo de Gran Bretaña. Eso era lo que debía ver.

El escudo de Gran Bretaña tiene a un lado un león coronado; al otro... un magnífico y altivo ejemplar de unicornio!

Anoche no dormí.

Hoy, a la hora del aperitivo, ha venido Cirilo Collico. Nos sentamos junto al fuego. Llamé al criado. Estuve a punto de pedirle whisky. Sin embargo, juzgué que era acaso preferible algo de otra tierra, si, de otra tierra.

—Viterbo, dos oportos.

Bebimos en silencio.

De pronto Cirilo Collico me dijo:

—La Edad Media fue una época extraordinaria.

—Por cierto —respondí.

Nuevo silencio. Ladró un perro en la calle. Llamé:

—¡Dos oportos más!

Cirilo Collico bebió. Cirilo Collico me dijo:

Lea usted las desdichas de Dragoberto II, príncipe soberano de la Carpadonia, allá por los años de 1261.

Y me alargó un pequeño libro de tapas de cuero viejo abierto en la página 40. Leí:

“Y es el caso que Dragoberto II ebrio de sangre, quiso seguir devastando cuantas comarcas hollaran las pezuñas de su potro indómito. Mas al cruzar las cumbres de los montes Truvarandos y entrar al verde valle de Parpidano, apareció de súbito, alta en la diestra la cruz del Redentor, el más anciano de los monjes de la Santa Hermandad del Unicornio, y...”

La voz se me atajó en la garganta. Tosí. Moví los pies.

¡Demonios! exclamó Cirilo Collico mirando su reloj—. Ya es hora de comer. Me marcho, me marcho.

Desde el umbral me dijo:

—Mañana seguiremos la lectura. Mañana a primera hora.

Y se marchó.

Apenas sus pasos se perdieron, escapé de casa como un demente. Corrí, corrí.

Llegué al cementerio. Llegué frente a Camila. Oré por última vez en mi existencia. Esta vez un escorpión y una paloma llevaron el coro. Amén.

Alcé la lápida. Y dulcemente me recosté sobre mis entrañas en putrefacción.

Las putrefacciones tienen tendencia a subir hacia los cielos.

Suben las mías con ritmo de siglos. Suben inconteniblemente. Suben, llenándolos, por los intersticios intraatómicos.

Ya han pasado ataúd arriba. Ya han pasado la lápida. Ya tocan las plantas de los piececitos de Camila.

Y suben siempre.

Inundan a Camila.

Camila se cubre, de dentro hacia fuera, de las putrefacciones mías.

Camila cubre su cuerpecito idolatrado de una pátina de suave y límpida fetidez.

Los artistas de la ciudad entera la contemplan arrobados.

Uno ha dicho:

—Es la pátina de París.

Otro ha dicho:

—Es la pátina de Florencia.

Otro:

—Es la pátina de Bizancio.

Otro:

—Es la pátina de Atenas.

El colocolo

El hombre de la rosa

Manuel Rojas

"¿Por qué están ausentes de la literatura chilena todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia?"[1] Se preguntaba Manuel Rojas (1896-1973) en 1930 en su conferencia Acerca de Literatura Chilena. Este cuestionamiento alude a la mediocridad del escritor chileno al no exteriorizar los temas universales tan propios de la cultura europea; una necesidad esencial para el artista en la época moderna. La narrativa de Rojas intenta suplir este vacío al manifestar planteamientos vitales a través de sus personajes, afán que se corona magistralmente con la publicación de Hijo de ladrón en 1951, obra cumbre de la novelística chilena. Su vida, marcada por el entrecruzamiento de experiencias con el mundo popular, forjó su sentir anárquico y su profundo interés por las problemáticas existenciales del ser humano.

Antes de su consagración como novelista, Manuel Rojas inició su recorrido por la literatura con el formato del cuento, los que han sido reunidos en diversas recopilaciones: Hombres del Sur, El delincuente, El vaso de leche y sus mejores cuentos; de esta última, editada por Nascimento en 1959 hemos seleccionado dos relatos que se insertan dentro de la ficción sobrenatural: El colocolo y El hombre de la rosa. El primero de ellos nos introduce en el mundo del campesinado y su imaginario folclórico. Siguiendo el clásico modelo de El Decameron de Boccaccio, la historia macro se construye a partir de anécdotas que giran en torno al universo fantástico rural —enmarcación muy utilizada en la ficción sobrenatural romántica (El novio fantasma de Washington Irving, Vampirismo de H. T. A. Hoffmann)—. El eje argumental se centra en la historia del colocolo; criatura maligna que se alimenta de la saliva de los hombres, chilla como guagua y se asemeja a un murciélago o a un ratón según las creencias del Norte Chico. Si bien el relato no abandona la significativa estampa popular a través del

recurso de la “oralidad”, lo fantástico emerge ante la posibilidad de explicar la realidad desde el mito. Cabe destacar también la ambigüedad psicológica que propone el narrador al entremezclar el sueño y la vigilia del protagonista, complejizando el mundo representado. Además, hay una interesante evocación del motivo vampírico en la idea de la succión de la saliva; imagen que nos remite intertextualmente con el Almohadón de plumas de Quiroga y el monstruo parasitario que le arrebata poco a poco la vida a Alicia, al igual que la víctima del colocolo.

Por otra parte, El hombre de la rosa ofrece una visión distinta de lo fantástico, pero no menos perturbadora. El cuento relata la historia de unos monjes capuchinos que emprenden una ardua empresa evangelizadora y catequista en el Sur de Chile. En aquel escenario, los tipos humanos se manifiestan con gran vitalidad: “Chilotes, trabajadores del campo y de las industrias, indios, vagabundos, madereros (…) Pobremente vestidos la mayor parte descalzos o calzados con groseras ojotas (…) rostros embrutecidos por el alcohol y la ignorancia; toda una fauna informe, salida de los bosques cercanos y de los tugurios de la ciudad”. Desde esta fauna emerge nuevamente el motivo folclórico a través de la figura del brujo y el desprendimiento de su cabeza (criatura monstruosa conocida como chonchón), produciéndose una interesante convergencia entre el saber popular y el cristianismo. La inversión de códigos culturales permite que el narrador asimile el prodigio blasfemo como una desmitificación de los ideales trascendentales. Sin duda uno de los relatos más sobresalientes y atesorados de la selección.

---

1 “Acerca de la Literatura Chilena”. En: Testimonios y documentos de la Literatura Chilena. Santiago: Ed. Andrés Bello, 1995, 233.

El colocolo

Negra y fría era la noche en torno y encima del rancho de José Manuel Pincheira, uno de los últimos del fundo Los Perales. Eran ya más de las nueve y hacía rato que el silencio dominaba los caminos que dormían vigilados por los esbeltos álamos y los copudos olmos. Los queltehues gritaban de rato en rato anunciando lluvia y algún guairavo perdido dejaba caer, mientras volaba, su graznido estridente.

Dentro del rancho la claridad era muy poco mayor que afuera y la única luz que allí brillaba era la de una vela que se consumía en una palmatoria de cobre. En el centro del rancho había un brasero y alrededor de él dos hombres emponchados. Sobre las encendidas brasas se veía una olla llena de vino caliente, en el cual uno de los emponchados, José Manuel, dejaba caer pequeños trozos de canela y cáscaras de naranjas.

—Esto se está poniendo como caldo —murmuró José Manuel.

—Y tan oloroso…. Déjame probarlo —dijo su acompañante.

—No, todavía le falta, Antuco.

—¡Psch! Hace rato que me está diciendo lo mismo. Por el olorcito, parece que ya está bueno.

—No… acuérdese que tenemos que esperar al compadre Vicente y que si nos ponemos a probarlo cuando él llegue no habrá ni gota.

—¡Pero tantísimo que se demora!

—Pero si no fue allí no más. Pues, señor. Tenía que llegar hasta los potreros del Algarrobillo, y arreando. Por el camino, de vuelta, lo habrán detenido los amigos para echar un traguito.

—Sí, un traguito… Mientras el caballero le estará atracando tupido al mosto, nosotros estamos aquí escupiendo cortito con el olor… Déjeme probarlo, José

Manuel.

—Bueno, ya está condenado; me la ganaste. Toma.

Metió José Manuel un jarrito de lata en la olla y lo sacó chorreando de oloroso y humeante vino, que pasó a su amigo, quien, atusándose los vigores, se dispuso a beberlo. En ese instante se sintió en el camino el galope de un caballo; después. De una voz fuerte, dijo:

—¡Compadre, José Manuel!

-¡Listo! —gritó Pincheira, levantándose, y en seguida a su compañero—: ¿No te dije, porfiado, que llegaría pronto?

—Que llegue o no, yo no pierdo la bocarada.

Y se bebió apresuradamente el vino, quemándose casi.

Frente a la puerta del rancho, el campero Vicente Montero había detenido su caballo.

—Baje, pues, compadre.

—A bajarme voy. . .

Desmontó. Era un hombre alto, macizo, con las piernas arqueadas.

—Entre, compadre; lo estoy esperando con un traguito de vino caliente.

—¡Ah, eso es muy bueno para matar el bichito! Aunque ya vengo medio caramboleado. En casa del chico Aurelio casi me atoraron con vino.

Avanzó a largos y separados pasos, haciendo sonar sus grandes espuelas, golpeándose las polainas con la gruesa penca. A la escasa luz de la vela se vio un instante el rostro de Vicente Montero, oscuro, fuerte, de cuadrada barba negra. Después se hundió en la sombra, mientras los largos brazos buscaban un asiento.

—Está haciendo frío.

—Debe estar lloviendo en la costa.

—Bueno, vamos a ver el vinito.

—Sirve, Antuco…

Llenó Antonio el jarrito y se lo ofreció a Vicente.

Este lo tomó, aspiró el vaho caliente que despedía el vino, hizo una mueca de fruición con la nariz y empezó a bebérselo a sorbitos, dejando escapar gruñidos de satisfacción.

—Esto está bueno, muy bueno. Apuesto que fue Antuco el que lo hizo. Es buenazo para preparar mixturas. Creo que se ha pasado la vida en eso.

—No —protestó Pincheira—, lo hice yo, y si no fuera porque lo cuidé tanto, Antuco lo habría acabado probándolo.

Rió estruendosamente Vicente Montero. Devolvió el jarrito y Antonio lo llenó de nuevo, sirviéndole esta vez a José Manuel.

—Bueno, cuenta, ¿cómo te fue por allá?

—Bien; dejé los animales en el potrero y después me entretuve hablando con las amistades.

—¿Cómo está la gente?

—Todos alentados… ¡Ah, no! Ahora que me acuerdo, hay un enfermo.

—¿Quién?

—Taita Gil… Pobre viejo, se va como un ovillo.

—¿Y qué tiene?

—¡Quién sabe! Allá dicen es el colocolo el que lo está matando, pero para mí que es la pensión. ¡Le han pasado tantas al pobre viejo, y tan seguidas!

—Bien puede ser el colocolo…

¡Qué va a ser, señor! Oye, Antuco, pásame otro traguito…

Volvió a circular el jarro lleno de vino caliente.

—¿Tú no crees en el colocolo?

—No, señor, cómo voy a creer… Yo no creo más que en lo que se ve, Ver para creer, dijo Santo Tomás.

¿Quién ha visto el colocolo? Nadie, Entonces no existe.

—¡Psch! ¿Así que tú no crees en Dios?

—Este… No sé, pero en el colocolo no creo.

¿Quién lo ha visto —afirmó José Manuel.

—Sí, con los ojos del alma… ¡Son puras fantasías, señor! Las ánimas, los chonchones, el colocolo, la calchona, las candelillas… Ahí tienes tú; yo creo en las candelillas porque las he visto.

—¡No estés payaseando! — exclamó asustado Antonio.

—Claro que las vi.

—A ver, cuenta.

—Se lo voy a contar…. Oyes, Antuco, pásame otro trago.

—¡Así tan seguido, se pierde el tañido!

—¿No lo hicieron para tomar? Tomémoslo, entonces.

José Manuel y Antonio se echaron a reír.

—Este diablo tiene más conchas que un galápago!

—Bueno, cuenta.

—Espérese que mate este viejo.

Se bebió el último sorbo que quedaba en el jarro, lanzó un sonoro ¡ah! Y dijo:

—Cuando yo era muchachón, tendría unos diez y nueve años, fui un día a la ciudad a ver a mi tío Francisco, que tenía un negocio cerca de la plaza. Allá se me hizo tarde y me dejaron a comer. Después de comida, cuando vieron preparándome para volver a casa, empezaron a decirme que no me viniera, que el camino era muy solo y peligroso y la noche estaba muy oscura. Yo firme y firme en venirme, hasta que para asustarme me dijeron:

—No te vayas, Vicente; mira que en el potrero grande están saliendo candelillas….

—¿Están saliendo candelillas? Mejor me voy; tengo ganas de ver esos pajaritos.

Total, me vine. Traía mi buen cuchillo y andaba montado. ¿Qué más quiere un hombre? Venía un poco mareado, porque había comido y tomado mucho, pero en el fresco de la noche se me fue pasando. Eché galopada hasta la salida del pueblo y desde ahí puse el caballo al trote. Cuando llegué al potrero grande, tomé el camino al lado de la vía, al paso. Atravesé el río. No aparecían las candelillas. Entonces creyendo que todas eran puras mentiras, animé el paso del caballo y empecé a pensar en otras cosas que me tenían preocupado. Iba así, distraído, al trote largo, cuando en esto se para en seco el caballo y casi me saca librecito de las orejas. Miré para adelante, para ver si en el camino había algún bulto, pero no vi nada. Entonces le pegué al caballo un chinchorrazo con la pena en el cogote, gritando:

—¿Qué te pasa, manco del diablo?

Y le aflojé las riendas. El caballo no se movió. Le pegué otro pencazo. Igual cosa. Entonces miré para los costados, y vi, a unos cien pasos de distancia, dos luces que se apagaban y encendían, corriendo para todos lados. Allí no había ningún rancho, ninguna casa, nada de donde pudiera venir luz. Entonces dije: Estas son las candelillas….

—Las candelillas… Pásame otro trago, por preguntón… Como el caballo era un poco arisco, no quise apurarlo más. Me quedé allí parado, tanteándome la cintura para ver si el cuchillo saldría cuando lo necesitara y mirando aquellas luces que se encendían y se apagaban y corrían de un lado para otro, como queriendo marearme. No se veía sombra ni bulto alguno…

De repente, las luces dejaron de brillar un largo rato y cuando yo creí que se habían apagado del todo, aparecieron otra vez, más cerca de lo que estaban

antes. El caballo quiso recular y dar la vuelta para arrancar, pero lo atrinqué bien. Otro rato estuvieron las luces encendiéndose y apagándose y corriendo de allá para acá. Se apagaron otra vez sin encenderse un buen momento y aparecieron después más cerca. Así pasó como un cuarto de hora, hasta que acostumbrándome a mirar en la oscuridad empecé a ver un bulto negro, como una sombra larga, que corría debajo de las luces….

—Aquí está la payasada —me dije.

Y haciéndome el leso principié a desamarrar uno de los estribos de madera que llevaba; lo desaté y me afirme bien la correa en la mano derecha. Con la otra mano agarré El cuchillo, uno de cacha negra que cortaba un pelo en el aire, y esperé.

Poco a poco fueron acercándose las luces, siempre corriendo de un lado para otro, apagándose y encendiéndose. Cuando estuvieron como a unos cuarenta pasos, ya se veía bien el bulto; parecía el de una persona metida dentro de una sotana. Lo dejé acercarse un poquito más y de repente le aflojé las riendas al caballo, le clavé firme las espuelas y me fui sobre el bulto, haciendo girar el estribo en el aire y gritando como cuando a uno se le arranca un toro bravo del piño: ¡Allá va, allá va valla valla vallaaaaa! El bulto quiso arrancar, pero yo iba como un celaje. A quince pasos de distancia revoleé con fuerzas el estribo y lo largué sobre el bulto. Se sintió un grito y la sombra cayó al suelo. Desmonté de un salto y me fui sobre el que había caído, lo levante con una mano y zamarreándolo, mientras lo amenazaba con el cuchillo, le grité:

—¿Quién eres tú? ¡Habla!

No me contestó pero se quejó. Lo volví a zamarrear y a gritar, y entonces sentí que una voz de mujer, ¡de mujer, compadre!, me decía:

—No me hagas nada Vicente Montero.

—¿Era una mujer?

—¡Una mujer, compadrito de mi alma! Y yo, bruto le había dado un estribazo como para matar un burro…. Pásame otro trago, Antuco. Al principio no me di cuenta de quién era, pero después, al oírla hablar más, vine a caer: era una mujer conocida de la casa, que tenía tres hijos y a quien se le había muerto el marido tres meses atrás. Le pregunté qué diablos andaba haciendo con esas luces y

entonces me contó que lo hacía para ganarse la vida, porque como la gente era tan pobre por allí no tenía a quien trabajarle y no quería irse para la ciudad y dejar abandonados a sus niños. En vista de todo esto, había resuelto ocuparse en eso.

—¡La media ocupación que había encontrado!

—Se untaba las manos con un menjunje de fósforos y azufre que se las ponía luminosas y salía en el potrero a asustar a los que pasaban, abriendo y cerrando las manos y corriendo para todos lados. Algunos se desmayaban de miedo; entonces ella les sacaba la plata que llevaban y se iba… Total, después que se animó y se sacó la sotana en que andaba envuelta, la subí al anca y la traje para el pueblo…. Y desde entonces, hermano José Manuel, cuando me hablan de las ánimas y de aparecidos, me río y digo: ¡Vengan candelillas, ánimas y fantasmas, teniendo yo mi estribo en la mano! Sírveme otro traguito, Antuco….

—¡Pero, hombre, te lo has todo casi todo vos solo!

—Ahí tienes tú, Vicente; yo, no creo mucho en ánimas, pero en el colocolo, sí. Mi padre murió de eso.

—Sería alguna enfermedad —dijo Vicente, desperezándose—. Me está dando sueño con tanto vino y tantos fantasmas. ¡Ah! —bostezó.

—Y te voy a contar cómo fue, sin quitarle ni ponerle nadita.

—Cuenta, cuenta….

—Hasta los cuarenta y cinco años, mi padre fue un hombre robusto, bien plantado, macizote. Cuando esto pasó, yo tendría unos diez y nueve años. Vivíamos en Talca, cerca de la estación. Un día, por estas y por las otras, mi padre decidió que nos cambiáramos a otra casa, a una que estaba al lado del presidio. La casa, era de adobe, grande, aunque muy vieja; pero nos convenía el cambio porque andábamos un poco atrasados. Cuando nos estábamos cambiando, vino una viejita que vivía cerca y le dijo a mi padre:

—Mira, José María, no te vengas a esta casa. Desde que murió aquí el zambo Huerta, nadie ha podido vivir en ella sin tener alguna desgracia en la familia…

La casa está apestada; tiene colocolo…

Mi padre se rió con tamaña boca. ¡Colocolo! Eso estaba bueno para las viejas y para asustar a los chiquillos, pero a los hombrecitos como él no se les contaba esas mentiras.

—No tenga cuidado, abuela; en cuanto el colocolo asome el hocico, lo hago naco de un pisotón.

Se fue la veterana, moviendo la cabeza y nosotros terminamos la mudanza. La casa era muy sucia, había remillones de pulgas y las murallas estaban llenas de cuevas de ratones…. En el primer tiempo no sucedió nada, pero, a poco andar, mi padre empezó a toser y a ponerse pálido: se fue enflaqueciendo y en la mañana despertaba acalorado. De noche tosía tan fuerte que nos despertaba a todos. Le dolía la espalda y sentía vahídos.

—¿Qué diablos me está dando? —decía.

Mi madre le preparó algunos remedios caseros y le daba friegas. No mejoraba nada.

—¿Por qué no ves un médico, José María? —le decía mi madre.

—No, mujer, si esto no es nada. Debe ser el garrotazo el que me ha dado…. Pasará pronto.

Pero no pasaba; al contrario, empeoraba cada día más. Después le vino fiebre y un día echó sangre por la boca. Se quejaba de dolores en la espalda y en los brazos. No pudo ir a trabajar. Una noche se acostó con fiebre. Como a las doce, mi madre, que dormía cerca de él, lo sintió sentarse en la cama y gritar:

—¡El colocolo! ¡El colocolo!

—¿Qué te pasa, José María? —le preguntó mi madre, llorando.

—¡El colocolo! ¡Me estaba chupando la saliva!

Nos levantamos todos. Mi padre ardía de fiebre y gritaba que había sentido al colocolo encima de su cara, chupándole la saliva. Esa noche nos amanecimos con él. Al otro día llamamos un médico, lo examinó y dijo que había que darle estos y otros remedios. Los compramos. Pero mi padre no los quiso tomar, diciendo que él no tenía ninguna enfermedad y que lo que lo estaba matando era

el colocolo. Y el colocolo y el colocolo y de ahí no lo sacaba nadie.

—¡Y dale con el colocolo! —murmuró Vicente Montero.

—Se le hundieron los ojos y las orejas se le pusieron como si fueran de cera. Tosía hasta quedar sin alientos y respiraba seguidito.

—No me dejen solo —decía—. En cuanto ustedes se van y me empiezo a quedar dormido, viene el colocolo. Es como un ratón con plumas, con el hocico bien puntiagudo. Se me pone encima de la boca y me chupa la saliva. No lo he podido agarrar, porque en cuanto quiero despertar se deja caer al suelo y lo veo cuando va arrancando. ¡No me dejen solo. Por diosito!

En la casa estábamos con el alma en un hilo, andábamos despacito como fantasmas y no sabíamos qué diablos hacer. No es broma ver que a un hombre tan fuerte como un roble se lo lleva la Pelá sin decir ni ¡ay!

Y así hasta que mi padre pidió que llamáremos a la viejecita que le había aconsejado que no nos fuéramos a esa casa. Fuimos a buscar a la señora, vino cuando vio el estado en que se encontraba mi padre, le dijo:

—¿No te dije, José María Pincheira, que no te vinieras a esta casa, que había colocolo?

—Sí, abuelita, tenía razón usted…. Pero, ¿qué se puedo hacer ahora?

—Ahora, lo único que se puede hacer es aguaitar al colocolo y ver en qué cueva vive; a veces se sabe por el ruido que hace; se queja y llora como una guagua recién nacida. Cuando no grita, para encontrarlo hay que espolvorear el suelo con harta harina, echándola de modo que no quede ninguna huella encima. Al otro día se busca en la harina el rastro del colocolo y una vez que se ha dado con la cueva, se la llena de parafina mezclada con agua bendita… Con esto no vuelve nunca más.

—¿Es un ratón el colocolo? —pregunto mi madre.

—No, mi señora, parece un ratón y no lo es; parece un pájaro y no es pájaro; llora como una guagua y no es una guagua; tiene plumas y no es ave.

—¿Qué entonces?

—Es… el colocolo. Nace de huevo huero de una gallina. Cuando se deja abandonado un huevo así, sin hacerlo tiras, viene una culebra, se lo lleva y lo empolla; cuando nace, le da de mamar y le enseña a chupar la saliva de las personas que duermen con la boca abierta.

Se fue la señora, dejándonos más asustados de lo que estábamos antes. Esa noche llenamos de harina todo el piso de la pieza, desparramándola bien desde adentro para afuera, de modo que no quedara rastro alguno. Mi hermano Andrés y yo nos tendimos en la puerta, de guardia, armados de piedras y palos, listos para entrar cuando mi padre llamara. Conversando y fumando, nos quedamos dormidos. A media noche nos despertó el grito de mi padre:

—¡El colocolo! ¡El colocolo!

Entramos y no hallamos al dichoso bicho. Buscamos las huellas, pero había tantas que nos salió lo mismo que si no hubiera ninguna. En todas las bocas de las cuevas había huellas de entradas y salidas de ratones. ¿Cómo íbamos a saber cuáles eran las del colocolo?

Al otro día, se repitió la pantomima. Mi padre estaba muy mal, tosía y tenía una fiebre de caballo. Más o menos a la misma hora de la noche anterior, sentimos que se quejaba como una persona que no puede respirar. Escuchamos y oímos como un gemido de niño chico. De repente mi padre se sentó en la cama y dio un grito terrible. Entramos corriendo y vimos al colocolo; iba subiendo por la muralla hacia el techo.

—Allá va, Andrés, ¡mátalo!

Mi hermano, que estaba del lado en que el animal iba subiendo, le dio un peñascazo con tanta puntería que le pegó medio a medio del espinazo. Se sintió un grito agudo, como de mujer, y el colocolo cayó en un rincón. Si lo hubiéramos buscado en seguida tal vez lo habríamos encontrado, pero con el miedo que teníamos y con lo que nos demoramos en tomar la luz, el colocolo desapareció dejando rastros de sangre a la entrada de una cueva.

En la mañana murió mi padre. Vino el médico y dijo que había muerto de la calientita, que la casa estaba infectada y que nos debíamos cambiar de ahí.

Después que enterramos al viejo hicimos una excavación en la cueva en que se había metido el colocolo, pero no encontramos nada. La cueva se comunicaba

con otra.

Nos fuimos de la casa, y un mes después en la noche volvimos mi hermano Andrés y yo y le prendimos fuego. Y dicen que cuando la casa estaba ardiendo en medio de las llamas se sentía el llanto de un niñito……

Terminó su narración José Manuel Pincheira y en el instante de silencio que siguió a su última palabra, se oyó un suave ronquido. Vicente Montero se había dormido.

—Se durmió el compadre.

—Debe estar cansado… Y borracho.

—¡Eh! —le gritó José Manuel, dándole un golpe con la mano.

Dormido como estaba y medio borracho, el empujón hizo perder el equilibrio a Vicente Montero, que osciló como un barril, inclinándose hacia atrás. Alcanzó a enderezarse y saltó a un lado gritando:

¡Epa, compadre!

¿Qué le pasa señor? —le preguntó irónicamente Antonio.

—¡Por la madre! Estaba soñando que un colocolo más grande que un ternero me estaba chupando la saliva como quien toma cerveza cuando tiene sed.

Se rieron José Manuel y Antonio. Vicente, desperezándose, dijo:

—Ya debe ser muy tarde.

Buscó en todos sus bolsillos, diciendo:

—¿Dónde está mi reloj?

—¿Tienes reloj, Vicente? Andas muy en la buena.

—Sí, tengo un reloj que le compré al mayordomo.

Aquí está.

Y sacó un descomunal reloj Waltham.

—¡Ja, ja! Ese no es un reloj, pues señor…. Eso es una piedra de moler. ¡Una callana!

—Sí, ríanse, no más… Este es un reloj macuco. Anda mejor que el de la iglesia.

Cuando el de la iglesia da las doce, el mío hace ratito que las ha dado. Me sirve muchísimo. Estuve como un año juntando plata para comprarlo. No lo dejo ni de día ni de noche. Cuando me acuesto lo cuelgo en la cabecera y le digo: “Mañana a las seis, ¿no?” Y a las seis en punto despierto. No lo cambio ni por un caballo con apero de plata… Ya son las once y media. Me voy.

Se despidieron los amigos y después de dos tentativas para montar, Vicente Montero montó y se fue. Dejó que su caballo marchara al trote, abandonándose a su suave vaivén. Tenía sueño, modorra; el alcohol ingerido se desparrama lentamente por sus venas, produciéndole una impresión de dulce cansancio. Inclinó la cabeza sobre el pecho y empezó a dormitar, aflojando las riendas al caballo, que aumentó su carrera. Insensiblemente se fue durmiendo, deslizándose por una pendiente suavísima. De pronto apareció ante sus ojos, en sueños, un enorme ratón con ojos colorados y ardientes que empezó a correr delante del caballo. Corría, corría dándose vuelta de trecho en trecho para mirarlo con sus ojos ardientes. Después se paró ante el caballo y dando un salto se colocó sobre la cabeza del animal, desde donde empezó a mirarlo fijamente. Era un ratón horrible, con pequeñas plumas en vez de pelos, la cabeza pelada y llena de sarna y el hocico puntiagudo, en medio del cual se movía una lengua roja y fina como la de una culebra. Mucho rato estuvo allí, mirándolo sin cerrar los ojos, hasta que dando un chillido saltó y quedó colgado de la barba de Vicente Montero.

—¡Eh! —gritó este angustiosamente, tirando con todas sus fuerzas de las riendas.

Detenido bruscamente en su carrera, el caballo dio un fuerte bote hacia el costado y Vicente Montero, después de dar una vuelta en el aire, calló de cabeza al suelo. La violencia del golpe y el estado de semiembriaguez en que se encontraba, hicieron que se desvaneciera. Rezongó unas palabras y allí quedó, medio desmayado y medio dormido.

Así estuvo largo rato... después despertó, sintió un escalofrío, se restregó los ojos y miró a su alrededor, atontado. Vio a su caballo, unos pasos más adelante,

mordisqueando unas hierbas.

—¿Qué diablos me habrá pasado?

El aire y el sueño le habían avivado la borrachera. Se puso de rodillas tiritando, procurando explicarse la causa de su estada en ese sitio y en esa postura. Recordó algo, muy vagamente: el colocolo, un hombre que se había muerto por que se le había acabado la saliva, una vieja que echaba harina en el suelo y un ratón con ojos colorados, sin saber si todo eso lo había soñado o le había sucedido.

Se afirmó en una mano para levantarse, y al hacerlo miró hacia el suelo. Allí vio algo que lo dejo inmóvil. A un metro de distancia, entre el pasto alto, un ojo claro y brillante lo miraba fijamente.

—Esta sí que es grande... —murmuro, volviendo a caer de rodillas y mirando asustado aquel ojo amenazante. Recordó entonces el horrible ratón de ojos ardientes que había visto o soñó ver. Hizo:

—¡Chis!

Queriendo espantar aquel ojo fijo, pero este continuó mirándolo. Si hubiera tenido la estribera…. De pronto se estremeció de alegría: recordó que en el sueño, o en lo que fuera, alguien había muerto un colocolo de un peñascazo.

—Espérate no más. . . ¡Colocolos conmigo!

Tanteo en el suelo, buscando una piedra; encontró una de tamaño suficiente como para aplastar media docena de colocolos, y calculando bien la distancia la lanzó hacia aquel ojo luminoso y fijo, gritando:

—¡Toma!

Se sintió un leve chirrido y el salto hacia delante, estirando la mano hacia el supuesto colocolo. Cogió algo frío y lleno de pequeñas puntas afiladas. Sintió un escalofrío de terror y lanzó violentamente hacia arriba lo que había tomado; en el momento de hacerlo, sin embargo, recordó algo que le era familiar al tacto en la forma y en la frialdad. Estiró la mano y recogió el objeto que descendía. Lo acercó a sus ojos y vio algo que le hizo darse un golpe de puño en el muslo, al mismo tiempo que gritaba con rabia:

—¡Por la misma re madre! ¡Mi reloj Waltham! …

El hombre de la rosa

En el atardecer de un día de noviembre, hace ya algunos años, llegó a Osorno, en misión catequista, una partida de misioneros capuchinos.

Eran seis frailes barbudos, de complexión recia, rostros enérgicos y ademanes desenvueltos.

La vida errante que llevaban les había diferenciado profundamente de los individuos de las demás órdenes religiosas. En contacto continuo con la naturaleza bravía de las regiones australes, hechos sus cuerpos a las largas marchas a través de las selvas, expuestos siempre a los ramalazos del viento y de la lluvia, estos seis frailes barbudos habían perdido ese aire de religiosidad inmóvil que tienen aquellos que viven confinados en el calorcillo de los patios del convento.

Reunidos casualmente en Valdivia, llegados unos de las reducciones indígenas de Angol, otros de La Imperial, otros de Temuco, hicieron juntos el viaje hasta Osorno ciudad en que realizarían una semana misionera y desde la cual se repartirían luego por los caminos de la selva, en cumplimiento de su misión evangelizadora.

Eran seis frailes de una pieza y con toda la barba.

Se destacaba entre ellos el padre Espinoza, veterano ya en las misiones del sur, hombre de unos cuarenta y cinco años, alto de estatura, vigoroso, con empaque de hombre de acción y aire de bondad y de finura.

Era uno de esos frailes que encantan a algunas mujeres y que gustan a todos los hombres.

Tenía una sobria cabeza de renegrido cabello, que negro azuleaba a veces como el plumaje de los tordos. La cara de tez morena pálida, cubierta profusamente por la barba y el bigote capuchinos. La nariz un poco ancha; la boca fresca; los ojos, negros y brillantes. A través del hábito se adivinaba el cuerpo ágil y

musculoso.

La vida del padre Espinoza era tan interesante como la de cualquier hombre de acción, como la de un conquistador, como la de un capitán de bandidos, como la de un guerrillero. Y un poco de cada uno de ellos parecía tener su apostura, y no le hubieran sentado mal la armadura del primero, la manta y el caballo fino de boca del segundo y el traje liviano y las armas rápidas del último. Pero, pareciendo y pudiendo ser cada uno de aquellos hombres era otro muy distinto. Era un hombre sencillo, comprensivo, penetrante, con una fe ardiente y dinámica y en espíritu religioso, entusiasta y acogedor despojado de toda cosa frívola.

Quince años llevaba recorriendo la región araucana. Los indios que habían sido catequizados por el padre Espinoza, adorábanlo. Sonreía al preguntar y al responder. Parecía estar siempre hablando con las almas sencillas como la suya.

Tal era el padre Espinoza, fraile misionero, hombre de una pieza y con toda la barba.

* * *

Al día siguiente, anunciaba ya la semana misionera, una heterogénea muchedumbre de catecúmenos llenó el primer patio del convento en que ella se realizaría.

Chilotes, trabajadores del campo y de las industrias, indios, vagabundos, madereros, se fueron amontonando allí lentamente, en busca y espera de la palabra evangelizadora de los misioneros. Pobremente vestidos la mayor parte descalzos o calzados con groseras ojotas, algunos llevando nada más que camiseta y pantalón, sucias y destrozadas ambas prendas por el largo uso, rostro embrutecidos por el alcohol y la ignorancia; toda una fauna informe, salida de los bosques cercanos y de los tugurios de la ciudad.

Los misioneros estaba ya acostumbrados a ese auditorio y no ignoraban que muchos de aquellos infelices venían, más que en busca de una verdad, en demanda de su generosidad.

Pues los religiosos, durante las misiones, acostumbraban repartir comida y ropa a los más hambrientos y desarrapados.

Todo el día trabajaron los capuchinos. Debajo de los árboles o en los rincones del patio, se apilaban los hombres, contestando como podían, o como se les enseñaba, las preguntas inocentes del catecismo:

—¿Dónde está Dios?

—En el cielo, en la tierra y en todo lugar —respondían en coro, con una monotonía desesperante.

El padre Espinoza, que era el que mejor dominaba la lengua indígena, catequizaba a los indios, tarea terrible capaz de cansar a cualquier varón fuerte, pues el indio, además de presentar grandes dificultades intelectuales tiene también dificultades en el lenguaje.

Pero todo fue marchando, y al cabo de tres días, terminando el aprendizaje de las nociones elementales de la doctrina cristiana, empezaron las confesiones. Con esto disminuyó considerablemente el grupo de catecúmenos, especialmente el de aquellos que ya habían conseguido ropas o alimentos; pero el número siguió siendo crecido.

A las nueve de las mañana, día de sol fuerte y cielo claro, empezó el desfile de los penitentes, desde el patio a los confesionarios, en la hilera acompasada y silenciosa.

Despachada ya la mayor parte de los fieles, mediada la tarde, el padre Espinoza, en un momento de descanso, dio unas vueltas alrededor del patio. Y volvía ya hacia su puesto, cuando un hombre lo detuvo diciéndole:

—Padre, yo quisiera confesarme con usted.

—¿Conmigo, especialmente? —preguntó, el religioso.

—Sí, con usted.

—¿Y por qué?

—No sé; tal vez porque usted es el de más edad entre los misioneros, y quizá,

por eso mismo el más bondadoso.

El padre Espinoza sonrió:

—Bueno, hijo; si así lo deseas y así lo crees, que así sea. Vamos.

—Hizo pasar adelante al hombre y él fue detrás observándolo.

—El padre Espinoza no se había fijado antes en el. Era un hombre alto, esbelto, nervioso en sus movimientos, moreno de corta barba negra terminada en punta; los ojos negros ardientes, la nariz fina, los labios delgados. Hablaba correctamente y sus ropas eran limpias. Llevaba ojotas como los demás, pero los pies desnudos aparecían cuidados.

Llegados al confesonario, el hombre se arrodilló ante el padre Espinoza y le dijo:

—Le he pedido que me confiese, porque estoy seguro de que usted es un hombre de mucha sabiduría y de gran entendimiento. Yo no tengo grandes pecados; relativamente, soy un hombre de conciencia limpia. Pero tengo en mi corazón y en mi cabeza un secreto terrible, un peso enorme. Necesito que me ayude a deshacerme de él. Créame lo que voy a confiarle y, por favor, se lo pido, no se ría de mí. Varias veces he querido confesarme con otros misioneros, pero apenas han oído mis primeras palabras, me ha rechazado como a un loco y se han reído de mí. He sufrido mucho a causa de esto. Esta será la última tentativa que hago. Si me pasa lo mismo ahora, me convenceré de que no tengo salvación y me abandonare a mi infierno.

El individuo aquel hablaba nerviosamente, pero con seguridad. Pocas veces el padre Espinoza había oído hablar así a un hombre. La mayoría de los que confesaba en las misiones eran seres vulgares, groseros, sin relieve alguno, que solamente le comunicaban pecados generales, comunes, de grosería o de liviandad, sin interés de espiritualidad. Contestó, poniéndose en el tono con que le hablaban:

—Dime lo que tengas necesidad de decir y yo haré todo lo posible por ayudarte. Confía en mí como en un hermano.

El hombre demoró algunos instantes en empezar su confesión; parecía temer el confesor el gran secreto que decía tener en su corazón.

—Habla.

El hombre palideció y miró fijamente al padre Espinoza. En la oscuridad, sus ojos negros brillaban como los de un preso o como los de un loco. Por fin, bajando la cabeza, dijo entre dientes:

—Yo he practicado y conozco los secretos de la magia negra.

Al oír estas extraordinarias palabras, el padre Espinoza hizo un movimiento de sorpresa, mirando con curiosidad y temor al hombre; pero el hombre había levantado la cabeza y espiaba la cara del religioso, buscando en ella la impresión que sus palabras producirían. La sorpresa del misionero duró un brevísimo tiempo. Tranquilizóse en seguida. No era la primera vez que escuchaba palabras iguales parecidas. En ese tiempo los llanos de Osorno y las islas chilotas estaban plagadas de brujos, “machis” y hechiceros. Contestó:

—Hijo mío: no es raro que los sacerdotes que le han oído a usted lo que acaba de decir, lo hayan tomado por loco y rehusado oír más. Nuestra religión condena terminantemente tales prácticas y tales creencias. Yo, como sacerdote, debo decirle que eso es grave pecado; pero, como hombre, le digo que eso es una estupidez y una mentira. No existe tal magia negra, ni hay hombre alguno que pueda hacer algo que este fuera de las leyes de la naturaleza y de la voluntad divina. Muchos hombres me han confesado lo mismo pero emplazados para que pusieran en evidencia su ciencia oculta, resultaron impostores groseros e ignorantes. Solamente un desequilibrado o un tonto puede creer en semejante patraña.

El discurso era fuerte y hubiera bastado para que cualquier hombre de buena fe desistiera de sus propósitos; pero con gran sorpresa del padre Espinoza, su discurso animó al hombre que se puso de pie y exclamó con voz contenida:

—¡Yo solo pido a usted me permita demostrarle lo que le confieso! Demostrándoselo, usted se convencerá y yo estaré salvado. Si yo le propusiera hacer una prueba, ¿aceptaría usted, padre? Preguntó el hombre.

—Sé que perdería mi tiempo lamentablemente, pero aceptaría.

—Muy bien —dijo el hombre—. ¿Qué quiere usted que haga?

—Hijo mío, yo ignoro tus habilidades mágicas. Propón tú.

El hombre guardó silencio un momento, reflexionando. Luego dijo:

—Pídame usted que le traiga algo que este lejos, tan lejos que sea imposible ir allá y volver en el plazo de un día o dos. Yo se lo traeré en una hora, sin moverme de aquí.

Una gran sonrisa de incredulidad dilató la fresca boca del fraile Espinoza:

—Déjame pensarlo —respondió— y Dios me persone el pecado y la tontería que cometo.

El religioso tardó mucho rato en encontrar lo que se le proponía. No era tarea fácil hallarlo. Primeramente ubicó en Santiago la residencia de lo que iba a pedir y luego se dio a elegir. Muchas cosas acudieron a su recuerdo y a su imaginación, pero ninguna le servía para el caso. Unas eran demasiado comunes, y otras pueriles y otras muy escondidas, y era necesario elegir una que, siendo casi única, fuera asequible. Recordó y recorrió su lejano convento; anduvo por sus patios, por sus celdas, por sus corredores y por su jardín; pero no encontró nada especial. Paso después a recordar lugares que conocía en Santiago. ¿Qué pediría? Y cuando, ya cansado iba a decidirse por cualquiera de los objetos entrevistos por sus recuerdos, brotó en su memoria, como una flor que era fresca, pura con un hermoso color rojo, una rosa del jardín de las monjas Claras.

Una vez, hacía poco tiempo, en un rincón de ese jardín vio un rosal que florecía en rosas de un color único. En ninguna parte había vuelto a ver rosas iguales o parecidas, y no era fácil que la hubieras en Osorno. Además, el hombre aseguraba que traería lo que él pidiera, sin moverse de allí. Tanto daba pedirle una cosa como otra. De todos modos no traería nada.

—Mira —dijo al fin—, en el jardín del convento de las monjas Claras de Santiago, plantado junto a la muralla que da hacia la Alameda, hay un rosal que da rosas de un color granate muy lindo. Es el único rosal de esa especie que hay allí. . . Una de esas rosas es lo que quiero que me traigas.

El supuesto hechicero no hizo objeción alguna, ni por el sitio en que se hallaba la rosa ni por la distancia a que se encontraba. Preguntó únicamente:

—Encaramándose por la muralla, ¿es fácil tomarla?

—Muy fácil. Estiras el brazo y ya la tienes.

—Muy bien. Ahora, dígame: ¿hay en este convento una pieza que tenga una sola puerta?

—Hay muchas.

—Lléveme usted a alguna de ellas.

El padre Espinoza se levantó de su asiento. Sonreía. La aventura era ahora un juego extraño y divertido, y en cierto modo, le recordaba los de su infancia. Salió acompañado del hombre y lo guió hacia el segundo patio en el cual estaban las celdas de los religiosos. Lo llevó a la que él ocupaba. Era una habitación de mediana proporciones, de sólidas paredes; tenía una ventana y una puerta. La ventana estaba asegurada con una gruesa reja de fierro forjado y la puerta tenía una cerradura muy firme. Allí había un lecho, una mesa grande, dos imágenes y un crucifico, ropas y objetos.

—Entra.

Entró el hombre. Se movía con confianza y desenvoltura; parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Te sirve esta pieza?

—Me sirve.

—Tú dirás lo que hay que hacer.

—En primer lugar, ¿Qué hora es?

—Las tres y media.

El hombre meditó un instante, y dijo luego:

—Me ha pedido usted que le traiga una rosa del jardín de las monjas Claras de Santiago y yo se lo voy a traer en el plazo de una hora. Para ello es necesario que yo me quede solo aquí y que usted se vaya, cerrando la puerta con llave y llevándose la llave. No vuelva hasta dentro de una hora justa. A las cuatro y media, cuando usted abra la puerta, yo le entregaré lo que me ha pedido.

El fraile Espinoza asintió en el silencio, moviendo la cabeza. Empezaba a

preocuparse. El juego iba tornándose interesante y misterioso, y la seguridad con que hablaba y obraba aquel hombre le comunicaba a él cierta intimidación respetuosa.

Antes de salir, dio una mirada detenida por toda la pieza. Cerrando con llave la puerta, era difícil salir de allí. Y aunque aquel hombre lograra salir, ¿que conseguiría con ello? No se puede hacer, artificialmente una rosa cuyo color y forma no se han visto nunca. Y por otra parte, el rondaría toda esa hora por los alrededores de su celda. Cualquier superchería era imposible.

El hombre, de pie ante la puerta, sonriendo, esperaba que el religioso se retirara.

Salió el padre Espinoza, echó llave a la puerta, se aseguró que quedaba bien cerrada y guardándose la llave en sus bolsillos echó a andar tranquilamente.

Dio una vuelta alrededor del patio, y otra, y otra. Empezaron a transcurrir lentamente los minutos, muy lentamente; nunca habían transcurrido tan lentos los sesenta minutos de una hora. Al principio, el padre Espinoza estaba tranquilo. No sucedería nada. Pasado el tiempo que el hombre fijara como plazo, el abriría la puerta y lo encontraría tal como lo dejara. No tendría en sus manos ni la rosa pedida ni nada que se le pareciera. Pretendería disculparse con algún pretexto fútil, y él, entonces, le largaría un breve discurso, y el asunto terminaría ahí. Estaba seguro. Pero, mientras paseaba. Se le ocurrió preguntarse:

—¿Qué estaría haciendo?

La pregunta lo sobresaltó. Algo estaría haciendo el hombre, algo intentaría. Pero, ¿qué? La inquietud aumentó. ¿Y si el hombre lo hubiera engañado y fueran otras sus intenciones? Interrumpió su paseo y durante un momento procuró sacar algo en limpio, recordando al hombre y sus palabras. ¿Si se tratara de un loco? Los ojos ardientes y brillantes de aquel hombre, su desenfadado en sí es no es inconsciente, sus propósitos...

Atravesó lentamente el patio y paseó a lo largo del corredor en que estaba su celda. Pasó varias veces delante de aquella puerta cerrada. ¿Qué estaría haciendo el hombre? En una de sus pasadas se detuvo ante la puerta. No se oía nada, ni voces, ni pasos, ningún ruido. Se acercó a la puerta y pegó su oído a la cerradura. El mismo silencio. Prosiguió sus paseos, pero a poco su inquietud y su sobresalto aumentaban. Sus paseos se fueron acortando y, al final, apenas llegaban a cinco o seis pasos de distancia de la puerta. Por fin, se inmovilizó ante

ella. Se sentía incapaz de alejarse de allí. Era necesario que esa tensión nerviosa terminara pronto. Si el hombre no hablaba, ni se quejaba, ni andaba, era señal de que no hacía nada y no haciendo nada, nada conseguiría. Se decidió a abrir antes de la hora estipulada. Sorprendería al hombre y su triunfo sería completo. Miró su reloj: faltaban aun veinticinco minutos para las cuatro y media. Antes de abrir pegó nuevamente su oído a la cerradura: ni un rumor. Buscó la llave en sus bolsillos y colocándola en la cerradura la hizo girar sin ruido. La puerta se abrió silenciosamente.

Miró el fraile Espinoza hacia adentro y vio que el hombre no estaba sentado ni estaba de pie: estaba extendido sobre la mesa, con los pies hacia la puerta inmóvil.

Esa actitud inesperada lo sorprendió. ¿Qué haría el hombre en aquella posición? Avanzó un paso, mirando con curiosidad y temor el cuerpo extendido sobre la mesa. Ni un movimiento. Seguramente su presencia no habría sido advertida; tal vez el hombre dormía; quizá estaba muerto... Avanzó otro paso y entonces vio algo que lo dejó tan inmóvil como aquel cuerpo. El hombre no tenía cabeza.

Pálido, sintiéndose invadido por la angustia, llenó de un sudor helado todo el cuerpo, el padre Espinoza miraba, miraba sin comprender. Hizo un esfuerzo y avanzó hasta colocarse frente a la parte superior del cuerpo del individuo. Miró hacia el suelo, buscando en él la desaparecida cabeza, pero en el suelo no había nada, ni siquiera una mancha de sangre. Se acercó al cercenado cuello. Estaba cortado sin esfuerzo, sin desgarraduras, finamente. Se veían las arterias y los músculos, palpitantes, rojos; los huesos blancos, limpios; la sangre bullía allí, caliente y roja, sin derramarse, retenida por una fuerza desconocida.

El padre Espinoza se irguió. Dio una rápida ojeada a su alrededor, buscando un rastro, un indicio, algo que le dejara adivinar lo que había sucedido. Pero la habitación estaba como él la había dejado al salir; todo en el mismo orden, nada revuelto y nada manchado de sangre.

Miró su reloj. Faltaban solamente diez minutos para las cuatro y media. Era necesario salir. Pero, antes de hacerlo, juzgó que era indispensable dejar allí un testimonio de su estada. Pero, ¿qué? Tuvo una idea; buscó entre sus ropas y sacó de entre ellas un alfiler grande, de cabeza negra, y al pasar junto al cuerpo para dirigirse hacia la puerta lo hundió íntegro en la planta de uno de los pies del hombre.

Luego cerró la puerta con llave y se alejó.

Durante los diez minutos siguientes el religioso se paseó nerviosamente a lo largo del corredor, intranquilo, sobresaltado; no quería dar cuenta a nadie de lo sucedido; esperaría los diez minutos y, transcurridos estos, entraría de nuevo a la celda y si el hombre permanecía en el mismo estado comunicaría a los demás religiosos lo sucedido.

¿Estaría el soñado o se encontraría bajo el influjo de una alucinación o de una poderosa sugestión? No, no lo estaba. Lo que había acontecido hasta ese momento era sencillo: un hombre se había suicidado de una manera misteriosa. . . Si, ¿pero dónde estaba la cabeza del individuo? Esta pregunta lo desconcertó. ¿Y por qué no había manchas de sangre? Prefirió no pensar más en ello; después se aclararía todo.

Las cuatro y media. Esperó aun cinco minutos más. Quería darle tiempo al hombre. ¿Pero tiempo para qué, si estaba muerto? No lo sabía bien, pero en esos momentos casi deseaba que aquel hombre le demostrara su poder mágico. De otra manera, sería tan estúpido tan triste todo lo que había pasado. . .

***

Cuando el fraile Espinoza abrió la puerta, el hombre no estaba ya extendido sobre la mesa, decapitado, como estaba quince minutos antes. Parado frente a él, tranquilo con una fina sonrisa en los labios, le tendía abierta, la morena mano derecha. En la palma de ella, como una pequeña y suave llama, había una fresca rosa: la rosa del jardín de las monjas Claras.

—¿Es esta la rosa que usted me pidió?

El padre Espinoza no contestó; miraba al hombre. Este estaba un poco pálido y demacrado. Alrededor de su cuello se veía una línea roja, como una cicatriz reciente.

—Sin duda el Señor quiere hoy jugar con su siervo —pensó.

Estiró la mano y cogió la rosa. Era una de las mismas que el viera florecer en el pequeño jardín del convento santiaguino. El mismo color, la misma forma, el mismo perfume.

Salieron de la celda, silenciosos, el hombre y el religioso. Este llevaba la rosa apretada en su mano y sentía en la piel la frescura de los pétalos rojos. Estaba recién cortada. Para el fraile habían terminado los pensamientos, las dudas y la angustia. Solo una gran impresión lo dominaba y un sentimiento de confusión y de desaliento inundaba su corazón.

De pronto advirtió que el hombre cojeaba.

—¿Por qué cojeas? —le pregunto.

—La rosa estaba apartada de la muralla. Para tomarla, tuve que afirmar un pie en el rosal y, al hacerlo, una espina me hirió el talón.

El fraile Espinoza lanzó una exclamación de triunfo:

—¡Ah! ¡Todo es una ilusión! Tú no has ido al jardín de las monjas Claras ni te has pinchado el pie con una espina. Ese dolor que sientes es el producido por un alfiler que yo te clave en el pie. Levántalo.

El hombre levantó el pie y el sacerdote tomando de la cabeza el alfiler, se lo sacó.

—¿No ves? No hay ni una espina ni rosal. ¡Todo ha sido una ilusión!

Pero el hombre contestó:

—Y la rosa que lleva usted en la mano, ¿también es ilusión?

***

Tres días después, terminaba la semana misionera, los frailes capuchinos abandonaron Osorno. Seguían su ruta a través de las selvas. Se separaron,

abrazándose y besándose. Cada uno tomó por su camino.

El padre Espinoza volvería hacia Valdivia. Pero ya no iba solo. A su lado, montado en un caballo oscuro, silencioso y pálido, iba un hombre alto, nervioso, de ojos negros brillantes.

Era el hombre de la rosa.

El hombre del funeral

Juan Marín

La biografía de Juan Marín (1900-1963) no deja de ser sorprendente. Médico de profesión, titulado a los veintiún años, presta servicios para la Armada de Chile y, a partir de entonces, se caracteriza por ser un profesional cuyo ejercicio no se vio limitado a las labores y exigencias propias de su especialidad. Paralelamente, se perfiló como un profuso creador de novelas, cuentos, poemas, ensayos, obras dramáticas y libros de temas médicos. Es en este último caso de ciencia donde destaca su obra El problema sexual y sus nuevas fórmulas sociales. Solamente el título es capaz —por sí mismo— de entregarnos ciertas luces acerca de su modo ecléctico de aproximación a las diversas áreas del conocimiento, siempre aglutinando y aquilatando lo ético, lo científico y lo visionario.

Su contacto con la vanguardia, así como su cercanía con Vicente Huidobro, marcan palmariamente el sello de algunos de sus cuentos y poemas. Prueba de lo anterior es su primer poemario intitulado Looping (1929), texto que la crítica de época destaca por su frescura y dinamismo, haciendo especial hincapié en sus influjos vanguardistas, —en especial surrealistas y futuristas—, donde se hallan presente diversas alusiones al tiempo, a la velocidad, a la técnica, al dinamismo, a las “mujeres cuyas piernas eran los minuteros del reloj de los récords”.

El hombre del funeral se constituye como un cuento que nos evoca una atmósfera ligeramente irreal, muy cosmopolita, cuyo lenguaje, descripciones y referencias de espacio refieren a ciertas reminiscencias de la prosa de Huidobro, en especial, a algunos pasajes de Cagliostro.

Nos encontramos con un narrador protagonista que reconstruye un delirante diálogo con “un hombrecillo enjuto y encorvado”; conversación que se desarrolla al interior de un carruaje, camino a un funeral. El argumento es simple: En el París mundano y artístico de preguerra, Hiram Rabí es un ocultista que ofrece “las fiestas más terroríficas y espeluznantes de que hubiera memoria

en el quartier del otro lado del río". Los excesos no se hacen esperar. La descripción del lugar y de la mise en scéne es esclarecedora: "…me he de limitar a decirles que allí se sorbía y se ingería toda clase de drogas y bebedizos, exóticos y no exóticos, conocidos y no conocidos, en dosis grandes o pequeñas. Aquella noche yo probé de no sé cuántos manjares hórridos de la cocina árabe y del repertorio persa y bebí líquidos tóxicos de todas las especies desde la llamada "agua de jade" de los taoístas esotéricos chinos hasta el "caldo del amor y vida" de los magos lamaístas tibetanos".

Es justamente durante el desarrollo de uno de esas necrofílicas, macabras y originalísimas parties donde uno de los contertulios fallece y "no sabemos a ciencia cierta si moría por intoxicación alcohólica, hachídica o cocaínica, o bien víctima de alguna de las malas artes de Hiram Rabí.", señala el narrador.

Es entonces que, en la ruta del cortejo, se produce un diálogo entre nuestro protagonista y un desconocido e involuntario compañero de viaje que ha ingresado al carruaje de modo intempestivo. La conversación es peculiar y versa sobre temas metafísicos y, en particular, acerca de la muerte. El anciano acomete a nuestro protagonista con diversos autores y obras. Luego procede a interpelarlo en torno a nuestra concepción del mundo, la vida y la muerte: "Cada ser que muere es un hueco que se parcha, pero cada ser que nace es, a su vez, un trozo que arrancan a la entraña del silencio y de lo que "no existe". Las guerras son las grandes palancas de progreso: en una guerra se tapan muchos de estos huecos de una sola vez."

De este modo, el diálogo fluye vertiginoso en virtud de motivos tales como la existencia, la imperfección, el vacío; hasta que nuestro cuento se abre, en sus líneas finales, con toda su plenitud de extrañeza fantástica: será el propio Hiram Rabí quien confirmará a nuestro confundido protagonista que aquel curioso acompañante no es otro sino el hombre a quien han dejado enterrado dentro del ataúd.

El hombre del funeral se perfila así como un cuento fantástico en toda su dimensión e integridad. Texto depositario de una prosa diáfana y ligera, describe una atmósfera lúgubre y densa, cuyo soporte más plausible descansa en la hondura de su diálogo. Nos quedamos, finalmente, con la reverberación de un curioso y extraño personaje que, encarnando la muerte personificada, nos entrega una lúcida apreciación metafísica acerca de asuntos e interrogantes que inquietan al ser humano desde los más tempranos tiempos.

El hombre del funeral

Fue Kolia, mi amigo polaco, quien me invitó a aquella fiesta. Era Kolia un pintor cubista enrolado en la bohemia militante de Montparnasse, con el cual había hecho amistad hacía poco en casa de Nasha Yarnalinsky, una de las más simpáticas e inteligentes "snobs" que actuaban en el París mundano y artístico de pre-guerra. Allí convinimos en que iríamos juntos al aquelarre que celebraba en su casa el famoso ocultista Hiram Rabí, quien gozaba fama de ofrecer, en aquel tiempo, a mundanos y artistas, las fiestas más terroríficas y espeluznantes de que hubiera memoria en el "quartier" del otro lado del río. En alguna ocasión, he de contarles algo de la "mise en scéne" y del desarrollo necrofílico y macabro de estos originalísimos "parties" con que deleitaba el viejo Hiram, quien unía en su persona la sabiduría talmúdica de Mosem Maimonides y de Eliphas Levy a la sapiencia mágica de Hartman, de Raimundo Lulio y de Dionisio el Aeropagita.

Por ahora, dejando de mano detalles, me he de limitar a decirles que allí se sorbía y se ingería toda clase de drogas y bebedizos, exóticos y no exóticos, conocidos y no conocidos, en dosis grandes o pequeñas. Aquella noche yo probé de no sé cuántos manjares hórridos de la cocina árabe y del repertorio persa y bebí líquidos tóxicos de todas las especies desde la llamada "agua de jade" de los Taoístas esotéricos chinos hasta el "caldo del amor y vida" de los magos lamaístas tibetanos. Me detuve en la pendiente de mi intoxicación justamente antes de perder los sentidos cuando todavía podía discernir si lo que mis manos palpaban era mi propio cuerpo o el cuerpo de un vecino y si lo que mis ojos veían era el salón sabático de Hiram o era un espejo mágico extraído de una tumba faraónica o de un templo de Ishtar en Palmyra. Pero otros no supieron o no pudieron poner freno oportuno a sus ímpetus autodesintegratorios y al día siguiente eran enfermos más apropiados para la clínica vecina que para sus "ateliers" de trabajo en las bohardillas de Montparnasse. Y hubo, entre todos, uno aún más desgraciado, pues al día siguiente de aquella fiesta, era cadáver, sin que se supiera a ciencia cierta si moría por intoxicación alcohólica, hachídica o cocaínica, o bien víctima de alguna de las malas artes de Hiram Rabí.

A pesar del espantoso dolor de cabeza que me afligía y de sentir mi lengua pastosa y mis piernas como si fueran de algodón, creí de mí deber asistir a los

funerales del “contertulio desconocido”, que había tenido la mala ocurrencia de despedirse de esta vida así en forma tan inesperada como elegante. Se lo manifesté así a Kolia en el teléfono, cuando este me dio la noticia. Él me dijo que también asistiría, aun cuando se encontraba en un lamentable estado de nervios, “como un músculo de rama bajo la corriente eléctrica en el Laboratorio del viejo Bernard”. Según su propia y grafica expresión. Lo tranquilicé diciéndole que esos eran los efectos típicos de la marihuana y que dentro de pocos días estaría completamente curado y capacitado para “comenzar de nuevo”.

El cortejo salía de la rue des Pénitens, en el corazón de uno de los más apacibles y desconocidos barrios del viejo París. Sea por que Kolia no concurrió, o llegó tarde o simplemente porque no nos encontramos en el medio de la comparsa, el hecho es que en el momento de subir a los coches no vi yo un solo rostro conocido a quien invitar a compartir mi anacrónico fiacre. Subí, pues, solo en el vehículo, con ánimo bastante decaído y dispuesto a dormitar, si era posible, durante la larga travesía desde la casa al cementerio. Pero, en el momento en que el enlevitado cochero ponía en marcha sus jamelgos, silenciosamente, casi sin que yo me apercibiera, se abrió la portezuela del carruaje y una voz ronca, áspera y suave a la vez, se dejó oír:

—¿Vous permettez, Monsieur?,

Dicho lo cual y sin esperar respuesta, un hombrecillo enjuto y encorvado, subió y se instaló a mi lado. Representaba unos sesenta años de edad y la palidez de cera de su rostro resaltaba fuertemente bajo el ala de su sombrero de fieltro negro. Vestía un anticuado chaquet y daba golpecitos nerviosos a cada momento sobre el piso del carruaje con su paraguas mientras de su garganta se escapaban a cortos intervalos automáticos carraspeos.

El cortejo echó andar con esa lentitud de todos los cortejos fúnebres y yo decidí no prestar mayor atención a mi desconocido e involuntario compañero de ruta. Pero, el hombrecillo aquel parecía deseoso de hablar. Empezó por explorarme metódicamente con el rabillo del ojo desde la cabeza hasta los pies y luego, echando el busto un poco adelante, me miró ahora en forma más franca y casi impertinente. Yo le arrojé en el rostro una bocanada de humo de mi cigarrillo y me volví hacia el lado opuesto, mirando hacia afuera a través de los sucios cristales del fiacre, como para enfriar en forma inequívoca sus amistosos avances. Pero el vejete no se daba por vencido. Continuó con sus punzantes

miradas y sus tosecillas insistentes y después haciendo un amplio ademán, afectado y teatral, al quitarse el chambergo como un viejo actor de melodrama, me lanzó esta frase a boca de jarro:

—Un hueco más que se tapa, amigo mío.

Me cogió tan de sorpresa esta frase, que en el primer momento no supe qué replicar. Con gesto automático, me quité también mi calañés obscuro y respondí, con voz opaca:

—¿Se refiere usted señor, a la paletada que echarán sobre esta fosa?

El hombre permaneció algunos minutos en silencio mientras con su mano derecha frotaba lentamente el cráneo mondo y huesudo con un enorme pañuelo negro. Luego bruscamente, con intensa pasión, subrayando las palabras mientras las pronunciaba, exclamó:

—No… Me refiero a un vacío más que se llenará de “Absoluto”.

Como yo guardara silencio, después de fijarme detenidamente en su mirada, prosiguió:

—A la larga, Monsieur, será lo “no existente” quien habrá de triunfar sobre lo “existente”. Todo esto que vemos, palpamos y sentimos no es más que un miraje, un engaño, un espejismo en los inconmensurables espacios desiertos. Lo que usted, lo que todo el mundo cree que existe, no es más que vacío que no ha madurado todavía. Somos, simplemente pedazos que faltan en el gran campo de la “Nada”.

—¿Es usted un discípulo de Platón? —interrogué—. ¿Alude usted acaso, a las sombras aquellas descritas por el discípulo de Sócrates en su “Parábola de la Caverna”?

—¡Oh, no! De ningún modo. Mi concepción es totalmente diversa —dijo, carraspeando como quien se prepara para una larga explicación. Volvió a colocarse su sombrero, se enjugó las manos con su pañuelo negro y prosiguió:

—Presumo que el filósofo de “Phedro” y de “El Banquete” es un autor familiar para usted. Pues bien Platón concibió el mundo, ¿cómo se lo diré?, en una especie de inmenso negativo. Nosotros no seríamos en verdad nosotros mismos

sino sombras negativas de nosotros, estaríamos proyectados, a contraluz, en un gran plano blanco, que sería el muro de la caverna, ¿no es así? Pero mi concepto es otro, muy, muy diferente: yo creo en la única existencia de “lo que no existe”.

Comenzaba a atardecer y en el alto cielo otoñal parisién, aparecían las estrellas como diminutos peces de oro en una gran redoma de cristal de aguas grises y profundas.

—¿Ve usted esos puntos luminosos allá arriba? —dijo el viejecillo sacando su paraguas por la ventanilla del coche y alzando el extremo de él hacia el cielo—. Según usted y según los hombres de ciencia y según toda la “soidisant” sabiduría moderna, esos puntos luminosos son estrellas y planetas, es decir son “materia”, cuerpos gigantescos, cuerpos sólidos que giran en el espacio. Profundo error, Monsieur. Esos no son más que boquetes, huecos forados, pedazos que faltan en la densa “materia de la Nada”.

Como yo volviera hacia él mis ojos sorprendidos, insistió ahora con más vehemencia, subrayando sus palabras con golpes del regatón de su paraguas contra el piso del carruaje:

—Sí, “materia de la Nada”, he dicho. Primero fue “lo existente”. En el principio de la creación, en el alba del Génesis, todo estaba lleno de cosas, todo era diferenciación y confusión. Era el reino de lo plural, el triunfo de lo complicado y múltiple sobre lo singular y simple. Después fue tejiéndose ese inmenso telar del espacio. Telar invisible pero no por eso menos real. Cada fibra de ese telar que se formaba era un pedazo de tiempo que maduraba hasta hacerse “Nada”. ¿Cuántos siglos de siglos y milenios de milenios hace que este proceso viene verificándose? Todavía faltan muchos trozos para que se integre totalmente. Pero la araña invisible, eso que ustedes llaman Muerte, sigue tejiendo. Falta todo esto que nosotros llamamos Vida, todos estos mundos poblados y superpoblados que han de desaparecer un día porque ellos representan lo imperfecto frente a la perfección suprema del vacío. Las cosas, mientras más imperfectas son más “materiales”. ¿Ha leído usted “Eureka” de Edgar Poe? ¿Conoce usted la “Parábola del Vaso” de Chwang Tszé y la “Parábola de la Mariposa” de Lieh-Tszé? ¡No! ¿Qué cosa es la electricidad sino una materia menos densa, más rarificada y por lo tanto más perfecta, no es así? No la vemos, no la conocemos, no podemos analizarla como un pedazo de mineral o como el cuerpo de una rana en el laboratorio, pero, ¡qué fuerzas más potentes que las suyas! Así es todo. ¿Qué cosas son los cuerpos radioactivos? Una constante disgregación de la

materia, nada más. Pues bien, ese es el proceso normal de las cosas. El rádium, la desintegración del átomo nos muestran el camino de la verdad.

Por eso es que la Tierra, este mundo en que habitamos, está todavía llena de imperfecciones. Fáltanle aún millares de siglos para que llegue a su última etapa, es decir, a su desaparición. Ni usted ni yo la veremos, pero, "ca viendrá". Y aun pudiera suceder que el proceso se acelere y veamos cosas…. Cada ser que muere es un hueco que se parcha, pero cada ser que nace es, a su vez un trozo que arrancan a la entraña del silencio y de lo que "no existe". Las guerras son las grandes palancas de progreso: en una guerra se tapan muchos de estos huecos de una sola vez. El bombardeo de una gran ciudad constituye un paso gigantesco hacia la perfección y la bomba atómica es la más grande fuerza creadora jamás descubierta. Un día, todos estos mundos han de desaparecer y entonces será el Reino de la Nada, el gran silencio y el gran vacío no turbados por ningún imperfección.

El anciano parecía fatigado después de esta peroración dicha en un tono casi violento de arenga.

—Su doctrina es esencialmente destructora —dije por decir algo.

—Ese es un punto de vista muy personal y, por lo menos, muy discutible —me replicó él vivamente—. Destructora, ¿y por qué habría de serlo? ¿Cuál sería el fin normal en un mundo como el que ustedes han imaginado? Mejor es ni siquiera pensarlo. A mí me parece que lo absurdo está en el concepto que ustedes tienen de las cosas. Así, por ejemplo, permítame que le pregunte con los taoístas chinos del siglo V. a.C. ¿Qué estima usted más importante: las paredes de un vaso o el vacío que hay dentro de ella?

Al decirme esto, el extraño personaje me miraba con aire de satisfacción y triunfo, clavando fijamente en los míos sus ojillos penetrantes de vulpeja.

—Las paredes, por supuesto —respondí—. Sin ellas no podríamos hablar de vaso; ellas son el elemento propio y particular del vaso, el elemento que lo define, su carácter específico. Suprimiéndolas, no queda más que el vacío.

—A eso puedo yo responder que sin ese vacío que hay entre esas paredes no habría tampoco vaso, puesto que los líquidos que usted quisiera colocar dentro de él, no tendrían ubicación posible. Puede usted suprimir las paredes del vaso y aquel volumen de agua caerá al suelo o sobre la mesa o donde sea, pero siempre

estará en alguna parte, tendrá una ubicación en el espacio; pero, trate usted de suprimir el vacío, es decir, eso que usted llama “vacío”. ¿En dónde estarían entonces todas las cosas? Esto fue ya discutido por los grandes iniciados de China e India…. Ellos supieron ver la verdad en la perspectiva del “Gran Camino”, en “Tao”.

Cruzábamos en esos instante la plazoleta que queda entre las calles Villarret-de-Joyeuses y Rue de I” Apôtre Paul. Nos faltaba ya poco para llegar al Cementerio de Reformistas, en donde deberían reposar los restos de mi desconocido compañero de aquelarre de la víspera. El coche crujía bamboleándose sobre el empedrado del pavimento. De pronto, un ruido de motor nos hizo levantar los ojos al cielo. El último avión de pasajeros de la línea “Le Bourget-Croydon” pasaba a gran velocidad, con todas sus luces encendidas, en dirección al Canal de la Mancha.

El hombrecillo del chaquet se quedó un rato mirándolo con una expresión de profundo desagrado y desprecio en su semblante de cera. Luego se volvió lentamente hacia mí, y haciendo el mismo gesto teatral de sacarse el sombrero como actor que va iniciar una tirada de versos, exclamó:

—El avión, ¡ah!, el avión…. He ahí uno de los elementos más negativos que la imaginación enfermiza del hombre pudo jamás concebir. ¡El avión! Máquina destructora, si destructora de espacio y de silencio. Hasta hace poco el mundo imperfecto de lo que vive y tiene forma sólo actuaba aquí abajo, a ras de suelo. Arriba el vacío, el espacio sin límites, quedaba libre de toda profanación. Hoy estos pajarracos mecánicos han llenado el cielo de rasgaduras y han ahuyentado a los seres del silencio —que ya empezaban a acercarse a nosotros— a regiones muy altas y distantes por encima de nuestros planos terrestres. Tijera del espacio llamaría yo al avión, hoja cortante que rompe, a 400 kilómetros por hora, las zonas inholladas del vacío. Ese cristal denso y precioso del espacio está hoy lleno de trizaduras y le faltan pedazos por todos lados como a una ventana de casa de pobres. Y todo eso es la culpa de aquello —dijo alzando una vez más su paraguas fuera de la ventanilla del fiacre— de ese invento demoníaco, esa máquina infernal de la que ustedes tanto se enorgullecen.

Habíamos llegado al Cementerio. Descendimos del carruaje y cruzamos la puerta de piedra del vetusto pórtico medieval. Los objetos eran apenas visibles ya en la penumbra y el campo plantado de blancas cruces, parecía extenderse en una perspectiva sin fin. En total, no éramos más que cincuenta personas los

asistentes a este entierro y supongo que la mayoría de ellos eran amigos de Hiram Rabí o conocidos del mago como yo. Avanzamos por callejones bordeados de árboles, hasta llegar al sitio reservado al difunto. En vano buscaba yo entre los concurrentes a Kolia o algún otro conocido que me permitiera separarme de mi forzado compañero. Pero, el viejecillo del paraguas no se separaba de mi lado y proseguía su parloteo con el mismo entusiasmo de antes.

—¿Qué sacamos con que el suelo se llene de cruces, qué adelantamos con que haya gentes que mueran si, de otro lado, las mujeres se encargaran de deshacer lo que la naturaleza hace? Destrucción y muerte de todo lo que “es”, esa debiera ser la Suprema Ley. Pero, la hembra se encarga de llenar la creación de carne imperfecta. Por eso es que los antiguos, los grandes santos, los místicos y los grandes iniciados de la antigüedad consideraron siempre a la mujer como un ente satánico, hija de los espíritus del mal, producto de Belcebú y Arihmán, de Astaroth, de Baal, de Kali y de Ganessa. Imagínese usted una humanidad sin mujeres: ¡cuánto más fácilmente se extinguiría la vida en el Planeta!

—¿Extinción total de la vida? —interrogué.

—Sí, señor, por lo menos de la vida en las formas que nosotros conocemos.

—Entonces, ¿concibe usted otras vidas y otras formas de vida? —volví a preguntar.

—El mundo del vacío —dijo el pequeño personaje con su solemnidad habitual— es demasiado vasto y complejo para que nuestros cerebros de hombres puedan concebirlo con relativa exactitud. Pero, ¿no se le ocurre a usted que siendo aquél un mundo tan perfecto ha de estar también poblado de “aspectos vitales” tan perfectos como él mismo?

—Y ¿cómo podrían definirse esos “aspectos vitales”? repliqué sonriendo sin quererlo a pesar del grave rostro de mi interlocutor y de lo fúnebre de las circunstancias.

—¡Ah!, amigo mío. Yo apenas lo vislumbro. No creo que sea posible representárselos ni siquiera aproximadamente, dada la forma de nuestro encéfalo.

—¿Cómo así? —interrumpí—. ¿Qué tiene que ver la forma de nuestro encéfalo con ello?

—Pues, mucho. La cosa es perfectamente lógica: para concebir debidamente los seres del vacío habría que pensar con un cerebro vacío, una especie de cráneo dado vuelta, como un dedo de guante, o en un quinto plano, en otra dimensión, ¿me entiende? ¿Ha leído usted “Hombres como Dioses” de G. H. Wells? ¿No? Pues bien, allí hay algo de esto.

El funeral terminaba. El pastor dijo sus preces y los enterradores arrojaron las últimas paletadas sobre la caja descendida por medio de cuerdas a un hoyo bastante profundo. En vano seguía buscando entre los acompañantes del cortejo a Kolia, a Nasha o a cualquier otro conocido. Deseaba ya librarme de cualquier manera de mi obstinado acompañante. Pero no lo lograba, estaba a merced de él como la rata entre las patas del gato.

—¿Era usted muy amigo del difunto? —dije por cambiar el rumbo de la conversación y salir de aquel tópico de formas vitales en vacío y de encéfalos dados vueltas, que empezaba a producirme vértigos.

—¿Del difunto…? ¿Qué difunto?

—Pues, este que acabamos de sepultar.

Se detuvo frente a mí, golpeó el suelo con su paraguas y echándose atrás el sombrero con el gesto que le era habitual replicó:

—Pues vea, señor si le dijera que nunca tuve el honor de conocerlo, usted no me lo creería. Y si le dijera que lo conocía tanto como a mí mismo, tampoco me lo creería….

Pensé que el vejete aquél me quería tomar a broma y con voz airada le dije:

—No hay nada de cómico en mi pregunta, Monsieur. Si usted no lo conocía, no me explico su presencia en este entierro. Y si lo conocía tanto o mejor que a usted mismo, no veo por qué esquiva usted una respuesta directa….

Mi interlocutor se había quitado el sombrero y pasaba su ancho pañuelo negro sobre su cráneo mondo y apergaminado:

—Mi respuesta deriva de su pregunta: usted ha hablado de un difunto y por eso es que yo he respondido en forma ambigua. Porque, ¿cuál es el difunto? Según mis doctrinas que he tenido el honor de exponerle, esa forma de vital depositada

en la caja allí abajo, acaba de dar un paso había la vida, es decir, hacia formas de perfección. En tanto que nosotros….

En aquellos momentos divise a Hiram Rabí que se encaminaba a mi encuentro. Me así a él como el náufrago al madero imprevisto y salvador. Me cogí de su brazo, lo empujé en el primer coche que atiné a ver y di orden al cochero de ponerse en movimiento. El hombrecito quedó en la calzada, mirándome con aire medio burlón y medio indiferente.

—¿Sabe usted quién es ese hombre? —pregunte ansiosamente a Hiram.

Miró este a través de los cristales del lado que yo le mostraba y luego volviéndose a mí, inquirió:

—¿Qué hombre? ¿A cuál hombre se refiere usted?

— A ese —le dije señalándolo con el dedo—, el que estaba conmigo cuando usted llegó, el de chaquet negro.

—No he visto ni veo ninguno— respondió Hiram, con rostro que no parecía de bromas.

El coche había echado andar. Asomé entonces mi cabeza por la ventanilla y miré al sitio en donde había dejado a mi interlocutor. La acera estaba desierta. Nadie, ni una sombra se veían alrededor.

—Es curioso —dije, mientras sentía que un sudor frío corría por mis sienes.

—¿Curioso? —dijo el Rabí.

—Me pareció ver allí a alguien, junto a nosotros, en el momento en que subíamos al coche —dije venciendo mi emoción y tratando de franquearme una retirada honorable para que Hiram no fuera a tomarse por un loco. . . —Si hasta podría describírselo —agregué—. Era un hombrecillo de chaquet, que ha hecho todo el trayecto, desde la casa al Cementerio, conmigo, dentro del mismo carruaje.

Hiram me miró de la cabeza a los pies, con su aire imponente de ave de presa y como quien examina a un enfermo grave.

—No deja de ser raro lo que me dice usted —agregó después de un momento—. Pues yo venía en el coche que seguía al suyo y, a través del vidrio posterior de su carruaje, lo he visto a usted completamente solo durante todo el trayecto.

Sentí que el mundo giraba como una hélice de hielo dentro de mi cabeza o tal vez, mejor dicho, que mi encéfalo se daba vuelta al revés, “como un dedo de guante”.

—Pero, ¿y ese viejito del chaquet y sombrero de fieltro negro, que golpeaba nerviosamente con su paraguas sobre el piso del fiacre? . . . .

Los ojos de Hiram parecieron salirse de sus órbitas:

—¿Chaquet, dice usted, sombrero de fieltro y paraguas? ¿Y un pañuelo negro? ¿Y sorbía rapé?

—Sí —exclamé…. —El mismo. ¡Sorbió rapé una vez durante el trayecto!

Hiram Rabí guardó largos minutos de silencio, minutos que a mí me parecieron siglos. Después, lentamente y en voz baja como quien mide o dosifica sus palabras en una delicada operación de alquimia, dijo:

—El hombre a quien usted se refiere, ese anciano que vestía siempre chaquet y sombrero de fieltro, que llevaba invariablemente un paraguas en su mano y que sorbía rapé mientras desarrollaba sus extrañas teorías sobre “la existencia de lo no existente….”

—Ese, ese mismo.

—Pues bien. . . .

—¡Diga, Hiram!, ¿quién era ese hombre?

—¡Ese hombre no es otro que el que en estos momentos ha quedado allá abajo dentro del ataúd!

El árbol

María Luisa Bombal

Al igual que Brígida, protagonista del cuento “El árbol”, María Luisa Bombal, nacida el 8 de junio de 1910, en Viña del Mar, Chile, reivindica en su producción literaria la naturaleza de la mujer y la hace libre. Fiel representante de la denominada Generación de 1942 y con estudios de literatura en la Facultad de Letras de La Sorbonne, en París, Francia, Bombal se caracterizó por irrumpir con un discurso que se adentraba en la condición femenina y profundizaba en la psicología de sus personajes, en una sociedad machista, donde se privilegiaba el criollismo y sus formas. Y es precisamente de este mundo, donde prevalecen ciertas normas de conducta que relegan a la mujer a un segundo plano, que su personaje Brígida trata de escapar, buscando refugio en sus sueños, en un mundo fantástico, paralelo, al que solo ella tiene acceso. En su vestidor, las ramas de un gomero, cuya sombra se yergue imponente, cobran vida. Esta conexión con la naturaleza, que le permite adueñarse de su identidad y crear su propio espacio, ya sea en su imaginación o en la realidad, también da cuenta de la influencia que tuvieron los cuentos populares transcritos por Jacob y Wilhelm Grimm al igual que los de Hans Christian Andersen, en la obra de Bombal. Es así como en “El árbol” queda de manifiesto la protección y seguridad que brinda la Pachamama a los personajes femeninos del género maravilloso. Estos arremeten con su sensibilidad y se liberan de todo tipo de ataduras, ya sean racionales o sociales, como en la versión original del cuento “La Cenicienta”, de los hermanos Grimm, cuya protagonista encuentra consuelo y sabiduría en un avellano, donde vive el espíritu de su madre, quien la acompaña y cobija en los momentos más difíciles.

Esta soledad y melancolía por la ausencia de un ser amado, también las experimentó María Luisa Bombal, quien conoció en 1933 a Eulogio Sánchez Errázuriz, durante su regreso a Chile y con quien inició una tomentosa relación amorosa, que la llevaría años más tarde a cometer una locura pasional. En 1935, irrumpió en el escenario literario con su novela “La última niebla” y tres años

después, con “La amortajada”. En 1944, emigró a Estados Unidos, donde conoció a Fal de Saint Phalle, con quien tuvo a su única hija Brigitte, quien hereda su nombre del personaje de Brígida.

Otro elemento que llama la atención en “El árbol” es la referencia a la música clásica, con obras maestras de Mozart, Beethoven y Chopin, que dan un cierto ritmo a la narración y permiten involucrar al lector en los momentos más tensos de la historia. A su vez, coinciden con los estados de ánimos tanto de Brígida (la soñadora), como de María Luisa Bombal (la escritora) a lo largo de su vida, quien a pesar de ser considerada como una de las primeras exponentes de la novela contemporánea latinoamericana, falleció el 6 de mayo de 1980, sin haber recibido el Premio Nacional de Literatura.

“Mozart siempre me inspiró el juego, la alegría despreocupada de la niñez, porque él nunca dejó también de ser un niño; mientras que Chopin es la pasión, el sentimiento y Beethoven, el horror final, el sufrimiento, ese drama que no yo puedo definir”[1].

---

1 En testimonio autobiográfico, basado en una serie de entrevistas realizadas por Lucía Guerra y Martín Cerda, en 1979. Publicadas por Lucía Guerra, en “María Luisa Bombal, obras completas”, Editorial Andrés Bello, 1996.

El árbol

A Nina Anguita, gran artista, mágica amiga que supo dar vida y realidad a mi árbol imaginado; dedico el cuento que, sin saber, escribí para ella mucho antes de conocerla.

El pianista se sienta, tose por prejuicio y se concentra un instante. Las luces en racimo que alumbran la sala declinan lentamente hasta detenerse en un resplandor mortecino de brasa, al tiempo que una frase musical comienza a subir en el silencio, a desenvolverse, clara, estrecha y juiciosamente caprichosa.

“Mozart, tal vez” —piensa Brígida. Como de costumbre se ha olvidado de pedir el programa. “Mozart, tal vez, o Scarlatti...” ¡Sabía tan poca música! Y no era porque no tuviese oído ni afición. De niña fue ella quien reclamó lecciones de piano; nadie necesitó imponérselas, como a sus hermanas. Sus hermanas, sin embargo, tocaban ahora correctamente y descifraban a primera vista, en tanto que ella... Ella había abandonado los estudios al año de iniciarlos. La razón de su inconsecuencia era tan sencilla como vergonzosa: jamás había conseguido aprender la llave de Fa, jamás. “No comprendo, no me alcanza la memoria más que para la llave de Sol”. ¡La indignación de su padre! “¡A cualquiera le doy esta carga de un infeliz viudo con varias hijas que educar! ¡Pobre Carmen! Seguramente habría sufrido por Brígida. Es retardada esta criatura”.

Brígida era la menor de seis niñas, todas diferentes de carácter. Cuando el padre llegaba por fin a su sexta hija, lo hacía tan perplejo y agotado por las cinco primeras que prefería simplificarse el día declarándola retardada. “No voy a luchar más, es inútil. Déjenla. Si no quiere estudiar, que no estudie. Si le gusta pasarse en la cocina, oyendo cuentos de ánimas, allá ella. Si le gustan las muñecas a los dieciséis años, que juegue”. Y Brígida había conservado sus muñecas y permanecido totalmente ignorante.

¡Qué agradable es ser ignorante! ¡No saber exactamente quién fue Mozart; desconocer sus orígenes, sus influencias, las particularidades de su técnica!

Dejarse solamente llevar por él de la mano, como ahora.

Y Mozart la lleva, en efecto. La lleva por un puente suspendido sobre un agua cristalina que corre en un lecho de arena rosada. Ella está vestida de blanco, con un quitasol de encaje, complicado y fino como una telaraña, abierto sobre el hombro.

—Estás cada día más joven, Brígida. Ayer encontré a tu marido, a tu ex marido, quiero decir. Tiene todo el pelo blanco.

Pero ella no contesta, no se detiene, sigue cruzando el puente que Mozart le ha tendido hacia el jardín de sus años juveniles.

Altos surtidores en los que el agua canta. Sus dieciocho años, sus trenzas castañas que desatadas le llegaban hasta los tobillos, su tez dorada, sus ojos oscuros tan abiertos y como interrogantes. Una pequeña boca de labios carnosos, una sonrisa dulce y el cuerpo más liviano y gracioso del mundo. ¿En qué pensaba, sentada al borde de la fuente? En nada. “Es tan tonta como linda” decían. Pero a ella nunca le importó ser tonta ni “planchar” en los bailes. Una a una iban pidiendo en matrimonio a sus hermanas. A ella no la pedía nadie.

¡Mozart! Ahora le brinda una escalera de mármol azul por donde ella baja entre una doble fila de lirios de hielo. Y ahora le abre una verja de barrotes con puntas doradas para que ella pueda echarse al cuello de Luis, el amigo íntimo de su padre. Desde muy niña, cuando todos la abandonaban, corría hacia Luis. Él la alzaba y ella le rodeaba el cuello con los brazos, entre risas que eran como pequeños gorjeos y besos que le disparaba aturdidamente sobre los ojos, la frente y el pelo ya entonces canoso (¿es que nunca había sido joven?) como una lluvia desordenada. “Eres un collar —le decía Luis—. Eres como un collar de pájaros”.

Por eso se había casado con él. Porque al lado de aquel hombre solemne y taciturno no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta, juguetona y perezosa. Sí, ahora que han pasado tantos años comprende que no se había casado con Luis por amor; sin embargo, no atina a comprender por qué, por qué se marchó ella un día, de pronto...

Pero he aquí que Mozart la toma nerviosamente de la mano y, arrastrándola en un ritmo segundo a segundo más apremiante, la obliga a cruzar el jardín en sentido inverso, a retomar el puente en una carrera que es casi una huida. Y luego de haberla despojado del quitasol y de la falda transparente, le cierra la puerta de su pasado con un acorde dulce y firme a la vez, y la deja en una sala de conciertos, vestida de negro, aplaudiendo maquinalmente en tanto crece la llama de las luces artificiales.

De nuevo la penumbra y de nuevo el silencio precursor.

Y ahora Beethoven empieza a remover el oleaje tibio de sus notas bajo una luna de primavera. ¡Qué lejos se ha retirado el mar! Brígida se interna playa adentro hacia el mar contraído allá lejos, refulgente y manso, pero entonces el mar se levanta, crece tranquilo, viene a su encuentro, la envuelve, y con suaves olas la va empujando, empujando por la espalda hasta hacerle recostar la mejilla sobre el cuerpo de un hombre. Y se aleja, dejándola olvidada sobre el pecho de Luis.

—No tienes corazón, no tienes corazón —solía decirle a Luis. Latía tan adentro el corazón de su marido que no pudo oírlo sino rara vez y de modo inesperado —. Nunca estás conmigo cuando estás a mi lado —protestaba en la alcoba, cuando antes de dormirse él abría ritualmente los periódicos de la tarde—. ¿Por qué te has casado conmigo?

—Porque tienes ojos de venadito asustado —contestaba él y la besaba. Y ella, súbitamente alegre, recibía orgullosa sobre su hombro el peso de su cabeza cana. ¡Oh, ese pelo plateado y brillante de Luis!

—Luis, nunca me has contado de qué color era exactamente tu pelo cuando eras chico, y nunca me has contado tampoco lo que dijo tu madre cuando te empezaron a salir canas a los quince años. ¿Qué dijo? ¿Se rió? ¿Lloró? ¿Y tú estabas orgulloso o tenías vergüenza? Y en el colegio, tus compañeros, ¿qué decían? Cuéntame, Luis, cuéntame. . .

—Mañana te contaré. Tengo sueño, Brígida, estoy muy cansado. Apaga la luz.

Inconscientemente él se apartaba de ella para dormir, y ella inconscientemente,

durante la noche entera, perseguía el hombro de su marido, buscaba su aliento, trataba de vivir bajo su aliento, como una planta encerrada y sedienta que alarga sus ramas en busca de un clima propicio.

Por las mañanas, cuando la mucama abría las persianas, Luis ya no estaba a su lado. Se había levantado sigiloso y sin darle los buenos días, por temor al collar de pájaros que se obstinaba en retenerlo fuertemente por los hombros. “Cinco minutos, cinco minutos nada más. Tu estudio no va a desaparecer porque te quedes cinco minutos más conmigo, Luis”.

Sus despertares. ¡Ah, qué tristes sus despertares! Pero —era curioso— apenas pasaba a su cuarto de vestir, su tristeza se disipaba como por encanto.

Un oleaje bulle, bulle muy lejano, murmura como un mar de hojas. ¿Es Beethoven? No.

Es el árbol pegado a la ventana del cuarto de vestir. Le bastaba entrar para que sintiese circular en ella una gran sensación bienhechora. ¡Qué calor hacía siempre en el dormitorio por las mañanas! ¡Y qué luz cruda! Aquí, en cambio, en el cuarto de vestir, hasta la vista descansaba, se refrescaba. Las cretonas desvaídas, el árbol que desenvolvía sombras como de agua agitada y fría por las paredes, los espejos que doblaban el follaje y se ahuecaban en un bosque infinito y verde. ¡Qué agradable era ese cuarto! Parecía un mundo sumido en un acuario. ¡Cómo parloteaba ese inmenso gomero! Todos los pájaros del barrio venían a refugiarse en él. Era el único árbol de aquella estrecha calle en pendiente que, desde un costado de la ciudad, se despeñaba directamente al río.

—Estoy ocupado. No puedo acompañarte... Tengo mucho que hacer, no alcanzo a llegar para el almuerzo... Hola, sí estoy en el club. Un compromiso. Come y acuéstate... No. No sé. Más vale que no me esperes, Brígida.

—¡Si tuviera amigas! —suspiraba ella. Pero todo el mundo se aburría con ella. ¡Si tratara de ser un poco menos tonta! ¿Pero cómo ganar de un tirón tanto terreno perdido? Para ser inteligente hay que empezar desde chica, ¿no es verdad?

A sus hermanas, sin embargo, los maridos las llevaban a todas partes, pero Luis —¿por qué no había de confesárselo a sí misma? —se avergonzaba de ella, de su ignorancia, de su timidez y hasta de sus dieciocho años. ¿No le había pedido acaso que dijera que tenía por lo menos veintiuno, como si su extrema juventud fuera en ellos una tara secreta?

Y de noche ¡qué cansado se acostaba siempre! Nunca la escuchaba del todo. Le sonreía, eso sí, le sonreía con una sonrisa que ella sabía maquinal. La colmaba de caricias de las que él estaba ausente. ¿Por qué se había casado con ella? Para continuar una costumbre, tal vez para estrechar la vieja relación de amistad con su padre.

Tal vez la vida consistía para los hombres en una serie de costumbres consentidas y continuas. Si alguna llegaba a quebrarse, probablemente se producía el desbarajuste, el fracaso. Y los hombres empezaban entonces a errar por las calles de la ciudad, a sentarse en los bancos de las plazas, cada día peor vestidos y con la barba más crecida. La vida de Luis, por lo tanto, consistía en llenar con una ocupación cada minuto del día. ¡Cómo no haberlo comprendido antes! Su padre tenía razón al declararla retardada.

—Me gustaría ver nevar alguna vez, Luis.

—Este verano te llevaré a Europa y como allá es invierno podrás ver nevar.

—Ya sé que es invierno en Europa cuando aquí es verano. ¡Tan ignorante no soy!

A veces, como para despertarlo al arrebato del verdadero amor, ella se echaba sobre su marido y lo cubría de besos, llorando, llamándolo: Luis, Luis, Luis...

—¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Por qué me llamas de ese modo, entonces?

—Por nada, por llamarte. Me gusta llamarte.

Y él sonreía, acogiendo con benevolencia aquel nuevo juego.

Llegó el verano, su primer verano de casada. Nuevas ocupaciones impidieron a Luis ofrecerle el viaje prometido.

—Brígida, el calor va a ser tremendo este verano en Buenos Aires. ¿Por qué no te vas a la estancia con tu padre?

—¿Sola?

—Yo iría a verte todas las semanas, de sábado a lunes.

Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabras hirientes que gritarle. No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas, Brígida?

Por primera vez Luis había vuelto sobre sus pasos y se inclinaba sobre ella, inquieto, dejando pasar la hora de llegada a su despacho.

—Tengo sueño... —había replicado Brígida puerilmente, mientras escondía la cara en las almohadas.

Por primera vez él la había llamado desde el club a la hora del almuerzo. Pero ella había rehusado salir al teléfono, esgrimiendo rabiosamente el arma aquella que había encontrado sin pensarlo: el silencio.

Esa misma noche comía frente a su marido sin levantar la vista, contraídos todos sus nervios.

—¿Todavía está enojada, Brígida?

Pero ella no quebró el silencio.

—Bien sabes que te quiero, collar de pájaros. Pero no puedo estar contigo a toda hora. Soy un hombre muy ocupado. Se llega a mi edad hecho un esclavo de mil compromisos.

. . .

—¿Quieres que salgamos esta noche?...

. . .

—¿No quieres? Paciencia. Dime, ¿llamó Roberto desde Montevideo?

. . .

—¡Qué lindo traje! ¿Es nuevo?

. . .

—¿Es nuevo, Brígida? Contesta, contéstame...

Pero ella tampoco esta vez quebró el silencio.

Y en seguida lo inesperado, lo asombroso, lo absurdo. Luis que se levanta de su asiento, tira violentamente la servilleta sobre la mesa y se va de la casa dando portazos.

Ella se había levantado a su vez, atónita, temblando de indignación por tanta injusticia. “Y yo, y yo —murmuraba desorientada—, yo que durante casi un año... cuando por primera vez me permito un reproche... ¡Ah, me voy, me voy esta misma noche! No volveré a pisar nunca más esta casa...” Y abría con furia los armarios de su cuarto de vestir, tiraba desatinadamente la ropa al suelo.

Fue entonces cuando alguien o algo golpeó en los cristales de la ventana.

Había corrido, no supo cómo ni con qué insólita valentía, hacia la ventana. La había abierto. Era el árbol, el gomero que un gran soplo de viento agitaba, el que golpeaba con sus ramas los vidrios, el que la requería desde afuera como para que lo viera retorcerse hecho una impetuosa llamarada negra bajo el cielo encendido de aquella noche de verano.

Un pesado aguacero no tardaría en rebotar contra sus frías hojas. ¡Qué delicia! Durante toda la noche, ella podría oír la lluvia azotar, escurrirse por las hojas del gomero como por los canales de mil goteras fantasiosas. Durante toda la noche oiría crujir y gemir el viejo tronco del gomero contándole de la intemperie, mientras ella se acurrucaría, voluntariamente friolenta, entre las sábanas del amplio lecho, muy cerca de Luis.

Puñados de perlas que llueven a chorros sobre un techo de plata. Chopin. Estudios de Federico Chopin.

¿Durante cuántas semanas se despertó de pronto, muy temprano, apenas sentía que su marido, ahora también él obstinadamente callado, se había escurrido del lecho?

El cuarto de vestir: la ventana abierta de par en par, un olor a río y a pasto flotando en aquel cuarto bienhechor, y los espejos velados por un halo de neblina.

Chopin y la lluvia que resbala por las hojas del gomero con ruido de cascada secreta, y parece empapar hasta las rosas de las cretonas, se entremezclan en su agitada nostalgia.

¿Qué hacer en verano cuando llueve tanto? ¿Quedarse el día entero en el cuarto fingiendo una convalecencia o una tristeza? Luis había entrado tímidamente una tarde. Se había sentado muy tieso. Hubo un silencio.

—Brígida, ¿entonces es cierto? ¿Ya no me quieres?

Ella se había alegrado de golpe, estúpidamente. Puede que hubiera gritado: “No, no; te quiero, Luis, te quiero”, si él le hubiera dado tiempo, si no hubiese agregado, casi de inmediato, con su calma habitual:

—En todo caso, no creo que nos convenga separarnos, Brígida. Hay que pensarlo mucho.

En ella los impulsos se abatieron tan bruscamente como se habían precipitado. ¡A qué exaltarse inútilmente! Luis la quería con ternura y medida; si alguna vez llegara a odiarla, la odiaría con justicia y prudencia. Y eso era la vida. Se acercó a la ventana, apoyó la frente contra el vidrio glacial. Allí estaba el gomero recibiendo serenamente la lluvia que lo golpeaba, tranquilo y regular. El cuarto se inmovilizaba en la penumbra, ordenado y silencioso. Todo parecía detenerse, eterno y muy noble. Eso era la vida. Y había cierta grandeza en aceptarla así, mediocre, como algo definitivo, irremediable. Mientras del fondo de las cosas parecía brotar y subir una melodía de palabras graves y lentas que ella se quedó escuchando: “Siempre”. “Nunca”...

Y así pasan las horas, los días y los años. ¡Siempre! ¡Nunca! ¡La vida, la vida!

Al recobrarse cayó en cuenta que su marido se había escurrido del cuarto.

¡Siempre! ¡Nunca!... Y la lluvia, secreta e igual, aún continuaba susurrando en Chopin.

El verano deshojaba su ardiente calendario. Caían páginas luminosas y enceguecedoras como espadas de oro, y páginas de una humedad malsana como el aliento de los pantanos; caían páginas de furiosa y breve tormenta, y páginas de viento caluroso, del viento que trae el “clavel del aire” y lo cuelga del inmenso gomero.

Algunos niños solían jugar al escondite entre las enormes raíces convulsas que levantaban las baldosas de la acera, y el árbol se llenaba de risas y de cuchicheos. Entonces ella se asomaba a la ventana y golpeaba las manos; los niños se dispersaban asustados, sin reparar en su sonrisa de niña que a su vez desea participar en el juego.

Solitaria, permanecía largo rato acodada en la ventana mirando el oscilar del follaje —siempre corría alguna brisa en aquella calle que se despeñaba directamente hasta el río— y era como hundir la mirada en un agua movediza o en el fuego inquieto de una chimenea. Una podía pasarse así las horas muertas, vacía de todo pensamiento, atontada de bienestar.

Apenas el cuarto empezaba a llenarse del humo del crepúsculo ella encendía la primera lámpara, y la primera lámpara resplandecía en los espejos, se multiplicaba como una luciérnaga deseosa de precipitar la noche.

Y noche a noche dormitaba junto a su marido, sufriendo por rachas. Pero cuando su dolor se condensaba hasta herirla como un puntazo, cuando la asediaba un deseo demasiado imperioso de despertar a Luis para pegarle o acariciarlo, se escurría de puntillas hacia el cuarto de vestir y abría la ventana. El cuarto se llenaba instantáneamente de discretos ruidos y discretas presencias, de pisadas misteriosas, de aleteos, de sutiles chasquidos vegetales, del dulce gemido de un grillo escondido bajo la corteza del gomero sumido en las estrellas de una calurosa noche estival.

Su fiebre decaía a medida que sus pies desnudos se iban helando poco a poco sobre la estera. No sabía por qué le era tan fácil sufrir en aquel cuarto.

Melancolía de Chopin engranando un estudio tras otro, engranando una

melancolía tras otra, imperturbable.

Y vino el otoño. Las hojas secas revoloteaban un instante antes de rodar sobre el césped del estrecho jardín, sobre la acera de la calle en pendiente. Las hojas se desprendían y caían... La cima del gomero permanecía verde, pero por debajo el árbol enrojecía, se ensombrecía como el forro gastado de una suntuosa capa de baile. Y el cuarto parecía ahora sumido en una copa de oro triste.

Echada sobre el diván, ella esperaba pacientemente la hora de la cena, la llegada improbable de Luis. Había vuelto a hablarle, había vuelto a ser su mujer, sin entusiasmo y sin ira. Ya no lo quería. Pero ya no sufría. Por el contrario, se había apoderado de ella una inesperada sensación de plenitud, de placidez. Ya nadie ni nada podría herirla. Puede que la verdadera felicidad esté en la convicción de que se ha perdido irremediablemente la felicidad. Entonces empezamos a movernos por la vida sin esperanzas ni miedos, capaces de gozar por fin todos los pequeños goces, que son los más perdurables.

Un estruendo feroz, luego una llamarada blanca que la echa hacia atrás toda temblorosa.

¿Es el entreacto? No. Es el gomero, ella lo sabe.

Lo habían abatido de un solo hachazo. Ella no pudo oír los trabajos que empezaron muy de mañana.

“Las raíces levantaban las baldosas de la acera y entonces, naturalmente, la comisión de vecinos...”

Encandilada se ha llevado las manos a los ojos. Cuando recobra la vista se incorpora y mira a su alrededor. ¿Qué mira?

¿La sala de concierto bruscamente iluminada, la gente que se dispersa?

No. Ha quedado aprisionada en las redes de su pasado, no puede salir del cuarto de vestir. De su cuarto de vestir invadido por una luz blanca aterradora. Era como si hubieran arrancado el techo de cuajo; una luz cruda entraba por todos lados, se le metía por los poros, la quemaba de frío. Y todo lo veía a la luz de esa fría luz: Luis, su cara arrugada, sus manos que surcan gruesas venas desteñidas, y las cretonas de colores chillones.

Despavorida ha corrido hacia la ventana. La ventana abre ahora directamente sobre una calle estrecha, tan estrecha que su cuarto se estrella, casi contra la fachada de un rascacielos deslumbrante. En la planta baja, vidrieras y más vidrieras llenas de frascos. En la esquina de la calle, una hilera de automóviles alineados frente a una estación de servicio pintada de rojo. Algunos muchachos, en mangas de camisa, patean una pelota en medio de la calzada.

Y toda aquella fealdad había entrado en sus espejos. Dentro de sus espejos había ahora balcones de níquel y trapos colgados y jaulas con canarios.

Le habían quitado su intimidad, su secreto; se encontraba desnuda en medio de la calle, desnuda junto a un marido viejo que le volvía la espalda para dormir, que no le había dado hijos. No comprende cómo hasta entonces no había deseado tener hijos, cómo había llegado a conformarse a la idea de que iba a vivir sin hijos toda su vida. No comprende cómo pudo soportar durante un año esa risa de Luis, esa risa demasiado jovial, esa risa postiza de hombre que se ha adiestrado en la risa porque es necesario reír en determinadas ocasiones.

¡Mentira! Eran mentiras su resignación y su serenidad; quería amor, sí, amor, y viajes y locuras, y amor, amor. . .

—Pero, Brígida, ¿por qué te vas?, ¿por qué te quedabas? —había preguntado Luis.

Ahora habría sabido contestarle:

—¡El árbol, Luis, el árbol! Han derribado el gomero.

¡Vampiros!

El Espejo

Juan Marino

Leer es oír. Ese es el efecto principal de las obras de Juan Marino (Punta Arenas, Chile, 1920-2007). Obviamente influido por su famoso radioteatro, el autor introduce al lector en un mundo de sonidos y sensaciones que fácilmente pueden ser recreados en la imaginación. Al mismo tiempo, el texto sugiere un ritmo, modulación y entonación teatral y musical: su principal valor narrativo vive justamente ahí. Y es que Juan Marino estuvo siempre ligado a la música: fue director de orquesta, compositor, tuvo su propio programa de radio dedicado al jazz, escribió una guía de música popular chilena, entre otros. Su vida y obra, entonces, estuvieron siempre en concordancia, incluyendo un ingrediente que potenció su carrera y lo hizo trascender en el tiempo: lo fantástico.

En el cuento "¡Vampiros!", —publicado por primera vez en 1973 y nunca más vuelto a editar hasta ahora— lo primero que debe destacarse es la creación del ambiente. Este concepto ha ido variando con el paso del tiempo. Se podría decir que este texto hace recordar la construcción de un escenario de antaño: una noche de tormenta, árboles esqueléticos, humanos con apariencia siniestra, casas aledañas a cementerios, etc. En ese sentido, saca al lector de los recursos cotidianos que hoy son usados en los relatos de terror, lo aleja y limita: crea un universo del que no somos parte y al que nunca podremos cruzar. El lector solo podrá observar, y anhelar pertenecer a ese mundo prohibido, a ese contexto sobrenatural.

Junto con esto, se tiene un particular dibujo del monstruo. El académico David Roas, ofrece tres categorías para clasificar a los vampiros según el paso del tiempo[1]. Por una parte, menciona al depredador: una criatura monstruosa, como Drácula de Bram Stoker, alejada de todos los límites de la moral, un ser que ya

no guarda ningún atisbo de humanidad y es considerado como la encarnación del mal. Más adelante, el vampiro sufre una mutación y se transforma en el humanizado: aquella criatura que comienza a tener conflictos con su condición, que prefiere no matar, pero sabe que debe hacerlo para vivir. Este vampiro podría, incluso, sentir amor y logra que el lector empatice con su sufrimiento. Por último, Roas brinda la más reciente categoría de vampiro, el naturalizado, aquel que convive con los humanos como si fuera una raza más en el mundo, ya no provoca una excepción y, sin duda, va estrechando el quiebre entre aquello que es real y lo imposible.

Los vampiros de Juan Marino, en tanto, no caben dentro de esta clasificación. En ese sentido, si las distintas categorías de vampiros están asociadas a las épocas y al paso del tiempo, las criaturas de este autor no parecieran pertenecer, puramente, a ninguna. Si bien se está frente a un monstruo chupasangre que disfruta del ataque y la depredación, también se construye sobre la base que se trata de una pareja comprometida que utiliza el vocativo “querido” para llamarse. Al mismo tiempo, parecieran mezclarse bien entre los humanos, dado que su apariencia no llamaría la atención. De esta manera, es un ser único, de cierto modo comparable a cualquier psicópata asesino que trabaje con la ayuda de un compañero.

Así, una vez más, Marino da vida a una serie de personajes fantásticos que van construyendo una identidad nacional más rica y auténtica, de la mano de un entorno sonoro y teatral, y cuyo más fiel representante es el Siniestro Doctor Mortis. Cómo olvidar a quien aterrorizaba a los radioescuchas con su frase “que descansen en paz”, seguida de una diabólica risa y que en el cuento “El Espejo” es el responsable de una tragedia familiar. En este relato están presentes todos los componentes funcionales claves de un proceso de reconfiguración, que pone de manifiesto aquellos ritos y temáticas que caracterizaron los cuentos populares de antaño y que a través de los años y a fuerza de repetición, habrían pasado a formar parte del inconsciente colectivo. En ese sentido, la dualidad del ser humano y el temor a determinados objetos, como el espejo y su reflejo, vuelven a resurgir en la literatura de Marino, ya sea consciente o inconscientemente, pero esta vez en un contexto histórico distinto.

---

1 «Mutaciones posmodernas: del vampiro depredador a la naturalización del monstruo», en el monográfico “Literatura Fantástica: Vertentes Teóricas e Ficcionais do Insólito” de la revista Letras & Letras (Revista do Instituto de

Letras e Linguística da Universidade Federal de Uberlândia, Brasil), número 28, volumen 2 (julio-diciembre 2012), 441-455.

¡Vampiros!

Los vampiros de Norbrute

Aguardaban y, cuando Ellos llegaron

Se desencadenó el horror.

Cuando el potente aullido de la tormenta subrayaba la endemoniada sinfonía del viento entre los desgarbados árboles, el hombre y la mujer dejaban caer el pesado aldabón sobre la puerta de la solariega casa, ubicada a unos cien metros de la carretera, flanqueada por los mismos raquíticos árboles la sinfonía. El viento hacía oscilar el letrero colocando sobre el dintel, con un sonido semejante al de mil grillos que chirriasen al unísono. En el letrero, cuya pintura estaba ya desapareciendo, podía leerse aún: “Posada Solitaria”. El hombre miró a su joven compañera y sonrieron, pese a que el agua los calaba hasta los huesos. Otra vez el joven volvió a batir el aldabón; otra vez las respuestas del chirrido del letrero. Pasaron algunos segundos, finalmente oyeron que alguien descorría pesados cerrojos del otro lado de la puerta y comenzó a abrirse lentamente con un roce escalofriante, como un macabro instrumento que se sumase a la música de los elementos de la noche.

Al terminar de abrirse, en el umbral apareció un hombre de elevada estatura delgado, de faz cadavérica. Portaba en la mano izquierda un arruinado candelabro, cuyas velas amenazaban apagarse por el soplo de Eolo. El único ojo del hombre, pues era tuerto. Se posó en los jóvenes, inquisitiva y malignamente.

—Buenas noches, señor —saludó él, alzando la voz para hacerse oír a través de la tormenta. Hemos visto el letrero y deseamos nos albergue por esta noche.

El ojo del hombre chispeó al contestar:

—¡Mala noche! Pero pasen por favor.

Cerró la puerta tras los visitantes, los que se sacudían los abrigos de las aguas que los empapaban.

—Sírvanse seguirme —indicó el posadero, precediéndolos hacia una escalera. Los jóvenes observaron que era cojo, y el caer de su pie, más corto que el otro y calzado con zapato ortopédico, sobre el piso producía un acompasado y lúgubre golpe que se acentuaba cuando era dado sobre los escalones de la vieja y carcomida escalera de madera. La muchacha oprimió el brazo de su acompañante al comenzar a subir hacia la oscuridad de arriba, a ella le pareció que los movimientos del posadero tenían algo de automático y sin quererlo pensó en los zombies. No hacía mucho había leído un periódico que un tal Doctor Mortis había revolucionado una Universidad, al levantar a todos los cadáveres del depósito. Los pensamientos de la joven se vieron interrumpidos cuando el cojo se detuvo ante una puerta en un pasadizo. Abrió e invito a pasar a sus huéspedes.

—Esta será vuestra habitación por el tiempo que permanezcan en mi posada.

Era un cuarto muy amplio, maloliente y sucio. Telarañas colgaban por doquier y algunas ratas huyeron despavoridas a la luz del candelabro.

—Gracias, señor..., señor…

—Thrope es mi apellido. ¡Guy Thrope! Lamento no poder proporcionarles mayores comodidades por el momento, pero dado lo avanzado de la hora…

—¡Comprendemos! No se preocupe señor Thrope.

El hombre inicio un movimiento como para retirarse, pero lanzando una mirada de soslayo a la muchacha, preguntó:

—¿Cómo se ha atrevido a aventurarse por estos lados en una noche como esta?

—Nuestro automóvil sufrió una avería a un kilómetro de aquí —se apresuró a responder el joven.

—Justo frente al cementerio —subrayó ella.

—¡Oh! ¡Ya veo! Frente al pequeño cementerio, ¿eh? —El ojo de Thrope se movió rápidamente en la órbita, como queriendo huir ella—. ¿A qué han venido

a esta región? Podían haber viajado por el camino principal, es mucho más seguro.

—Es que hace muchos años mi esposo y yo faltamos de aquí —sonrió la joven — y deseamos volver a estos parajes. Entonces nos sorprendió la tormenta.

—¡Ah! ¡Son ustedes de Northrute!

—Veo que esta casa está muy abandonada, señor Thrope —apunto él.

—En efecto; esto que ahora no es ni siquiera un mal figón, fue hace veinte años la mejor posada de la región. La carretera por la cual ustedes han venido, era el camino real entonces. Pero el progreso…. —suspiró el gigante.

—Sí, sí. Recuerdo también señor Thrope que se hablaba de una leyenda de vampiros del cementerio de “Mortise”.

El posadero sonrió con una mueca que afeo aún más su rostro.

—¡Oh! ¡“Mortise”! —exclamo—. “La Mortaja”, veo que están bien enterados. Sí, sí…, pero una vez construida la nueva carretera todo esto murió, la leyenda, la posada, todo… ¡cómo mueren todas las cosas! —Otra vez el ojo brilló al resplandor de las velas que habían depositado sobre la desvencijada mesa.

—Significa que usted debe recibir muy pocos huéspedes, ¿verdad? —preguntó ella tímidamente.

—Muy pocos, muy pocos. Pero de vez en cuando llegan personas como ustedes y… dejan algo. —El posadero rió desagradablemente, siendo secundado por sendas sonrisas de los jóvenes—. Pero, no quiero privarlos del descanso que necesitan.

—Señor Thrope, un momento por favor. En verdad mi esposa y yo somos periodistas y nos interesaría saber algo sobre esta región de sus propios labios. Nuestros recuerdos de niñez no alcanzan a darnos una verdadera visión de lo que fueron Northrute y el cementerio hace unos treinta años.

¡Hum! Están obsesionados con los vampiros de “Mortise”, ¿eh?

—Bueno— ¡Algo así! Claro que un reportaje sobre ellos sería sensacional —

sonrió él.

Y si logramos fotografiarlos, tanto mejor —apoyó ella, con una encantadora mueca.

—¿Fotografiarlos? ¿Creen que aquí existan en verdad tales mamíferos? —Thrope los miró suspicazmente.

—En mi niñez oí que…

—Bien, bien, bien ¿saben? Lo que ustedes podrán fotografiar aquí serán, a lo sumo, un par de inofensivos murciélagos, de los que abundan en esta casa pero… ¡vampiros… —el posadero sonrió malignamente— eso es otra cosa!

—¡Oh, qué pena! —mohineó ella.

—Si usted nos permitiera recorrer la casa, señor Thrope, tal vez encontraríamos algo interesante.

—Hagan como quieran, pero observo que no llevan cámaras fotográficas.

—¡Oh, sí! Vea. —Él extrajo del bolsillo interior de su abrigo una pequeña cámara fotográfica no mayor a un paquete de cigarrillos.

—Artefactos modernos —murmuró Thrope—. Bien, repito que pueden hacer como gusten, pero les advierto que las tablas del tercer piso están podridas y cualquier descuido…. Es mejor que no se aventuren por ahí. Buenas noches, señores.

Thrope salió, cerrando tras sí. Cuando los jóvenes quedaron solos….

—¿Qué idea tuviste de hablarle de vampiros?

—Quise divertirme un poco, querida. Si nos fijamos bien, este Thrope podría ser uno de los vampiros de “Mortise” —rió el joven—. ¿No te parece? ¿Has visto sus dientes? ¿Ese ojo que parece moverse como un basilismo?; ¿sus manos cadavéricas y potentes?

Ella, quitándose el abrigo, parecía no escuchar lo que su marido le decía. Abruptamente preguntó:

—¿Visitaremos el caserón?

—Sí, creo que aquí encontraremos lo que buscamos querida.

La muchacha se volvió a él y lo miró a los ojos:

—Sé lo que piensas —dijo—. Thrope despoja y asesina a los incautos que vienen a solicitar albergue, como nosotros.

—Sí. Se le conoce como el vampiro de Northrute, pero estoy seguro que es algo más que un vampiro.

—¿Le tenderemos una trampa?

El no respondió; ponía atención. Se llevó el índice a los labios y con la otra mano indico el cielo raso.

Un rugido de madera del piso superior llegó a ellos, apagado. Luego otro más débil y lejano, y por último cesaron cuando unos pesados pies parecían ir subiendo una escalera de madera.

—Hay actividad en el tercer piso querida. Ni siquiera han de esperar a que nos durmamos para atacarnos.

—¿Quién subirá y a qué?

—Thrope que va en busca de su hijo. Apaga la luz.

—Él ignora que nosotros sabemos que tiene mujer e hijo, querido —dijo ella mientras apagaba las velas.

Ni tampoco sabe otras cosas que le sorprenderán.

Mientras tanto, el gigantesco posadero llegaba a una pocilga del tercer piso. Ronquidos de amplia gama poligonal parecieron recibirlo. Thrope encendió una vela y lanzó un puntapié a un bulto enorme que dormía sobre un asqueroso jergón.

—¡Arriba, Tom! ¡Despierta, bestia maldita!

Los ronquidos cambiaron una vez más el tono y cesaron. En el lecho se alzó un

ser humano de aspecto mil veces más repugnante que el de Guy Thrope. La naturaleza se había ensañado con aquella criatura; como su padre le había privado del ojo derecho dejando en su lugar algo semejante a una llaga purulenta. La boca torcida descubría largos y desiguales dientes; la frente estrecha y casi totalmente cubierta de cerdosos cabellos, que nacían junto a las cejas, formando el todo un parecido brutal con los grandes simios. Los brazos eran extremadamente largos y terminaban en grandes manos, provistas solo de tres dedos cada una, estando atrofiados los otros dos (el meñique y el dedo anular de cada mano); a simple vista esas manos resultaban más potentes que la más fuerte de las tenazas. Su estatura sobrepasaba con mucho la de su padre; pese a que sus cortas piernas habían sido creadas retorcidas. Ese hombre debía medir dos metros por lo menos. Mientras Thrope lo despertaba, la bestia movía la cabeza de un lado a otro para despabilarse del todo.

—¡Arriba, Tom! —azuzaba su padre—. ¡Despierta, despierta! —Algunos gruñidos apagados respondieron al apremio del otro—. Abajo hay dos que parecen muy ricos, Tom. Ve abajo y chúpales la sangre luego los arrojas al pozo.

Mientras decía esto, Thrope reía quedamente, siendo coreado por un cloqueo espeluznante de Tom.

—¿Me has entendido? Los arrojas al pozo como hemos hecho con los otros que han llegado aquí. ¿Me has comprendido Tom?

El monstruo volvió a cloquear, mientras sacudía la cabeza afirmativamente.

—Ellos han preguntado por los vampiros de “Mortise”. ¡Ja, ja, ja! Los vampiros del cementerio, y más aún quieren fotografiarlos. Se burlan de la leyenda. Pero nosotros le haremos ver la realidad ¡Los vampiros de Northrute o de “Mortise”, como ellos quieran, existen, Tom! ¡Vamos, vamos! ¡Arriba! ¡Arriba! Mientras tú preparas todo, yo iré a avisar a tu madre.

Gruñidos y cloqueos respondieron a Thrope, mientras abandonaba la maloliente habitación. El posadero salió al pasillo, totalmente sumido en tinieblas; se encaminó a la desvencijada escalera procurando no hacer crujir las tablas del piso. Fue cuando llegaba al descanso para iniciar el descenso que, algo proveniente de su espalda, más negro que la misma oscuridad, pasó por sobre su cabeza, con un ominoso aleteo. Thrope lanzó un juramento.

—¡Malditos murciélagos! Jamás había sentido sobre mi cabeza uno tan grande.

Guy Thrope llegó abajo y cuando su pie más corto se apoyaba en el último escalón, un alarido de mujer, lleno de terror, angustia y muerte, sacudió la vieja casona. El posadero se detuvo asombrado; el grito había sonado en el cuarto donde descansaba la madre de Tom, es decir su propia esposa. Rápidamente y con más agilidad que la que pudiera suponérsele, dada su deficiencia física, Thrope entró en el cuarto; justamente cuando abría la puerta de la habitación en tinieblas, un ave negra, batiendo sus grandes alas membranosas, salía de la estancia, derribando casi a Thrope. La verdad es que el posadero creyó que era un ave, pero en realidad aquella cosa más se parecía a un murciélago enorme que a un ave. Thrope, tuvo que apoyarse en la pared para no caer; el corazón le palpitaba furiosamente. Cuando se rehízo de la impresión, buscó a tientas la vela que siempre había sobre un cajón que servía de velador en la alcoba. Ahí estaba; la encendió. Entonces lo que le vio le erizó el cabello de pavor al “Vampiro de Morterete”: sobre el lecho yacía una mujer robusta sucia y desgreñada.

La mitad de su cuerpo yacía caído fuera de la cama como una macabra peluca; el rostro, retorcido por el terror, tocaba casi el suelo; los ojos desorbitados y el rictus de los labios contraído en un segundo grito que no fue emitido. Thrope, sin poder creer lo que veía, se aproximó al lecho, levantando la vela entonces pudo ver dos puntos rojos en el cuello de la muerta, al parecer producidos recientemente, ya que aún dejaban escapar sendos hilillos de sangre que goteaban sobre el piso. La luz tembló en su mano….

—¡Ma…Maggie! —Musito incrédulo—. ¡Vampiros! ¡Vampiros de “Mortise”!

Como alma que lleva el diablo, Guy Thrope abandonó la habitación, dejando caer la vela. Cayendo y levantándose, corrió hacia la habitación de los huéspedes, mientras balbuceaban palabras incoherentes, producto de su miedo. Cuando estuvo ante la cerrada puerta, golpeó con frenesí, mientras exclamaba:

—¡Abran! ¡Abran! ¡Ha ocurrido una desgracia a mi esposa!

Dentro de la habitación ella dijo:

—Es el señor Thrope.

—El vampiro parece aterrorizado. Me pregunto, ¿formará parte esto, de su procedimiento para atraparnos?

La voz ahogada de Thrope y sus golpes en la puerta hicieron que él abriera, no

sin ciertas precauciones.

—Señor Thrope.

—Una desgracia, señor, una desgracia —gimió el tuerto.

—¿Qué ha sucedido? El rostro del joven parecía preocupado.

—Mi esposa ha sido atacada por… por los vampiros.

Ella se acercó a su marido, como buscando refugiarse.

—¿Vampiros? Yo pensaba que…

—Sí, sí, todo el mundo cree que los Thrope somos vampiros —interrumpió el posadero—.

Nos llaman vampiros y asesinos, pero ya ven, ¡ella… ha sido atacada y muerta!

—¿Quién puede decir que los Thrope son asesinos? —indagó él.

—¡Señor, le ruego que me acompañe! Venga conmigo, se lo suplico. Quizás haya tiempo para salvar a Maggie.

Los dos jóvenes se miraron.

—Tú te quedas aquí, querida. Cierra bien la puerta por dentro.

—Así lo hare. Descuida.

—Vamos, señor Thrope.

Poco después el joven y el posadero estaban frente al cadáver de Maggie. El periodista la examinó someramente y luego irguiéndose dijo con acento solemne:

—No hay nada que hacer, Thrope.

—¡Los vampiros le han robado la sangre! —berreó el gigante.

—Yo diría que Maggie no murió a causa de la sangre que le fue succionada,

Thrope; más bien murió por impresión que le causó algo horrible. Observe usted su mirada. Conserva aún la expresión horrorizada que…

—Ella debió haber visto lo que pasó por sobre mi cabeza, cuando yo entraba aquí —interrumpió Thrope—. También lo sentí en el pasadizo del tercer piso.

El joven quedose pensativo unos segundos, con la barbilla apoyada en la palma de la mano. Luego levantó la cabeza y lanzó su pregunta:

—¿Ha ido a ver si su hijo está bien?

El posadero abrió desmesuradamente el ojo y la boca.

—¿Qué quiere decir? —Balbuceo—. ¡Mi hijo! ¡Tom…!

—Sí, a él me refiero, señor Thrope. Creo que usted lo envió a preparar el pozo…

Los labios del posadero temblaron convulsivamente y dio un paso atrás como si en el periodista estuviese viendo a uno de los vampiros.

—¿Co…cómo lo…lo sabe? ¿Quién es usted? ¿Son malditos policías acaso que…?

Y como si aquello fuese el santo y seña del horror, un grito desgarrador, proveniente de lo profundo de la casa estremeció sus cimientos.

—¡Tooooommm!

Lanzando un ronco gemido. Thrope salió de la habitación seguido por el joven. Abrió violentamente una puerta oculta tras un raído y sucio cortinado y descendió los resbaladizos escalones de piedra. Su voz, dolorida, angustiada, seguía llamando a su hijo, pero sin obtener respuesta. Antes de llegar abajo, cayó dos veces en la oscuridad. Por último, llegó a lo que parecía una bodega de vinos. Una vela esparcía su macilenta luz en torno y en medio de la estancia, junto a una puerta-trampa abierta, yacía caído el monstruoso hijo de Thrope. Por segunda vez el posadero sintió que el valor lo abandonaba; como fascinado, pero temblando, se acercó al cadáver. Desde lo profundo de la osquedad que dejaba expedita la puerta-trampa llegaba un vaho terrorífico; un vaho a podredumbre y muerte. Thrope se arrodilló junto al cuerpo y entonces vio los puntos rojizos en el cuello sobre la yugular.

Lanzando una exclamación, Thrope se puso de pie. Justamente entonces sintió que la estancia se llenaba de aleteos, poderosos y agoreros. Giró rápidamente sobre sus talones y…

¡Los vio! Eran dos vampiros negros, enormes, que batiendo sus alas se abalanzaban sobre él, mirándole con sus ojillos de una manera odiosa. Los chatos hocicos se abrieron dejando ver agudos dientes, afilados como puñales, y una de las bestias aún tenía vestigios de sangre adherida a los pelos de la piel que circundaba la boca. Un alarido de terror se multiplicó por la reverberación de la habitación, yendo a morir en el fondo del pozo que había servido de sepulcro a tanta víctima inocente. Las poderosas alas de uno de ellos golpeó la vela que Thrope había dejado sobre el piso junto a Tom, apagándola. El otro, lo derribó con su peso; el gigante se debatía ahora angustiosamente bajo los dos mamíferos malolientes y peludos; pero era inútil, se dio cuenta de que terminaría por ser víctima de sus ansias de sangre. Vio a escasos centímetros de su rostro los cuatro ojos que lo miraban con salvaje alegría y entonces en ellos Thrope creyó reconocer las miradas de….

Chilló de dolor y miedo cuando un par de incisivos se clavaron en su garganta; luego otro par. Luchó, luchó con desesperación, pero las zarpas y alas de las bestias lo inmovilizaban. Sintió el sonido propio de la succión de la sangre, de su propia sangre, luego una especie de lasitud que lo iba sumiendo en un sueño indeseado. Sin embargo, Thrope se daba cuenta de que al dormirse ya no despertaría jamás en este mundo. Quiso gritar pidiendo auxilio; se revolvió levemente una vez más; su cuerpo se sacudió como el de un animal que ha sido apresado por una fiera de la selva y está muriendo. Y Thrope estaba muriendo. Por último, con un hondo suspiro quedó inerte, todo había concluido.

Faltando treinta minutos para que los rayos del sol sonrieran a la Tierra, él y ella, los huéspedes de Thrope, estaban en su cuarto. Los ojos les chispeaban de alegría, como si hubiesen pasado una excelente noche. Las mejillas sonrosadas y los labios muy rojos indicaban que la permanencia en la posada había sido reparadora. Afuera la tormenta ya cesaba. Ella se volvió a él con una

encantadora sonrisa:

—Había tanta sangre en el cuerpo regordete de la mujer, querido.

—Sí, sí —sonrió él—, pero debemos apresurarnos. Pronto saldrá el sol y su luz debe encontrarnos ya, en nuestros refugios de “Mortise”. ¡Vamos!

Los dos jóvenes extendieron sus brazos como en actitud de volar e hicieron un extraño movimiento, entonces dos vampiros emprendieron el vuelo a través de la abierta ventana, alejándose en dirección al pequeño cementerio de “La Mortaja”.

Los malditos se perdieron entre los raquíticos árboles, buscando el sepulcro que les daría reposo. Los vampiros descansarían hasta el crepúsculo.

El Espejo

Cuando los esposos Da Costa

llegaron al viejo caserón, el

horror despertó.

Luisa Silveira y Juan da Costa habían contraído enlace hacia treinta días. Partieron en viaje de luna de miel por el tiempo indicado y, a su regreso, se dirigieron al hogar que les correspondía. Era este una enorme casa en las fueras de Lisboa, donde la joven señora Da Costa había pasado su niñez. Cuando cumplió los once años, falleció su madre, y su padre decidió enviarla a un colegio en Coímbra. Luisa no había vuelto a la casona hasta ahora, a los veintiún años, convertida en esposa del ingeniero Juan da Costa.

En el ínterin la casa había estado al cuidado de una vieja ama de llaves de nombre Genoveva. Era una mujer alta, delgada, de ojos penetrantes y escrutadores: su rostro surcado de arrugas parecía una máscara impávida rematada en lo alto por un moño apretado. Genoveva había estado al servicio de los padres de Luisa por más de veinticinco años y por nada del mundo habría abandonado aquella casa, cuyo interior era tan adusto y severo como ella misma.

Una tarde la mujer recibió la visita de un hombre joven, de sonrisa fácil y ademanes afables. Cuando ella abrió la pesada hoja de roble tachonado, contempló aquel rostro que le sonreía, creyendo reconocerlo, pero sin poder precisar dónde lo había visto ni en qué circunstancia.

—Buenas tardes, señora. Usted es Genoveva, el ama de llaves, ¿verdad?

Ella lo escrutó con desconfianza.

—Usted, ¿quién es?

El joven sonrío divertido, mientras respondía:

—Hace bien en tratar con desconfianza a los desconocidos que golpean estas puertas.

—Lo siento, pero no acostumbro a recibir visitas.

—El tono de ella era glacial, con matices de contralto—. Dígame quién es y qué desea o márchese.

—Soy el abogado Moreira, albacea testamentario de su difunto señor Silveira.

El rostro de Genoveva pareció dulcificarse un tanto, pero esto solo era el efecto que le conferían los ojos, ya no tan duros.

—¡Ah! El abogado Moreira. Sí, sí. Usted debe ser hijo del señor Moreira que solía venir a esta casa. Por eso su rostro me era familiar. Tenga la bondad de pasar, señor abogado. Sírvase perdonar mi rudeza, pero es que…. —pareció titubear un tanto— no suelo recibir otras visitas que las que hace el reverendo James una vez al mes. Usted comprende ¿verdad?

Genoveva parecía inquieta ahora. Mientras cerraba la pesada puerta, miraba a Moreira.

—No ha sido vendida esta casa ¿verdad que no?

—Había gran ansiedad en la pregunta y la máscara, aunque no se dulcificó, había adquirido un tinte pálido.

—¡Oh, no, no! No se preocupe. Esta casa no se vende.

Mientras hablaba, Moreira echó una rápida mirada en derredor. Estaba en un vestíbulo amplio, lleno de polvo y telarañas. Más allá, a través de una arcada se veía el gran salón, en las mismas condiciones de aseo.

—Como usted no ignora, Genoveva, los señores Silveira tenían una hija llamada Luisa; pues bien, ella se ha casado con el señor Juan da Costa y ambos se instalarán aquí.

—¡Ah! ¡La pequeña Luisa ya es mujer!

—Ellos estarán en la casa dentro de una semana y es conveniente que tenga todo preparado para entonces. El día exacto de su arribo será el veintiocho.

Moreira traspuso la arcada y se detuvo en medio del salón. De las paredes colgaban panoplias, tapices y cuadros. Uno de ellos estaba cubierto por lo que había sido una cortina de felpa roja.

—¡Hum! Hay bastante que hacer aquí, Genoveva.

—Sí, señor, pero todo estará listo para cuando ellos lleguen.

—De todos modos, le enviaré un matrimonio que la ayudará. Usted no puede con toda esta casa.

Moreira quedose pensativo contemplando el cuadro de la felpa roja y luego volviéndose a Genoveva dijo, mientras se pellizcaba el labio inferior:

—Hay dos puntos que quisiera remarcar. Mi padre me ha recomendado que insista ante usted en la necesidad de no mencionar para nada a la joven señora Da Costa, la muerte de sus padres. Sobre eso, ni media palabra y aunque ella quisiese indagar, usted debe hacerse la desentendida. ¿Está claro?

—Sí, señor.

-Lo otro: ¡el desván...!

Genoveva pareció sobresaltarse al oír mencionar el desván. Miró intensamente al joven, mientras murmuraba:

—¡Oh, el desván!

El abogado se acercó lentamente a ella.

—No sé qué habrá querido decir mi padre con eso, pero me aseguró que usted comprendería. Cumplo pues en reiterarle el silencio más absoluto sobre esos dos puntos.

—He comprendido perfectamente.

—Me alegro. Entonces, hasta pronto.

—Hasta pronto, señor Moreira.

El joven abandonó la casa y Genoveva cerró tras él, echando los cerrojos. Luego se recostó en la puerta. Estaba pálida y nerviosa. Sus ojos se movían despavoridos. Como un susurro musitó:

—No debo hablar del desván. No debo hacerlo. ¡Oh, si el reverendo James estuviese aquí!

Una hermosa mañana de mayo, Luisa Silveira y Juan da Costa descendían del automóvil que los trajera hasta la casa, radiantes de felicidad. En ese momento Genoveva seguida de los dos criados corrían hacia ellos.

¡Oh Juan, qué feliz soy! En nuestra casa al fin. La muchacha de cabellos azabache, rostro oval y ojos oscuros enmarcado en un sombrero de paja italiana era realmente hermosa.

—Me gusta verte contenta, Luisa.

—¿Y cómo no estarlo? Esto es lo que siempre había soñado. ¡Mi casa y mi marido!

—Cuando los jóvenes se besaban, la discreta Genoveva se acercaba, tosiendo quedamente…

—¡Querida Genoveva! —exclamó la joven, corriendo a abrazarla y besándola en la frente—. Gracias, gracias por todo.

—Yo lo hago de todo corazón. Así como cuidé de usted cuando pequeña, también ahora he de hacer lo mismo.

—Los ojos de la anciana estaban húmedos. Da Costa sonrió afectuosamente, al tiempo que tomaba una de sus sarmentosas manos entre las suyas.

—Luisa me ha hablado mucho de usted, Genoveva.

—Gracias, señor. Pero, por favor, pasen, pasen. Los criados se ocuparán del equipaje.

En la vieja mansión ya no había telarañas ni polvo; sin embargo, en ella persistía aquel ambiente adusto que parecía serle inherente. Cuando los jóvenes estuvieron en el salón:

—Estas son las llaves, señora Luisa.

—Nada de eso, Genoveva, tú sigues siendo la que manda aquí.

—Gracias, mil gracias, señora. —Por primera vez Genoveva esbozó algo semejante a una sonrisa triste. Luego agregó—: Haré preparar el té inmediatamente. Con el permiso de los señores.

Los dos se quedaron mirando a la anciana alejarse hacia una de las puertas y desaparecer por ella.

—Buena mujer —dijo Da Costa.

—Ha sido una suerte poder tenerla con nosotros.

El joven se dejó caer en un sillón.

—¿Sabes, querida? Estoy rendido.

Ella sonrió encantadoramente, mientras se arrodillaba frente a él.

—Rendido o no, eres feliz, ¿no es así?

—Creo que otro más afortunado que yo no existe sobre la faz de la tierra.

—¡No seas exagerado!

La risa de la muchacha fue ahogada por los labios de él, al pararse en los suyos... Pasado el primer momento de ternura y amor, ella reclinó la cabeza en las rodillas de Da Costa, permaneciendo ambos en silencio por unos segundos.

—¿En qué piensas? —preguntó el joven.

—No pensaba; contemplaba a mi padre en aquel cuadro.

Da Costa miró. Recién entonces se dio cuenta de que había ahí un cuadro de tamaño natural que representaba a un caballero de unos cincuenta años, muy parecido a Luisa. Los ojos de la pintura parecían observar con un cierto aire de tristeza.

—Siempre deseé volver a casa de mis padres, aunque los recuerdos que ella alberga me son confusos y creo que dolorosos. —La joven señora se había puesto de pie, acercándose al cuadro—. Nunca supe por qué mi padre se suicidó.

Da Costa, tras ella, la tomó de los hombros:

—¡Vamos, vamos! ¿Para qué recordar lo que pertenece al pasado? Vivamos el presente y me prometerás que no volverás a pensar en esas cosas. ¿Prometido?

—Prometido. —Y un prolongado beso selló aquel pacto que no sería cumplido… al menos por Luisa Silveira.

La vida de los jóvenes esposos se deslizó feliz por cierto tiempo; pero una noche, alrededor de las once, Genoveva fue a desear las buenas noches a Da Costa, quien se encontraba junto a la chimenea leyendo un libro. El hombre levantó la mirada al sentir los pasos de la fámula.

—Si el señor no ordena otra cosa, me retiro a mi cuarto.

—Está bien, Genoveva, pero haga el favor de decir a la señora que baje.

—La señora debe estar ya en su alcoba, señor.

—No. Subió al desván…

El impasible rostro del ama de llaves pareció contraerse en una extraña mueca, mezcla de horror y perplejidad. Cuando despejó los labios, en su voz había un acento de temor.

—¿En…en el desván? ¿Por qué? ¿Para qué?

Da Costa miró con curiosidad a la mujer, luego indicó la pared donde el papel estaba descolorido.

—Luisa recordó que en esa pared había habido un gran espejo en otros tiempos. Haciendo memoria dijo que cuando pequeña, había oído decir que su padre lo había guardado en el desván y fue a buscarlo.

—¡Por Dios, señor! ¡La señora no debió haber hecho eso! Ella me pidió las llaves de toda la casa, pero jamás pensé iría al desván…

Genoveva estaba anonadada y se retorcía las manos nerviosamente.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué se pone usted así? —inquirió el joven, intrigado.

—¡Oh, perdóneme, señor! No es nada. Tal vez me estoy poniendo vieja y pienso en tonterías. Diré a la señora que baje.

Rápidamente Genoveva desapareció escaleras arriba, seguida de la mirada de Da Costa.

“¡Hum! Creo que sería bueno buscar otra ama de llaves. Se lo diré a Luisa”.

Genoveva subió hasta el desván. Se detuvo en el descanso superior y tomó un candelero que había sobre una cornisa. Con trémulos movimientos, encendió la vela; luego, y persignándose, se encaminó quedamente hacia la puerta del desván, ubicada al final de un corto pasillo, en cuyas paredes la luz del candelero parecía dibujar extrañas figuras fantasmagóricas. Genoveva se detuvo junto a la puerta baja y gruesa. Golpeó quedamente y esperó. No hubo respuesta desde dentro.

—¡Señora Luisa, señora Luisa!

Mientras llamaba, volvía a golpear. Se hizo un breve silencio, luego una voz extraña, gutural, lejana contestó:

—¿Qué quieres?

—E… el señor le ruega que… que baje. —Nuevamente el silencio, profundo, ominoso—. ¿Me ha oído, señora Luisa?

Pero no hubo respuesta.

—Ave María Purísima, sin pecado concebida… —y el ama de llaves corrió hacia

la escalera, descendiendo por ella rápidamente. Una vez en el descanso inferior, se detuvo a mirar hacia lo alto, pero Luisa no la seguía. Mordiéndose los labios, la anciana se encerró en su cuarto.

Diez minutos después, Da Costa levantaba la vista del libro al sentir un leve sonido proveniente de lo alto de la escalera.

—¿Eres tú, Luisa? —Silencio—. ¿Es usted, Genoveva? —Otra vez el silencio—. "¡Hum! alguna rata, sin duda".

Volvió a enfrascarse en la lectura, pero entonces, sin ruido, una figura comenzó a descender. El rostro pálido, las manos exangües y crispadas sobre el pasamanos de la escalera.

Los ojos desorbitados estaban fijos en Da Costa: aquella figura era la imagen del miedo en su grado máximo. Entonces Juan volvió a mirar:

—¡Luisa! Pero, querida ¿qué te sucede? —el joven corrió hacia ella justo a tiempo para recibirla en sus brazos.

Perplejo la depositó en el sofá.

—¡Luisa! ¡Luisa! —La joven abrió los ojos posándolos, despavorida, en los de su esposo.

—¡Juan! ¡Juan querido! ¡Por favor!

—Pero ¿qué te ha pasado? Estás temblorosa…

—¡Nada! ¡Nada! ¡No me obligues…! —La muchacha estaba agitada—. ¡Por Favor, no me obligues…!

—Pero tú estabas en el desván…

Escondiendo el rostro en el pecho de él, Luisa sollozó:

—¡No me obligues…!

—¡Por el amor de Dios! ¡Habla! ¿Qué te ha sucedido? Debo saberlo, Luisa… ¿Es algo tan terrible que ni siquiera puedes confiármelo a mí? —urgió Da Costa.

El rostro bañado en lágrimas se alzó.

—Es que ni yo misma puedo creerlo. Todo debe haber sido una pesadilla. No puede ser otra cosa. —Las manos de Luisa se aferraron a su esposo. En la mirada había una súplica aterrada—: ¡Dime que no puede ser lo… lo que vi!

—¿Lo que viste? Pero ¿qué viste en el desván?

Mas la joven se había desmayado. Da Costa corrió hacia el descanso de la escalera, llamando a Genoveva. Cuando esta, aún vestida bajó, preguntó:

—¿Qué ha sucedido, señor?

—Es lo que yo quisiera saber —fue la cáustica respuesta del joven—. Cuando Luisa bajó del desván, estaba pálida y temblorosa. Parecía muy asustada. ¿Usted entró ahí, Genoveva?

—¡No, no! Solamente golpeé y llamé. Como una voz me contestara, dije entonces que usted esperaba…

—¿Por qué dice “una voz”? —indagó él.

Genoveva parecía azorada ahora.

—Bueno, quise decir la voz de la señora, pero llegó hasta mí irreconocible. Seguramente estaría inclinada sobre algún baúl y eso motivó el cambio en la voz. —La mirada de la anciana rehuyó a la perpleja de Da Costa. Luego ella prosiguió—: ¿Cree conveniente llamar a un médico, señor?

—No, traiga sales aromáticas y una vela. Iré a ver qué hay en el desván.

—¡Señor…, n… no suba ahí! —Una nota aterrada hizo temblar la voz de Genoveva.

—Ella dijo haber visto algo que la asustó: necesito saber qué ha sido.

Genoveva suplicó:

—Pero puede esperar hasta mañana, señor…

—Haga lo que le he ordenado, Genoveva.

—Sí, sí, señor.

Al cabo de unos minutos, el ama de llaves regresaba trayendo un candelabro y las sales.

—Esto la hará volver en sí.

Efectivamente, poco después la joven señora se recuperaba, pero sin abrir los ojos.

—La dejo a su cuidado, Genoveva.

Llevándose el candelabro, Da Costa subió por la escalera seguida de la mirada aprensiva de la anciana. De dos zancadas, llegó hasta el pasillo del desván, deteniéndose ante la cerrada puerta. Asió el picaporte, pero la hoja no cedió. Volviéndose hacia el descanso de la escalera Da Costa llamó a Genoveva. La anciana respondió desde abajo…

—¿Usted cerró la puerta del desván? —pregunto él.

—No, no señor… —fue la respuesta insegura de Genoveva.

Da Costa quedose pensativo. Aquello era muy extraño. Una vez más volvió sus pasos hacia la puerta; probó abrirla, pero no pudo. Perplejo se dispuso a bajar, mientras que tal vez la hubiese cerrado Luisa, pero la joven señora no parecía en condiciones de cerrar puertas, ni tampoco al llegar abajo llevaba consigo el manojo de llaves. Cuando giraba sobre sus talones, sucedió… ESO.

Desde dentro había llegado hasta él un leve suspiro. Era muy tenue; sin embargo, había atravesado las gruesas paredes. El joven se detuvo expectante, conteniendo la respiración y aguzando los oídos: estaba seguro de haber oído aquello. Alzando el candelabro, pegó el oído a la madera. El más absoluto silencio parecía envolverlo, haciendo vacilar la luz de las velas. Apoyó la mano sobre el picaporte para intentar nuevamente abrir, pero no alcanzó a hacerlo girar: con un gemido escalofriante la hoja comenzó abrirse por sí sola. El joven retrocedió instintivamente, levantando la luz para alumbrar mejor y cuando la puerta terminaba de abrirse, dio un paso hacia la lobreguez interior. Un vaho maloliente le azotó el rostro, entonces… resonó ese alarido de horror, que estremeció la casona.

—¡Noooooo…! ¡No entres…! ¡No entres ahí!

Con las luces del candelabro oscilando en el umbral, Da Costa se estremeció:

—¡Luisa!

—¡No entres ahí, Juan! ¡Por Dios, no entres! —Cayéndose y levantándose, la joven trepaba el último tramo de la escalera. Da Costa, olvidando la puerta abierta, corrió hacia ella:

—¡Luisa, Luisa, amor mío!

Cuando se abrazaban, ella llorando convulsivamente y él con el corazón latiéndole apresuradamente, el chirrido de la puerta, semejante al gemir de un moribundo, resonó a sus espaldas y la puerta del desván se cerró, tan misteriosamente como se había abierto.

Alzando a su esposa en brazos, Da Costa descendió dejando tras sí el candelabro, cuyas velas se apagaban una a una como si un soplo maligno las ahogara.

Cuando llegó al segundo piso, Genoveva con el rosario entre las manos aguardaba, con los ojos muy abiertos y pálida como la muerte.

—Genoveva, ayúdame a acostar a la señora…

—Sí, señor…

El resto de la noche fue interminable para el joven. No se habían acostado sino que, bebiendo innúmeras tazas de café, se había quedado en el salón junto a la ahora apagada chimenea. Su cerebro parecía querer estallar; su mente se negaba a aceptar aquello de arriba. Sin embargo, él había sido testigo de cómo la puerta del desván se había abierto y cerrado sin su intervención. ¿Por qué? ¿Qué sucedía ahí? ¿Quién había dentro? Con estas preguntas sin respuestas, quedose dormido al fin.

Vino la mañana y la joven Luisa volvió a ser la bella mujer que alegraba la vida de Juan Da Costa. Sin embargo, en sus ojos oscuros había una expresión de perplejidad. Parecía preguntarse: “¿Había algo en el desván o solo lo soñé?”. Su marido, inteligentemente, no habló del tema y ya por la tarde todo parecía

olvidado.

Llegó la noche, y a eso de las nueve y media, el pasado aldabón resonaba lúgubremente en el interior. Juan, que estaba en el salón junto a la chimenea, leyendo los diarios que los criados trajeran por la mañana, puso atención. Oyó a Genoveva descorrer los cerrojos: dos minutos después la anciana, seguida de un hombre alto, muy delgado, de rostro de ave de rapiña, absolutamente calvo y vestido de negro, con alzacuello y una cruz en la solapa, penetraban en el salón. Da Costa se puso de pie, extrañado.

—Con el permiso del señor…., titubeó Genoveva.

—¿De qué se trata, Genoveva? ¿Quién es este clérigo?

El hombre saludó levemente con la cabeza, diciendo con voz profunda:

—Soy el reverendo James, señor Da Costa.

El joven sonrió al tiempo que extendía la mano hacia el visitante.

—Genoveva nos ha hablado de usted, reverendo. Sírvase tomar asiento.

—Gracias, señor Da Costa.

Genoveva pidió permiso para retirarse.

—No, no se marche, Genoveva —dijo el clérigo. Luego dirigiéndose a Da Costa, agregó: Quisiera que esta señora permaneciera aquí con nosotros, si usted no se opone.

—¡Reverendo…! El ama de llaves estaba intranquila.

—Está bien. Quédese, Genoveva —admitió Da Costa.

El sacerdote sonrió, mientras tomaba asiento.

—Gracias. Señor Da Costa, sé que mi visita le extrañará sobremanera, y no quiero ocultarle que he sido llamado por Genoveva… —Una temerosa exclamación brotó de los labios de la aludida—, pese a que ella me había pedido no mencionarla.

—¿Y a título de qué? —inquirió Da Costa, mientras miraba alternativamente a ambos.

—La vida de su esposa y la suya propia están en peligro y… ¡también vuestras almas!

El joven miró sin comprender a su interlocutor.

—¿Quiere repetir eso?

—Sus vidas están en peligro y también sus almas; mi deber es salvarlas, si es que aún estoy a tiempo.

—Habla usted enigmáticamente, reverendo. Sinceramente no entiendo.

El reverendo James se acomodó en el sillón y extrajo parsimoniosamente una pipa del bolsillo, la que llenó y encendió, lanzando de vez en cuando una mirada al joven.

—Voy a relatarles algo que ustedes ignoraban, me refiero a usted y a su esposa, no así a Genoveva. Sírvase escucharme con atención. —Hizo una pausa, dejando escapar bocanadas de aromático humo de tabaco inglés—. Hace unos doce años, más o menos, la madre de su esposa, a quien usted no conoció, adquirió un hermoso espejo a un amigo de la familia, un tal doctor Morgan, Tyss Morgan era su nombre, si mal no recuerdo. Lo conocí personalmente cuando vine una vez a esta casa, solicitando el óbolo de los Silveira para la nueva iglesia. De inmediato, me di cuenta de que Morgan era uno de aquellos hombres cuyas almas están muy alejadas de Dios; sin embargo, me di cuenta también de que había en él algo extraño: era un hombre atractivo, diabólicamente atractivo, si puedo decirlo, que gozaba de gran ascendiente entre el sexo débil, y… la señora Silveira no fue una excepción, ¡Qué Dios me perdone! Recuerdo que cuando estreché la mano del doctor Morgan, dicho sea de paso, jamás supe en qué era doctorado, me impresionó como si estrechara un trozo vivo de anguila. Era húmeda, algo gélida y casi inconsistente. Sus ojos, ocultos tras anteojos oscuros, parecían, no obstante, chispear tras los cristales. La eterna sonrisa que iluminaba su rostro cetrino dejaba ver hermosos dientes, que a mí me parecieron demasiado largos. Pues bien, la señora Silveira, cuyo nombre de pila era Luisa, como el de su esposa, señor Da Costa, estaba muy contenta esa tarde. Le pregunté el porqué de su estado de ánimo y ella me respondió:

“—Reverendo, el doctor Morgan me acaba de obsequiar el espejo más hermoso que jamás haya sido fabricado”.

“—Digno de una hermosa dama, mi querida Luisa, —respondió Morgan acentuando su sonrisa”.

“Acto seguido la señora me condujo hasta el espejo que estaba adosado a la pared, justamente bajo ese trozo descolorido que se ve ahí. —James apuntaba ahora con su pipa el sitio—. En verdad el espejo era una obra de arte. Medía un metro cincuenta de alto por un metro de ancho; la luna era perfecta y reflejaba la luz en toda su pureza, como si fuese un lago de plata reluciente. El marco no le iba en zaga en belleza, pero había algo en él que me llamó la atención. En las cuatro esquinas, el artesano que lo construyera había labrado en la madera sendas figuras monstruosas, demoníacas, que contrastaban con el todo, produciendo un efecto repelente y me pareció que el señor Silveira compartía mi opinión, cuando dijo que sería mejor suprimir esas figuras.

“Morgan rió diciendo que de hacerlo el espejo perdería gran parte de su belleza y valor material. Volvimos a la mesa y continuamos hablando de arte, música, literatura, religión, etc.…, temas en todos los cuales Morgan parecía ser un erudito, poniéndome a veces en serios aprietos. Al cabo de un par de horas, me excusé y saludando me marché de la casa. Mientras viajaba de regreso a Lisboa en mi viejo sulky, no podía dejar de pensar en Morgan. De pronto, creí haber visto escrito ese nombre en alguna parte. Tyss Morgan no es un nombre común, señor Da Costa, y yo estaba seguro de haberlo leído antes, relacionado con un extraño caso que no podía recordar.

“Cuando llegué a mi casa, ubicada junto a la vieja iglesia de Nuestra Señora, me dirigí derechamente a la biblioteca pública que mantengo de mi peculio y hojeé varios diarios de un lustro atrás. Así pasé una hora y ya perdía las esperanzas de encontrar una mención de Tyss Morgan, pensando que quizás lo había asociado con algún otro Morgan, cuando mis ojos encontraron la noticia escalofriante.

James hizo una pausa y extrajo una sobada cartera del bolsillo, de la cual sacó un papel amarillento.

—Traje el recorte conmigo, señor Da Costa. Permítame leérselo. “Extraño suceso en la Facultad de Medicina de la ciudad de Washington, Estados Unidos de Norteamérica. Un suceso que ha causado conmoción tuvo como escenario

dicha Facultad. En efecto, antenoche el conserje encontró que los cadáveres del depósito estaban fuera de sus nichos frigorizados, pero no era esto solo lo escalofriante, sino que los muertos parecían estar reunidos ahí, unos de pie, otros sentados, como personas que estuviesen escuchando atentamente palabras de algún orador. Llamado inmediatamente el director del plantel, concurrió acompañado por el doctor Tyss Morgan, quien se encontraba en casa del primero y fue Morgan quien aseguró que esos cadáveres habían salido por sí solos de sus nichos y que no se trataba, como aseguraban el conserje y el director, de una broma de estudiantes. El asunto no ha sido aclarado hasta el momento".

James guardó el recorte en la cartera, mientras lanzaba copiosas bocanadas de humo. Luego se quedó mirando a Da Costa.

—Prosiga —dijo este.

—Quedé meditando sobre el asunto, pensando en el porqué de las aclaraciones absurdas de Morgan respecto de los cadáveres. Decidí pues acudir al día siguiente a casa de los Silveira para preguntárselo.

—Así lo hice, pero el facultativo se había marchado la noche anterior.

"El espejo estaba ya colgado de la pared, en el sitio que quedó ahí marcado, y créame, señor Da Costa, el efecto era magnífico. El señor Silveira me preguntó para qué deseaba ver a Morgan, pero no quise aclararle el asunto; así que despidiéndome de los esposos, salí. En el jardincillo anterior, jugaba la pequeña Luisa, la que al verme corrió hacia mí. La subí al sulky y di un paseo con ella, regresando al cabo de media hora. Poco después, volvía a Lisboa.

"Pasó un mes; cierta tarde el señor Silveira llegó a mi casa. Apenas lo vi, supe que algo desagradable sucedía y no me equivoqué. El caballero se dejó caer en una de las sillas, secándose el sudor de la frente, pese a que estábamos en pleno invierno. Me miró largamente como si le costase encontrar las adecuadas palabras con que comenzar… Por último, me preguntó:

"—James, ¿qué piensa usted de la magia negra?

"—Yo di un brinco en mi asiento.

"—¿Qué quiere decir, Silveira?

“—Luisa se dedica a ella, James.

“Yo debí poner una cara muy extraña, pues Silveira se puso violentamente de pie, dirigiéndose hacia el ventanal y cruzando las manos tras la espalda.

“—No estoy loco, reverendo; si digo que mi mujer está dedicada a la magia negra es porque la he sorprendido en ello y… Genoveva también.

“—Lentamente, se volvió hacia mí. Sus ojos parecían lanzar chispas…

“—Es el espejo, James, el espejo de ese maldito Morgan.

“—Por favor, ¿quiere aclarar todo?

“—No hay nada que aclarar —estalló amoscado—. Dije que Luisa se dedica a la magia negra y quiero que usted haga algo para disuadirla de proseguir con esas prácticas, James. A mí no me hace el menor caso…

“—¿Qué cree que puedo hacer yo?

“—Usted tiene ascendiente espiritual sobre ella. Ejérzalo o no sé qué sucederá con nosotros. James no temo tanto por mí como por nuestra hijita.

“—Está bien; lo intentaré, Silveira.

“Para acortar mi relato, señor Da Costa, debo decir que la señora Silveira negó terminantemente lo asegurado por su marido. Siguió una borrascosa escena entre ambos y, por último, el señor Silveira decidió sepultar el espejo en el desván ese mismo día. Entre ambos lo retiramos de la pared y lo condujimos arriba, guardándose él la llave una vez que hubo cerrado. Pero cuando regresamos al salón, vimos que en la pared había quedado la marca del cuadro.

“—Eso es imposible —me dijo Silveira— hace apenas treinta días que fue puesto ahí.

“Era cierto, pero debíamos rendirnos a la evidencia: el papel de ese trozo de pared estaba tan descolorido como lo ve usted ahora.

“El hecho de haber sepultado el espejo de Morgan en el desván, pareció refrenar un tanto los impulsos de la señora Luisa, y así pasaron tres meses. Pero un día, el

señor Silveira tuvo que ausentarse de Lisboa. Serían las doce de la noche de ese mismo día cuando fui despertado por golpes dados en la puerta de mi casa. Me levanté y echándome sobre los hombros un abrigo, abrí la ventana para ver quién me necesitaba. En el umbral estaba Genoveva y parecía muy inquieta. Le pregunté: “¿Qué hace aquí a estas horas?”.

“—Por favor, reverendo, venga a casa de los señores; algo horrible ha sucedido. ¡Venga, por Dios!

“Genoveva había recorrido la distancia que separa mi casa de la de los Silveira a pie. Así pues, preparé el sulky y partimos a toda velocidad. Cuando entré en la sala, esta misma sala, vi el cuerpo de la señora tendido en tierra, presa de convulsiones…

Da Costa aventuró una pregunta:

—¿Epilepsia, tal vez?

—No, no era epilepsia, pero es mejor que Genoveva misma siga contando lo que sabe.

El clérigo volvió el rostro hacia el ama de llaves, mientras golpeaba la cazoleta de su pipa en la palma de la mano.

Genoveva se mordió los labios y dijo:

—Prometí al señor Moreira no decir una palabra sobre esto, reverendo.

—Es que el señor Da Costa debe saberlo todo, Genoveva. ¿No comprende?

—El que no comprende nada de esto soy yo, reverendo —intervino Da Costa. Luego dirigiéndose a la anciana, dijo: —¡Hable, Genoveva!

Ella titubeó, retorció las manos y cerró los ojos.

—Todo lo recuerdo como si fuera hoy, don Juan. El señor Silveira había salido temprano en la mañana, diciendo que no regresaría hasta el día siguiente. Me recomendó que no perdiera de vista a la señora Luisa ni un instante. Así lo hice y después de comer, la señora y yo nos fuimos a acostar. Recuerdo que era una noche desapacible y amenazadora. Yo me encerré en mi cuarto y me dediqué a

algunos menesteres personales, que solo puedo realizar cuando he terminado el servicio de la casa. Creo que estaba cosiendo algunos botones, cuando un ruido proveniente de arriba me llamó la atención. Como ustedes saben, mi cuarto queda exactamente bajo el desván. El ruido indefinible no volvió a repetirse y yo volví a mi labor. Entonces el reloj del comedor dio las diez de la noche. Al sentirme cansada, decidí meterme en la cama: fue entonces que volví a oír aquello. Ahora no podía equivocarme; aquel sonido era el de la puerta del desván al abrirse. Presa de gran inquietud, decidí averiguar qué sucedía y primero me dirigí al dormitorio de la señora; no estaba en él. Me premuní de un candelero y subí al desván…

—Una pregunta, Genoveva —apuntó Da Costa— ¿mi suegra tenía llave del desván?

—No, señor, ella descerrajó el candado, pues cuando yo llegué arriba, lo vi roto y envuelto aún en una toalla, a fin de, creo yo, amortiguar el chasquido que produciría.

—Sin duda. Prosiga.

—La puerta estaba entreabierta y desde dentro brotaba una luminosidad extraña, que infundía pavor por lo sobrenatural. Aquello no era luz eléctrica o de velas. Era algo… No sé... No sabría describirlo. Temblando de miedo, empujé la hoja y miré. ¡Dios mío! Vi a la señora Luisa frente al espejo, dando la espalda a la puerta: tenía las manos engarfiadas en su cabellera y reía histéricamente, al tiempo que balbuceaba palabras que no entendí. Yo miré despavorida el espejo y me di cuenta de que la luminosidad provenía de él, pues no había otra luz en la habitación. Debí lanzar una exclamación, ya que la señora Luisa giró sobre sus talones y lanzando un alarido incatalogable, se desplomó sin sentido, al tiempo que la pulida superficie del espejo parecía ensombrecerse por los contornos de una silueta. Entonces pensé que sería la sombra del cuerpo de la señora al caer. Como pude, la arrastré fuera del desván, sintiendo sobre mí algo que parecía agobiarme; sentí presencias horrendas en el desván que… que aguardaban.

—¿Aguardaban? ¿Qué cosa, Genoveva? —Da Costa parecía muy interesado por el relato ahora.

—No sé, no sabría decirlo.

—Yo sí puedo decirlo —terció James—. Esas presencias aguardaban que

Genoveva mirara el espejo para… ¡para atraparla!

—¿De qué está hablando, reverendo? —El joven tenía el ceño fruncido y miraba a ambos como quien está siendo objeto de alguna broma. Pero James en lugar de responder la pregunta, se dirigió a Genoveva: —Porque usted no miró el espejo después de que la señora se desmayó, ¿verdad?

—No, no, reverendo. En ningún momento.

La pipa del clérigo la apuntó.

—¿Por qué?

—Bueno… porque… no sé. No quise mirar.

—Y eso la salvó, Genoveva. Pero prosiga, por favor…

—Como pude, saqué a la señora de ahí y la bajé hasta su alcoba, acostándola. En seguida, me apoderé de un crucifijo que yo sabía que estaba guardado en el ropero, pues la señora lo había quitado de la cabecera de su cama poco después de la llegada del espejo a la casa. Premunida de él, regrese al desván y… haciendo acopio de valor, lo cerré con otro candado, sellándolo. Entonces corrí a casa del reverendo James.

—En efecto, y como ya dije cuando entramos en esta sala, la señora Silveira se revolcaba en el piso presa de convulsiones.

James se había puesto de pie y se encaminó hacia la pared donde había estado el espejo, deteniéndose bajo el rectángulo de papel descolorido.

—Ella estaba exactamente aquí, señor Da Costa. La examiné rápidamente, evitando ser alcanzado por las uñas cuando sus brazos se agitaban y me di cuenta de que la pobre señora era víctima de un acceso de furia.

—¿Furia? —Da Costa estaba perplejo…

—¡Exacto! Furia. Presumo que cuando volvió en sí, subió al desván para volver a entrar, pero esta vez no pudo descerrajar el candado, pues Genoveva había sido precavida. Dejó insertado en la argolla, el crucifijo.

El joven se puso de pie lentamente, mirando de hito en hito al sacerdote.

—Me hago cargo de su incredulidad, señor Da Costa. Estas son cosas difíciles de creer, pero que suceden…

—Eso es demonismo, James.

—¡Exacto! Este era el caso y Genoveva lo sabía, como también lo sabíamos el señor Silveira y yo.

—¿Cómo lo sabían? —inquirió el joven.

—Descubrí quién era Tyss Morgan en realidad. Ese nombre no es más que un anagrama de un siniestro personaje conocido en el mundo de las ciencias negras como Doctor Mortis. Una usted las letras M O R de Morgan y T Y S S del nombre de pila y obtendrá: MORTYSS. No cabía duda, pues, de que el extraño amigo de los Silveira era el doctor Mortis, quien recorre el mundo en busca de prosélitos a fin de llevar adelante sus nefandos planes criminales. La señora Silveira cayó en sus redes y el espejo fue el conducto.

Da Costa se puso de pie, abrió una licorera y extrajo dos vasos y una botella de jerez; lo llenó ofreciendo uno a James.

—Pero ¿qué hacía mi suegra frente al espejo?

—¡Es posible que ese espejo sea el umbral del infierno!...

—El infierno no existe, reverendo…

—No existe como un lugar cubierto de fuego, donde los pecadores han de purgar sus culpas. Pero ¿por qué el infierno debe ser ese horno y no OTRA COSA?

Da Costa que se llevaba el vaso a los labios no terminó la acción y se quedó mirando al clérigo sin comprender. Genoveva, por su parte, se persignó tres veces, mientras musitaba una jaculatoria.

—¿Usted, un sacerdote católico, dice eso?

James sonrió, mientras alzaba la copa.

—¡Salud, señor Da Costa! —Mientras bebían, los ojos del clérigo estaban fijos en los del joven. Cuando hubo bebido, depositó la copa sobre la mesa y si Da Costa creía recibir una respuesta a su pregunta, se equivocaba; James se repantigó en el sillón y juntando la punta de los dedos de ambas manos frente a sus ojos prosiguió—: Al día siguiente llegaba el señor Silveira y Genoveva lo puso al corriente de lo sucedido. El infortunado caballero corrió a la alcoba de su esposa, quien yacía en un sopor jadeante. Cuando regresaba al salón, la pequeña Luisa lo esperaba llena de felicidad; la pobre criatura nada sabía de lo que estaba sucediendo a su madre. Una vez que el señor Silveira hubo compartido unos minutos con su hija, esta se marchó al colegio en el ómnibus del establecimiento, que habitualmente la recogía.

"—A las preguntas de Silveira, Genoveva lo tranquilizó asegurándole que había sellado el desván con el crucifijo y que la señora no podría volver a entrar en él.

—¿Significa eso que mi suegra no podría quitar el crucifijo de la cerradura cuando quisiera? —preguntó el joven.

—¿Quiere responder usted, Genoveva? —invitó James.

La anciana necesitó unos segundos, luego con su hilo de voz dijo:

—¡No…! La proximidad de cualquier signo sagrado era repelente para mi pobre señora Luisa. Por eso en la casa no había ninguno en lugar visible, don Juan.

—Pero ¿por qué el señor Silveira no destruyó el espejo?

—Temía perder el amor de su esposa —respondió el clérigo—. Cierta vez él la había amenazado con hacerlo si ella no terminaba con sus prácticas, pero la señora le hizo jurar que jamás lo intentaría so pena de hacerla desdichada el resto de sus días.

El narrador respiró profundamente y volvió a llenar su pipa.

Dejé de ver a los Silveira por dos meses, debido a que tuve que ausentarme de Lisboa; tres días después de mi regreso, fue el propio Silveira quien vino a verme. Estaba pálido, ojeroso, desencajado: parecía víctima de una depresión nerviosa. Le di de beber un cordial y cuando estuvo algo más tranquilo me dijo:

"—Recurro a usted, reverendo, porque ya no soporto más. Mi esposa ha sido

presa de…

¡del demonio! Estoy seguro de ello. ¡Qué Dios tenga piedad de nosotros! Ella ya está pérdida, James, pero mi pobre hija, mi pequeña hija no debe ser testigo de tan repugnantes manifestaciones satánicas. ¡Ese espejo! ¡Ese espejo, reverendo! Le ruego, le suplico que me acompañe a casa inmediatamente. Tal vez haya una probabilidad de salvar a mi esposa.

"—Señor Silveira, yo tenía entendido que el espejo estaba a buen recaudo; que Genoveva lo había sellado, como yo mismo pude comprobar".

"—En efecto, James, ella lo selló, pero LA BESTIA, y al decir "LA BESTIA" subrayó la frase, recurrió a nuestra pequeña hija para abrir la puerta y sin que nosotros lo supiéramos, Luisa se entregó de nuevo a esos ritos malditos. Solo anoche logré percatarme de ello, cuando junto a mi lecho estaba…, estaba esa cosa.

"—¿A qué cosa se refiere? —inquirí.

"—Quizá haya sido mi Luisa, pero de toda ella emanaba algo maligno, siniestro, brutal. ¡No! ¡No! ¡No era ella, no podía serlo! Estaba ahí de pie, bañada por la luz de la luna, mirándome con ojos aterradores; sus manos parecían zarpas de un ave de rapiña pronta a descargarse sobre mí. Petrificado de asombro, no atiné a hacer ni decir nada; vi cómo sus labios sucios de espumarajos se entreabrían, dejando al descubierto dientes asquerosos y enormes; el cabello desgreñado caía hasta el pecho, como un puñado de serpientes… Entonces, lanzando un ronco sonido, que más parecía el alarido de un animal hambriento, se abalanzó sobre mí. Fétido era el aliento que envolvió; sentí los dientes agudos buscar mi garganta; intenté luchar, pero me di cuenta de que era tarde. Aquellas mandíbulas poderosas se cerraban en mi carne y… fue entonces cuando oí la voz de Genoveva que exclamaba: "¡En el nombre de Dios, atrás, atrás…!". Antes de desmayarme, pude vislumbrar a mi buena Genoveva en el umbral, con un crucifijo en alto. Oí un chillido espantoso y me sumí en la inconsciencia.

James se secó el sudor de la frente y miró a Genoveva que enjugaba una lágrima.

—Poco después Silveira y yo estábamos aquí. Efectivamente, la señora Luisa estaba a punto de entregar su alma… —el hombre bajó la voz y susurró—. Ignoro a quién, no a Dios seguramente.

—Usted blasfema, James —reconvino Da Costa.

—Escuche y comprenderá. Luisa yacía en el suelo de su alcoba, que era también la de su esposo; su rostro era una máscara horrenda y los ojos desorbitados giraban lanzando destellos. Manos como garras se crispaban, no sé si de dolor o impotencia y todo a su alrededor estaba circundado de cruces que Genoveva había colocado ahí a manera de cerco. Le pregunté a Genoveva por qué lo había hecho y me respondió que era lo mejor. Dadas las circunstancias, la posesa podría cometer cualquier desmán. Me incliné sobre ella, pero me rechazó con un fiero ademán de repugnancia, al tiempo que lanzaba alaridos atroces, que si bien brotaban de sus labios, parecían emitidos por una garganta monstruosa. Rugió palabras obscenas que no entendí del todo. Me incliné más para poder tomar su confesión, pero solo capté estas palabras: “el espejo...”, “el espejo”. Segundos después, entre atroces convulsiones, dejaba de existir. Pasado el primer momento de consternación y dolor, Silveira y yo depositamos el cadáver sobre el lecho. Entonces nos dimos cuenta de que recobraba toda su belleza totalmente humana. La tragedia había concluido… para la señora Silveira.

Se hizo un silencio. Luego Da Costa preguntó:

—Pero ¿qué era mientras tanto de mi Luisa?

—Felizmente, nunca se enteró de lo acontecido, ya que Genoveva se ocupó de que no sucediera. Algunos días más tarde, su padre la envió a Coímbra.

James se sirvió a sí mismo una copa de jerez, que bebió de un trago.

—Reverendo, ¿no intentó usted desentrañar el misterio del espejo?

—Sí. Dos meses después del fallecimiento de Luisa pedí autorización a Silveira y, solo, subí al desván, premunido de un candelabro y mi Biblia. Entré, me detuve frente al espejo por espacio de unos diez minutos quizá: no hubo manifestación de ninguna especie. Era un simple espejo como cualquier otro. Volví a la sala y dije a Silveira que, pese a que no había visto nada anormal en el espejo, presentía que aquello poseía un don infernal, que debido a mi investidura y a mi pectoral, ese don no se manifestaba. El señor Silveira me miró largamente sin decir palabra: una semana más tarde, se suicidaba.

—¡Hum! Es una interesante historia, reverendo.

—He narrado los hechos tal como los presencié o me fueran relatados por Genoveva y el señor Silveira. Desgraciadamente, no actué con presteza para poder salvar la vida y el alma de la señora Silveira…, pero no es demasiado tarde para salvar las de ustedes.

Da Costa frunció el ceño:

—Hable claro, James.

—¿Dónde está su esposa, ahora?

—¿Piensa contarle todo?

—De ninguna manera, pero la atracción del espejo de Mortis o Morgan, como queramos llamarlo, es tal, que quien se haya contemplado en él una sola vez debe volver irremisiblemente a su luz y… ¡su esposa se ha contemplado en él más de una vez, hijo mío!

Por lo demás, según me ha explicado Genoveva, ha visto algo en el desván que la desasosegó.

—Mi esposa se encuentra en su alcoba, descansando.

—Mucho me agradaría saludarla…

Da Costa miró por unos instantes los acerados ojos del clérigo y poniéndose de pie, dijo:

—Iré a comunicarle que usted está aquí. Tendrá mucho gusto en recibirlo, si aún está despierta.

—Cuando ascendía por la escalinata se detuvo, volviéndose hacia Genoveva: —Prepare café para todos, por favor.

—Sí, sí, don Juan.

El joven golpeó quedamente en la puerta del dormitorio de Luisa y esperó, pero no obtuvo respuesta. Pensando que dormía, abrió sigilosamente. Dentro estaba encendida la lamparita del velador y en el lecho… no había nadie. Algo inquieto, Da Costa revisó las otras tres habitaciones del piso, pero con resultados

negativos. Llamó dos veces en voz alta inútilmente. Bastante inquieto, volvió al salón…

—¿Qué sucede, hijo mío?

—Ella no está ni en su cuarto ni en ningún otro.

—¡El desván! ¡Vamos! Cualquiera demora puede ser fatal.

Cogieron sendos candelabros y Da Costa, más ágil que el otro, llegó al pasadizo del desván cuando James aún no ponía los pies en el descanso del segundo piso. El joven recorrió el pasillo de dos zancadas y se detuvo frente a la puerta baja y maciza: el candado aparecía abierto. Una fría garra le atenazó el corazón; apoyó la mano para abrir y entonces oyó aquello proveniente del interior. El cabello se le erizó de pavor; eran voces malditas, extrañas, siniestras que parecían salmodiar frases malignas y… la puerta comenzó a abrirse lentamente, como si alguien le estuviese franqueando la entrada. Instintivamente, Da Costa retrocedió un paso: la hoja quedó abierta de par en par. Un vaho maloliente, pútrido, lo envolvió y a la luz mortecina que brotaba del espejo mismo, vio a un ser simiesco, deforme, de cuyos hombros pendían pingajos de ropas de mujer en las que pudo reconocer la camisa de dormir de su esposa. La bestia estaba de pie ante el espejo, contorsionándose y a su alrededor parecían danzar sombras incatalogables, pero nada se reflejaba en la superficie del espejo.

—¡Lui… sa! —balbuceó el joven.

Sintió un irresistible deseo de penetrar en el desván, y esta sensación se hizo imperiosa cuando la bestia que se contorsionaba riendo giró la horrible cabeza para mirarlo. Da Costa se detuvo en el umbral; las garras de aquella cosa se estiraron hacia él…

—¡Luisa!, ¡Luisa!

Los ojos fosforescentes de aquello que el joven llamaba Luisa, parecían lanzar destellos malignos; una orden llegó hasta el cerebro de Da Costa y lanzando un gemido, se arrojó entre aquellos brazos que lo aprisionaron al instante. Dos garras se hincaron en su cuello; dientes de fiera buscaban la yugular; pero Da Costa era incapaz de defenderse. Cuando sentía que iba a morir, una voz apagó los sonidos malignos:

—¡Satanás! ¡Vade retro!

Se oyó el estruendo de vidrios rotos. La siniestra luna del espejo fue hecha mil pedazos al recibir el impacto de la Biblia que James arrojara desde el umbral; su luz se apagó. Un alarido infernal de la bestia que agobiaba a Da Costa sacudió el desván; las garras aflojaron la presión en el cuello y algo maldito, dando un portentoso salto, se perdió chillando en el negro abismo que era el marco del espejo. Afuera reventó un trueno.

Cuando el reverendo James con mano trémula encendió una vela, vio en el suelo a Juan da Costa sin sentido y a su lado el cadáver de Luisa, cubierto apenas por lo que había sido una camisa de dormir.

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! —murmuró el clérigo…

—¡Amén! —fue la temblorosa respuesta de Genoveva a sus espaldas—. ¡Pobre señora Luisa, pobrecita! —y la mujer lloró amargamente sobre el cuerpo sin vida.

Hoy en la casa de Da Costa todo es silencio. Juan sube de vez en cuando al desván y contempla el marco sin luna; sus dedos temblorosos recorren las molduras, mientras llama quedamente a su esposa. La mano penetra en el marco, donde hay un vacío profundo, negro y sin fin. Da Costa siente deseos de transponer ese umbral… ¡Lejos se oye el tañer de la campana de una iglesia tocando a muerto!

El niño

Elena Aldunate

Si se piensa en el miedo durante la vida adulta, se debe, en la mayoría de los casos, desvincular de lo sobrenatural, y dar una respuesta dentro de las posibilidades que el mundo real ofrece. Sin embargo, no es tan fácil. De alguna u otra manera, el ser humano necesita, en muchas ocasiones, nutrirse de lo desconocido y lo misterioso. En este sentido, es interesante rescatar lo que el académico de la Universidad Autónoma de Barcelona, David Roas, tiene que decir al respecto. Él hace una distinción entre dos tipos de miedos: el metafísico y el físico[1]. El primero, tiene relación con la turbación a lo que se desconoce, frente a lo que es imposible; mientras que el segundo, tiene que ver con aquello que amenaza físicamente a una persona. El miedo físico, en ese sentido, está ligado a un contexto social, al espacio donde el ser humano se desenvuelve y, en especial, a aquello que lo desvincula de su propia naturaleza primitiva. Es así, como este cuento cobra especial relevancia desde lo fantástico, al trabajar con ambas categorías.

Desde la óptica del terror físico, “El niño” (1973) es una historia que está conducida, en primera instancia, por miedos sociales. Por una parte, el temor a la condena. Esto ocurre por varios motivos: por el descubrimiento de la aventura y del goce femenino; por la mentira que puede dejar a la mujer en la vulnerabilidad; por perder la reputación al no dar con un diagnóstico médico; por no poder educar correctamente a un hijo y enfrentarse a los reproches familiares; por no tener suficiente educación; por haber contraído matrimonio con una persona de condición social diferente. La señora Gutiérrez, en este sentido, es un personaje movilizado por un miedo físico, al enfrentarse a un ambiente que constantemente la amenaza: no teme porque su hijo esté enfermo —porque su naturaleza de madre se lo dicte— sino porque está expuesta a un entorno social hostil, inseguro, crítico y de un precario equilibrio. En este sentido, se manifiesta en ella la desvinculación maternal.

Respecto de este último aspecto, no se puede dejar pasar por alto la idea de que la desvinculación maternal llega a tal punto, que se le resta importancia a la identidad del niño. En primer lugar, por la mención del hijo bajo el sustantivo común niño. Sin embargo, esto no tendría ninguna relevancia (dado que en el contexto latinoamericano es habitual referirse a los hijos de esta manera), si no fuera porque la idea se ve reforzada por el cambio de nombre que, extrañamente, experimenta el menor en la historia. En un comienzo, se refieren a él como "Luchito" (apodo de Luis), mientras que hacia el final, hablan abiertamente de "Julio". En este sentido, la madre no se involucra con la construcción de la identidad individual de su propio hijo, sino por el contrario, se da a entender que se trata de una especie de entidad que atenta contra la débil estabilidad que la Sra. Gutiérrez posee.

En algún momento, se podría vincular este cuento con un pasaje de la vida de la propia autora. Tal como relata el profesor David Montecino Vieira[2], Elena Aldunate (Santiago, 1925-2005) contrajo su primer matrimonio por presiones familiares. Esta relación termina de mala manera, cuando el marido se enamora de la institutriz de sus dos hijos y abandona a su mujer. Para poder llevar a cabo este plan, el esposo la interna en un hospital psiquiátrico, así puede tener tranquilidad y libertad para tramitar la tuición de sus hijos. Finalmente, el padre de la escritora, el escritor Arturo Aldunate Phillips (Premio Nacional de Literatura, 1976), interviene y la rescata de esta situación. Análoga situación vive el personaje de la señora Gutiérrez, al verse en un escenario en el que no tiene el control de su hijo y se siente desprotegida, incluso en su propio hogar.

Por último, se puede observar el relato desde la óptica del suspenso. La construcción narrativa está en constante tensión, con la habilidad de la escritora de ir rápidamente destapando aquellos puntos de interés que ha sembrado. En este sentido, no existe un solo gran misterio que resolver, sino una serie de pequeños secretos que se van revelando a medida que la historia avanza, para así, en el último párrafo de la historia, enfrentarse al grand finale de índole fantástica, ligado a un miedo, como diría el profesor Roas, metafísico.

---

1 Roas, David: Tras los límites de lo real. Madrid: Ed. Páginas de Espuma, 2011.

2 Cortés, Macarena; Jaque, Javiera. Cuentos de Elena Aldunate: La dama de la ciencia ficción. Santiago: Ed. Cuarto Propio, 2011.

El niño

SÍ, INDUDABLEMENTE EL NIÑO HABÍA COMENZADO a ser un serio problema para la Sra. Gutiérrez, que —madre no más al fin y al cabo, buena y aburrida como un plato de galletas caseras —de tanta preocupación y perplejidad, estaba al borde de histeria.

Sentad allí, frente al escritorio del Dr. Jonnson, con el pelo recogido en un moño bajo, los oscuros ojos redondos, gordita y limpia, muerde la punta de sus guantes blancos en vano intento por serenarse mientras con vocecita tímida y clara le cuenta al psiquiatra detalles de su drama.

—Eso es lo más raro de todo, doctor, un niño tan sano de aspecto, jamás se me ha enfermado, porque esas fiebres que casi matan del susto cuando guagüita, el Dr. Flores, Ud. sabe, el mejor médico de niños, por los demás, como le dije, ni un resfrío…. Si Ud. lo viera, parece un ángel tan rubiecito, un niño precioso, todos me lo dicen. Pero es malo, doctor, tan chico y tan malo. Le aseguro que lo hace nada más que por molestarme, por volverme loca a mí, su madre, que lo ha sacrificado todo por él; se diría que sabe…

Aquí la Sra. Gutiérrez comienza a hacer pucheros que a los quince años debieron ser encantadores, pero hoy en esos labios oscuros y gruesos, dan entre risa y vergüenza ajena. A pesar de ello, el Dr. Jonnson la mira intenso y comprensivo a través de sus lentes metálicos.

—Tengo entendido, Sra. Gutiérrez, por lo que Ud. me ha contado, que su marido es agricultor, que tienen ustedes un fundo cerca de Rancagua, una zona espléndida, que le va muy bien. ¿No es así? Que él era viudo y con los hijos grandes que no viven con ustedes, que son muy buenos y la quieren, aceptándola desde el primer día, según sus propias palabras; que se casaron con Don José habiendo Ud. antes de este matrimonio trabajando de…. este, modista por varios años en su casa. ¿No es así? Bien, entonces explíqueme, señora, cuál es ese gran sacrificio, a no ser que me oculte algo… Malos tratos, intimidades molestas, en fin, algo de ese tipo. No tema contármelo, Ud. sabe que nosotros los médicos, como los sacerdotes, estamos bajo juramento y nada sale de entre estas paredes.

Estoy para ayudarla, señora, no para juzgarla. En nuestra profesión estamos acostumbrados a oír y ver toda clase de anomalías en los seres humanos. Tranquilícese y cuénteme de ese sacrificio….

Los sollozos de la Sra. aumentan en un fino pañuelito de encajes, desde una abultada cartera de charol, viene en su ayuda.

—¡Ay! Doctor, con razón me dijo mi hijastra que Ud. podía adivinarle a una todo…. Es tan buena conmigo. ¿Sabe? Somos casi de la misma edad, jugábamos juntas cuando chicas, la señora, su madre, que en paz descanse, me quería pobrecita. La hija es tan inteligente. Se recibió junto con Ud. en la universidad, ¿verdad? Son todos tan buenos que me da no sé qué, doctor. Si llegaran a saber que lo que he hecho, creo no me lo perdonarían. Pero lo hice por él, por mi Luchito, para que tuviera un hogar, un padre que respete….

Y aquí el llanto remece a la pobre mujer con profundo y desgarradores estallidos.

—Cálmese, por favor, señora, tiene que decírmelo todo, es muy importante para que yo pueda comprender y tratar el caso de su hijo. Los niños a veces tienen extrañas reacciones si ven que su madre sufre; ahora presiento que hay algo muy especial que Ud. aún no me ha revelado.

Ya más tranquila, la Sra. Gutiérrez enfrenta al doctor con una húmeda y culpable mirada mientras retuerce entre sus manos sin guantes el pañuelo empapado.

—Sí doctor, sí es verdad. Pero esto se lo juro por mi madre, que me caiga yo muerta ahora si miento… Esto no se lo he contado a nadie, a nadie nunca; hasta he llegado a olvidarlo yo misma; a creer que todo fue un sueño, un hermoso sueño. Bueno, Luchito, mi Luchito, no es hijo de Don Pepe, bueno, de mi marido. Yo, esto pasó hace unos cuatro años en un verano en mi pueblo de Codegua, donde nací. Aunque Ud. lo crea difícil era una chiquilla de campo, yo era virgen. Aquí las mejillas gordinflonas se tiñen de un rosa intenso, los grandes ojos bovinos se entornan: Él era afuerino, un gringo alto y buen mozo que venía de Santiago a vender algo así como calentadores de sol, o qué sé yo. Tan buenmozo el gringo, rubio, tostado, con unos ojos calor miel, cariñosos y soñadores que, bueno, la mareaba a una. Iguales a los de mi niño. Yo no había tenido nunca un novio, puras molestias y proposiciones malas, doctor. Con él fue otra cosa, otro trato. Me fue envolviendo no sé cómo, con sus palabras y esos ojos que parecían calentarme por dentro, con esas manos tibias y esa piel

quemada… Él era un calentador solar entero, doctor. Nada que ver con, bueno, con mi matrimonio y eso… Fueron tres días maravillosos, tres días que no podré borrar nunca. Para soportarlo me he hecho a la idea que lo soñé, y a no ser por el niño… Pero su hijo es diferente, su hijo me odia. Él era un pozo de amor. Sí, eso, un pozo de amor para mí. Ni siquiera trató de engañarme, me dijo que sólo se quedaría tres días y yo me entregué a él porque no pude decirle que no. Lo habría seguido hasta el fin del mundo si me lo hubiera pedido. Ninguna ha conocido hombre como él, lo sé por las conversaciones con otras amigas, ninguna. Callado sí, pero tierno comprensivo; si no hacía falta de hablarnos para que me entendieran todo lo que pensaba, lo que quería a lo que me molestaba. Tan delicado, tan hombre, doctor… Pero se fue y me dejó huérfano, viuda, muerta, todo junto. Ni siquiera sé cómo se llamaba. Un mes después me di cuenta que estaba embarazada y fui completamente feliz. Me parecía que él había vuelto, que no estaría más sola y aquí, aquí, doctor (la Sra. Gutiérrez se oprime con las dos manos el vientre recóndito que la pollera clara de Dacrón hace más visible), aquí sentí su calor, lo sentí durante los nuevos meses. Ud. comprende, yo sabía que el gringo no iba a volver, que no había nadie en el pueblo que valiera la pena echarle el ojo, como se dice, y pensando y pensando en las noches en mi desesperación, me acordé de Don Pedro, que me había hecho unas proposiciones no muy honestas desde chiquilla, ya que era sólo la costurera de la casa, la hija de la Lolo, mama de sus hijas. Creo que mi juventud hizo el resto. Él, un caballero viudo que andaba en los cincuenta, y yo, una muchacha pobre, pero con veintinueve años y mucha paciencia. Tenía que conquistarlo, no era muy difícil; los hombres, Ud. sabe, todo los hombres mayores, se creen al momento. Pero para mí, qué diferencia, que horrible diferencia. Dejé pasar unos días y le hice la gran escena, igual que en las telenovelas. Llorando fui a pedirle dinero para hacerme remedios. Él sabía por qué y yo sabía que Don Pedro era y es cada día más cristiano fanático. Lo pille en el momento justo y nos casamos. Ese es mi sacrificio doctor, cuatro años de aguantar un caballero muy caballero, pero brusco y engreído, para darle un nombre a mi hijo.

La mujercita calla y el doctor se queda mirándola unos minutos en silencio.

—Dígame, señora ¿Su marido no sospecha nada de esto? ¿No le extraña que el niño haya salido tan diferente a sus padres?

—Bueno, yo no sé si ahora, con todo lo que ha pasado, le habrán entrado las sospechas; pero cuando nació estaba encantado, decía que era igual a su madre,

igual a los Schmits, todos rubios y de ojos claros. Ahora él me desprecia, doctor, dice que es culpa mía que el niño sea así; que no le he sabido enseñar, que soy una tonta ignorante. En fin, es terrible, yo ya no sé qué hacer, y como él no quiere ni oír hablar de Santiago, ni de psiquiatras, tuve que pedirle a mi hijastra, su colega, que me tomara hora aquí en la ciudad. Ayúdeme, doctor Jonnson, por favor. ¿Cree que se pueda hacer algo para convencer a mi hijo [de] que no haga esas escenas espantosas cada vez que tratamos de sacarlo fuera de su cuarto o queremos que vaya con nosotros al salón o a la cocina o fuera de la casa? ¿Ud. cree, doctor? Es tan chico todavía, cómo no se va a poder enseñarle ¿verdad? Ya le conté lo que fue el último paseo, cuando lo llevamos donde los tíos; creí morirme doctor, la gente nos miraba como asesinos. Pero lo peor fueron los gritos y los insultos de mi marido. ¿Qué habrán pensado en esa familia? Una humillación tan grande…

—Señora Gutiérrez, ¿vamos a ser amigos, verdad? Dígame, ¿cuál es su nombre de soltera?

—Me llamo Lucrecia Riquelmez, doctor, Lolo, como mi madre.

—A ver, Sra. Lucrecia, Ud. me ha dicho que el problema del niño que tiene tres años y medio, es que grita y se resiste cuando lo sacan de un cuarto para llevarlo a otro. ¿No es así?

—Sí, doctor, no quiere pasar ni por las puertas ni por las ventanas. Y eso es todos los días. Yo ya lo dejo que haga lo que quiera. Pero es pillo, porque a penas doy vuelta la espalda está en el jardín o en la huerta; no sé en qué minuto sale de su cuarto para aparecer en la cocina o en mi dormitorio con sus pasitos cortos y su risa alegre. Me mira y se ríe en mi cara con esos ojos dorados cada vez que me ve. Ya le digo. Dr. Jonnson, lo hace nada más que por molestarme.

—Señora Lucrecia, ¿Por qué se le ocurre a Ud. que es por las puertas que no quiere pasar? Y dígame: ¿esto lo hace solamente estando Ud. delante o con todo el mundo?

—Bueno, porque es cuando paso con él por una puerta, de un lugar a otro, o cuando trato de sentarlo en una ventana abierta o dejarlo caer por ella al patio grita y se defiende como si lo quemaran y esto lo hace desde muy chico, conmigo o con cualesquiera desde que comenzó a caminar a los nueve meses y un poco antes….

—¿Antes de los nueve meses? Señora, es un niño muy precoz, entonces. Y dígame, ¿ha comenzado a hablar, se da a entender ya?

-¡Oh sí, doctor! Habla de todo y entiende mucho más de lo que aparenta. Yo creo que es muy inteligente; mi marido dice que sacó la inteligencia de los Gutiérrez. Claro, como me cree tan estúpida. Pero yo que sé, me río sola de él y eso le da más rabia.

—Señora Lucrecia, creo que para hacerme cargo de este caso vamos a tener que conversar unas dos o tres veces más, los dos, antes de que me traiga al niño. No me parece un caso difícil, a esa edad todo se arregla rápido; los pequeños son como cera blanda todavía. Pero me gustaría, si me autoriza, consultar con otros colegas, todos tan discretos como yo. No tema en absoluto, señora, piense que cualesquiera indiscreción podría causarnos la carrera o la expulsión del Colegio Médico, como ya ha pasado en algunos casos. ¿Qué le parece que nos volvamos a ver el martes a las cuatro?

—Ud. no sabe cuánto se lo voy a agradecer. Lo dejo en sus manos. Entonces hasta el martes, Dr. Jonnson. Ah, ¿la cuenta se la pago a Ud. o a la secretaria?

—A la secretaria, por favor. Pero no se preocupe; hasta el martes, Lucrecia….

La pequeña señora Gutiérrez se levanta sobre sus zapatos de charol, se acomoda el moño con un gesto distraído, se coloca los guantes y limpia y gordita cruza el cuarto seguida del doctor para acercarse al escritorio de la señorita Lucia; pagar y con tímida sonrisa se despide mientras piensa espantada: ¡Qué caros son estos médicos de Santiago!

El psiquiatra vuelve a sentarse ante su escritorio de fina madera tallada y una intensa perplejidad se refleja en sus ojos al ojear los apuntes de este nuevo caso mientras toca el timbre para que se prepare el cliente que sigue. Interesante, habrá que hacer exámenes físicos y encefalogramas, tests, consultas con los colegas…. Interesante. Es la primera vez que interfiere en un caso como este. Un pequeño que estando acompañado por su madre sufre síntomas de angustia tal…. Muy extraño; por lo general, es en la soledad que se agudiza la fobia. Niños que no quieren salir de su cuarto, que le temen al afuera, deseo inconsciente de volver al vientre materno, pánico a la realidad, rechazo de un mundo desconocido e inhóspito. Y es padre-abuelo, anticuado y quién sabe si sospechoso y resentido… Le gustan estos desafíos….

Ahora era el niño el que estaba allí, frente al Dr. Jonnson. Era un hermoso niño, no cabe duda, aunque seguramente el padre debió tener algo de mulato. La oscura carita congestionada, por la que aún brillan las lágrimas, se calma de pronto a penas la secretaria cierra la puerta tras su compungida madre. Igual que en las consultas anteriores, que en las salas de espera de los colegas, en cuartos de exámenes y reuniones clínicas, en pasillos y entradas de hospitales y psiquiátricos, los que en estos últimos meses ha tenido que enfrentar con él. Las escenas de gritos, forcejeos e histerias han sido su diario martirio. Es bien poco lo que sus colegas logran dilucidar, llegando a resultados confusos y aún más desconcertantes exámenes y encefalogramas, tests en los que se ha llegado, sí, a una concreta y unánime conclusión: su coeficiente intelectual no es el de un niño de tres años y medio, corresponde a seis o más de gran inteligencia y capacidad; ninguna anomalía, ni física, ni psíquica, a pesar de esa temperatura corporal diez grados más alta que la usual en una niño sano. Los diferentes tratamientos y drogas no han dado mayores luces. La fobia del niño continúa y tal vez con más intensidad que antes.

El pequeño paciente contesta a las preguntas del doctor con su vocecita precisa, desafiante y dulce: “Sí, doctor; no doctor; no sé, doctor….,” como lo harían casi todos los niños del mundo. Grandes, ingenuos, maravillosos los ojos miran al Dr. Jonnson por entre sus largas y doradas pestañas, desde sus pupilas doradas que rasgan aquel rostro infantil de piel tersa y tostada….

Atrás quedó el rutinario escándalo de su entrada, de sus rabietas, de su angustioso llanto y esa extraña asfixia al cruzar los umbrales. Allí sentado con las piernas colgando, balancea unos piececitos calzados con blancas sandalias que contrastan con el sepia claro de su piel, y que no alcanzan al suelo. Su semblante es tranquilo, sonriente, interesado.

—Doc…. ¡No quiero que la mamá entre!

—Tú sabes que aquí estamos los dos solos, Julio, que nadie nos molesta. Somos amigos ¿verdad?

—Sí doctor.

El psiquiatra se ha recostado en su cómodo sillón de escritorio y jugueteando con un lápiz rojo, mira intensa y pensativamente al pequeño problema que a su vez lo mira. ¿Y ahora qué?, piensa, mientras una sonrisa profesional aflora en su

rostro perfectamente afeitado y serio. ¿Y ahora qué diablos hago con este monstruito…? Mientras repasa la hoja clínica, un relámpago absurdo y fugaz enciende de pronto su desconcertado lucubrar. ¿Y por qué no? La madre le ha contado que lo único que le gusta es jugar a las escondidas; que es más que es a lo único que juega con los primos… Total, ya se ha probado todo…

Inclinándose hacia delante junta las manos y con una de sus voces más seductoras encara al pequeño para preguntarle como al descuido, con un dejo de incontenible ansiedad:

—Julito, ¿te gustaría jugar conmigo como lo haces cuando estás solo? Tú sabes que nunca le digo a tu mamá nada de lo que hacemos los dos aquí. Por qué los amigos no cuentan los secretos. ¿Qué te parece si entre nosotros hacemos un secreto bien grande?

—¿Secreto? No me gustan los secretos…. ¿A qué jugamos?

—Juguemos a las escondidas, ¿Ya?

—¡Ya!

—Yo me escondo primero y tú te tapas los ojos; cuando esté listo, golpeo tres veces y tú me buscas. El cuarto es grande, pero para que haya más lugar abriremos el baño y la puerta de mi salita de descanso. No tengas miedo, nadie te va a obligar a algo que no quieras. Ponte contra la pared y tapate los ojos. ¿Listo? ¡Ya!

Excitado, febril, el niño se tira debajo de la silla gritando:

—Noo, nooo, yo me escondo primero. Tú te tapas los ojos.

—Como quieras.

Julito corre por la habitación, psiquiatra se acerca a la pared y dándole la espalda, hace como si se tapara los ojos mientras por entre los dedos lo observa ansioso a través del espejo del baño, que refleja casi todo el cuarto por la puerta entre abierta. El pequeño sigue corriendo en la punta de los pies sobre la alfombra; corre alrededor del gran escritorio despacito, gira por entre el sillón y el diván de cuero pasa entre el estante de los libros y el canasto de papeles sin tocarlo, se mete de nuevo tras el escritorio para detenerse con una sofocada risita

ante la ventana entornada de la pequeña sala, duda unos segundos y tomando la perilla de vidrio con las dos manos, suave, muy suave, la cierra… Da vuelta la cabeza para ver si el doctor no hace trampas y extendiendo los brazos como si fuera a volar, con alegres y susurrantes gorjeos, se apoya en la madera, sin ruido, sin esfuerzo, jugando, hasta traspasarla con todo su cuerpo, antes los ojos alucinados del doctor Jonnson que, ya de frente camina con las manos extendidas, heladas, para calentarlas en el rayo de sol que brilla en aquel cuarto cerrado, en el lugar exacto en que el niño acaba de desaparecer…

El cuerpo restante

La estancia sorprendida

Luis Alberto Heiremans

En el cuento “La estancia sorprendida” (1952), de Luis Alberto Heiremans (1928-1964), se puede ver como lo real y lo sobrenatural se entrecruzan. Bernardo, el mayor de tres hijos de una familia de clase acomodada, encarna esa transformación espiritual y física que vive un joven con 13 años recién cumplidos. De regreso en la ciudad, después de unas largas vacaciones de verano, se enfrenta a una realidad que le es ajena y donde no encaja. La soledad es su única compañía y son justamente el silencio de una casa en penumbras y su imaginación, los encargados de revelarle una cruda verdad: ya era un hombre y no había vuelta atrás. Tuvo que experimentar la muerte de su niñez para pasar a la siguiente etapa. Y es por esto que en una dimensión paralela, donde los muebles son viscosos y tibios y los sentidos se exacerban, Bernardo renace y aprende a vivir en un mundo real que lo ha condenado a la soledad, pero que disfruta intensamente, al igual que Heiremans.

“Tito”, como lo llamaban sus más cercanos, nació el 14 de julio de 1928, en Santiago de Chile, y desde muy pequeño mostró su afición por las letras y el teatro, adentrándose en un mundo literario, donde coexistirían diversos conflictos existenciales característicos de su producción literaria. Es así como la muerte, el misterio de las relaciones humanas y de la identidad chilena serán temas recurrentes en los 24 años de creación narrativa de Luis Alberto Heiremans que, lamentablemente, se vieron interrumpidos por su abrupto deceso el 25 de octubre de 1964, debido a un cáncer linfático agudo. Con solo 12 años, escribió su cuento “La muerte”, que la Revista Margarita difundió en 1940. Luego, en 1950, a su regreso de un viaje por Europa, publicó “Los niños extraños”, su primer volumen de cuentos que ya dejaba entrever su intención de dedicarse por completo a la literatura. Si bien es cierto que en 1954 se recibió de

médico cirujano en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, optó por regalarle el título a su madre. Desde entonces, se entregó en cuerpo, alma y corazón, a las letras y no tardó en posicionarse como uno de los escritores más representativos de la generación del 50, en Chile.

En su vasta producción, compuesta por 43 cuentos, 18 obras de teatro y una novela, estuvo influenciado por la filosofía existencialista cristiana, en boga a mediados del siglo XX. Heiremans abordó con gran maestría temas como la soledad del hombre, la falta de comunicación y, sobre todo, la muerte, tópicos presentes en el cuento “El cuerpo restante”, publicado en 1952. Esta angustia existencial y el desencanto que experimenta en su diario vivir el ser humano, ponen de manifiesto la necesidad de perseguir la perfección en lo material, atada a las exigencias que esto conlleva y renunciar a relacionarse con el entorno de una manera libre y creativa. Así lo asevera don Orión, uno de los personajes principales de este relato, para quien el cuerpo es el que modela todo lo demás y, por lo tanto, ya no existen ataduras, ni pretextos que hagan imposible transitar entre dos realidades que coexisten simultáneamente, precisamente en la búsqueda del receptáculo idóneo. Sin embargo, Adelaida conservará la esperanza y se verá recompensada. Esta capacidad de desdoblarse y de viajar sin restricción alguna la llevará a experimentar una sensación de libertad única, que más adelante pondrá en práctica en el cuerpo de Cecilia. Nunca sintió rencor hacia quien la había iniciado en estas prácticas y había usurpado su cuerpo, porque entendió sus razones y frustración.

En una sociedad donde resulta inútil luchar contra los demás y donde el misterio de las relaciones humanas se hace presente en todas sus dimensiones, Luis Alberto Heiremans pareciera apelar a la tolerancia.

La estancia sorprendida

Año tras año se repetía la misma escena. Al dar vuelta a la esquina, veían a toda la servidumbre aguardando en la puerta. Era la costumbre.

Fines de marzo y la familia regresaba del campo. Lo que se llama unas largas vacaciones. ¡Casi cuatro meses! Y ahora se retornaba con agrado a la ciudad, con ansia de sentir un poco de bullicio tras aquel descanso prolongado en exceso. Todavía restaban algunos trámites aburridos que llevar a cabo, como la matrícula de los niños en el colegio, mandar a hacerles el uniforme; la insoportable, eterna y exasperante tarde en el centro a la caza de libros y cuadernos, y luego ¡hop! Internos hasta las próximas vacaciones: solo entonces se abría la vida ante uno.

La casa les pareció inmensa desde la esquina. Decidirse a luchar nuevamente con los empleados, pensó la señora. No he pagado los intereses de la hipoteca, se dijo el señor. Pero la casa era hermosa, blanca y maciza contra un cielo azul intenso.

—Creo que no vamos a soportar este calor —se quejó la señora—. Es demasiado…

—Pero, Blanca —arguyó su esposo— estamos a fines de marzo.

—Este es un calor de enero.

—¡Ah!, miren donde está la Domitila —exclamó de pronto el más joven de los tres niños.

En realidad, ahí estaba Domitila. También Rosa, Edelmira y Pedro, el jardinero. Se hallaban agrupados frente a la puerta, gesticulando con cansancio.

—¡Bernardo!

—¿Sí?

—¿Qué te pasa?

La voz de la señora pareció trizar algo en el silencio del coche. El muchacho, que había estado mirando por la ventanilla, se dio vuelta hacia su madre.

—Nada, mamá.

—Despierta, mira que llegamos.

—Bernardo estaba soñando… Bernardo estaba soñando —canturreó uno de los pequeños.

—Bernardo se acostó tarde anoche… —remedó el otro—. Bernardo.

Una sola mirada del muchacho bastó para inmovilizar a sus dos hermanos. Ambos inclinaron la cabeza, mirándose por lo bajo.

—¿Te acostaste tarde? —preguntó la madre.

—Sí… —respondió Bernardo tras una vacilación breve—. Salí un rato al parque.

—¿Al parque? ¿Qué fuiste a hacer al parque?

—Quería verlo todo una vez más.

Los esposos se miraron perplejos, volviendo luego los ojos hacia el mayor de sus tres hijos como si pudiesen sorprender en él la razón de su extraño comportamiento durante este último tiempo. Pero la madre estaba demasiado excitada para ver algo: las llegadas y las partidas siempre influían sobre su sistema nervioso y el padre, por supuesto, no descubrió cosa alguna.

—¡Llegamos! —anunció en ese instante uno de los niños. El coche se detuvo de pronto. Fue demasiado brusco: los ocupantes estuvieron a punto de caer de sus asientos, la señora alcanzó a detener con una mano todo aquel derrumbe de flores y velos sobre su cabeza.

—¡Tenga cuidado, Jorge!

—Es que… —el conductor siempre quedaba con la última palabra. Pero ya Domitila y Rosa abrían las puertas con gestos amplios, mientras Edelmira contentábase con gritar atrás. Pedro en cambio era tímido, lo habían mandado

hacía poco del campo y aún conservaba una distancia respetuosa.

—¡Señora! A ver, a ver… ¡Ay! Bernardito que viene quemado…

—¿Cómo les ha ido, niñas? —exclamó la señora al descender del coche—. ¿Cómo está todo?

—Como usted lo dejó, señora.

—¿Me han cuidado bien la casa?

—¡Claro!

Tras estas frases de rigor, la señora se acercó a cada una de las empleadas, palmoteándole la espalda en una especie de abrazo alado, menos que un saludo.

—A ver, Pedro… cómo te va, Pedro. A ver, ayúdale a Jorge a descargar algunas cosas que hemos traído del fundo.

Se produjo entonces un arremolinar de polleras y palabras en torno al coche. La maleta fue abierta y, peleándose, Domitila y Edelmira se encargaron de sacar los pollos, el pavo que se había mareado durante el camino y el cajón de fruta. En el intertanto, la señora se imponía de los sucesos ocurridos en su ausencia.

—Y el lechero… ¿vino todos los días?

—A veces no más.

—Cuando no, teníamos que ir al establo.

—Viera, señora —aspaventaba Edelmira— el robo que hubo…

—¡Dónde!

—… en la casa de la esquina, señora… fíjese…

—¡Ah! Gracias a Dios. Dígame, Domitila, pagó…

Los dos pequeños revoloteaban en la vereda. Para librarse del calor que se desplomaba sobre ellos, solo pensaban en pelearse como insectos. De aquel corretear, de esos gritos, de la materia ígnea del sol se construía la tarde que, por

momentos, alcanzaba la intensidad aguda de un acorde. En ella, emergió Bernardo. Su expresión fue de sorpresa. Estuvo desorientado, buscando algo, alguien donde allegarse. Se supo tan solo. Era extraño, pues volvía a su casa muy diferente a como había salido. Sucedieron tantas cosas… no, no es cierto, no aconteció nada nuevo salvo su cumpleaños, una torta con trece velas y algunos regalos. Y sin embargo su retorno era distinto. Él era distinto. Porque ahora se sentía solo. Ansió estar en el parque, otra vez en el parque del fundo, en el viejo parque, bajo los árboles.

De pronto descubrió aquel rectángulo de oscuridad que dejaba la puerta abierta. Se destacaba nítido y preciso sobre la fachada blanca de la casa. Era casi un llamado esa voz que se prolongaba en él a través de un eco nunca antes escuchado.

Al penetrar en la casa, tuvo la sensación de hacerlo en un lugar que durante mucho, mucho tiempo ha permanecido abandonado. Él vino a despertar ondas perniciosas para aquel silencio que se había detenido dentro de las piezas. Un silencio de aguas estancadas, positivamente inmóvil, sin la nota aguda que a veces posee la quietud. Además, los postigos se mantenían cerrados y la escasa luz que lograba introducirse por las rendijas se disolvía en la oscuridad de los rincones, se mezclaba con ella, creando esa atmósfera difusa, palpable, que uno hubiese podido tomar entre las manos. Bajo su influjo, todo se suavizaba. Las maderas y los mármoles; las líneas, cerrándose en círculos, destruían aristas y rudeza: las cosas emergían lisas, simples en medio de aquella frescura casi de noria que la oscuridad y el silencio habían hecho nacer.

Bernardo cerró los ojos, aspiró el aire. Por primera vez no experimentó aquella sensación de muerte inminente que de costumbre percibía al bajar los párpados. Ahora, aun en ese mundo extraño donde las sombras lo arrojaban, se sintió vivir lenta, angustiosamente. Hubo en su olfato la sospecha del perfume de violetas, un perfume lejano, como el de las flores que se guardan entre las páginas de un diccionario. Al volver a abrir los ojos las vio ahí, en el jarrón sobre el piano, mustias, y no las halló hermosas. Lo que su imaginación construyó en la oscuridad era mucho más bello.

Avanzó y su cuerpo se desplazaba a través de las piezas como si lo hiciera en un ambiente submarino. Era un lento vagar entre las cosas, sabiendo a cada minuto que él era otro, muy distinto. Tendría que aprender a conocer todo de nuevo. Por fin se detuvo en el salón. Desde el techo, caía una masa blanca, la lámpara

envuelta en el lienzo y, al mirar en torno, Bernardo vio que los muebles estaban cubiertos por fundas. Las telas claras arrojadas caprichosamente sobre los sillones y las mesas daban a estos el aspecto de estructuras amorfas, tal vez blandas. Y al instante comprendió: él había sorprendido esa pieza. Antes de que él entrara, algo sucedía ahí dentro y por eso ahora todo adquirió una apariencia de fingida naturalidad, aun cuando el sofá no estaba en su sitio y la mesa aquella se alzaba cerca de la puerta, siendo que su ubicación acostumbrada era el centro de la estancia. Entonces Bernardo retrocedió con una mezcla de terror y dicha. ¿Era posible? ¿Era posible que todas esas cosas vivieran? Quizás llegaran a moverse… sí, por un segundo creyó percibir un movimiento en esas masas que formaban los muebles bajo las fundas. Hubo un ruido casi inaudible y las telas se estremecieron como si una corriente de aire las hubiese atravesado. Bernardo estuvo a punto de gritar; pero el grito no brotó sino cuando, tras un estrépito, algo blando vino a golpear a sus tobillos. De un salto se dio vuelta. A sus pies, encontró una alfombra, enrollada y envuelta en periódicos, que había rodado desde el lugar donde las otras estaban amontonadas. Su pulso ya se había hecho intenso y lo escuchaba en sus sienes, en la garganta, porque el pánico lo inundaba. ¡Estaba en una pieza llena de cosas vivas! No se atrevía a moverse por temor a tocar alguno de esos muebles que adivinaba viscosos y tibios. Ah, si alguien entrase, pronto. Pero, ¿quién? Entonces volvió a cerrar los ojos. Por segunda vez le sorprendió el perfume, lo inhaló, lo gustó casi como un fruto. Entonces, a su vez, sorprendió su propia verdad. Su cuerpo también vivía: eso era lo distinto. El miedo desapareció, olvidó de golpe que estaba en una pieza llena de presencias y solo pudo entregarse al otro pensamiento. Su cuerpo vivía y la cabeza le daba vueltas tal cual si se hubiese embriagado. El pulso era mucho más fuerte que hace un rato, más formidable que ante el susto y ahora sí lo llenaba todo. ¡Uno podría ensordecer! Y este miedo era distinto: lo obligaba a hacerle frente. Por eso abrió los ojos y miró la pieza ante la cual hace un minuto solo atinó a gritar. Ahora la miró serenamente, cara a cara, porque ya era un hombre.

Todo se le antojó hermoso. Había allí una belleza que solo se podía gustar sin ninguna otra compañía. Comprendió por qué durante todas las vacaciones rehuyó la de sus hermanos y por qué, en las noches, se arrancaba al parque. Todo eso tenía que serle revelado, tal como hoy, en el silencio de un cuarto, consigo mismo.

Y eso también era hermoso.

Estuvo entonces frente a la belleza; más descendió por su raíz hasta encontrar el brote de ella: y eso venía a ser la verdad.

Pero escuchó pasos. Una voz, la voz de su madre:

—¡Ay! Dios mío, Rosa… ¡Cómo está todo esto! Mire el polvo… menos mal que los muebles están con fundas, si no… pero, Rosa, ni siquiera han abierto los postigos. No se puede respirar aquí adentro…

Hasta él llegaron los ruidos. Forcejaban los postigos. El sol por fin penetró con fuerza, con demasiada fuerza. De una sola vez, se inundó la pieza con su luz. Los muebles se hicieron rígidos: a través del lienzo descubrió el esqueleto de la lámpara; todo volvió a ser real. Es decir, aquello que demoró cuatro meses en construirse fue destruido de golpe. Pero en el muchacho las cosas permanecieron.

El cuerpo restante

Es costumbre dejar el cuerpo acostado de noche y salir a vagabundear por las calles. Más bien era la costumbre, porque ahora todo ha cambiado. Desde que sucedieron esas aventuras… pero eso es el final de la historia. ¿Para qué adelantarlo?

Tal como digo, se deja la envoltura humana, la piel y los huesos, en fin, durmiendo el sueño de los justos, mientras la otra parte de uno se levanta a eso de las doce y, echándose cualquier cosa encima, porque estas noches de otoño suelen ser muy frescas, atraviesa los corredores, abre la puerta de calle y ¡afuera!, a vagar, a perderse hasta el amanecer.

Claro que todo no es tan sencillo. La mayor dificultad radica en convencer al cuerpo. Como no piensa, tampoco escucha razones; solo siente y resulta complicadísimo hacerle entender que es preferible que se acueste y duerma para que al día siguiente amanezca rebosante de energías. En un comienzo, suele resistirse. La aventura atrae y el cuerpo también quiere vivirla. Pero existe una fórmula para lograr una pronta y duradera disgregación. A mí me la enseñó uno de mis pensionistas, el mismo que me inició en este tipo de excursiones. Se llama Orión, el mago, José Castro en el Civil y, a pesar de todo lo que hizo, le guardo cariño. Bueno, la fórmula de la que hablaba no es muy sencilla, pero eso no importa, ya que de ningún modo pienso revelarla, sobre todo ahora que este asunto se ha puesto tan peligroso.

En esa época, cuando comenzó mi aventura, yo tenía una casa de pensión en la calle Grajales. Es un barrio decente, sin lujo ni ostentación, por cierto, con un vecindario relativamente tranquilo y honrado. Mi casa estaba ubicada en una esquina. Casa antigua, de construcción demasiado sólida y de arquitectura un tanto alambicada. A mis huéspedes siempre les resultó difícil hallar el camino en ese verdadero laberinto de pasadizos cuando salían a pasear por las noches.

Solo tenía cuatro pensionistas. El mago del cual ya hablé, quien a los pocos meses decidió cambiar el turbante y la bola de cristal por una visera y un pequeño negocio de crema mágica, desmanchadora-pulidora-antiséptica, mucho

más lucrativo. Tal vez recuerden haberlo visto: suele pregonar su mercancía en alguna esquina céntrica y acostumbra llevar una serpiente a guisa de bufanda, lo único que conserva de su época orientalista.

Los otros eran menos atrayentes. Una señora de buena familia, a quien su marido abandonó pocos meses después del matrimonio. Vino a esconder su vergüenza a la calle Grajales. Para pagar su pensión, bordaba. Todo en el mayor secreto, por cierto, ya que jamás nadie debía saber que trabajaba. Esa sería su mayor deshonra. Los días domingo alquilaba un taxi para ir de visita donde sus parientes; pero el resto de la semana se lo pasaba bordando unos manteles muy bonitos y muy grandes que las tiendas pagaban a precio de hambre.

Mi tercer huésped era un universitario venezolano que rara vez iba a la Universidad. Se desquitaba saliendo todas las noches. Era muy moreno, cantaba al hablar y recibía unas cartas gordas que, según me contó la señora Irquíñiguez, venían repletas de dólares.

Por último, Cecilia. Esta muchacha era la más reciente de mis pensionistas. Vino a ocupar la vacante dejada por don Nicolás, quien al recibir su jubilación, hizo las paces con su hija y se fue a vivir a su casa. Cecilia no era bonita; solo le faltaba dinero para serlo. Quiero decir, tenía uno de esos rostros llenos de posibilidades, con los cuales un buen maquillador y un mejor modisto logran una obra maestra. Pero para eso se necesita dinero y nadie pensaba dárselo, ni siquiera el venezolano, que con un par de dólares y un poco de paciencia podría haberla transformado en una de esas mujeres que tanto les gustan a los hombres: la que los demás envidian. Por otra parte, Cecilia tenía un futuro ante ella. No sé por qué el segundo día me hizo confidencias:

—¿Qué hace usted, mi hijita? —le pregunté.

—Trabajo…, por el momento.

—¿Cómo por el momento?

—Sí, muy pronto heredaré una fortuna. Hay un pleito pendiente. Una tía que murió en La Serena…

Todavía no me explico por qué le creí. El cuento era tan viejo, tan obvio, tan estúpido y, sin embargo, tuve confianza en lo que decía. Desde entonces Cecilia pasó a ser una heredera y aún más, llegué a perdonarle una que otra deuda, en

previsión de su fortuna.

Pero volviendo a lo otro: fue Orión, como ya dije, el que comenzó a hablarme de las maravillosas aventuras que uno puede correr dejando el cuerpo en la cama. Tanto me habló que, por último, más por cansancio que por deseo, acepté acompañarlo una noche. Entonces me enseñó la fórmula que se debía emplear y con la última de las doce campanadas, nos encontramos en la calle. He de confesar que Orión me pareció mucho más simpático así que con su cuerpo, ya que era un poco deforme.

Por lo menos, nunca me arrepentiré de haberle hecho caso. Es una experiencia única. No voy a contar todo lo que uno encuentra, conoce y descubre en esas peregrinaciones, porque sería una maldad describirles eso y no enseñarles la fórmula.

Era maravilloso. Solíamos regresar al amanecer y encontrábamos los cuerpos descansados, prontos a iniciar una nueva jornada. Esto duró un mes, más o menos. En un comienzo, partía a vagabundear en compañía de Orión; pero muy pronto me independicé e hice mi vida.

Cierta tarde en que Cecilia me estaba contando su única experiencia sentimental por octogésima u octogésima primera vez, sentí de pronto la necesidad de confiarle todo lo referente a mis excursiones. Así lo hice y ella se entusiasmó tanto con la idea, que me pidió la llevara en mi próxima salida. Dije que debía consultarlo con Orión y esa misma noche le pregunté si no sería posible enseñarle la fórmula a Cecilia. Al comienzo se mostró reticente. Pero cuando yo le describí lo triste que era la vida de la muchacha, aceptó.

Al día siguiente salimos los tres. Cecilia regresó como una loca. Dijo que nunca antes había visto o experimentado algo igual. Pasó toda esa noche y buena parte de la mañana agradeciéndonos, hasta que Orión hubo de hacerla callar para que la señora Irquíñiguez y el venezolano no se impusieran de todo.

Durante un tiempo fuimos muy felices los tres. Vagábamos de noche y en el día intercambiábamos impresiones. Fue una época sumamente agradable, cuyo recuerdo siempre me será grato. Pero un día, más o menos un mes después de haber iniciado a Cecilia, sucedió lo más inaudito que imaginar se pueda.

Al volver a casa esa mañana, noté que había luz en mi pieza, en circunstancias que yo estaba segura de haberla apagado al salir. Corrí por el pasillo y al entrar

en mi habitación, no observé nada especial. Ahí, sobre el lecho, estaba mi cuerpo, al parecer profundamente dormido. Los párpados bajos, las manos cruzadas sobre el pecho, tal como lo había dejado. Pero al querer deslizarme dentro de él, escuché una voz que decía:

—Ocupado.

Me sobresalté. ¿Quién estaba en mi cuarto? ¿Y dónde? Busqué con la mirada; pero no encontré a nadie. Entonces me atreví a preguntar:

—¿Cómo?

—Ocupado —volvió a decir la voz— y la hallé muy parecida a la de Orión.

—Pero ¿quién es usted?

—Soy Orión, Adelaida. No se asuste.

—¿Dónde está?

—Aquí, en su cuerpo.

—¡Cómo!

—Escúcheme…, no se enoje. Por lo menos espere hasta que haya oído mi explicación.

Orión, más bien dicho la voz de Orión, me contó una larga historia. Comenzó por describirme lo monótona que era su vida. Trabajaba de la mañana a la noche pregonando su crema milagrosa, de esta manera intentaba juntar unos pesos que apenas alcanzaban para pagar el alojamiento y la comida. Era desproporcionado. Entonces me dijo cómo se le había ocurrido intercambiarse conmigo. Para lograrlo, utilizó una fórmula y me enseñó la manera de realizar esas peregrinaciones nocturnas. Nada fue hecho a la carrera, en todo hubo método y ciencia. Según me confió, había pasado largas semanas controlando mis ingresos, mis gastos, mis utilidades líquidas y, tras un prolongado estudió, llegó a la conclusión de que yo era una persona a la cual valía la plena suplantar. Así, esa noche regresó más temprano y me sustrajo el cuerpo, porque según él me dijo:

—Es el cuerpo el que modela todo lo demás. En pocas semanas, habré olvidado mi antigua condición y seré Adelaida en un cien por ciento, tal como usted. Porque todos se equivocan: creen que el cuerpo es arcilla blanda sobre la cual uno y otro pueden esculpir. ¡Qué lejos están de la verdad! Ya que es él quien construye todo lo que contiene. Por eso hay que perseguir la perfección del receptáculo. Lo demás vendrá por añadidura, bello o defectuoso, según la calidad del envase. La vida, mi buena señora, no se engaña. Resulta absurdo pensar que pondría una esencia fina en un frasco ordinario.

Materialista, lo habría llamado mi abuelo; pero yo lo encontré bastante acertado. A pesar de aquel lirismo oriental desvirtuado por la jerga callejera, era sensato lo que dijo. Por eso no pude contestarle. Me supe impotente, junto a mi cama, a mi cuerpo, mirándolo todo con una lucidez que aún hoy día me sorprende. Pero la voz de Orión puntualizó:

—Créame que lo siento de veras, pero mi vida ya no era soportable. Buenas noches.

Y habiendo dicho esto, mi mano apagó la lámpara del velador, mientras yo quedaba al margen de todo lo mío. Entonces abandoné el cuarto y, una vez en el pasillo, me detuve a pensar. ¿Qué podía hacer? Era absurdo que yo ocupara el cuerpo de Orión después de todo lo que acababa de contarme; tampoco podía permanecer así, flotando, sin piel ni huesos. Y en ese momento, ¡un verdadero milagro!, pensé en Cecilia. Si ella no había regresado aún, a mi vez podría robarle su cuerpo. No era gran cosa; pero, en todo caso, mejor que el de Orión. Por lo menos era joven, además existía la posibilidad de esa herencia, lo que terminó por decidirme.

Cecilia no volvió esa noche, ni después. No he vuelto a saber de ella. Pensar que desperdició tantos años de su vida y pensar que yo los gané. Es una sensación impagable esta de retroceder en el tiempo. Vivir así resulta tanto más fácil; sobre todo cuando se ha elegido con inteligencia, como lo hice yo. Fuera de la juventud, heredé a las pocas semanas una cuantiosa fortuna de esa tía que, en realidad, vivió en La Serena, lo cual viene a demostrar que tener fe en lo que le cuentan, siempre ayuda. Dejé la pensión y me he venido a vivir en una casa que tiene mucho de mansión, donde, gracias al dinero, me he convertido en lo que prometía ser. Todo esto lo ha perdido Cecilia por haberse independizado durante esos paseos. No la puedo culpar: es el camino obligado. Pues bien, no he vuelto a verla y lo único que consta es que no tomó el cuerpo restante, el de Orión, ya

que a la mañana siguiente se encontró al ex mago de espaldas sobre su lecho y cuando le hablaron, no contestó. Por lo tanto, dedujeron que había muerto.

En cuanto a mí, es decir, Adelaida, o sea Orión, sigue regentando mi, más bien, su pensión, y parece ser muy feliz. Cuando las cosas se organizaron, tomó dos nuevos huéspedes y salió ganando, porque les cobra más caro. A nadie se le ocurre dudar de su autenticidad, ni siquiera a la señora Irquíñiguez, a quien fui a visitar el otro día. Son grandes amigas ella y Adelaida, más de lo que éramos en mi tiempo. Lo único que no le perdona es haber conservado la serpiente de Orión y usarla de vez en cuando alrededor del cuello, tal como lo hacía su primer dueño. La señora Irquíñiguez atribuye esta excentricidad a una manía de solterona, pero ya casi ha logrado contrarrestar sus impulsos ante el reptil.

¡Y a mí que me dan escalofríos las serpientes!

Pesadilla

Guillermo Blanco

El cuento “Pesadilla” de Guillermo Blanco (1926-2010) se registra en la Antología del nuevo cuento chileno elaborada por Enrique Lafourcade, el año 1954. Este cuento narra la relación de dependencia parental, afectiva y material entre un nieto y su abuela. El niño es precisamente quien, noche tras noche, es irrumpido en sus sueños por macabras pesadillas que lo trasladan a un espacio de terror, desolación y angustia. La situación de este personaje, Remo, es fruto de un trastorno agudo de sueño a causa de una prolongada enfermedad que lo imposibilita valerse físicamente por sus propios medios. Remo, es quien se vincula en este segmento de pares asociados (cariño-desamor; tía Lola-paraíso; locura-proyección; muerte-encuentro) que desfavorecen el desarrollo trágico y fatal de la historia. Desde la cultura anglosajona, Nightmare es la yegua (female horse) que irrumpe en las noches de sueño del durmiente solitario. La equivalencia en otras culturas, no obstante a esto, sostiene que Mare es un espíritu o duende del folklor escandinavo que cabalga sobre el pecho de las personas mientras duermen provocando pesadillas o malos sueños. Los mares son conocidos, en gran parte de Europa, como personajes malévolos que juegan a alterar horrorosamente el sueño de las personas solitarias. Entonces, Guillermo Blanco en este cuento, simplemente establece una relación simétrica y ambivalente entre el concepto y la temática del mal sueño de Remo. No es la pesadilla per se, es la pesadilla que algún día debe terminar en la muerte o locura macabra del personaje. “Era la mañana y él no había muerto. Vivía. Seguiría viviendo aún. […] la abuela hizo algún comentario. No. No estaba muerto”. “Pesadilla” deja de manifiesto la estructura de un cuento bien contado, no pretende abanderizarse con los estereotipos de personajes preestablecidos ni mucho menos pretender que los clásicos finales debieran resolverse con una vía de escape fácil y segura. Nightmare es la noche de brujas, espíritus, duendes del bosque, seres malignos que contribuyen paradójicamente al ciclo del día, al encuentro con sus padres, con los sinceros ojos verdes de la tía Lola, con el viejo

paisaje de sauces, lagunas y pastizales del apacible Linares.

Guillermo Blanco Martínez nace el 15 de agosto de 1926 en la ciudad de Talca. Hijo de Guillermo Blanco y Vicenta Martínez. En 1934, se fue a Santiago con su familia y estudió en el Instituto de Humanidades Luis Campino. Escritor y profesor universitario chileno, miembro de la llamada generación del 54 (o del 50), generación abierta, sensible, inteligente y vocacionalmente comprometida. Además de su faceta literaria, que incluye cuentos, novelas y ensayos, desarrolla una amplia labor periodística. En 1964, publica Gracia y el forastero, su obra más conocida, con más de cincuenta ediciones. En 1999, recibe el Premio Nacional de Periodismo, por sus escritos, ensayos y crónicas. Guillermo Blanco, fallece a los 84 años, el 25 de agosto de 2010.

Pesadilla

¡TACATAC, tacatac, tacatac!… Aquí estaban de nuevo los caballos. Se iban metiendo a la pieza por la mancha negra del ropero, eran negros, con sus jinetes negros, y se hinchaban prodigiosamente, como pompas de jabón. Pasaban por sobre su cabeza, rechinaban contra los muros; sus herraduras iban golpeando con ruido de metal sobre el aire, que era duro: una especie de vidrio. Las crines flameaban, las capas de los jinetes se movían semejando alas, y sus bocas estaban abiertas en la actitud del grito, pero no gritaban. Todo ocurría en una especie de silencio terrible, un silencio que era fusión del tacatac ensordecedor y de la sombra, que se esfumaba y volvía a intervalos disparejos. Era pavoroso el golpeteo de las patas, y lo era también la quietud que le seguía, y ambos tenían algo de enloquecedor, formaban una armonía enervante en cuya garra el alma del niño se iba sintiendo cada vez más presa, cada vez más impotente, más débil, más despavorida.

…Volvían los caballos, volvían los jinetes.

Y la mano de Remo se crispaba, pequeña y pálida, sobre la pálida almohada. "¡Aquí están de nuevo, aquí están de nuevo!", latía en sus sienes. Mes a mes aparecían más seguido. Al principio daban una o dos vueltas por el cuarto, para luego marcharse, dejándole aterrado, yerto de frío y miedo. Eran sombras solamente. No se veían bocas, ni se distinguían brazos, o dedos, o capas. Llegaban y se iban. Pasado un rato, cuando podía mover los labios, el chico gemía:

—¡Abuelita!

La abuela saltaba en su lecho. Medio dormida gruñía:

—¿Eh, qué? ¿Qué pasa?

Él, tímidamente:

—Abuelita…

—¿Qué hay, niño?

—Unos caballos…

—No digas tonteras…

—Pero…

—Duérmete.

Muy pronto el plácido roncar de la anciana rompía el silencio de la pieza. Pero no rompía la sombra ni la soledad de Remo.

Eso era al comienzo. Más tarde la abuela no le decía que eran sueños. Le decía, con una voz terrible:

—No pienses más en eso, porque acabarás loco.

¿Era malo ser loco? Él no lo sabía, pero la palabra sonaba —en el ámbito oscuro del cuarto— tan lúgubre, tan terrible, que sólo de oírla le daba miedo. No, él no quería ser loco; quería ser médico, para tener un maletín nuevecito y unos anteojos de marco grueso y un estetoscopio, con los que iría, de casa en casa, preguntando: "¿Cómo anda hoy el enfermo?" Su voz sería muy ronca, profunda, una voz cariñosa, capaz de tranquilizar a los pobres muchachos. Ninguno le temería al verle entrar. Y cuando ellos le contaran que habían visto caballos, o cocodrilos, o lo que fuera, él, el doctor Remo, no los oiría distraídamente mientras bajaba el termómetro, sino que les pondría toda su atención. Incluso llegaría a quedarse con ellos por las noches para ver qué diablos eran esas figuras macabras que les asustaban.

"Acabarás loco, acabarás loco".

La abuela se lo decía también a las visitas:

—A mí me da miedo de que este niño se vuelva loco. Ve visiones.

Y las visitas le miraban con una mezcla de pena y de temor, y a él le daban ganas de decir, en voz bien alta:

—Mierda.

O:

—Pucha.

Para que su abuela y la gente enrojecieran, se sintieran turbadas y se fueran. Pero no se atrevía. Lo único que hacía era escuchar con el corazón encogido de angustia, de vergüenza, las largas explicaciones de la anciana, explicaciones minuciosas, con detalles que iban hasta los más dolorosos extremos:

—Ha retrocedido mucho en este último tiempo. Toda la plata que gastamos en el masajista se ha perdido, porque la fiebre que tuvo lo aniquiló. Ahora no puede mover ni un ápice las piernecitas.

No. Remo lo sabía: por mucho tiempo más, quizá para siempre, no podría volver siquiera a los tímidos pasos que había logrado dar gracias a los masajes. Nadie se lo dijo, pero él lo sabía, lo sentía en su interior. Casi no le venían ganas de poner un poco de su parte para recuperarse. Casi deseaba seguir así, para que su abuela gastara mucho, mucho dinero, y siguiera quejándose con esa cara de pesar y de cansancio y de vejez.

—Yo he hecho cuanto he podido. No hay médico que no se consultara. He probado todos los remedios imaginables. Mire —y abría el ropero lleno de frascos—. Mire la cantidad. Y eso sin contar los que se han botado. —Tomaba uno, luego otro, e iba leyendo—: Este, ciento cuarenta; este, doscientos; este…, bueno, este, veinticinco, pero estas inyecciones…

Era interminable.

El sería médico, con un auto y un maletín nuevos, y ganaría mucha plata para venir donde la abuela, abrir el ropero, contar los frascos y sus precios y pagarle hasta el último centavo. La abuela lloraría, claro está, eso era lo terrible. Lloraría, igual que cuando él le dijo:

—No te quiero.

Con la misma expresión de estar sufriendo una atroz injusticia. Y a él le daría pena y tal vez se la llevaría a vivir a su casa.

No es que no la quisiera —pensaba—, la quería, y ella era muy buena, pero… ¡Era tan difícil de explicar! La pobre, es cierto, se pasaba las noches en vela

cuando él tenía fiebre, y le daba calmantes, y le ponía su mano fría sobre la frente para atenuar el horrible calor, y llamaba al médico, y le daba cosas ricas de comer. Le traía pasteles siempre que estuviera con el estómago sano. En el verano le hacía un postre de plátano con un poco de hielo. Si, lo malo es que ella era buena, porque si no, bastaba con no quererla. Era buena, pero se negaba a encender la luz en los momentos en que él veía los caballos negros. Sólo le decía:

—No los veas, porque te volverás loco.

¿Y cómo no verlos? ¿Acaso no cerraba los ojos, y era peor? Entonces se ponían rojos, echaban chispas.

Y él no podía gritar, pues tenía la garganta endurecida, no podía defenderse, no podía dormirse. A medida que pasaba el tiempo las visiones se hacían peores, duraban más, galopaban más intensamente. Algunas noches, uno de los caballos se detenía encima de su cama. Los demás, en torno, empezaban a andar muy despacio. Los ojos de los jinetes brillaban pálidamente en la sombra, y sus dientes brillaban pálidamente en la sombra. Destellaban, en la sombra, las armas adornadas de plata. Una pata —¡negra!— se alzaba muy, muy despacio, para bajar poco a poco sobre su cabeza, hasta posarse en ella, y luego apretarla, apretarla, haciendo crujir sus huesos cual si la fuera a partir. Apretaba. De pronto, unas chispas amarillas empezaban a bailar ante sus ojos (no podía gritar) y saltaban, aumentaban en número. Después no veía caballos ni sombras, sino sólo las chispas, y un dolor atroz le oprimía las sienes. Tenía jaqueca. Amanecería y él seguiría sintiendo esto en sueños. Despertaría vomitando. La abuela pondría el grito en el cielo, él lo sabía, y se desesperaría tratando de encontrarle remedio.

Pero la jaqueca se iba sólo cuando quería. Nada era capaz de vencerla. Era la obra de los caballos y los jinetes negros.

—Lo terrible —decía la abuela— es que va para atrás. Mírele los ojos. Los tiene ojerosos como nunca, cada día peor, y los labios se le van poniendo amoratados. ¡Ay, Señor! Bien sabe Dios lo que sufre una.

Las visitas movían la cabeza, asintiendo. ¿Por qué siempre se ponían de parte de ella? ¿No entendían…? ¡Qué iban a entender! Sus caras idiotas no sabían otra cosa que oscilar diciendo “sí, sí” cuando la abuela decía que hacía lo posible, y

“no, no” cuando afirmaba que no había más que intentar. Parecían globos, redondos, tontos. Pero ella era obscena. ¿Por qué les contaba a todos que él tenía el traste hecho llaga de tanto estar en cama? ¿Por qué, si eso le dolía a él más que la llaga misma? ¿Por qué hablaba a cualquiera de su costumbre de chuparse el dedo —siempre el mismo: el meñique de la mano derecha— si él no podía dejarlo, si eso era como una acción instintiva, inevitable e inexplicable?

—Tiene llagado el trastecito.

Y la gente:

—¡Pobre!

Pero parecía que esto lo decían más de la abuela que de él, como si la abuela se hubiera ganado la compasión del mundo a través de su enfermedad. Como si ella tuviera la herida.

Un día vino la tía Lola. Era joven, de rostro agradable, casi infantil, con unos ojos verdes muy sinceros y buenos y una sonrisa leal, libre de compromisos, una sonrisa de verdadero cariño, donde la lástima no se asomaba siquiera.

—¡Hola, Remo! —le dijo.

—Hola.

Él apenas la recordaba de cuando era mucho más niño. Le traía juguetes en ese tiempo… Uno o dos, porque era pobre. Se había ido a vivir a Linares —Linares parecía el nombre de grandes pastizales, con sauces y lagunas y mucho sol— y no venía desde hacía dos o tres años. Ahora le miraba sin pena, le sonreía y le decía:

—¡Hola!

Cual si sólo ayer hubieran estado juntos. De inmediato la quiso. Tenía una voz tal cual, exenta de inflexiones excesivamente dulces, y se reía a carcajadas con su risa contagiosa, y cuando la abuela empezó a hablar de sus temas —de las medicinas y los frascos y el traste magullado—, la tía Lola parecía no oír. Contestaba apenas “si” o “no”, o movía la cabeza, pero a cada instante desviaba

la conversación para decirle a él algún chiste o preguntarle algo. Cuando la anciana mencionó que se chupaba el dedo, ella contestó:

—Yo también lo hago a veces. Es rico, ¿verdad, Remo?

Y relató alguna anécdota a propósito.

Si la abuela hubiera salido del cuarto sólo un momento, él le habría contado a la tía lo de los caballos y los jinetes negros, pero la abuela quería contarlo todo…, como si lo supiera todo.

Luego la tía Lola se fue. Partía a Linares al día siguiente.

—¿No me encargas nada de allá, Remo?

Meditó un momento.

—Quiero un huevo de perdiz.

—¡Oh! —dijo la anciana—. ¡Qué tontera!

Mas la tía Lola le prometió que se lo mandaría.

Y se marchó. Diríase que toda la pieza hubiera quedado con algo de su lozanía, de su juventud, de su alegría tan llana. Remo pensó de nuevo que la quería. ¡Con qué gusto se iría con ella a su casa, a la comarca de los sauces y los pastizales! Claro que eso era absurdo. La tía era pobre, y además… Si, él no podía separarse de la abuela. No se atrevía. Le parecía que sí la dejaba no iba a saber ni respirar ni mover los dedos, porque ella se había hecho parte de su vida, se había convertido en algo tan imprescindible e inseparable como su corazón o sus ojos.

—¿Qué haría Remo sin la abuelita? Se moriría mi pobre nietecito.

¡Le decía eso tan seguido! Sonaba a disparate pensar que tía Lola podría alguna vez llevarle en brazos por entre los plantíos de trigo, pasar con ella por debajo de los sauces, que dicen que son muy bonitos…

…Tacatac, tacatac…

Iban dando vueltas cada vez más despacio, se detendrían. Tembló de terror. Se

detendrían. El más negro, el más grande, levantaría su pata dura, caliente, y le empezaría a oprimir la cabeza, lentamente, hasta que comenzara a ver las fatídicas luces amarillas.

Se revolvió en la cama, contorsionado de angustia.

Había pensado muchas veces que en una noche así se moriría. Eso debía ser bueno. La abuela le tenía prohibido hablar de la muerte, pero él pensaba que de seguro se iría al cielo, y el cielo sería como Linares, estarían papá y mamá, y no habría caballos negros, y él podría correr por el pasto, esperando sin impaciencia a la tía Lola, y la tía Lola —aunque se muriera después de muchos años— aparecería joven y bella, con su sonrisa llena de gracia, y le gritaría de lejos:

—¡Hola, Remo!

¿Por qué iba a ser malo desear eso? ¿Por qué la abuela decía que era pecado? ¿Sufría tanto así! Además, ella misma aseguraba que iba para atrás en su enfermedad, en esta dolencia desconocida, sin nombre siquiera. Iba para atrás. ¿Le gustaba eso a la anciana? ¿Sentía ella, acaso, un placer en protegerlo y ser buena, en que la gente la compadeciera?

Sí, quería morirse. Tendría frío cuando llegara la hora. El caballo presionaría más fuerte, más fuerte sobre su cerebro, hasta que perdería la conciencia y no habría nada, y luego despertaría en medio de los trigales, con una brisa muy suave refrescándole el rostro, agitando los calmos sauces, con un bello sol en lo alto —un sol como el que se sentía en el jardín, limpio, tibiecito—; así despertaría, y sabría que todo había pasado, que podía levantarse y correr, porque ya estaba en el Cielo.

…Se detuvieron. El más negro, el más grande, levantó su pata dura, caliente, y le fue oprimiendo la cabeza, despacio, despacio, hasta que empezó a ver las fatídicas luces amarillas. Se durmió. Una gran nada, sin sueños ni sensación de tiempo, invadió su espíritu. Después, poco a poco la oscuridad fue desgarrándose, abriendo paso a una tenue luz. Pero no había pasto en torno, ni sauces ni lagunas. No soplaba la brisa; sólo el aire tibio, viscoso del cuarto. Era la mañana y él no había muerto. Vivía. Seguiría viviendo aún. ¿Cuánto más? ¿Años, meses, horas? Le trajeron su medicina amarga. Luego el plato de avena. Luego el termómetro. La abuela hizo algún comentarlo.

No. No estaba muerto.

La rata

Héctor Tancredo Pinochet Ciudad

En Héctor Pinochet Ciudad (1938 - 1998) las imágenes del horror aparecen como reflejos espectrales de las pesadillas del exilio. Un exilio que subvierte el discurso amoroso de sus “Poemas de amor” (1969), que lleva al extremo la poesía combativa de “Alrededor de todo” (1972), un discurso que se vuelve más ignoto, más fantástico, más grotesco que los cuervos de su “Poesía del exilio” (1980), incluso, llega más allá de las fisionomías de “Parliamo di poesie, di vita e di speranza” (1988). Reconocido como autor y premiado en los campos de la lírica tanto en Chile como la Italia que lo recibe, Pinochet, en las labores propias de los hombres de grandes ideales, trabaja en Bologna por la recuperación de un régimen democrático para Chile, sin embargo, la sorpresa de sus nuevos temores, la profundidad de su anhelo político, las noticias de su tierra y su maleta dispuesta, la de su esposa y la de sus dos hijas, lo hacen soñar en prosa, lo hacen imaginar mundos de horrores, lo hacen recordar que la existencia no solo tiene la ensoñación de la fantasía azul de Darío, sino las racionalidades macabras de Poe, los terrores sobrenaturales de Lovecraft, los escenarios nocturnos de Stevenson, las locuras de Maupassant, los horrores de Bloy, la animalidad de Balzac. En estas meditaciones y lecturas publica en Madrid “El Hipódromo de Alicante y otros cuentos fantásticos” (1986), dando un giro creativo y volcando universos irreales, principalmente oníricos, relatos de signo chileno, pero de referencialidades mundiales. Nada acontece en Chile, pero todo habla de Chile, de lo que nos afecta, de cómo nos definimos. La existencia terrible mana de estos cuentos, en donde el vicio, el canibalismo, la miseria y el abandono hacen a sus protagonistas arrastrarse intentando salvar sus vidas. Pinochet crea metáforas elocuentes con referencias sutiles del trance político de Chile. Luego, de regreso en su patria, publica “La Casa de Abadatti y otras ficciones” (1989), en donde el giro hacia la fantasía es mayor, pero una fantasía de igual signo macabro, con irrealidades supernaturales y angustias existenciales.

“La rata” es un relato exiliado. Fue publicado por única vez en la primera edición de “El hipódromo de Alicante y otros cuentos fantásticos” (Madrid, 1986), no obstante, luego del regreso de su autor y posterior a la publicación de “La casa de Abadatti y otras ficciones”, el “Hipódromo…” se reedita en una edición de tiraje limitado en 1992, sin embargo, por las condiciones económicas y sociales propias del retorno, no le permiten mayor alcance, dejando un relato afuera: “La rata”. La antología póstuma de los cuentos de Pinochet publicada en Chile por Simplemente Editores (2009) toma como fuente la segunda edición del “Hipódromo…”, por lo que paulatinamente el relato va siendo relegado al olvido. No obstante esto, verá ahora la luz por primera vez en su tierra por medio de la presente antología, ya que la fuerza de su argumento, los niveles simbólicos implicados y las representaciones grotescas de una venganza en clave de prosa, lo hacen indispensable para las letras nacionales.

En “La rata”, jotes deambulando y perros hambrientos son los fantasmas que hacen temer una muerte siniestra. Si hay que morir, por lo menos que sea como cristiano, argumenta el protagonista, demostrando que el miedo a la muerte puede ser a su vez un miedo a lo grotesco, puede ser miedo a perder la dignidad, puede ser el miedo a nuestro recuerdo. En “La rata” los miedos simples se configuran para construir un gran terror. Son los devaneos propios de la imaginación, las fiebres de la desesperación, los errores comunes, la simpleza de la incompetencia lo que genera un escenario ridículo, una prisión de manos y piernas, un alimento de bestias de tortura.

Evidentemente creemos ver en “La rata” una mirada al trance político del Chile de la dictadura; sin alusiones explicitadas. No nos es posible dejar de comprender el cuadro soñado de un rey en una tribu de pigmeos que se sublevan en venganza, como el deseo de que la prosa represente la reivindicación, tal como en “El señor presidente” de Asturias, una reivindicación por las atrocidades de los regímenes políticos más violentos.

Héctor Pinochet nace en Santiago en 1938, pero muere de manera fulminante en 1998. Su muerte fue tan fantástica como sus relatos, una muerte sorpresiva en el balneario de Pichilemu, en medio de una caminata solitaria de libros bajo el brazo, dejando obras sin publicar que, por su fuerza propia, quieren salir a la luz.

La rata

Llegaron acezando, doblándose de cansancio, casi muertos. Se sentaron sobre un montón de vigas reverdecidas por la humedad. Se oyeron ruidos como de rasguños sobre la tierra cuando ratas y lagartijas escaparon entre los desperdicios. Los hombres se miraron con ojos entornados, cuncuneando, apremiados por la respiración sofocada. Por fin, el más obeso, preguntó, tragándose las palabras: “¿Es aquí, teniente?” El otro movió afirmativamente la cabeza. Después contestó, desdibujando un quejido, “sí señor, aquí”. Entonces el gordo echó todo su cuerpo sobre los palos y con la boca abierta hacia lo alto siguió tragando y botando aire, mirando el techo descascarado, las paredes trizadas y el pedazo de ventanal que sus ojos apenas divisaban. Pasaron algunos instantes antes de que volviera a preguntar:

—¿Está seguro, teniente?

—Seguro, señor. Pero —advirtió—, todavía tenemos que bajar a los subterráneos.

Permanecieron otro rato. Respiraban en silbiditos, como si se quejaran.

—...Y tenemos poco tiempo —agregó el teniente.

—Entonces vamos —dijo el gordo, revolviéndose en la madera.

Se levantaron entre lamentaciones de huesos y crujidera de palos. Se sacudieron el musgo.

—A pesar de que les llevamos una buena ventaja, no es así, teniente —preguntó afirmativamente el gordo, secándose con la manga la transpiración de la cara. Como el otro no respondiera buscó con sus ojos la confirmación debida.

—Sin duda, señor. Pero siempre es mejor no fiarse —dijo el teniente, notando un poco tarde que había empleado un tono más servil que el de costumbre—. Aunque es muy difícil que nos localicen ahora, con la confusión que hay. Claro,

con todo, donde estaremos verdaderamente seguros será allá, en el subterráneo —insistió.

Ahora el gordo creyó entender que la sagacidad del teniente se parecía mucho al miedo y él también sintió un escalofrío.

El teniente partió adelante. Conocía el camino. Se introducía por los vericuetos de los muros y culebreaba entre los escombros con una familiaridad asombrosa. Todo era silencio. Empolvadas hojas de una vetusta higuera se colaban por las hendiduras confundiéndose con la zarzamora que inundaba por todas partes el interior de la tétrica casona en ruinas. Un lagarto enorme y verde corrió a perderse bajo las espinas. Ante una muralla cubierta de zarzas, el teniente se detuvo y dio una mirada inspectiva.

—Es aquí —dijo.

Apartó unas ramas y metió un brazo entre el muro y las lianas espinudas. Empezó a trabajar. Por los gestos que le desfiguraban la cara, el gordo dedujo que el pobre hombre se estaba desgarrando la piel en los arbustos. En seguida se oyó un ruido espeso, como de gruesas cadenas que se liberaran.

—Ya —dijo el teniente y sacó la mano.

La tenía tatuada de líneas bermejas. Un rumor chisporroteante y la zarzamora comenzó a moverse. Parecía que se hinchaba, que se venía encima de los hombres. El teniente apartó suavemente con los brazos al gordo y la verde cizaña pasó lenta junto a ellos como un inmenso monstruo vegetal que de pronto se hubiera echado a caminar por el mundo. Centímetros más allá se detuvo: era una puerta. La negra boca de la entrada apareció ante ellos. El gordo la miró. Fue cuando por primera vez vislumbró el pañuelo, que venía de allá, que era como una nube, como un trapo, se dijo. En ese instante el tiempo se clavó en su sangre y tuvo la impresión de que cualquier paso que diera le parecería cosa del pasado, o del futuro impreciso.

Con la misma desenvoltura que le permitían los al parecer profundos conocimientos del lugar, el teniente se introdujo y movió ciertas palancas. Toda la galería se llenó de luz. El gordo quiso hacer una pregunta, pero el teniente, creyéndola adivinar, se apresuró a decir que no, no se preocupe señor, no dejamos rastros, todo esto es pura piedra, roca viva, y en la roca no quedan muy fácilmente las huellas.

El gordo entró y el teniente movió otra palanca. La puerta se cerró con la misma negligencia de antes.

—Ahora es muy difícil que nos descubran, señor —dijo el teniente y esbozó una ancha sonrisa que el otro no compartió.

Sólo se limitó a decir con rostro serio: “Mejor que nos apresuremos, teniente”.

Sin duda había perdido toda arrogancia autoritaria. El “mejor que nos apresuremos” le salió inflexivo, falsificado, más lleno de solicitud y angustia que de indicación perentoria. En cuatro días, la montaña que fuera estos últimos años, había declinado a la trivial miniatura de un ser casi indefenso. Quienes colaboraron con él, sus más allegados, lo notaron de inmediato. Algunos sintieron pena, lástima; otros, sencillamente asco. Sus actitudes, imposibles de prever y sus uno y mil dobleces, no dieron nunca para ser querido. Así iba pensando ahora el teniente. También al principio lo consideró su ídolo. Creyó en él como en un demiurgo. “Es único —recordó que comentaba con los amigos—; todo lo transformará para bien de la patria. Seremos un país potente y respetado”. Pero en cuatro días, en sólo cuatro días…

Absorbido por estas desilusiones iba cuando llegaron a una segunda puerta de hierro. De sus bolsillos sacó una llave pequeña y la introdujo en un costado de la galería, por una ranura muy bien disimulada en la roca. La dejó allí y puso atención a su reloj pulsera. Pasaron algunos segundos. Arriba, sobre la puerta, se encendió una lucecita roja. Quitó la llave y el hierro comenzó a partirse.

—Se necesitaban estas precauciones —explicó el teniente, mostrando un cierto embarazo. El gordo hizo un gesto de comprensión. La nueva abertura desnudó la boca de un pozo y el inicio de una escala de piedras que como las antiguas mazmorras se prolongaba en espiral al subterráneo.

Empezaron el descenso. Atrás la puerta se cerró sin que el gordo supiera cómo. Bajaban silenciosos escuchándose el ruido de los tacos, conteniendo esa sensación de angustia que producen los rincones sombríos, disimulando deseos de presencias, de lugares lejanos. Llegaron a la planta baja y el teniente volvió a encender nuevas luces. Una amplia estancia apareció ante ellos. Era una pieza de formas irregulares, de base más bien trapezoide. Evidentemente había sido labrada sobre la roca viva. “Trabajo de esclavos” —pensó el gordo. Por cierto, aquello le daba un aspecto tétrico, abismal, como si se tratara del fondo helado

de una espaciosa tumba. A un costado se veía un escritorio y detrás de él un cómodo sillón antiguo todo forrado en cuero de napa. Sobre el escritorio un teléfono (después el gordo supo que ya no funcionaba), papeles, diversas tintas y lápices un tanto desordenados que mostraban el apresuramiento con que el lugar había sido abandonado. Tres puertas de barrotes de hierro, una al costado de cada muro, ponían fin a la ornamentación de la sala. La luz provenía de potentes focos ubicados en los ángulos superiores, todos los cuales convergían hacia el muro que daba frente al escritorio.

Hacia allá se dirigió el gordo y raspó con la uña una mancha lacre orbitada de salpicaduras. Después miró hacia el escritorio. Los focos lo iluminaban de lleno haciendo resaltar su fofo rostro oliváceo. Quién sabe qué pensamientos cruzaron por su interior en ese momento, pero cualesquiera que hubiesen sido —si los hubo—, fueron rápidamente aventados por el ruido chirriante de fierros al rozarse: el teniente estaba abriendo otra puerta.

—No será muy agradable, señor, pero no hay alternativa —dijo el teniente, esbozando una sonrisa ante la situación irónica y mostrando con la vista las celdas pareadas. Esta vez el gordo lo acompañó. Era la primera vez que el teniente lo veía sonreír, aunque con desgano, en estas decenas de horas durante las cuales no se apartó de él ni por un segundo. Claro que las celdas están todas vacías —agregó.

Rápidamente abrió las otras puertas reforzadas. Cada una mostraba un boquerón negro que él iba iluminando con ágiles bajadas de palancas. Con la luz aparecieron largos y estrechos pasadizos, y en los dos primeros, a ambos lados, se podían ver las hileras de barrotes acerados y arriba el número de cada celda. Al encenderse las lámparas del último boquerón, al gordo le pareció escuchar ruidos lejanos. En verdad hacía bastante rato que estaba percibiendo en lontananza esos extraños rumores. De ello no había querido dar parte al subalterno por no descubrir ante él debilidades y temores. Pero ahora, al hacerse evidentes, insinuó un gesto de interrogación que el otro captó en seguida.

—Ah, cierto —dijo— se me olvidaba lo de los perros.

Y echándole una nueva mirada a su reloj, agregó: “Todavía nos quedan algunos minutos para que le explique. Por lo demás, todo esto es muy simple”.

Lo invitó a que tomara asiento. El gordo giró en torno al escritorio y dejó caer su

cuerpo en el sillón haciendo crujir el cuero bajo su peso. Tomó un lápiz y empezó a jugar con él disimulando el nerviosismo. El otro, sobándose las manos, comenzó a pasearse.

—Es muy sencillo, señor. Cuando yo salga, usted controla su reloj y desde ese momento deja pasar una hora y quince minutos. Al cumplirse este lapso, deberá dirigirse por ese pasillo hacia el fondo. (Tomó un plumón del escritorio e hizo una cruz junto a la arista de entrada para señalárselo.) Le recomiendo caminar con paso natural. Yendo de esa manera, en veinticinco o treinta minutos deberá llegar ante una reja. La va a encontrar cerrada. Esa reja se abrirá automáticamente cuarenta y cinco minutos después de iniciado el ciclo, por lo cual deberá esperar pacientemente junto a ella hasta que se abra, es decir, unos quince o veinte minutos, todo depende del tiempo que haya empleado en llegar hasta allí. Permanecerá abierta lo suficiente para permitirle pasar tranquilamente antes de volverse a cerrar gracias al mismo mecanismo.

El teniente detuvo ahora sus pasos y miró al gordo, que sin levantar el rostro, estaba tomando apuntes.

—Por favor, señor, le ruego que me diga si hasta aquí he sido claro. En caso contrario puedo repetir. Tiempo todavía tenemos.

El gordo, sin dejar de escribir, le dijo que estaba claro, clarísimo, teniente; continúe no más.

El teniente dejó de mirarlo. Se tomó las manos por detrás y observó el suelo en señal de concentración. Como si recitara, continuó:

—Una vez cruzada la reja, todavía deberá cubrir un trecho no muy largo. Serán unos cien metros que deberá pasarlos en tres, cuatro minutos. Al final se topará directamente con la salida, la cual, evidentemente, se encontrará cerrada. Se trata de un tapón, una especie de escotilla de submarino toda de acero y de forma circular. Al igual que la reja, usted esperará algunos minutos. Después el tapón comenzará a abrirse, a abrirse lentamente. Cuando llegue a su límite, se producirá un sonido corno de picaporte. Desde aquel momento usted tendrá tres minutos para salir. Es un tiempo, señor, suficiente, suficientísimo; pero... ¡perentorio! Total, no creo que haya problemas: no, no los habrá. Basta con seguir al pie de la letra estas instrucciones. Cierto, no está demás precaverse. Esa puerta, el tapón ese, se cierra de golpe, es hermético. Y, bueno, se va a topar con

la luz del día —al otro lado del cerro—, y allí estarán las piedrecitas blancas de las que ya habíamos hablado y usted las sigue, las sigue sin preocuparse de nada porque desde esta mañana hay una guardia especial camuflada en los matorrales que lo estará protegiendo hasta que llegue el helicóptero de los gringos que lo sacarán afuera.

El gordo había empezado a jugar con el lápiz y a emitir un nervioso ¡hum! ¡hum! en señal de que eso estaba archisabido.

—Bueno —se apresuró a decir el teniente, notando la prisa del gordo—, volviendo a lo nuestro, es necesario que le diga por qué deberá esperar aquí una hora y quince minutos.

Respiró hondamente y se metió las manos en los bolsillos. Apoyó las espaldas en el muro y dijo:

—Muy sencillo. Usted sabe que este mecanismo lo hemos utilizado todos estos años y con resultados muy óptimos, prueba de ello es que nunca nadie ha sospechado de que operábamos en este lugar.

De nuevo el gordo empezó a impacientarse.

—Lo hemos utilizado —siguió el teniente—, cada vez que el lugar quedaba sin custodia. Y está matemáticamente calculado para que el proceso total dure dos horas y trece minutos exactamente. Al darse inicio al ciclo mecánico, comienzan a funcionar unos termostatos que después de una hora y quince hacen emitir, a través de los ojos espías colocados a ambos lados del pasillo, señales fotónicas que se cruzan entre sí, algo parecido a lo que se usa en ciertos ascensores. En todo el trayecto hay quince. Cuando se pasa cortando estos rayos hasta el último, se apagan automáticamente las luces de la galería y se encienden sólo las de la primera reja. Después de traspasarla y al cerrarse nuevamente, se encienden las luces del resto del trayecto. Al mismo tiempo, a través de otro dispositivo especial que trabaja combinado a la reja, se abre la jaula de los perros —los cuales ahora, debido a las circunstancias, están hambreados al límite—, y ellos serán toda la vigilancia que restará en este lugar.

El teniente volvió a consultar su reloj. El gordo había terminado sus apuntes y los revisaba con el ceño fruncido. Se produjo un hondo silencio que el teniente interrumpió para decir: “Aún nos quedan un par de minutos, señor: no sé si tiene alguna duda…”.

—¿Cuántos son los perros? —preguntó el gordo, nada más que por preguntar, por simular distracción mientras seguía con los ojos clavados en los apuntes.

—Unos cuarenta serán —dijo el teniente—. Son los que usábamos para los interrogatorios —y esto último lo agregó sin que al gordo le afectara en lo más mínimo el detalle.

—Bien, señor, estamos casi en la hora. Voy a poner en función el mecanismo.

El gordo guardó la hoja de papel y se quedó mirándolo. Al pasar por la luz de los potentes focos, el rostro del teniente se dibujó más pálido y huesudo que de costumbre. Lo vio dirigirse a la entrada de aquel importante pasillo y detenerse a un costado. De los bolsillos de la guerrera sacó una de aquellas diminutas llaves y la introdujo en la ranura. Abrió una portezuela y dejó a la vista un tablero erizado de pequeñas manillas y botones de vidrio encendidos en verde y rojo. Involuntariamente el gordo lo asoció con el comando de los helicópteros y sus innumerables viajes por el cielo. Se acordó de aquel general, de la bomba, de los fierros retorcidos…; el rostro de la mujer, las lágrimas, su pésame; las llegadas al edificio color marrón, los aterrizajes en la azotea…

De pronto, como si despertara, dio un salto y preguntó:

—¿Ya?, ¿debo ya controlar la hora, teniente?

—No, señor; cuando yo se lo diga.

El gordo se volvió a sentar un poco avergonzado. El teniente seguía manipulando palancas y apretando botones. Consultó por última vez su reloj e hizo girar la manilla final.

—¡Ahora, señor! —dijo, cerrando el tablero.

El gordo miró la hora: eran las tres clavadas. Se sonrió satisfecho. Le dirigió una mirada de admiración y movió de arriba a abajo la cabeza en señal de aprobación. El oficial aceptó aquello con una leve sonrisa. Se puso frente a él y se cuadró como en sus mejores tiempos.

—¡Misión cumplida, mi general! —dijo.

Después de un momento, que creyó necesario para dar tiempo al superior a que

tomara nota de su profundo respeto, prosiguió en tono castrense:

—Al despedirme de usted, mi general, le recomiendo no manipular artefactos o dispositivos electrónicos que pueda encontrar a su paso, ni entrar al pasillo de salida antes de la hora indicada; pudiendo, sin embargo, pasearse todo lo que quiera por los otros dos, que corresponden a celdas deshabitadas.

—¿Y estos papeles, teniente? Aquí hay listas completas de detenidos.

—No se preocupe mi general. Dos horas después que usted haya tomado el helicóptero, esto saltará hecho añicos.

Volvió a extender esa enorme sonrisa.

—...Dejé andando el dispositivo correspondiente —agregó—. Es todo automático. ¡Buena suerte, mi general!

—Gracias —le respondió su jefe, más preocupado que melancólico.

El teniente giró sobre sus talones. Taconeando y a grandes trancos se perdió en el recodo.

El general lo escuchó subir uno a uno los duros escalones. En el silencio insondable parecíale verlo ágil, levantando sus rodillas, dejando caer los tacos, emitiendo sonidos viriles sobre la piedra. Cuando sintió el chirriar de goznes al abrirse el primer cancel, encontró la coincidencia tan natural porque hasta allí lo había estado siguiendo con la exactitud angustiosa de su mente, y cuando el hierro se cerró, también, y aún lo siguió más allá, a pesar de que el silencio se dejaba caer con su sopor de tumba.

Al principio se entretuvo en eso, en la persecución mental del subalterno. Pero después los recuerdos se agolparon en sus sienes pujando por hallar salida, como si muchas avispas le buscaran, revoloteando, la ventana en penumbras del cerebro. Indudablemente el silencio conspiraba. Y los ruidos lejanos, los ladridos.

Tomó una de las listas y se encontró con nombres conocidos. Instintivamente la enrolló y la arrojó al cesto de los desperdicios. Pero bajo aquella lista había otra, y otra, varias con nombres marcados con tinta roja, tarjados, puestos entre comillas o simplemente escritos con mayúsculas. Se puso de pie. Se sentía

adolorido, machucado. Caminó en círculo por la habitación. Miró otra vez los muros, tocó su superficie. Volvió hacia el escritorio y con los dedos se puso a jugar en la madera, buscando distracciones banales. Pero el tamborilear de sus uñas sobre el leño le recordó de inmediato la tragedia insoportable de la huida. Dejó de jugar y trató entonces de repasar con el pensamiento las instrucciones recibidas.

Tuvo dudas.

Buscó el papel que según él debía estar encima del escritorio. No lo halló. Un terror espantoso le trabó la mandíbula. Empezó a buscar, a repasar las hojas, pero lo único que encontraba eran nombres, nombres y nombres. Entonces, electrizado por el miedo, se abalanzó sobre el botapapeles y extrajo con ansiedad su contenido: era sólo una lista, la que él había arrojado allí. Le vinieron deseos de gritar, de tirarse el pelo, de llorar. Y mientras hurgaba y revolvía, la desesperación iba in crescendo. Gateaba por debajo del escritorio, daba vueltas la poltrona, escudriñaba los ángulos. De pronto lo asaltó una duda terrible: ¿y si se lo hubiera llevado equivocadamente el teniente? Pero ¡cómo! ¡No, no, imposible, el teniente no había hecho otra cosa que dictarle, lo saludó y se fue! ¡Ningún contacto más, sólo el saludo, el taconeo y basta…!

Se sintió desfallecer. Iba a dar rienda suelta a su desesperación cuando de pronto se acordó y empezó a darse manotones en el pecho, a los costados, atrás, en cada lugar donde había o podía haber un bolsillo. Finalmente introdujo la mano y lo encontró. Dio un hondo suspiro y lo extrajo, lo desplegó con delicadeza, lo miró por unos instantes y se lo guardó.

Con pasos de tullido se acercó al sillón y se dejó caer desfalleciente. Los perros ladraron allá lejos. Y un grillo, venido quizá de dónde, desató su timbre de agonía.

Cuando se sentó y recostó su cabeza sobre el brazo doblado encima del escritorio, al hombre obeso le vinieron apurados deseos de dormir. Apenas cerró los ojos y ya parecía que su cuerpo iba adquiriendo cualidades acuosas y como tal le prodigaba la bella sensación de disolverse. Era como si el cansancio lo liberase de todo peso, transformándolo en una dulce pluma cayendo en las profundidades etéreas del sueño. Y, sin quererlo, o, sin pensarlo, se dejó arrastrar por esas alas celestes, fugándose en las nubes, hundiéndose en la niebla.

Era el rey de un pueblo de pigmeos. Vivía bien, ordenaba, tenía tuición sobre la vida y la muerte. Cada pigmeo le temía: los que vivían sobre la colina, los que moraban allá abajo, entre los roqueríos. Ahora él venía corriendo. Era evidente una sublevación general. Detrás de él, cada vez los veía más grandecitos, y esto no tiene sentido, parecieran ellos los gigantes y yo un liliputiense, sí, sí, así es, me van a alcanzar, cada uno es tan alto como un cerro, esa enorme suela me va a aplastaaaaar!!...

El grito retumbó en las galerías y esparció ecos fantasmales de ¡aaaaaaaah! El gordo dio un salto de felino. Con desesperación de loco se subió la manga para ver la hora. Eran las 15:30. Los perros habían multiplicado sus ladridos y estos parecían poblar todos los rincones.

Se pasó las manos por la cara. La sintió sudada, grasienta. Había experimentado una angustia terrible. Los nervios se lo estaban comiendo. Entonces intentó dominarse. No era bueno dejarse llevar. Si no se tranquilizaba, podía cometer cualquier torpeza, sobre todo cuando llegara el momento de combinar con precisión cada movimiento en función de los mecanismos perentorios. No podía fallar. Fallar significaba la muerte. Ante esta posibilidad un escalofrío de hormigas recorrió su epidermis.

Estremeciéndose, pensó: ¿y si se hubiera quedado dormido más allá de las 16:15? ¿Si se hubiera despertado cuando ya todas las palancas y todos los circuitos hubiesen funcionado…?

De nuevo sintió la sensación de escalofrío y una flecha de hielo le atravesó los intestinos. Claro. Tenía que serenarse. Si le daba por pensar en cosas trágicas hasta el transcurrir del tiempo le produciría pavor. ¿El tiempo…? ¡Caramba! ¡No había pensado en eso!

Se subió de nuevo la manga y con ojos desorbitados escudriñó su reloj, refregó el vidrio, se lo puso en la oreja: estaba andando. Andaba. Pero ¿y si se detenía…?

Desabrochó la pulsera y con delicadeza de flor lo desprendió de su mano. Era todo de oro, valía una fortuna. “Y además es exacto, será un gran compañero” le había dicho el japonés, ese enviado comercial con el cual sellara la suerte de la pesca en las islas. “No, no se le da cuerda; es electrónico, al cuarzo, la batería le dura más de dos años, para cambiarla usted lo toma, ve aquí, eso es, y con una

monedita lo abre y se la cambia, sólo diez segundos y ya, listo; aquí tiene para un siglo" Y le había entregado la pequeña bolsa con las obleítas metálicas. Se buscó en los bolsillos. No, ni rastro de las obleítas. Imposible. ¿Quién iba a llevar en los bolsillos esas porquerías que se cambiaban cada dos años?

Se puso el reloj. Trató de pensar en otra cosa, en su casa, en el Paraguay, en el verde prado donde estarían los suyos —porque ya estarían allá—, y muchos amigos esperándolo, los más leales, los de siempre…

Volvió a mirar la hora. Le parecía que el aparatito marcaba el paso, que si se movía, lo estaba haciendo muy lento, como si de un momento a otro se fuera a detener. Entonces le vinieron deseos irresistibles de confrontar la hora, de saberse seguro, de ubicarse con exactitud en el tiempo. Pero la evidencia de su soledad, la espesura del silencio, la realidad ermitaña de su existencia única, lo hicieron cerrar los ojos y llevarse las manos al rostro para cubrir con un manto de oscuridad el momento de insólito ostracismo. "No. Tengo que inventar algo. ¡Y luego!" —se dijo—. "Algo que pueda distraerme".

Se puso de pie. Dio algunos pasos y se detuvo. Las piernas las tenía agarrotadas, entumecidas. Cierto, no era para menos. Aquel bruto del teniente anduvo exagerando. Lo hizo correr tanto por esos campos… Y, claro, él ya no estaba para esos trotes. Además, con esa contextura… Era natural que las piernas se resintieran. Y lo que más le dolían eran los muslos y las pantorrillas.

Se agachó para frotárselas. Mejor ni haberlo pensado. Apenas se hubo inclinado un poco, y ya se sentía clavado por la aguja de un tirón. Regresó a saltitos a la poltrona y se dejó caer como un saco. Se puso a frotar con un ayayaycito la pierna acalambrada. Era tan agudo el dolor que el hombre no sabía qué hacer para evitarlo, y daba manotones y se pegaba en la pantorrilla, y por último se arrojó al suelo revolcándose y soltando alaridos que volvieron a despertar la furia de la jauría lejana.

Poco a poco pudo estirar la pierna. El músculo, adolorido aún, se le antojaba una larga herida producida por un arma cortante. Se estuvo sobando y lamentando, dándose pequeños golpecitos para ablandar la bola, echándose saliva y mirando para todos lados a ver si encontraba algún surtidero de agua, un lavamanos, algo…

No se atrevía a enderezarse. Sabía que al doblar la pierna el músculo se

recogería y aparecería de nuevo aquel suplicio. Estaba sentado en el suelo, de espaldas al escritorio. Si utilizaba un brazo intentando subirse a pulso, quizás sí lo consiguiera. Estiró la mano y buscó el borde del mueble. No era tan alto. Podría incluso levantarse si lograba hacer flexión con el codo en ángulo sobre la superficie.

Lentamente se fue alzando. Pero era demasiado peso para un brazo y una pierna, y tuvo que sentarse. Se estiró en el suelo y, reptando como pudo, se dirigió hacia el muro. Allí se quedó boca abajo, acezando, levantando pequeñas nubecillas de polvo con su aliento.

Se puso de espaldas y miró la hora. Faltaban veinte para las cuatro. Todavía le quedaban treinta y cinco minutos para calmar los nervios, para distender los músculos, para sobarse hasta dejar en forma esa maldita pierna acalambrada. Se enderezó con los codos y apoyó la espalda en el muro. Y allí se estuvo sobando largo rato. Cuando pensó que ya bastaba, con la ayuda de travesaños y barrotes de la puerta contigua se fue levantando a duras penas. Los dedos le sangraban, pero se puso de pie. Tenía el rostro sucio de tierra y sudor. Pero casi se sentía alegre. Aún le restaban cerca de veinte minutos de espera. Revisaría con calma las instrucciones. De pie, eso sí. No, mejor no. Se le cansarían las piernas y volverían los calambres. Caminando como momia se acercó al sillón. Lo hizo girar con movimientos estereotipados y esforzando los brazos se sentó tratando de doblar mínimamente las piernas. Sacó el papelito y leyó y releyó las instrucciones. Entonces el pavor lo envolvió. ¿Y si no alcanzaba a recorrer en cuarenta y cinco minutos el trayecto de los ojos fotónicos? ¿O, peor aún, si le volvían esos malditos calambres? Debía cruzar todo el espacio con paso regular, pero ¿era posible caminar normalmente como él se encontraba…?

Le quedaban minutos preciosos todavía. Se desató el cinturón y fue liberando uno a uno los botones de la bragueta. Apoyándose en los brazos del sillón se puso de pie y los pantalones cayeron al suelo. Con las piernas al descubierto, se puso a frotárselas desde los muslos a las pantorrillas, sin hacer caso de su abultada barriga y de la ciática que parecía romperle la cintura. Después se sentó con las piernas estiradas, y, encogiendo un poco aquella sana, se inclinó para subirse el pantalón. A duras penas logró cogerlo de las pretinas; y con mayor trabajo aún pudo abrochárselo. Pero cuando quiso alzarse, involuntariamente recogió la pierna. Un alarido de bestia se le escapó al momento y sin poderlo evitar rodó por el suelo tomándose la pantorrilla, el muslo, pateando desesperado. Quizás cómo logró ponerse de pie, dio unos saltitos por la estancia

y de nuevo rodó gritando y pataleando.

En uno de estos saltos volvió a quedar de pie, puso las piernas lo más tiesas que pudo y se dejó caer sobre el escritorio. Lloraba. Si hubiese podido mirarse en un espejo, habría visto dos ojos encuencados, un abanico de mechas tiesas tapándole la frente y dos bigotes prolongados en suciedad de polvo y grasa. Pero no era eso, por cierto, su tormento. Lloraba porque se sentía inválido, porque tenía que atravesar…

Miró el reloj. Eran exactamente las cuatro. Se lo puso en el oído y dejó de sollozar para escuchar si andaba. Qué suerte; marchaba todavía. Siguió sollozando. La posición le permitía descansar un poco, pero no podría seguir allí por mucho tiempo. Las piernas se le cansarían y tenderían a doblarse. Después, el calambre sería inminente.

Manteniendo tiesas las piernas, con los brazos hizo una flexión de muerte. Pudo enderezarse. Quedó como una estatua. No se atrevía siquiera a mover los párpados. Así permaneció varios minutos. Sí, faltaban sólo siete para que comenzara a funcionar el ciclo. Debía acercarse a la entrada del negro boquerón.

Dio los primeros pasos de momia. La mandíbula le temblaba. El pavor y el instinto luchaban contra la fatiga y los dolores terribles. Pero él se movía. Iba rezando.

Pasó por la reja del primer pasillo, ese de las celdas. Se afirmó en los fierros justo para sentir los ladridos y aullidos lejanos. Sin detenerse llegó a la otra entrada y alcanzó a divisar la hilera de puertas enrejadas y hacia el fondo el pasadizo inmenso. Quién sabe por qué le cruzó la idea de que pudieran quedar personas detenidas. Quién sabe por qué, ya que él no pensaba; iba rezando.

Sin dejar de pronunciar versículos levantó la vista para cerciorarse de que se acercaba a la entrada del pasadizo suyo, el de la cruz. Ahí estaba. Pero atención a la hora: faltaban cuatro minutos. El gran boquete mostraba su garganta oscura. Se apoyó en la arista del pilar de hierro y esperó.

Cuando el reloj marcaba las 16:15, unos rayos de luces horizontales atravesaron a baja altura el túnel hasta el fondo, y nuevas lámparas se encendieron por el techo. Al hombre obeso le vinieron incontenibles ganas de correr, de cruzar ese infierno de una vez por todas y de salir de aquella tumba, de respirar el aire puro de la tarde. “Pero me tengo que serenar”, se dijo, y se puso a caminar con sus

pasos ateridos.

A pesar del dolor y el cansancio, estimó que su velocidad se aproximaba a lo normal. Indudablemente, le costaba andar con esas piernas tiesas. Sabía que bastaba una pequeña flexión, la insinuación apenas de regular el paso, para que aquel desgarrón eléctrico lo contrajera entero, lo arrojara por tierra, lo matara en vida. Menos mal que el piso era de asfalto liso, lo que facilitaba su caminar hierático. Pero ¿hasta dónde duraría aquello…?

Siguió avanzando mientras sudaba helado. Se estaba acercando a uno de los rayos que cortaban el pasadizo a la altura de un metro. Se concentró en él y creyó poder apurar el paso. Aún quedaban unos treinta metros y ya había recorrido quizá cien, u ochenta, o ciento veinte, quién lo sabía. Parecía que las piernas se negaban a obedecer. Si las pudiera doblar, aunque fuera un poquito, ¡ah, entonces todo cambiaría!

Pasó frente a una ventanilla. Quién sabe para qué servía esa ventanilla. Ahora estaba a punto de cruzar esa luz. Sin darse cuenta estaba recurriendo a los músculos gemelos. Levemente, tal vez inducido por el deseo de pasar pronto el endemoniado rayo.

Lo cruzó. En el silencio sintió sonar un mecanismo. Giró el rostro: el rayo se había extinguido. Controló su reloj: había empleado seis minutos. Si los rayos eran quince, a ese paso cruzaría la distancia en ¡noventa minutos…! ¡Y sólo contaba con cuarenta y cinco!

Tenía que apurar. Debía apurar. No podía elegir. Apurar, apurar era lo único ¡apuraaar! —sintió que le gritaba su cerebro…

Pero, al mismo tiempo, no podía forzar in extremis. En todo caso, aceleró cuanto pudo. Estaba doblando peligrosamente las piernas, pero trató de desentenderse. Si los músculos se calentaban, podrían responder ¡debían responder!

La galería se prolongaba en una curva interminable. Caminaba ahora con paso normal, y, sin embargo, sabía que iba demasiado lento. Cojeaba. Era natural. Los tendones estaban sumamente resentidos, no podía ir más rápido, en el apuro todo se podía perder. Empero, al mismo tiempo, por un segundo podía ser traicionado por el mecanismo de la reja. Sudaba. Nunca había sentido tantas ganas de llorar, nunca siquiera sospechó que podría encontrarse en una situación que lo reduciría a un ser tan infeliz, tan desgraciadamente solo, y quería llorar, llorar, llorar

inconsolablemente ahora. ¿Por qué no había alguien allí que lo ayudara? ¿El teniente, por ejemplo? ¿Él, en quien realmente confiaba?... Cierto que el teniente argumentó sus razones: despistar, arriesgar la vida por él. Un buen muchacho, claro. Pero ¿no hubiera sido mejor que se quedara? ¿Acaso no hubiera servido más aquí, donde estaba a punto de morir atrapado como rata?

Notó que ahora los músculos obedecían, que estaba caminando de modo casi normal. Dio un suspiro de alivio. De la cintura para abajo tenía todo como si lo hubiesen apaleado ¡caramba!, pero las cosas parecían estar saliendo mejor…

El segundo rayo lo cortó en forma impecable. Sin detener el paso miró su reloj. En este tramo empleó sólo tres minutos. ¡Un gran avance! No olvidaba en todo caso que debía reducir más el tiempo entre cada punto, puesto que contaba con sólo treinta y seis minutos para cubrir el resto.

Aceleró otro poquito y agudizó más el ángulo tras la rodilla.

Estaba a pocos metros del tercer rayo cuando sintió el tirón. Fue como si le hubiesen arrancado el tendón de la pierna, pero el calambre afortunadamente no se produjo. Se vio obligado a reducir la marcha. Bajo estas condiciones atravesó la luz, acentuando la cojera, dándose ánimos para mirar la hora.

A pesar de todo había empleado solamente dos minutos. Quizá si mirando bien las cosas este tramo resultaba más corto que los anteriores. Pudiera ser. En todo caso —y ojalá así fuera— podía confiar su triunfo a la esperanza de que la distancia entre las luces se acortara gradualmente.

El cuarto y quinto los pasó a un promedio de dos minutos, lo cual significaba que las posibilidades aumentaban, todo dependía de que esa maldita pierna no se agarrotara.

La curva de la galería estaba cambiando de ruta. Ahora se deslizaba hacia la derecha y daba la impresión que a través de una leve pendiente. No lo podía asegurar. En la Escuela Militar le habían enseñado que la ilusión óptica que se produce al atravesar un túnel está condicionada por el estado sicológico del viandante, llámese ansiedad, terror o claustrofobia. En todo caso, si era una ilusión, venía más en su ayuda que a aumentar su grado de desesperación.

Ya iba en el octavo flujo luminoso y seguía caminando sin mayores problemas. Incluso había reducido ostensiblemente el gasto de tiempo, puesto que al pasar

por ese punto llevaba empleados en total veintidós minutos. Es verdad que el teniente tenía calculado entre veinticinco y treinta minutos para todo el trayecto. Pero no era menos cierto que él estaba salvando esa distancia en condiciones calamitosas, y que aun así había recorrido más de la mitad y contaba con un resto de tiempo y otro de esperanzas. De pronto empezó a acosarlo una sed espantosa. Sintió la boca engomada, y cuando tragaba —o creía tragar— saliva, la garganta se le contraía en un nudo de dolor, como si las paredes bucales se estrechasen en medio de una herida. Además las piernas estaban acusando los efectos de la dura prueba, y ya no era una, eran las dos que de repente le temblaban. Buscó desesperadamente distraerse en algo. Iba pasando por el noveno rayo y ahora no quiso controlar el tiempo. Sabía, sí, que ese era el noveno y que allá se perfilaba el décimo. Que cuando pasara cortando aquél faltarían nada más que cinco, y después cuatro, tres…

Intentó silbar. Un soplido grotesco le respondió al deseo. Entonces se dijo que mejor sería pensar en el futuro, en su nueva vida, en esa tranquilidad con tantos sacrificios ya ganada. Dinero tenía más que suficiente. Aún contaba con muchos amigos. Allá estaría a salvo. Allá; siempre que lograra llegar a tiempo a la malhadada reja, a la condenada reja esa…

Se pasó la lengua por los labios. Casi le quedó pegada en ellos; tan seca la tenía. Pero era sólo sed, sed, sencillamente sed. ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Miedo…? No. Inadmisible en él…, aunque… Tal vez; diciéndolo con franqueza, un poquito de miedo tenía (¡si alguien leyera la confesión de su conciencia!). Dicen que los hombres valientes también sienten miedo. Él, sin duda, era valiente. ¡Cuántos lo habían reconocido!... Y se lo habían dicho. Claro, muchas veces por adulación. ¡Qué vaina! Eso es inevitable, hombres como él lo han soportado y seguirán soportándolo. Pero, comentarios aparte, él había enfrentado situaciones increíbles. Es verdad que las cosas entonces se facilitaban, eran otras las circunstancias, además los gringos… Pero de tener bofes, los tenía. Sí que los tenía. ¿Acaso otro lo hubiera hecho mejor, con más coraje…?

Pasó por el décimo rayo y consultó la hora: eran las 16:47. Parecía que en estos dos últimos tramos había vuelto a emplear mayor tiempo del previsto. El rendimiento estaba bajando peligrosamente y debía, exigirle más a sus atormentadas piernas. Tomó aliento y se dispuso a forzar la marcha.

La enorme curva estaba desapareciendo y la galería, como el vientre de una boa, se prolongaba hacia el final en una recta levemente en subida. Cojeando, sin

dejar de avanzar, el hombre obeso calculó la distancia: no eran más de cuatrocientos metros. Estaba casi en los umbrales de la meta. A pesar del agotamiento, de la sed y mil y una tensiones soportadas, le bajaron las ansias de correr. Hizo grandes esfuerzos por aguantarse. Sabía que al menor intento podía producirse el desenlace y que esta vez sí, no tendría salvación. Además, correr en esas circunstancias, con ese cansancio, con esa desesperación, con esa angustia…, aunque el calambre no se produjera, terminaría por agotar sus energías antes de los cincuenta metros y entonces perdería toda posibilidad de éxito en la empresa.

Pero..., ¡ni siquiera podía forzar la caminata! Las piernas se negaban a obedecer. De buenas ganas se hubiera arrojado en el cemento y descansado un poco, algo, un par de minutos solamente… Tampoco con eso, por desgracia, le era dado contar. Estaba convencido de que en la primera detención tornarían los calambres… Y, entonces, caería para no volverse a levantar.

Pasó el decimoprimer rayo. Acezaba. Desfigurado por el esfuerzo se mordió los labios y apuró el paso todavía. Tal aceleración no existió. Él creía andar más rápido. Él se engañaba piadosamente a sí mismo.

Alimentando esta ilusión cruzó el decimosegundo y el decimotercero. No quiso consultar el reloj. No tenía ánimos. Desfalleciente, al extremo de sus fuerzas, se la estaba jugando entera a la simple y caprichosa suerte del destino. La distancia del decimocuarto le pareció infinita. A duras penas se fue acercando y se prometió que atravesándolo controlaría la hora. Se lo dijo entre nubes y espasmos y que si no había caso, que se fuera todo al diablo y que entonces haría uso de la pistolita que siempre llevaba en el bolsillo trasero. Incluso la tocó para estar seguro de que allí estaba.

Movía los brazos con la misma desesperación con que arrastraba las piernas. Aunque la niebla del cansancio y las tenazas del miedo no lo dejaban ver, tenía la vista fija en dirección del penúltimo rayo y al avanzar hacia él lo hacía como el toro enceguecido se lanza contra el rojo profundo de su agonía amarga.

Lo cruzó. Sobrecaminando dio una mirada de angustia a su reloj odioso. Creyó ver que faltaban tres minutos para las cinco. ¡Tres minutos nada más para alcanzar la reja, tres minutos solamente antes de que se abriera y volviera a cerrarse para siempre…!

Disipando con esfuerzo los vapores que lo cegaban, fijó otra vez la vista en la vara luminosa. Hubiera jurado que no se divisaba muy distante. Pero a medida que iba avanzando, parecía que se alejaba burlonamente de sus ojos. Hubo un momento en que la vio allá, lejanísima, como si alguien se la estuviera llevando a los confines sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

No era cierto, claro. Era la fiebre de su imaginación. Llevaba la boca abierta y los ojos rojos y desorbitados. Pero la voluntad que le imprimía el miedo era tan grande que todavía caminaba, todavía luchaba contra el tiempo.

Faltaba una treintena de metros cuando vio al trasluz, inmediatamente después del último rayo, la reja deseada. Entre sopores neblinosos se dibujaba quieta, impertérrita, como gozando la desesperación del hombre. Caminó unos pasos, pero no pudo aguantarse más.

Dando un rugido bestial intentó la carrera. El rayo luminoso estaba ahí, a poquísimos metros de su cuerpo. Si lo pasaba, podía ya contar con ese triunfo…

También en esta ocasión creyó correr. Pero lo único que hizo fue trastabillar como un borracho. Se fue de bruces sobre el haz luminoso, y en el momento de cruzarlo las piernas se le agarrotaron en tal forma que rodó dando un enorme alarido y fue a chocar el espinazo contra la reja.

En ese momento empezaba a funcionar el mecanismo. El pobre hombre se tomaba los muslos y pantorrillas encogido como un gusano y dando enloquecedores gritos de dolor. La reja se abría lentamente, en corredera, dejando poco a poco un espacio libre que daba a un patio recién bañado por la luz. El terror pudo más que el dolor. Rodando como bola, el hombre obeso atravesó el cancel y siguió en la otra parte retorciéndose. La reja llegó al punto máximo y con la misma lentitud comenzó otra vez a clausurarse. Pero el hombre no estaba en grado de notarlo. Transformado en remolino, se estiraba y encogía, aullaba como poseído. Tampoco se apercibió de la iluminación meridiana de este lado y de que en el otro había caído la oscuridad cerril. No podía. Los dolores —terribles, enloquecedores— se lo impedían. Su cuerpo semejaba un moño de nervios enrollados, de nudos ateridos, de electrizadas púas que operando hacia adentro y hacia afuera clavaran y cegaran…

A ratos la noche indescriptible, el zumbido de un huracán, la desatada furia de un cielo carcomido, pasaban por su mente como estampas fulgurantes,

enceguecedoras, confundiendo los esfuerzos de su mente por aferrarse a la realidad y la corrosión de la fiebre que lo transportaba a regiones encantadas. Aquel largo pájaro picoteando las nubes, tragándoselas, es engullido a su vez por el petróleo. Qué hermosa estrella crece, y para que crezca mejor crecen las sombras, y para que crezcan las sombras duerme el mundo, y el mundo de repente se estremece, por todas partes esas púas surgen, se arrastran, son retorcidas raíces que buscan y rebuscan, tocan mis piernas, me aprietan, me desgarran ¡¡¡aúúúúú!!!...

—¡¡¡Aúúúúú!!! —se sintió lejano. Fue como una daga larga y filuda que surgió del fondo de la bóveda y se acercó veloz cruzándole las vísceras. El hombre despertó. Sin darse mayor tiempo para descifrar, barruntó de súbito lo de los perros. “Entonces —pensó con lucidez—, el mecanismo ha funcionado. El teniente tenía razón”.

En efecto, una jauría enloquecida venía de la otra parte y se lanzaba contra la reja en avalancha furiosa. Los ojos lupinos brillaban con sus espectros de luz aterradora. Era tanta la fuerza del empuje, que uno de los canes hambrientos no alcanzó a frenar y golpeó su cabeza contra los fierros. La sangre saltó a presión, en chorros, como regadera. El animal cayó al suelo, revolcándose, aullando desesperado. No duró nada así, ni siquiera segundos. Los otros, pelando sus largos colmillos marfilinos, se le fueron encima mordiéndolo, devorándolo. Por un momento no se vio más que una masa en disputa de la víctima. Después empezaron los tirones, los hocicos que se alzaban sanguinolentos, gruñidores, uno llevaba, chorreando, un pedazo de piel viva que tragaba a tarascones; otro, por acá, se apartó con un trozo de carne palpitante, donde un nervio blanco, retorciéndose aún, se le crispó entre los dientes como víbora. Todos engullían, se peleaban, hacían sonar sus mandíbulas duras. Por allá escapó, en troika de asesinos, la disputa de los que no soltaron un muslo que se encogía, daba estertores, y que desapareció con ellos en la sombra. Todavía, cuatro o cinco, se enredaban con el tripaje de restos humeantes.

Al cabo de poco empezaron a mermar los gruñidos, el husmear confuso. Hasta que por fin el triturar de los últimos huesos y los relamidos chasqueantes fueron anunciando el término brutal de aquel banquete. Pronto ya no quedó de la presa más que una mancha oscura dibujada sobre la misma oscuridad del suelo. Pero las bestias, más estimuladas que saciadas, buscaban y rebuscaban, hasta que se dirigieron de nuevo a la reja por donde introdujeron sus morros todavía rojizos, haciendo temblar con sus ladridos los hierros del cancel.

El hombre obeso había seguido la escena con ojos aterrados. Era tal el horror, que por ese lapso olvidó sus dolores atenazantes. Lo único que deseaba ahora era escapar, huir de allí. Ya no le importaba la meta. Si tenía que morir que fuera como cristiano, pero no sirviendo de pasto a aquellas bestias. Arañó la roca de las paredes, cayó, se revolcó. Con esfuerzos supremos intentó rodar hacia arriba, y, a veces, lo logró. El cuerpo le temblaba en convulsiones incontrolables. Al borde de la locura, se puso en cuatro patas. Así pudo arrastrarse algunos metros; pero los brazos se le doblaron. Enterró la cabeza en el suelo y un estallido pirotécnico se esparció por su cerebro. No perdió el conocimiento. Con el rostro ensangrentado se alzó cuanto pudo, se afirmó en los codos y con estos en las rodillas siguió arrastrándose. De su boca manaba espuma amarillenta. Tratando de decir algo, se le formaban globos barrosos en la boca, pequeñas pompas sanguinolentas que reventaban y después colgaban de la barbilla en hilachas titilantes. Avanzó algunos metros antes de caer en cruz, mordiendo el polvo, dando de puñetazos a la tierra, bufando como un toro cansado.

No estuvo mucho rato así. La cercanía de la salvación y la vecindad de la muerte azuzaban con sus filos la desesperación de la lucha. Levantó la cabeza y trató de ubicarse, de medir distancias. Entre los velos de lágrimas y polvo que lo obnubilaban, alcanzó a demarcar contornos, la subida, y allá, entre sombras, creyó ver el final de su tragedia. Apretó los párpados para despejarse la retina y hasta pudo pasarse el reverso de la mano. Pero era mucha la irritación y demasiada la fiebre cegadora. Entonces se dijo que tenía que seguir, seguir si era necesario hasta la muerte, la muerte no lo podía sorprender llorando, luchando sí, luchando, y se decía esto mientras apretaba los dientes, mordiendo sus dolores, tragándose el cansancio, que era como otra bestia devorándolo.

Al principio los codos y rodillas le dolieron más que los mismos calambres. Pero después se adormecieron. Ya casi no los sentía. Si no fuera por esas malditas bolas duras en todos los músculos de sus piernas, si no fuera por ese agotamiento al extremo…

Cuando cayó por tercera vez creyó que no volvería a levantarse. Se le aflojó todo el cuerpo, hasta las garras en sus piernas dejaron de clavarlo. Un vehículo lo transportó por el cielo, y era tan cómodo ese dejarse llevar sobre las nubes que incluso creyó escuchar horizontes de flautas esperándolo. Cada vez el colchón de aire se remontaba con la esplendidez de la caricia y la suavidad boreal de aquel encanto. Pero agudos dolores en el vientre terminaron de golpe con su vuelo. Sacudió la cabeza y volvió a la realidad. Entornó los ojos. Ahora podía ver con

mayor claridad. Y vio, vio la meta. No más allá de veinte, dieciocho metros. Quizá si arrastrándose llegaba. Sí; llegaba. De llegar, llegaba, pero…, ¿cuándo? La hora, caramba, era la hora. No sabía y no quería ya, para qué mirar esa pequeña máquina asesina. Era la hora ya, era la hora, la hora ya y no llegaba…

Entonces ¿a qué seguir? ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Una hora, un día, un año...? ¡El cielo, el verde, el Paraguay, la vida!...

Volvió a alzarse sobre codos y rodillas. A veces empleaba las manos, hasta que se le doblaban. Pero avanzaba. Volvió a caer y volvió a levantarse. Una, diez, mil veces; nunca lo supo. Por las piernas y antebrazos lo empapaba un líquido caliente. Avanzaba. Eso era. Seguir; reventarse, pero seguir. Te disparas, te matas junto al tapón. Pero llegas; llegas; llegas…

Enterró de nuevo la frente y volvió a sentir el estallido. La cabeza se le iluminó con el fuego increíble de la fiebre. Sintió voces que se alejaban por el túnel, que se acercaban, que le rodeaban resollantes; un viento helado, agujas de hielo por el vientre. De pronto cambiaban en canciones, las bellas canciones de su infancia, campanas, ruedos, muchachos de su barrio. Metálicas mariposillas revolotearon en sus sienes, hicieron tintinear sus alitas de plata, mírenlas, cuántas son, si parecen diminutas avecillas circundantes. Sin levantar la cabeza se alzó en medio de ese concierto enajenado y se arrastró un poco todavía.

Cayó de bruces. Ya no podía más. Había hecho todo lo posible. Trató de girar entonces, ponerse cara al cielo… Sólo pudo quedar de costado, junto a una de las paredes de la bóveda. Estiró la mano pegajosa en sangre y con los dedos acarició la brusquedad del muro. “Llevarse, llevarse un último recuerdo…” Hubiera querido llorar… Y sintió eso más allá del fuego, más allá del engaño, más allá de la simple fantasía. En vez de llanto, una mueca de hiel se le rompió en la cara. ¡Cuánta ironía! Hasta las circunstancias se burlaban de su suerte mandándole aquel ruido. ¿Cómo iba a creer, cómo…? El instinto le llevó los ojos hacia la dirección del ruido y lo que vio también le pareció mentira: allí estaba el tapón, bocaza inmensa, hipopótamo lanzando su bostezo.

Se aferró como pudo a las salientes. Se encogió cuanto le dieron sus fuerzas, y, lentamente, empezó a levantarse. De rodillas pudo verlo mejor: ¡si, era el tapón, el tapón abierto, el tapón quizás de cuándo…!

Arañando la roca pudo ponerse de pie. Todo giraba en torno a él. El agujero de la

salida se le escapaba, también como si buscara juguetonamente las orillas de esa ronda grotesca. Con ojos desorbitados y tambaleando como un borracho se lanzó sobre esa garganta de acero. Pensó que había dado un salto magistral, pero el impulso apenas fue un hipo de su cuerpo, una intención truncada. Alcanzó a agarrarse de los bordes de esa mandíbula metálica y sintió que colgaba de ella como si pendiera del mismo tubo de la muerte…

Despertó sobre los palos, junto al teniente.

Cuando el pañuelo sucio de la inconsciencia comenzó a rasgarse, creyó sólo en la fiebre. Al principio fue como una cuerda de luz, y después como un gran tajo azul que pareció metérsele en el alma. Se quedó un momento quieto, no fuera a ser que con moverse lo arruinara todo. Pestañeó seguido para comprobar el hecho y movió los ojos anhelantes, y le subió esa risa ronca y el ventanal, y acá y allá ese muro, el bello muro. Arriba creyó ver un jote grande y lento trazando su círculo sombrío, pero no supo si lo vio, por los muros. Y en seguida oyó al teniente: “Perdone, señor, pero tenemos poco tiempo…”

—Muy bien —saltó el gordo, poniéndose de pie. Todavía reía de gusto, le daban ganas de correr, arrojarse al suelo, gozarse la vida. Recordando fugazmente el sueño, mientras se sacudía los pantalones pensó: “Por suerte que los malditos sueños no son más que sueños”, y volvió a sonreírse.

El teniente partió adelante. Conocía el camino.

—Es aquí —dijo, deteniéndose ante una muralla cubierta de zarzas.

El gordo estaba mudo. A medida que caminaba detrás del teniente, miraba el lugar y se le iba apagando la risa como un cabito de vela. Ahora, frente a esas rocas, demasiadas coincidencias heríanle el cerebro.

El teniente había movido algo detrás de las lianas y una puerta de zarzas se abrió casi rozándolos.

Al ver la entrada, la misma entrada negra y terrible de ese sueño, el gordo sintió que se le iba definitivamente la alegría y que de nuevo el pavor la reemplazaba. Las piernas le temblaron, pero trató de rehacerse.

El teniente lo invitó a pasar. Tambaleando, el gordo entró. Mientras cruzaba el umbral, lo envolvió el vaho premonitorio y se dijo que esta vez no el túnel, sino

las coincidencias lo derrotarían… Vio los tableros, las lucecitas de colores, las palancas erguidas como púas… Para liberarse de esa visión, dio vuelta la cara y se topó con la otra puerta que, ya abierta, mostraba los mismos escalones, la misma bajada en espiral, los mismos muros húmedos. Desesperado, quiso retroceder, pero se le doblaron las rodillas. Alcanzó a aferrarse de una baranda y buscó con la vista la salida, pero el teniente ¡crash! ya clausuraba.

Sintió un lampo en sus ojos y después que de nuevo el dolor lo despertaba. Ya bien despierto, comprobó con horror que no estaba a la entrada, junto al teniente, sino al fondo de ese bunker, colgando de la escotilla endemoniada. Aterrorizado, constató que su otro despertar, ese de allá, sobre los palos, no había sido más que un sueño concebido por el clamor de su angustia, por el inútil deseo de modificar un destino sellado ya de siempre, y que el ¡crash! que él atribuyó a la puerta clausurándose, no había sido otra cosa que el tapón de esa escotilla que ya había caído con estropicio de muertes, y que lo había aprisionado por las manos, inmovilizándolo, petrificándolo en el terror indeleble de un tiempo negro de ratas.

Editores

Verónica Barros Iverson es licenciada en Humanidades, mención Literatura de la Universidad Adolfo Ibáñez (UAI, Chile); también es magíster en Pedagogía Teatral de la Universidad del Desarrollo, con la tesis “Pedagogía teatral y tartamudez: una nueva alternativa de tratamiento”. Trabaja desde el año 2005 en la Universidad Adolfo Ibáñez, dictando asignaturas de escritura, oratoria y lectura. En marzo de 2008, pasó a ser parte del cuerpo estable de profesores de la Facultad de Artes Liberales y, además, fue nombrada Directora del Departamento de Expresión, cargo que sigue desempeñando en la actualidad. Más adelante, en marzo de 2015, funda con un grupo de profesores el Centro de Escritura y Oratoria de la UAI, donde ejerce el cargo de Directora. Actualmente, su área de investigación es el escritor Eugène Ionesco y la innovación en metodologías pedagógicas.

Carolina Heiremans Pérez es periodista de profesión y Magíster en Historia del Arte de la Universidad Adolfo Ibáñez, con la tesis “Arquitectura metálica del siglo XIX en Chile: forjando una identidad nacional”. Trabajó en diferentes medios de comunicación escrita y en la Corporación Cultural de Amigos del Arte, hasta el año 2005. En marzo de 2006, pasó a formar parte del cuerpo estable de profesores de la Facultad de Artes Liberales, de la Universidad Adolfo Ibáñez (Chile), donde imparte cursos de expresión escrita y oral hasta la fecha. Actualmente, su área de investigación son los cuentos populares y la tecnología al servicio de la educación.

Jesús Diamantino Valdés es doctorando en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad Autónoma de Barcelona; magíster en Letras, mención Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Chile y miembro del Grupo de Estudios sobre lo Fantástico (GEF-UAB). Su área de estudio es la literatura fantástica chilena e hispanoamericana, el cine de terror y la ficción televisiva. Actualmente es profesor e investigador del Departamento de Expresión de la Universidad Adolfo Ibáñez (Chile).

Colaboradores

Julio Gutiérrez García-Huidobro es Doctor en Humanidades por la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona), nombrado en 2012 Ilusorio Nutritor por el Longevo Instituto de Altos Estudios Patafísicos de Universidad de Buenos Aires. Entre sus líneas de investigación destacan la adaptación y el lenguaje del cómic, la literatura comparada y la patafísica. Entre sus publicaciones recientes se encuentran Nocilla experience, la novela gráfica: adaptación y reescritura (España) y algunas reseñas en medios impresos y electrónicos, además de dos capítulos de libros y un artículo que están en proceso de revisión. Actualmente es docente en el Departamento de Expresión de la Universidad Adolfo Ibáñez.

Jaime Millas Valdés es Magíster en Lingüística en Ciencias Hispánicas y Licenciado en Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente es profesor del Departamento de Expresión de la Universidad Adolfo Ibáñez (Chile).

Bastián Nelson Moncada es Magíster en Literatura por la Universidad de Chile y Licenciado en Literatura por la Universidad Andrés Bello. Se ha especializado en Teoría Literaria, teorías de la recepción y hermenéutica del texto, desarrollando variadas investigaciones en el área. De manera paralela, se encuentra trabajando en la recuperación de la obra de don Héctor Pinochet Ciudad y la puesta en valor de su trabajo olvidado, preparando diversas ediciones de su narrativa inédita. Actualmente es profesor Asociado y Jefe de carrera de Pedagogía en Lengua Castellana y Comunicación de la Universidad SEK y profesor colaborador del Departamento de Expresión de la Universidad Adolfo Ibáñez.

Felipe Rojas Araya es licenciado en Letras con mención en Literatura y Lingüística Hispanoamericana de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Como editor y narrador oral, se dedica a la investigación de relatos breves, soportes narrativos alternativos y narración visual secuencial. Actualmente es ayudante de investigación en el Departamento de Expresión de la Universidad Adolfo Ibáñez (Chile).

Adelmo Yori Ramírez es profesor de castellano y Magíster en Literatura

Hispánica de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Durante 23 años dividió ininterrumpidamente sus labores profesionales entre colegio y universidad. Desde marzo de 2014, es docente jornada completa en la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez, Viña del Mar, donde imparte los cursos de Expresión Escrita, Expresión Oral y Lectura Crítica. En la actualidad, su área de investigación se enfoca hacia la didáctica de la poesía.

Carolina Heiremans Pérez es periodista de profesión y magíster en Historia del Arte de la Universidad Adolfo Ibáñez. Hoy forma parte del cuerpo estable de profesores de la Facultad de Artes Liberales, de la Universidad Adolfo Ibáñez (Chile), donde imparte cursos de expresión escrita y oral. Actualmente, su área de investigación son los cuentos populares y la tecnología al servicio de la educación.

Verónica Barros Iverson es licenciada en Humanidades, mención Literatura de la Universidad Adolfo Ibáñez (Chile); también es magíster en Pedagogía Teatral de la Universidad del Desarrollo. Trabaja como profesora y directora del Departamento de Expresión de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez. Actualmente, su área de investigación es el escritor Eugène Ionesco y la innovación en metodologías pedagógicas en el área de la escritura y oratoria.

Jesús Diamantino Valdés es doctorando en Teoría de La Literatura y Literatura Comparada por la Universidad Autónoma de Barcelona y miembro del Grupo de Estudios sobre lo Fantástico (GEF-UAB). Actualmente es profesor del Departamento de Expresión de la Universidad Adolfo Ibáñez (Chile), donde realiza cursos de escritura y lectura. Sus áreas de investigación son literatura fantástica chilena y latinoamericana, el cine de terror y series de televisión.

Esta recopilación de cuentos fantásticos persigue, por una parte, acercar la lectura de nuestros escritores nacionales a un público que está en la búsqueda de sus raíces y que reconoce en el misterio y lo sobrenatural, un componente esencial de la configuración de la identidad chilena. Por esta razón, no es extraño que aquellas historias que pertenecen a la tradición oral y que todos atesoramos, o bien los escenarios donde ocurren los relatos, vuelvan a ocupar un lugar preponderante en nuestra memoria.

UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ

Antología

EDITORIAL
CUARTOPROPIO

Indice

PRESENTACIÓN

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

BREVE GUÍA DE CAMPO DEL RELATO FANTÁSTICO EN CHILE de Marcelo Novoa

EL AHOGADO, LA CHASCUDA Baldomero Lillo

EL AHOGADO

LA CHASCUDA

EL PAÍS DE LA LEYENDA Alberto Edwards

EN EL PAÍS DE LA LEYENDA

UN SIGLO EN UNA NOCHE Joaquín Díaz Garcés

UN SIGLO EN UNA NOCHE

LA HIJA DEL GUARDAGUJAS Vicente Huidobro

LA HIJA DEL GUARDAGUJAS

EL UNICORNIO Juan Emar

EL UNICORNIO

ESPANTOSO CRIMEN

EL COLOCOLO, EL HOMBRE DE LA ROSA Manuel Rojas

EL COLOCOLO

EL HOMBRE DE LA ROSA

EL HOMBRE DEL FUNERAL Juan Marín

EL HOMBRE DEL FUNERAL

EL ÁRBOL María Luisa Bombal

EL ÁRBOL

¡VAMPIROS!, EL ESPEJO Juan Marino.

¡VAMPIROS!

EL ESPEJO

EL NIÑO Elena Aldunate

EL NIÑO

EL CUERPO RESTANTE, LA ESTANCIA SORPRENDIDA Luis Alberto Heiremans

LA ESTANCIA SORPRENDIDA

EL CUERPO RESTANTE.

PESADILLA Guillermo Blanco

PESADILLA

LA RATA Héctor Tancredo Pinochet Ciudad

LA RATA

EDITORES

COLABORADORES